



Un hombre sale a pasear con su perro para recuperarse de la resaca y de sus problemas de conciencia. De repente el perro sale corriendo entre los árboles. Allí el hombre descubre a una niña que cuelga de un árbol, balanceándose sobre el suelo. Con una mochila escolar en la espalda y un cartel alrededor del cuello que dice «Viajo sola».

El inspector de policía Holger Munch se encarga del caso y no tarda en darse cuenta de que va a necesitar la ayuda de su excolega Mia Krüger. Sin embargo, Mia, que siempre había sido una chica sana, ahora parece estar enferma. Realmente enferma. Holger Munch acude a su casa para pedirle que vuelva al servicio activo. No tienen ni la más remota idea de lo que les espera.

Lectulandia

Samuel Bjørk

# Viajo sola

Y no soy la única

ePub r1.2

SoporAeternus 07.01.15

Título original: *Det henger en engel alene i skogen*  
Samuel Bjørk, 2013  
Traducción: Martin Simonson

Editor digital: SoporAeternus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*El 28 de agosto de 2006 nació una niña en la maternidad del hospital de Ringerike, en Hønefoss. La madre de la niña, una profesora de guardería de veinticinco años que se llamaba Katarina Olsen, era hemofílica y falleció durante el parto. Más tarde, la comadrona y algunas de las enfermeras que habían estado presentes describirían a la niña como una criatura excepcionalmente bella. Decían que estaba tranquila y muy atenta, y que su mirada invitaba a quienes trabajaban en la maternidad a establecer una relación muy especial con ella. En el momento del ingreso en el hospital, Katarina Olsen había registrado al padre como desconocido. En los días posteriores al parto, la dirección del hospital de Ringerike, con la colaboración del servicio de protección del menor del municipio de Ringerike, consiguió localizar a la abuela de la niña, que vivía en Bergen. La mujer, que no sabía que su hija estaba embarazada, acudió al hospital, pero allí se encontró con que la niña recién nacida había desaparecido de la maternidad. Las siguientes semanas se realizó una búsqueda exhaustiva, bajo la dirección de la policía local, pero sin ningún resultado. Dos meses más tarde, un enfermero sueco llamado Joachim Wicklund fue encontrado muerto en su habitación, en el centro de Hønefoss. Se había ahorcado. En el suelo, debajo de Wicklund, se encontró una nota mecanografiada que decía: «Lo lamento».*

*La niña nunca fue encontrada.*

«Lisa fue a la escuela. *La, lará, lará.*  
Con su vestido nuevo. Qué contenta estaba».

Canción popular noruega

**1**

Walter Henriksen estaba sentado en la mesa de la cocina tratando desesperadamente de desayunar parte de lo que su mujer había puesto en la mesa. Huevos con beicon. Arenque, salami y pan recién horneado. Una infusión hecha con hierbas de su huerta, la huerta que ella había deseado tener desde que habían comprado esta casa, lejos del centro de Oslo, próxima a la provincia de Østmarka. Precisamente para poder dedicarse a actividades tan sanas. Pasear por el bosque. Tener una pequeña huerta. Recoger bayas y setas, y sobre todo conseguir que la perra pudiera tener más libertad. Era una cocker spaniel y Walter Henriksen no la soportaba, pero amaba a su mujer y por esta razón había accedido a todo eso.

Tomó un bocado de pan con arenque y luchó contra el impulso de escupirlo inmediatamente. Bebió un gran trago de zumo de naranja e intentó, lo mejor que pudo, sonreír, aunque se sentía como si alguien estuviera golpeándole la cabeza con un martillo. La cena de empresa de la noche anterior no había salido como él esperaba; tampoco esta vez había conseguido evitar beber.

Se oía el susurro de las noticias de fondo, mientras Walter trataba de interpretar la cara de su esposa. Su estado de ánimo. Se preguntaba si se habría quedado despierta después de que él hubiera caído redondo en la cama de madrugada. No sabía la hora exacta, pero había llegado tarde, demasiado tarde. Recordaba que se había quitado la ropa, que había tenido una vaga noción de que ella estaba dormida y que había pensado: «Menos mal», antes de caer inconsciente sobre el colchón demasiado duro que ella había insistido en comprar, ya que últimamente había tenido muchos problemas de espalda.

Walter tosió un poco, se limpió la boca con una servilleta y se pasó la mano por la barriga gruñendo, como si hubiera disfrutado del desayuno y quisiera mostrar que ya no podía más.

—Estaba pensando que podía sacar a Lady —murmuró esbozando lo que esperaba que pudiera parecerse a una sonrisa.

—¡Ah, qué bien! —exclamó su mujer, un poco sorprendida.

No hablaban de ello muy a menudo, pero sabía de sobra que a Walter en realidad no le gustaba la perra, que tenía tres años.

—Esta vez podrías llevarla un poco más lejos y no dar solo una vuelta alrededor de la casa.

Walter buscó ese tono de pasividad agresiva que ella solía emplear cuando no estaba contenta con él, esa sonrisa que en realidad no era tal, sino algo muy diferente; pero no lo encontró. Parecía contenta. No se había percatado de nada. Se había salido con la suya, afortunadamente. Se prometió a sí mismo que ahora sí que lo dejaría. A partir de ahora, una vida sana. No más cenas de empresa.

—Sí, había pensado llevarla por el valle de Maridalen, tal vez por el camino que



lleva al lago.

—Genial —respondió su mujer con una sonrisa.

Pasó la mano por la cabeza de la perra, le plantó un beso en la frente y la rascó detrás de la oreja.

—Papá y tú vais a dar una vuelta, ¿a que sí? Eso sí que te va a gustar, te va a encantar. Claro que le va a gustar a mi pequeña Lady, ya lo creo. ¿A que te va a gustar, pequeña?

El paseo por el valle siempre era el mismo, las pocas veces que sacaba la perra a pasear. A Walter Henriksen nunca le habían gustado los perros y no sabía nada sobre ellos. Si por él hubiera sido, el mundo podría haber estado vacío de perros. Sentía una creciente irritación hacia la estúpida perra cuando tiraba de la correa y quería que avanzara más rápido. O cuando quería que esperase. O cuando tomaba una dirección distinta de la que Walter había elegido.

Por fin llegó al sendero que llevaba hacia el lago. Allí, por lo menos, podía soltar a la perra. Se puso de rodillas y se forzó a acariciarle la cabeza y tratarla con un poco de amabilidad mientras soltaba la correa.

—Venga, ahora puedes correr un poco.

La perra, con la lengua colgando, lo miró con sus estúpidos ojos. Walter encendió un cigarrillo y por un momento sintió algo parecido a cariño hacia la pequeña perra. La culpa no era de ella. No era una mala perra. Además, el dolor de cabeza ya no era tan agudo como antes y el aire fresco le aliviaba. A partir de ahora la perra le iba a caer bien. Mira qué perra más buena. Incluso resultaba agradable eso de caminar un poco juntos por el bosque. Ya casi se habían hecho amigos. ¡Y qué bien obedecía! Sin lugar a dudas era una perra buena. Aun sin correa, caminaba tranquila a su lado por el sendero.

En ese preciso instante la cocker spaniel echó a correr. Abandonó el sendero y se internó en el bosque.

Mierda.

—¡Lady!

Durante un rato Walter Henriksen la llamó gritando desde el sendero, pero no le sirvió de nada. Tiró el cigarrillo, maldijo en voz baja y se abrió paso por donde había desaparecido la perra. Unos cien metros más adelante se detuvo de repente. La perra estaba tumbada en el suelo, quieta, en medio de un pequeño claro del bosque. Fue entonces cuando descubrió a la niña que colgaba del árbol. Bamboleándose sobre el suelo. Con la mochila del cole en la espalda. Y una nota alrededor del cuello:

«Viajo sola».

Walter Henriksen cayó de rodillas e hizo lo que había deseado hacer desde que se levantara de la cama.

Vomitó sobre sí mismo y se echó a llorar.

El ruido de las gaviotas despertó a Mia Krüger. Ya debería haberse acostumbrado, después de todo habían pasado cuatro meses desde que se había comprado esta casa en medio del mar, pero parecía que la ciudad no quería soltarla. En el piso de Torshov, en la calle Vogtsgate, siempre había ruidos —autobuses, tranvías, sirenas de coches de policía, ambulancias— y nunca la habían despertado. Era casi como si la tranquilizaran. Pero no era capaz de abstraerse del ruido que hacían estas gaviotas. ¿Tal vez porque el resto estaba en silencio?

Estiró la mano en busca del reloj en la mesilla, pero no consiguió ver qué hora marcaba. Parecía que no estaban las agujas, que se encontraban escondidas tras una niebla. Podían ser las diez y cuarto, o la una y media, o cualquier hora y treinta y cinco minutos. Las pastillas que se había tomado la noche anterior todavía estaban haciendo efecto. Creaban adicción, ralentizaban el raciocinio, anesthesiaban los sentidos. «No se deben tomar con alcohol». ¿A quién le importaba? En todo caso, solo faltaban doce días para morir. Las cruces del calendario en la cocina lo mostraban: quedaban doce cuadrados sin tachar.

«Doce días. El 18 de abril».

Se incorporó en la cama, se puso el jersey de punto y bajó al salón a trompicones. Un colega le había recetado las pastillas. Un amigo forzoso que la ayudaría a olvidar, a procesarlo, a seguir adelante. Era un psicólogo de la policía... ¿o era psiquiatra? Tal vez tenía que serlo para poder recetar pastillas. Fuera lo que fuese, le proporcionaba lo que ella quería. Incluso aquí, aunque le costaba un poco de trabajo ir a recoger los medicamentos. Vestirse. Arrancar el motor fueraborda de la lancha. Enfriarse durante los quince minutos de travesía hasta el muelle. Arrancar el coche. Seguir la carretera durante los cuarenta minutos que tardaba en llegar a Fillan, la principal ciudad de la zona. No era muy grande, pero, al fin y al cabo, allí estaba la farmacia, en el centro comercial de Hjorten. Luego una vuelta por el monopolio estatal de licores, en el mismo lugar. Las recetas ya estaban preparadas, habían enviado las medicinas desde Oslo. Apodorm, Vival, Citalopram. Algunas eran del psiquiatra, pero también había otras del médico. Todos eran voluntariosos, amables: «No tomes demasiadas, debes tener cuidado». Sin embargo, Mia Krüger no tenía ninguna intención de actuar con cuidado. No había venido aquí para mejorar. Había venido para desaparecer.

«Faltan doce días. El 18 de abril».

Mia Krüger sacó una botella de agua mineral de la nevera, se vistió y bajó al mar. Se sentó sobre las rocas, se abrochó la cazadora y se tomó las primeras pastillas del día. Metió la mano en el bolsillo del pantalón. Diferentes colores. No sabía qué pastillas se tomaba, todavía estaba mareada; pero daba lo mismo. Se las tragó con un poco de agua de la botella y estiró los pies hacia las olas. Se quedó contemplando las botas de goma. No tenía sentido, era como si los pies no fueran suyos, sino de otra

persona, y estaban lejos. Levantó la vista y observó el mar. Tampoco tenía sentido, pero se obligó a seguir alzando los ojos hacia el horizonte y mirar el islote cuyo nombre no conocía.

Había elegido ese sitio al azar. Hitra. Una isla en Trøndelag. Podría haber sido cualquier lugar con tal de estar sola. Había dejado el asunto en manos del agente de la inmobiliaria. «Véndeme el piso y consígueme otra casa». La había mirado con ojos incrédulos, como si estuviera loca o simplemente fuera imbécil, pero como quería ganar dinero le daba igual; en realidad no era asunto suyo. La sonrisa de dientes relucientes le decía con amabilidad que él se ocuparía. ¿Quería venderlo ya? ¿Estaba buscando algo especial? Lo preguntó tratando de parecer amable, pero Mia había visto lo que se escondía detrás de su mirada. Se ponía mala solo de pensarlo. Ojos falsos y desagradables. Por alguna razón, siempre había sido capaz de ver el interior de las personas que la rodeaban. Y ahora este ser impecable con traje y corbata. No le había gustado lo que había visto.

«Debes usar el talento que te ha sido concedido. ¿No te das cuenta? Tienes que usarlo para algo, ¡tienes que usarlo para esto!».

A tomar por saco, no lo iba a usar para nada. Ya no. Nunca más. La sosegaba pensar eso. En general, había estado muy tranquila desde que llegó a este lugar. Hitra. El agente inmobiliario había realizado un buen trabajo. Casi se sentía agradecida.

Mia Krüger se levantó de las rocas y tomó el sendero que llevaba hacia la casa. Ya era hora de tomarse la primera copa del día. No sabía qué hora era, pero era el momento. Había hecho compras caras, cosas que había encargado. Podría ser una contradicción, ¿por qué algo caro para el poco tiempo que le quedaba? Por otro lado, ¿por qué no? ¿Por qué algo? ¿Por qué lo contrario? Hacía tiempo que había dejado de pensar en estos temas. Abrió una botella de armañac Domaine de Pantagnan 1965 Labeyrie y llenó tres cuartas partes de una taza de té sin fregar que estaba en la encimera. Beberse un armañac de ochocientas coronas en una taza sin fregar. «¿Te crees que me importa? Mira cómo me preocupa». Sonrió levemente para sí misma, sacó unas pastillas del bolsillo del pantalón y bajó a las rocas otra vez.

Estuvo a punto de dedicarle un nuevo pensamiento agradecido al agente inmobiliario con los dientes demasiado blancos. Si hubiera comprado una casa para vivir, bien habría podido ser esta. El aire, las vistas al mar, la tranquilidad bajo las nubes blancas. Antes no había oído hablar nunca de Trøndelag, pero le había gustado esta isla nada más verla. Había ciervos, enormes cantidades de ciervos; eso la fascinaba. Le parecía que el ciervo pertenecía a otros territorios, a Alaska, a las películas. Ese bello animal que la gente se empeñaba en matar. Mia Krüger había aprendido a disparar en la academia, pero nunca le habían gustado las armas. No se jugaba con ellas, solo se usaban cuando era estrictamente necesario, e incluso en esas circunstancias era mejor no utilizarlas. En Hitra, la temporada de caza del ciervo empezaba en septiembre y terminaba en noviembre. Un día, camino de la farmacia, se había encontrado con un grupo de adolescentes que estaban atando un ciervo a la

baca del coche. En febrero, fuera de temporada. Lo primero que se le ocurrió fue parar, anotar sus nombres, denunciarlos y procurar que recibieran su merecido castigo; pero se contuvo y lo dejó pasar.

Una vez que eres policía, ¿lo eres para siempre?

«Ya no. De ninguna manera».

«Faltan doce días. El 18 de abril».

Se tomó el último sorbo del armañac, echó la cabeza hacia atrás, sobre la roca, y cerró los ojos.

Holger Munch estaba sudando en la terminal de llegadas de Værnes mientras esperaba en la cola de la oficina de alquiler de coches. El avión, como siempre, había aterrizado demasiado tarde por culpa de la niebla en Gardemoen. Holger se volvió a acordar del científico Jan Fredrik Wiborg, que supuestamente se había suicidado en Copenhague después de criticar los planes de ampliación del aeropuerto principal por sus condiciones meteorológicas. Ni siquiera ahora, dieciocho años más tarde, podía dejar de pensar en ello. ¿Por qué su cuerpo atravesaría la ventana demasiado pequeña de un hotel sin motivos aparentes justo antes de que fueran a debatir este tema en el Parlamento? ¿Por qué ni la policía noruega ni la danesa se habían molestado en investigar el caso adecuadamente?

Holger Munch dejó de pensar en esto en el momento en que la chica rubia del mostrador de Europcar se aclaró la garganta para anunciarle que había llegado su turno.

—Munch —dijo en tono seco—. Se supone que tengo un coche reservado.

—Anda, así que es usted el que va a tener un museo nuevo en Oslo —bromeó la chica del uniforme verde.

Munch no captó la broma en un primer momento.

—¿O no es usted el pintor? —preguntó la chica con una sonrisa mientras seguía tecleando en el ordenador.

—¿Cómo? No, no soy el pintor —dijo Munch secamente—. Ni siquiera somos familia.

«Si lo fuéramos, con semejante herencia yo no estaría ahora aquí», pensó Munch mientras la chica le tendía un papel para que lo firmara.

Holger Munch odiaba volar, por eso estaba de mal humor. No porque temiera que el avión se estrellase, ya que Holger Munch era aficionado a las matemáticas y sabía que la probabilidad de tener un accidente era menor que la de que te cayera un rayo encima dos veces el mismo día. No, Holger Munch odiaba volar porque ya casi no cabía en el asiento.

—Ya está —le dijo sonriendo amablemente la chica del uniforme verde mientras le daba las llaves—. Un Volvo V70 muy grande con todo pagado, sin límite de tiempo ni kilometraje. Puede dejarlo donde quiera y cuando quiera. Que tenga un buen viaje.

¿Grande? ¿También eso era una broma o lo había dicho para que no se preocupara? «Toma, un coche grande para que quepas, ya que estás tan gordo que casi ni puedes verte los pies».

Holger Munch se observó de reojo reflejado en los ventanales que separaban la terminal de llegadas del aparcamiento. Tal vez ya fuera hora de empezar a hacer un poco de deporte. Comer un poco más sano. Bajar unos kilos. Últimamente había

empezado a pensar en este tema, por varios motivos. Había dejado de perseguir a delincuentes por las calles, porque ya tenía a gente por debajo de él que podía encargarse de ello; así que no se trataba de eso. No, la razón era que Holger Munch había empezado a ser un poco presumido las últimas semanas.

«Vaya, Holger, ¿un jersey nuevo?». «Vaya, Holger, ¿una nueva cazadora?». «Vaya, Holger, ¿te has recortado la barba?».

Abrió el Volvo, colocó el teléfono en su soporte y lo encendió. Se abrochó el cinturón de seguridad, arrancó el coche y se dirigió al centro de Trondheim mientras los mensajes iban llegando uno tras otro. Suspiró. Una hora con el teléfono apagado y ahora volvía a empezar. Nunca te podías liberar del mundo. No era verdad que estuviera de mal humor solo por el vuelo. Habían pasado muchas cosas en los últimos tiempos. Tanto en el trabajo como en casa. Holger deslizó los dedos sobre la pantalla del teléfono inteligente que le habían obligado a comprar. Ahora todo tenía que ser de tecnología punta; la policía debía estar al día también en Hønefoss, donde había pasado los últimos dieciocho meses. En el distrito policial de Ringerike. Era allí donde había empezado su carrera y ahora estaba de vuelta. Por los sucesos de Tryvann.

Siete llamadas desde la comisaría central de Grønland. Dos de su exmujer. Una de su hija. Dos de la residencia. Además de un montón de mensajes.

Holger Munch dejó que el mundo siguiera su curso sin él por un momento y encendió la radio. Encontró el canal de música clásica de la NRK, bajó la ventanilla y encendió un cigarrillo. Fumar era su único vicio; aparte de la comida, naturalmente, pero eso era algo diferente. Holger Munch no pensaba en absoluto dejar de fumar, por muchas leyes que se inventaran los políticos y por muchos carteles de «Prohibido fumar» que pusieran por todas partes, como, por ejemplo, en el salpicadero del coche que acababa de alquilar.

Sin fumar no podía pensar y, si había algo que a Holger Munch le gustaba, era precisamente pensar. Usar el cerebro. El cuerpo le daba igual mientras el cerebro funcionase. En la radio sonaba el *Mesías* de Händel. No era la música preferida de Munch, pero daba igual. Era más aficionado a Bach. Le gustaba el aspecto matemático de su música, más que todos esos compositores que apelaban a los sentimientos. La incitación a la guerra aria de Wagner, el mundo emocional impresionista de Ravel. Munch escuchaba música clásica para evadirse de esos sentimientos humanos. Si el ser humano fuera una ecuación matemática, todo habría sido mucho más fácil. Rozó brevemente la alianza que llevaba en el dedo y pensó en Marianne, su exmujer. Habían pasado ya diez años y, aun así, no había podido quitarse el anillo. ¿Por qué le había telefoneado? ¿Qué querría decirle?

No, sería por la boda, naturalmente. Había llamado para hablar de la boda. Tenían una hija en común. Miriam iba a casarse. Había que resolver asuntos prácticos. No era para hablar de otras cosas. Holger Munch arrojó la colilla por la ventanilla y encendió otro cigarrillo.

«No tomo café ni toco el alcohol. Joder, al menos puedo permitirme fumar un poco».

Holger Munch solo se había emborrachado una vez, cuando tenía catorce años. Había bebido en la cabaña de Larvik un licor de cerezas que había elaborado su padre. Después de aquella vez no había vuelto a tocar el alcohol. No tenía necesidad. No le apetecía. ¿Dañar las células del cerebro? Ni se le ocurría. Fumar sí. Y tal vez comerse una hamburguesa.

Entró en la estación de servicio de Shell junto al hotel Stavy y pidió una hamburguesa con beicon, que se comió en un banco con vistas sobre el fiordo de Trondheim. Si alguien solicitara a sus compañeros de trabajo que describieran a Holger Munch con tres palabras, una de ellas sería «friqui». «Inteligente» probablemente fuera otra o tal vez «buenazo». Pero «friqui» seguro. Un friqui gordo y bueno que nunca probaba el alcohol y era un apasionado de las matemáticas, la música clásica, los crucigramas y el ajedrez. Un poco aburrido tal vez, pero un excelente investigador. Y un jefe justo. Así que daba igual que nunca fuera a tomar una cerveza con sus compañeros o que no hubiera salido con ninguna otra mujer desde que su ex lo abandonara por un profesor de Hurum, que tenía dos meses de vacaciones al año y nunca se veía obligado a levantarse en medio de la noche sin poder contar adónde iba. Nadie tenía un porcentaje tan alto de casos resueltos como Holger Munch, eso lo sabía todo el mundo. Holger Munch les caía bien a todos. Aun así, le habían destinado de nuevo a Hønefoss.

«Esto no es un castigo, sino un traslado. Desde mi punto de vista, deberías alegrarte de seguir teniendo trabajo».

Había pensado dimitir aquel día, frente a la puerta del despacho de Mikkelson, en la comisaría de Grønland; pero se había reprimido. ¿Qué iba a hacer si no? ¿Trabajar como guardia jurado?

Holger Munch se subió al coche otra vez y siguió por la E6 hacia Trondheim. Encendió otro cigarrillo y tomó la circunvalación que bordeaba la ciudad rumbo al sur. El coche de alquiler tenía un GPS montado, pero no lo encendió. Sabía adónde iba.

«Mia Krüger».

Estaba pensando en su antigua compañera de trabajo cuando volvió a sonar el teléfono.

—Aquí Munch.

—¿Dónde narices estás?

Mikkelson estaba agobiado, al borde de un infarto, como siempre. Cómo había sobrevivido siete años de jefe en la comisaría era un misterio para muchos.

—Estoy en el coche. ¿Y tú dónde narices estás? —contestó Munch secamente.

—En el coche, ¿dónde? ¿Has llegado ya?

—No, no he llegado; acabo de aterrizar, deberías saberlo. ¿Qué es lo que quieres?

—Solo quería comprobar que estás haciendo lo que hemos acordado.

—Tengo la carpeta aquí y mi intención es entregarla, si es a lo que te refieres —respondió Munch con un suspiro—. ¿De verdad era necesario enviarme aquí solo para esto? ¿No podías haber mandado un mensaje? ¿No podíamos habérselo encargado a la policía local?

—Sabes muy bien por qué solo puedes ir tú —contestó Mikkelson—. Y esta vez quiero que cumplas lo que se te ha dicho.

—En primer lugar —dijo Munch soltando un suspiro al tiempo que tiraba la colilla por la ventanilla—, no te debo nada. En segundo lugar, no te debo nada. Y en tercer lugar, tú eres el responsable de que ya no utilice el cerebro para lo que hay que usarlo. Así que ya puedes cerrar el pico. ¿Sabes a qué me dedico ahora? ¿Quieres saberlo, Mikkelson? ¿Quieres saber a qué me dedico?

Hubo un momento de silencio al otro lado de la línea. Munch sonrió sin emitir ningún sonido. Si había algo que Mikkelson odiaba, era pedir un favor. Estaba seguro de que Mikkelson estaba irritado y disfrutaba sabiendo que su antiguo jefe tenía que contenerse, que no podía decir todo lo que quería.

—Limítate a hacerlo.

—Sí, señor —se burló Munch mientras se llevaba la mano a la frente imitando un saludo marcial.

—No me seas irónico, Munch. Llámame cuando tengas algo.

—Lo haré. Ah, sí..., solo una cosa más.

—¿Qué? —gruñó Mikkelson.

—Si ella se apunta, yo vuelvo. Se acabó Hønefoss para mí. Y quiero volver a la antigua oficina. La de la calle Mariboegate. Quiero trabajar fuera de la comisaría. Y quiero el mismo equipo que tenía antes. ¿De acuerdo?

Hubo un momento de silencio antes de que llegara la respuesta.

—Eso queda totalmente descartado. De ninguna manera. Munch, eso es...

Munch sonrió y colgó antes de darle tiempo a Mikkelson a explicarse. Encendió un nuevo cigarrillo, volvió a subir el volumen de la radio y tomó el camino hacia Orkanger.



Mia Krüger se había quedado dormida en el sofá, pegada a la chimenea con la manta echada encima. Había soñado con Sigrid y se había despertado con la sensación de que su hermana gemela seguía allí. Con ella. Viva. Que estaban juntas, como siempre. Sigrid y Mia. Mia y Sigrid. Las dos niñas inseparables de Åsgårdstrand nacidas con dos minutos de diferencia. Una rubia, la otra morena; tan diferentes, pero muy parecidas.

Mia solo quería volver al sueño, volver con Sigrid, pero se obligó a levantarse e ir a la cocina. Desayunar algo. Bajar un poco el alcohol. Si seguía así, moriría antes de tiempo, y eso no podía ser.

«El 18 de abril. Faltan diez días».

Lo conseguiría, aguantaría otros diez días. Mia se obligó a comer dos rebanadas de pan duro y sopesó la posibilidad de tomarse un vaso de leche, pero al final decidió beber agua. Dos vasos de agua y dos pastillas. Se las sacó del bolsillo del pantalón. Daba lo mismo cuáles. Tocó que fueran una blanca y otra de color azul claro.

Sigrid Krüger, hermana, amiga e hija.

Nacida el 11 de noviembre de 1979. Fallecida el 18 de abril de 2002.

Muy querida. No te olvidaremos nunca.

Mia Krüger volvió a sentarse en el sofá hasta que sintió los primeros efectos de las pastillas. Cómo la entumecían generando un velo entre ella y el mundo. Ahora sí que lo necesitaba. Ya hacía casi tres semanas desde la última vez que se había mirado en un espejo y ahora tenía que ir. Una ducha. El baño estaba en la primera planta. Había tratado de evitarlo todo lo posible, no quería mirarse en el gran espejo que el anterior dueño había colgado junto a la puerta. Había pensado conseguir un destornillador. Para quitar ese miserable trasto. Se sentía suficientemente mal sin necesidad de comprobarlo, pero la prueba era que no había tenido fuerzas. No había tenido fuerzas para hacer nada. Solo para tomarse las pastillas. Y para beber. Valium líquido en las venas, pequeñas sonrisas en la sangre, una maravillosa protección contra todos los pequeños clavos que llevaban tanto tiempo circulando por su interior. Se armó de valor y subió las escaleras. Abrió la puerta del baño y se quedó horrorizada ante la sorprendente aparición en el espejo. No era ella. Era otra persona. Mia Krüger siempre había sido delgada, pero ahora parecía enferma. Siempre había sido una chica sana. Siempre había estado fuerte. Ahora ya casi no quedaba nada de ella. Se quitó el jersey y los vaqueros y se quedó en ropa interior delante del espejo. Las bragas le colgaban flojas. Toda la grasa alrededor de la barriga y las caderas había desaparecido. Pasó una mano cautelosamente por encima de las costillas, que sobresalían. Podía sentir las con sus dedos, podía contarlas todas, de una en una. Se obligó a acercarse al espejo y se detuvo justo enfrente. Encontró su propia mirada

reflejada en la deteriorada superficie del viejo espejo. Antes siempre había presumido de sus ojos azules. «Mia, nadie tiene unos ojos tan noruegos como tú», le habían dicho una vez y todavía recordaba lo orgullosa que se había sentido. «Ojos noruegos»; le había sonado muy bien en aquel entonces, cuando quería encajar y no ser diferente. Sigrid era la más guapa. ¿Sería por eso por lo que aquel comentario la había alegrado tanto? Ojos azules vivos. Ahora ya no quedaba mucho de ellos. Parecían muertos. Sin brillo ni vida, rojizos donde deberían ser blancos. Se agachó para coger el pantalón y encontró otras dos pastillas en el bolsillo. Se tragó las pastillas y acercó la boca al grifo. Después se situó frente al espejo otra vez e intentó enderezar la espalda.

«Mi pequeña india», así solía llamarla su abuela. Excepto por los ojos azules, podría haberlo sido. Una india. Kiowa, sioux o apache. De niña siempre la habían fascinado los indios. Nunca había dudado sobre sus preferencias. Los vaqueros eran los malos. Los indios eran los buenos. «¿Qué tal estás hoy, Mia, Rayo de Luna?». Mia puso la mano sobre el reflejo de su propia cara en el espejo y pensó con cariño en su abuela. Se quedó mirando su largo pelo. El suave pelo, negro como el azabache, se derramaba sobre sus hombros finos. Hacía tiempo que no tenía el pelo tan largo. Había empezado a llevarlo corto en la academia de policía. No iba a la peluquería, porque se lo cortaba ella misma en casa. Cogía las tijeras y simplemente se lo cortaba. Para demostrar que la belleza no le importaba. Le daba igual estar guapa o no. Tampoco usaba maquillaje. «Tienes una belleza natural, mi pequeña india», le había dicho su abuela una noche después de trenzarle el pelo junto a la chimenea, en la casa de Åsgårdstrand. «¿Ves qué párpados tan bonitos tienes?, ¿ves qué pestañas tan largas? ¿Sabes que la naturaleza ya te ha maquillado? No hace falta darle mayor importancia. No nos ponemos guapas para los chicos. Ya vendrán cuando tengan que venir». Con la abuela, los chicos eran indios. Y en la escuela, noruegos. En realidad era perfecto. De repente, Mia se sintió un poco mareada por las pastillas. Las pequeñas píldoras no solo traían paz y bienestar. Eso pasaba de vez en cuando, pero nunca se preocupaba de mirar qué pastillas mezclaba. Se apoyó levemente con una mano en la pared, hasta que pasó lo peor, y luego volvió a alzar los ojos y se obligó a permanecer delante del espejo un rato más. Para mirarse. Por última vez.

«Faltan diez días. El 18 de abril».

No había pensado mucho en cómo sería ese último momento. En si le dolería. En si sería difícil dejarse llevar. No se creía todas esas historias de que la vida pasa en un minuto por delante de tus ojos cuando estás a punto de morir. ¿Sería verdad? No importaba mucho. Mia Krüger llevaba la historia de su vida inscrita en el cuerpo. Podía ver su vida en el espejo. Una india con ojos noruegos. Un pelo largo y negro que antes simplemente llevaba corto, pero que ahora caía ondulado sobre sus finos hombros blancos. Se apartó el pelo por detrás de la oreja izquierda y contempló la cicatriz junto al ojo. Un corte de tres centímetros, una marca que no quería desaparecer. Habían arrestado a un sospechoso de homicidio. Habían encontrado en

el río Akerselva a una joven letona. Mia había mostrado una debilidad, no había prestado atención. No había visto el cuchillo. Afortunadamente, había conseguido apartarse lo suficiente para no quedarse tuerta. Había llevado varios meses un parche en el ojo. Gracias a los médicos de Ullevål, todavía podía ver con los dos ojos. Levantó la mano izquierda delante del espejo y vio el dedo al que le faltaba un trozo. También un sospechoso, una granja en las afueras de Moss, «cuidado con el perro». El rottweiler se le había lanzado al cuello, solo le dio tiempo a levantar el brazo. Todavía podía sentir los colmillos cerrados alrededor de sus dedos, cómo el pánico se había apoderado de ella durante los breves instantes que tardó en sacar la pistola de la funda y disparar al perro en medio de la cara. Bajó la mirada hacia la pequeña mariposa, un tatuaje que se había hecho al lado del borde de las bragas, junto a la cadera. Diecinueve años y una vida loca en Praga. Había conocido a un español, un amor de verano. Bebieron demasiado Becherovka y se despertaron cada uno con un tatuaje. El de ella era una pequeña mariposa en la cadera de color lila, amarillo y verde. A Mia casi se le escapó una sonrisa. Varias veces había estado a punto de quitarse ese tatuaje, avergonzada por aquella locura juvenil, pero al final no lo había hecho y ahora ya daba lo mismo. Pasó una mano sobre la pequeña pulsera de plata que llevaba en la muñeca derecha. Les habían regalado una a cada una en la confirmación, a ella y a Sigrid. Era una pulsera infantil, con un corazón, un ancla y una letra. La «M» en la suya. La «S» en la de Sigrid. Esa noche, cuando terminó la fiesta y los invitados ya se habían marchado, estaban las dos juntas en la habitación que compartían en la casa de Åsgårdstrand. De repente, Sigrid le propuso intercambiarse las pulseras.

«Si me das tu pulsera, yo te doy la mía».

Desde entonces, Mia nunca se había quitado esa pulsera de plata.

Ahora las pastillas empezaban a aislarla más, apenas podía verse en el espejo. Su cuerpo era como un fantasma en la distancia. Una cicatriz junto al ojo izquierdo. Un dedo meñique al que le faltaban las dos últimas falanges. Una mariposa checa junto al borde de las bragas. Piernas y brazos delgados. Una india con ojos azules tristes, casi muertos. De repente no pudo más y desvió la mirada del espejo, entró tambaleándose en la ducha y se quedó tanto tiempo bajo el agua caliente que esta al final salió fría.

Evitó mirar al espejo al salir del baño. Bajó desnuda al salón y se secó delante de la chimenea que nadie había encendido. Entró en la cocina y se preparó otra copa. Encontró más pastillas en un cajón. Las masticó mientras se vestía. Ahora estaba aún más adormilada. Estaba limpia por fuera y en breve también por dentro.

Mia se puso un gorro y una cazadora y salió de la casa. Bajó al mar otra vez. Se sentó en las rocas y posó la mirada en el horizonte. *Sentimentalismo en la costa*. ¿De dónde se había sacado eso? Sí, de un festival, eso era, un festival de cine antinoruego organizado por famosos que opinaban que las películas noruegas deberían ser diferentes. A Mia Krüger le encantaba el cine, pero desde su punto de vista las películas noruegas no habían mejorado solo porque evitaran el sentimentalismo.

Sufría cada vez que un pobre actor trataba de dar vida a un agente de policía en el cine. Normalmente salía de la sala compadeciendo al actor, que tenía que seguir el guion y las instrucciones del director para hacer esto o lo otro; resultaba demasiado bochornoso. Nada, hacía falta más sentimentalismo. Mia Krüger sonrió un poco para sí y se tomó un sorbo de la botella que había sacado. Lo dicho, si no fuera porque había venido aquí para morir, no sería un mal sitio para quedarse a vivir.

«El 18 de abril».

Se le había ocurrido de repente, como una especie de revelación, y desde entonces no había tenido dudas. A Sigrid la habían encontrado muerta el 18 de abril de 2002. En un sótano de Tøyen, en Oslo, sobre un colchón mugriento con la jeringuilla todavía clavada en el brazo. Ni siquiera se había quitado la goma. La sobredosis había entrado como una flecha. Dentro de diez días habrían transcurrido justo diez años. La pequeña Sigrid, guapa y maravillosa, muerta por una sobredosis de heroína en un sótano sucio. Solo una semana después de que Mia la hubiera sacado de la clínica de rehabilitación de Valdres.

Sigrid tenía tan buen aspecto entonces, después de cuatro semanas en la clínica... Tenía las mejillas sonrosadas y había recuperado la sonrisa. En el coche, en el viaje de vuelta a Oslo, ya casi había sido como antes, las dos sonriendo y jugando juntas como en el jardín de la casa de Åsgårdstrand.

—Tú eres Blancanieves y yo soy la Bella Durmiente.

—Pero yo quiero ser la Bella Durmiente. ¿Por qué tengo que ser siempre Blancanieves?

—Porque tienes el pelo oscuro, Mia.

—Ah, ¿es por eso?

—Sí, por eso. ¿No se te había ocurrido hasta ahora?

—No.

—Qué tonta eres.

—No soy tonta.

—No, no lo eres.

—¿Por qué tenemos que jugar a Blancanieves y la Bella Durmiente? Para empezar, las dos tenemos que dormir cien años mientras esperamos a que venga algún príncipe a rescatarnos. Eso no es nada divertido y además estamos solas aquí.

—Verás cómo vendrá algún día, Mia. Ya vendrá.

En el caso de Sigrid, el príncipe había sido un idiota de Horten. Se suponía que era músico, incluso tenía algo parecido a un grupo, pero nunca tocaban. No hacían más que quedar en el parque para fumar marihuana o tomar *speed*, o para pincharse. Él. Ese delgado y creído perdedor de mierda. Mia Krüger ni siquiera era capaz de pronunciar su nombre; solo con pensar en él se sintió tan mareada que tuvo que levantarse para respirar hondo. Caminó por el sendero que recorría las rocas, pasó el cobertizo y se sentó en el embarcadero. Podía ver actividad en tierra firme, a lo lejos. Personas que se dedicaban a sus asuntos humanos. ¿Qué hora sería? Se llevó una

mano a la frente y oteó el cielo. Podrían ser las doce o la una, a juzgar por la posición del sol. Bebió otro sorbo de la botella y notó que las pastillas empezaban a hacer efecto, a privarla de sus sentidos, a volverla indiferente. Dejó que las piernas colgaran al borde del embarcadero y dirigió la cara hacia el sol.

«Markus Skog».

Sigrid tenía dieciocho años; el idiota, veintidós. El idiota había ido a vivir a Oslo y había empezado a pasar el tiempo en el parque Plata. Unos meses más tarde, Sigrid había seguido sus pasos.

Cuatro semanas de rehabilitación. No había sido la primera vez que Mia sacaba a su hermana de una clínica, pero en esta ocasión todo había parecido distinto. Una motivación totalmente diferente. No solo la sonrisa de drogata después de una de esas estancias, mentir, mentir y mentir esperando poder salir para meterse un chute; no, esta vez había algo diferente en sus ojos. Parecía más segura, casi como antes.

Mia había pensado tanto en su hermana a lo largo de los años que había estado a punto de volverse loca. ¿Por qué precisamente Sigrid? ¿Por qué se había enganchado? ¿Por su madre y su padre? ¿O solo por un jodido idiota flaco? ¿El amor únicamente?

Su madre podía ser estricta, pero eso no era suficiente. Su padre podía ser demasiado bueno, pero ¿qué importaba eso? Eva y Kyrre Krüger habían adoptado a las gemelas tras el parto. Habían llegado a ese acuerdo previamente con la madre. Ella era joven, estaba sola, no podía, no quería, no era capaz de tenerlas. Para el matrimonio sin hijos fue como un regalo caído del cielo; las niñas eran justo lo que habían deseado, era un golpe de suerte.

Ella, su madre, Eva, era profesora de primaria en Åsgården. Él, su padre, Kyrre, vendía pinturas; era el propietario de Pinturas Ole Krüger, en el centro de Horten.

Mia había buscado incansablemente en el entorno familiar una explicación de por qué Sigrid se había convertido en drogadicta, pero nunca la había encontrado.

«Markus Skog». La culpa era de él.

Solo una semana después de volver a casa tras la estancia en Valdres. Habían estado tan bien juntas en el piso de la calle Vogts... Sigrid y Mia. Mia y Sigrid. Blancanieves y la Bella Durmiente. Uña y carne otra vez. Mia incluso había pedido unos días de vacaciones, por primera vez desde hacía Dios sabe cuánto tiempo. Después, una noche, la nota en la puerta del frigorífico:

He salido a hablar un rato con M.  
Vuelvo enseguida.  
S.

Mia Krüger se levantó del borde del embarcadero y echó a andar hacia la casa. Ya estaba tambaleándose. Era hora de tomarse unas cuantas pastillas más. Y otra copa.

Holger Munch estaba cansado de conducir. Salió de la carretera para descansar un rato. Encontró un área de descanso y salió del coche para estirar las piernas. No le quedaba mucho, solo faltaban unos kilómetros hasta el túnel de Hitra, pero no había motivo para apresurarse. Por alguna razón, el hombre que le iba a llevar a la isla en su lancha no podía salir hasta pasadas las dos. Holger Munch no había tenido fuerzas para preguntar por qué. El oficial de la policía con el que había hablado no parecía demasiado espabilado. No es que tuviera prejuicios contra la policía de los distritos, pero Holger estaba acostumbrado a otro ritmo desde su época en Oslo. Dicho lo cual, estaba claro que el distrito de Ringerike no era de los más ajetreados del país. Munch maldijo en voz baja y pensó con odio en Mikkelson, pero recapacitó enseguida. La culpa no era de Mikkelson. Una investigación interna habría tenido consecuencias para la gente de casa; lo sabía muy bien, pero aun así...

Munch se sentó en un banco y encendió otro cigarrillo. Ese año la primavera había llegado pronto a Trøndelag. Algunos árboles ya tenían hojas verdes y la nieve casi había desaparecido por completo. No es que supiera mucho acerca de cuándo solía llegar la primavera a Trøndelag, pero había oído que hablaban del tema en la radio local. Había hecho una pausa con la música para escuchar las noticias. Quería saber si habían conseguido mantener el secreto o si algún imbécil de la comisaría de Grønland había revelado la historia a un periodista en busca de novedades, pero nada, afortunadamente. Nada sobre la niña pequeña que habían encontrado colgada de un árbol en el valle de Maridalen.

El teléfono había sonado una y otra vez durante todo el viaje, pero Holger no había contestado. No quería ni llamar ni enviar mensajes desde el coche. Había visto suficientes casos de gente que se había salido de la carretera o había atropellado a alguien solo por un despiste momentáneo. Además no tenía prisa. Y estaba bien eso de disfrutar de un poco de libertad. En realidad no le gustaba reconocerlo ni ante sí mismo, pero a veces su vida era demasiado intensa. El trabajo. Y los pequeños asuntos de familia. No le importaba ir a visitar a su madre en la residencia de ancianos. No le importaba ayudar a su hija con los preparativos para la boda. En todo caso, los momentos con Marion, su nieta, que acababa de cumplir seis años, no le molestaban para nada. Aun así, había algo que no iba bien.

Marianne y él. Nunca había imaginado que no iban a estar juntos siempre. Incluso ahora, diez años después, todavía tenía la sensación de que algo se había roto en él, algo que no se podía reparar.

Alejó esos pensamientos y miró el teléfono. Otras dos llamadas perdidas de Mikkelson. Sabía qué quería, no había motivos para devolverle la llamada. Otro mensaje de Miriam, su hija; breve y formal, como siempre. Algunas llamadas de Marianne, su exmujer. Mierda, se había olvidado de llamar a la residencia. Era

miércoles, a fin de cuentas. En realidad debería haber telefonado antes de subirse al coche. Encontró el número, se levantó y estiró las piernas un poco.

—Residencia de Høvikveien, Karen al habla.

—Hola, Karen. Soy Holger Munch.

—Buenas, Holger. ¿Cómo estás? —contestó la suave voz al otro lado.

Munch casi sintió cómo se le calentaban las mejillas. Se había esperado que contestara alguna de las enfermeras mayores, que era lo normal.

«Vaya, Holger, ¿un jersey nuevo?». «Vaya, Holger, ¿una nueva cazadora?». «Vaya, Holger, ¿te has recortado la barba?».

—Todo bien —contestó Munch—. Desgraciadamente, tengo que pedirte un pequeño favor.

—Pide lo que quieras, Holger —dijo por el teléfono la mujer riendo.

Se llevaban bien desde hacía unos años. Karen, una de las empleadas en la residencia en la que su madre, al principio, se había negado a vivir, pero donde ahora parecía estar a gusto.

—Miércoles otra vez —dijo Munch suspirando.

—¿No vas a poder?

—Me temo que no —contestó Munch—. Estoy fuera.

—Comprendo —dijo Karen y se rio un poco otra vez—. Voy a ver si alguien puede llevarla y si no pido un taxi.

—Lo pago yo, naturalmente —se apresuró a contestar Munch.

—Ningún problema.

—Muchas gracias, Karen.

—No hay de qué, Holger. El próximo miércoles sí que podrás, supongo.

—Creo que sí.

—Muy bien. ¿Nos veremos entonces?

—Muy posiblemente —dijo Munch con voz débil—. Muchas gracias, y dale recuerdos de mi parte.

—Lo haré.

Munch colgó y se sentó en el banco otra vez.

«¿Por qué no la invitas a salir? ¿Qué daño puede hacer eso? ¿A tomar un café? ¿A ir al cine?».

Apartó la idea de su cabeza rápidamente cuando llegó un nuevo mensaje de móvil. Había estado en contra de todo eso, de los nuevos teléfonos en los que todo se concentraba en un único dispositivo. ¿Nunca le dejarían en paz? Aunque justo ahora no le venía mal. Sonrió cuando abrió el mensaje y descubrió una nueva tarea enviada por Yuri, un ruso que había conocido en internet hacía unos años. En el foro de math2.org, todos los friquis del mundo reunidos en un único lugar. Yuri era un profesor de Minsk que tenía sesenta y pico años. No lo consideraba un amigo, porque a fin de cuentas nunca se habían visto, pero por lo menos habían intercambiado sus direcciones de e-mail y habían mantenido contacto esporádicamente. Algunos

debates sobre ajedrez y de vez en cuando un poco de ejercicio para el cerebro, como ahora.

El agua entra en un tanque. Por cada minuto que pasa se dobla la cantidad. En una hora el tanque se ha llenado. ¿Cuánto tiempo tarda en llenarse hasta la mitad?

Y.

Munch encendió otro cigarrillo y pensó un poco antes de dar con la respuesta. Divertido. Yuri le caía bien. Una vez había sopesado la posibilidad de ir a verlo. ¿Por qué no? Nunca había estado en Rusia, ¿por qué no iba a quedar con la gente que había conocido en internet? Ya tenía varios conocidos en la red: mrmischigan40 de Estados Unidos, margrete\_08 de Suecia, Birrrdman de Sudáfrica. Friquis del ajedrez y de las matemáticas, pero en primer lugar eran personas, igual que él, así que ¿por qué no? Eso de dar una vuelta y conocer a gente nueva no podía ser tan malo. No era tan mayor, después de todo. ¿Y cuándo había sido la última vez que había viajado a algún sitio? Vio su imagen reflejada en el teléfono y lo puso sobre el banco delante de sí.

Cincuenta y cuatro años. No le parecía la edad que le correspondía. Se sentía mucho mayor. Había envejecido diez años aquel día que Marianne le contó lo del profesor de Hurum. Había intentado mantener la calma. En realidad, en su interior lo había sospechado. Las largas horas en el trabajo y su ensimismamiento las pocas veces que estaba en casa. Al final tendría consecuencias, pero ¿en aquel momento y de aquella manera? Ella estaba totalmente tranquila, como si ya llevase un tiempo preparando lo que iba a decir. Se habían conocido en un curso. Luego habían mantenido el contacto. Habían empezado a sentir algo el uno por el otro. Se habían visto unas cuantas veces en secreto, pero ella ya no quería tener una doble vida. Munch no había conseguido mantener la calma después de todo. Él, que nunca había levantado la mano a nadie. Habló en voz alta y tiró el plato de la cena a la pared. Le gritó y la persiguió por la casa. Todavía se avergonzaba de aquello. Miriam había bajado de su habitación, llorando. Entonces tenía quince años; ahora tenía veinticinco y estaba a punto de casarse. Tenía quince años y se puso del lado de su madre. No era de extrañar. ¿Cuánto tiempo había pasado él en casa, con cualquiera de las dos, durante aquellos años?

Le costaba un poco contestar al mensaje de Miriam; era breve y frío, una especie de símbolo de cómo era y había sido su relación. Otra preocupación más, como si no fuera suficiente con la carpeta que tenía en el coche.

¿Podrías poner unos miles más? Hemos decidido invitar a los sobrinos.

M.

La boda. «Por supuesto», contestó, y añadió un emoticono sonriente, pero luego lo quitó. Envió el mensaje pensando en Marion, su nieta. Miriam, después del parto, le había dicho literalmente que no estaba segura de que él se mereciera tener contacto



con la pequeña. Afortunadamente había cambiado de idea. Ahora eran los momentos que más le gustaban. Las horas con la maravillosa y sincera Marion, una luz en el día a día que, para ser sincero, había sido bastante oscuro desde la vuelta a Hønefoss.

Había permitido que Marianne se quedara con la casa después del divorcio. Le había parecido lo correcto. De esa manera, Miriam no tenía que irse a vivir lejos de sus amigos y el balonmano. Él se había comprado un apartamento en Bislett, ni demasiado lejos ni demasiado cerca del trabajo. No había vendido el apartamento después del traslado y ahora vivía en una habitación alquilada en la calle Ringveien, no muy lejos de la comisaría de Hønefoss. Todavía tenía sus cosas guardadas en cajas. No había llevado muchas, porque había confiado en un rápido regreso a la capital una vez que se olvidaran del asunto; pero ahora, casi dos años más tarde, seguía en el mismo lugar y todavía no había desempaquetado sus cosas. No se sentía en casa en ninguno de los dos sitios.

«Deja de compadecerte. Hay gente que está mucho peor que tú».

Munch apagó la colilla y pensó en la carpeta del coche. Una niña de seis años había sido encontrada casualmente, por un excursionista, colgada de un árbol en el valle de Maridalen. Hacía tiempo que no veía nada parecido. No le extrañaba que la gente de Grønland estuviera nerviosa.

Volvió a coger el teléfono y envió un mensaje a Yuri con la respuesta:

59 minutos ;)  
H. M.

A Munch no le gustaba reconocerlo, pero la carpeta que llevaba en el asiento delantero la daba verdaderos escalofríos. Arrancó el coche, volvió a la carretera nacional y continuó el viaje hacia el este, rumbo a Hitra.

El hombre del tatuaje del águila en el cuello se había puesto un jersey de cuello de cisne para taparlo. En otro tiempo le había gustado la estación central de Oslo. La aglomeración de gente era perfecta para un hombre con su profesión, pero ahora había tantas cámaras por todas partes que ya casi era imposible pasar desapercibido. Hacía tiempo que había empezado a quedar y a realizar sus transacciones en otros sitios —salas de cine, restaurantes de kebab, lugares donde no era tan fácil que lo descubrieran— cuando eran de mayor envergadura, lo cual raras veces ocurría. Ya no operaba a una escala tan grande, pero aun así siempre era mejor actuar con cautela.

El hombre del tatuaje del águila se caló mejor el sombrero y entró en la estación. Él no había elegido el lugar, pero la cantidad de dinero de la que estaban hablando era lo suficientemente grande como para obedecer órdenes. No sabía cómo lo había localizado el cliente. Un día simplemente había recibido un MMS con una imagen, una misión y una suma. Y él había hecho lo de siempre: había aceptado sin hacer preguntas. La misión era extraña, sin lugar a dudas; nunca había estado involucrado en nada parecido. Sin embargo, durante todos estos años había aprendido a no hacer preguntas, se limitaba a actuar y a cobrar. Así era como había sobrevivido y esa era la razón por la que todavía tenía credibilidad en los bajos fondos. Las misiones eran cada vez más escasas y las cantidades disminuían, pero de vez en cuando le salía algo gordo y se le presentaba la posibilidad de ganar algo de dinero. Como esto. Era una petición absurda —sí, muy extraña—, pero se pagaba bien y ahora tocaba cobrar.

Llevaba americana y unos pantalones elegantes, zapatos relucientes, un portafolios, jersey de cuello alto e incluso se había puesto unas gafas sin graduar. El hombre del tatuaje del águila parecía lo opuesto a sí mismo, pero esa, precisamente, era su intención. En su profesión también era imposible predecir cuándo la policía podría revisar todas las grabaciones de la videovigilancia, así que era mejor tomar precauciones. Parecía un contable o un hombre de negocios cualquiera. Podría resultar difícil creerlo, pero el hombre del tatuaje del águila en el cuello era bastante vanidoso. No le gustaba parecer un pijo, alguien de la élite. Prefería su aspecto desaliñado y duro, los tatuajes y la chupa de cuero. Estos desagradables pantalones le apretaban mientras andaba y le hacían sentirse como un idiota. La ajustada americana y los estúpidos zapatos de cuero marrones. En fin, la suma que le esperaba en una de las taquillas lo merecía. Sin lugar a dudas. Llevaba algún tiempo sin un duro y necesitaba el dinero. Se correría una juerga, eso era lo que iba a hacer. Sonrió levemente detrás de las incómodas gafas y atravesó el edificio de la estación con calma y precaución.

El primer mensaje lo había recibido hacía más o menos un año y después habían llegado más. Un MMS con una imagen y una suma. En un primer momento pensó que podía tratarse de una broma, porque la petición era muy especial y extraña. Aun

así, lo había llevado a cabo. Y le habían pagado. La siguiente vez también. Y la siguiente. En esas condiciones, le daba igual que fueran asuntos raros.

Se detuvo en el quiosco de Narvesen y compró un periódico y una cajetilla de cigarrillos. Era un día normal y él volvía a casa después de trabajar.

No había nada raro en este contable. Se metió el periódico bajo el brazo y continuó hacia las taquillas. Se paró en la entrada y envió el mensaje de texto:

Ya estoy.

Esperó la respuesta. Llegó casi enseguida, como de costumbre. El número de la taquilla y el código para abrirla aparecieron en su móvil. Miró cautelosamente a su alrededor un par de veces antes de dirigirse a las taquillas para buscar la señalada. Por lo menos eso era una ventaja de la estación central de Oslo. Ya no hacía falta andar con todas esas llaves que debían cambiar de manos en callejuelas o a escondidas. Ahora lo único que hacía falta era un código. El hombre del tatuaje del águila introdujo los números y oyó el clic cuando la taquilla se abrió. El mismo sobre marrón de siempre. Sacó el sobre de la taquilla y esta vez intentó no mirar a su alrededor, con todas esas cámaras que estaban por todas partes había que actuar sin levantar la más mínima sospecha. Abrió el portafolios y metió rápidamente el sobre en él. Comprobó con una sonrisa en los labios que esta vez el sobre era mucho más abultado. La última misión. Ya era hora de terminar por fin. Se alejó de las taquillas, subió las escaleras, atravesó la estación, entró en el Burger King y se encerró en el baño. Abrió el portafolios y sacó el sobre, ya no podía aguantarse más. Esbozó una amplia sonrisa al ver lo que contenía. No solo estaba la suma acordada en billetes de doscientos, que era lo que pedía siempre, sino que además había una pequeña bolsa de polvo blanco. El hombre del tatuaje del águila abrió la bolsita transparente y probó el contenido con cautela. La sonrisa se hizo aún más amplia. No tenía ni idea de quién empleaba sus servicios, pero esa persona evidentemente disponía tanto de contactos como de información. Cualquiera que le conociera sabía que el polvo blanco le gustaba mucho.

Sacó el teléfono y envió la respuesta, como siempre:

Vale. Gracias.

Normalmente no solía enviar la palabra «gracias», porque era un asunto de negocios, nada personal; pero esta vez no pudo evitar agradecer el contenido del sobre, además con suplemento y todo. Pasaron unos segundos antes de que llegara la respuesta:

Disfrútalo.

El hombre del tatuaje del águila en el cuello sonrió mientras devolvía el sobre y la

bolsita al portafolios. Luego se encaminó de nuevo a la sala de llegadas.

Mia Krüger estaba sentada sobre la desnuda roca con un gorro blanco calado sobre el largo pelo, negro como el azabache, y una manta alrededor del cuerpo. Era mediodía. En la farmacia había oído decir a alguien que la primavera había llegado pronto a Trøndelag ese año, pero Mia Krüger casi siempre tenía frío y no había notado el supuesto calor.

Faltaban seis días. Seis cuadrados en el calendario de la cocina y se sentía expectante.

«La muerte no es tan mala».

La había llenado cada vez más en los últimos días. La calma. La tranquilidad de saber que enseguida iba a poder olvidarse de todo. Encontró un par de pastillas en el bolsillo del anorak y se las tragó con la ayuda del contenido de una botella que se había llevado. Mia sonrió para sí y miró hacia el mar. Un pesquero pasó cerca del horizonte. El sol de abril coloreó el cielo y el agua centelleaba al pie de las rocas. Había pensado mucho a lo largo de los últimos días. En sus seres más cercanos, o más bien los que en otro tiempo lo habían sido. Ahora solo quedaba ella y en breve tampoco estaría. En este planeta. «En esta realidad», como habría dicho su abuela. Mia sonrió y bebió otro sorbo de la botella.

Sigrid siempre había sido la predilecta de todo el mundo. Sigrid, con el pelo largo y rubio. Muy buena estudiante. Tocaba la flauta travesera, jugaba al balonmano y era muy sociable. A Mia nunca le había molestado que Sigrid recibiera toda la atención. Sigrid nunca lo usaba para fines malos: nunca decía nada malo a nadie ni hablaba mal de nadie. Sigrid era simplemente la fantástica Sigrid. A pesar de todo, Mia se había sentido muy bien las veces que su abuela la abrazaba y le decía que era especial.

«Eres muy especial, ¿lo sabes? Los otros niños también lo son, pero ¿sabes qué, Mia? Tú eres capaz de ver cosas que los demás no captan del todo».

Aunque en realidad no era su verdadera abuela, siempre había tenido la sensación de que había algo especial que las unía. Un lazo, algún parentesco. Tal vez porque se parecían físicamente. Quizá porque trataba a Mia casi como si fuera una amiga, como otra persona culpable de ser diferente. Su abuela siempre le había confiado a Mia todo tipo de detalles sobre su vida, no había tenido reparos en contarle todo. Le había dicho que había estado con muchos hombres y que no había que tenerles tanto miedo, ya que en realidad no eran más que unos conejitos inofensivos. También le había dicho que era capaz de predecir el futuro y que había más realidades aparte de esta, así que no había que tener tanto miedo a la muerte.

—Es el cristianismo —le había dicho su abuela— el que ha inventado eso de que la muerte es algo negativo, para que temamos a su dios. La muerte es el infierno o el cielo, o por lo menos el fin de todo, según dicen, pero ¿sabes qué, Mia? Tu abuela no está tan segura de que la muerte sea el fin de todo. Yo por lo menos no le tengo

miedo.

En Åsgårdstrand, las malas lenguas decían que su abuela era una bruja, pero eso no era algo que la preocupara demasiado. A Mia no le sorprendía que la gente afirmara tal cosa, con ese salvaje cabello canoso que caía sobre sus ojos brillantes de color negro azulado. Su abuela no era como los demás. Hablaba en voz alta en el supermercado, de las cosas más extrañas, y a menudo se pasaba toda la noche en el jardín contemplando la luna con una sonrisa en los labios. Sabía cosas que los adultos seguramente calificarían de brujería y había congeniado con Mia, casi como si fuera su aprendiz.

Mia se sentía afortunada. Había crecido en un entorno protegido. Con una buena madre y un padre fantástico, y su abuela vivía a tan solo un par de puertas de distancia. Una abuela que había visto algo en ella, había visto quién era, le había dicho que era especial.

«Hay que andar ligera de pies. Recuérdalo, Mia, ligera de pies».

Fueron las últimas palabras de su abuela en el lecho de muerte, acompañadas de un guiño a su amiga especial. Mia alzó la botella hacia el cielo.

«La muerte no es mala. Faltan seis días».

Las pastillas que había sacado del anorak la adormilaban. Mia Krüger se tomó otras dos y se tumbó boca arriba sobre las rocas.

«Mia, eres muy especial. ¿Lo sabías?».

¿Podía ser esa la razón por la que había decidido estudiar para policía? ¿Para hacer algo completamente diferente? Los últimos días también había estado pensando en eso. ¿Por qué había tomado esa decisión? Ya no podía encajar todas las piezas del puzle. El tiempo había cambiado y su cabeza no funcionaba como debía. Sigrid ya no era la pequeña y rubia Sigrid, sino Sigrid la drogadicta, atormentada por las pesadillas. Su madre y su padre estaban muertos, se habían alejado del mundo, el uno del otro, de ella. Mia había ido a vivir a la ciudad, había intentado estudiar un par de asignaturas en la universidad, pero sin entusiasmo; ni siquiera había tenido fuerzas para presentarse al examen. ¿Tal vez la academia de policía era la que la había elegido a ella? ¿Para limpiar el mundo de gente como Markus Skog?

Mia se levantó y comenzó a bajar, torpemente, hacia el embarcadero. Vació la botella y se la metió en el bolsillo del anorak. Encontró un par de pastillas más, se las tragó sin la ayuda de ningún líquido. Las gaviotas la habían abandonado por los barcos pesqueros y el único ruido que se oía era el suave chapoteo de las olas golpeando contra las rocas lisas.

Le había disparado.

A Markus Skog.

Dos veces. En pleno pecho.

Había sido una casualidad. Habían acudido allí por otra razón. Una niña había desaparecido y habían llamado a la Unidad de Operaciones Especiales solo para que olfatearan y echaran un vistazo, según les había explicado Holger.

—Mia, ahora no tenemos nada mejor que hacer. Demos una vuelta y olfateemos un poco.

Holger Munch. Mia Krüger pensó con cariño en su antiguo colega y se sentó en el borde del embarcadero con los pies colgando. Todo había sido muy extraño. Había quitado la vida a otro ser humano, pero no sentía cargo de conciencia. Se sentía más culpable por todo lo que había sucedido después. Todo lo que escribieron en los periódicos y el follón que hubo en Grønland.

Holger Munch era quien dirigía la unidad. Él, que la había elegido ya cuando estaba en la academia de policía, fue trasladado y la Unidad de Operaciones Especiales fue desmantelada. Eso Mia lo sentía muy dentro de sí, eso le dolía, eso de que Holger hubiera tenido que sufrir las consecuencias de algo que había hecho ella. Pero no se arrepentía de haber matado al tipo, por extraño que pudiera parecer. Habían seguido una pista que les había llevado a Tryvann, algo de un drogadicto o un hippie, porque a la gente a menudo le costaba diferenciar entre ambos conceptos cuando llamaba para denunciar algo. En todo caso, alguien había aparcado una caravana por allí cerca y estaban bebiendo y montando jaleo. Holger pensó que podían acercarse a buscar a la chavala que había desaparecido. Lo cierto es que habían encontrado a una chica con la mirada perdida; no la que había desaparecido, sino otra, una que se había metido un chute en aquella insalubre caravana. Junto a ella, como salido de la nada, estaba Markus Skog. Tal y como la investigación interna de la policía había sentenciado, Mia había «actuado irresponsablemente con una violencia desproporcionada».

Mia negó con la cabeza recordando su propia falta de ética. Holger Munch la había apoyado afirmando que Skog la había atacado, porque lo cierto es que había un cuchillo y un hacha, pero Mia, naturalmente, sabía lo que había pasado. Había recibido la formación necesaria para defenderse con facilidad de un ataque con un cuchillo o un hacha realizado por un drogata delgado. Podía haberle disparado en un pie. O en el brazo. Pero no lo había hecho, lo había matado. Simplemente un arrebato de odio durante el cual el resto del mundo desapareció. Dos balazos en pleno pecho.

Si no fuera por Holger Munch, estaría en la cárcel. Mia sacó la botella vacía del interior del anorak, lamió las últimas gotas y la levantó una vez más hacia el cielo. Ya todo daba igual. Todo había terminado.

«Por fin. Faltan seis días».

Dobló las piernas, se recostó, apoyó la mejilla sobre las rugosas tablas del embarcadero y cerró los ojos.

Tobias Iversen tapó los oídos a su hermano pequeño para que no oyera la discusión en la planta de abajo. Solía empezar a esas horas del día, cuando su madre volvía del trabajo y descubría que su padrastro no había hecho lo que tenía que hacer. Preparar la comida a los chicos. Recoger la casa un poco. Encontrar un trabajo. Tobias no quería que su hermano lo oyera y se había inventado un juego.

—Yo te tapo los oídos y tú me dices lo que ves en el interior de tu cabeza, ¿vale?

—Un camión rojo con llamas por fuera —dijo su hermano con una sonrisa.

Tobias asintió con la cabeza, devolviéndole la sonrisa una vez más.

—Un caballero luchando contra un dragón —dijo riendo su hermano.

Tobias volvió a asentir con la cabeza.

El volumen de la discusión de la planta de abajo aumentó. Voces agitadas que trepaban y atravesaban las paredes, entrando bajo su piel. Tobias no soportaba lo que sucedería en breve, las cosas arrojadas contra la pared, las voces que se convertían en gritos o tal vez cosas peores, así que decidió llevarse a su hermano fuera. Puso la mano sobre la boca del niño y le susurró al oído:

—¿Quieres salir a cazar búfalos?

Su hermano pequeño sonrió y asintió con la cabeza, excitado. Cazar búfalos. Correr por el bosque como un indio. Eso sí era lo que quería hacer. No había muchos más niños por allí, así que Tobias y su hermano estaban acostumbrados a jugar juntos, aunque Tobias tenía trece años y su hermano pequeño tan solo siete. Como no se podía estar mucho en casa, pasaban bastante tiempo fuera.

Tobias ayudó a su hermano pequeño a ponerse la cazadora y los zapatos, canturreó un poco y pisó con fuerza los escalones de la parte trasera de la casa al salir. Su hermano pequeño lo miró con los ojos desorbitados, que era como solía mirarlo. Estaba acostumbrado a que su hermano mayor bromeara con él haciendo todo tipo de ruidos fuertes y extraños. Le parecía divertido. Era feliz con su hermano, le encantaba participar en todas esas aventuras fascinantes y extrañas que se inventaba.

Tobias entró en la leñera, sacó una cuerda fina y un cuchillo, y animó a su hermano a que corriera en dirección al bosque que estaba delante de ellos. Tenían un lugar secreto, así que no era peligroso: su hermano podía correr a su aire todo lo que quisiera. Había un claro entre los abetos donde habían construido una pequeña cabaña improvisada, un pequeño hogar fuera de casa.

Cuando llegó a la cabaña, su hermano ya se había sentado sobre el viejo colchón y había encontrado un cómic. Estaba absorto con los dibujos y todas esas nuevas letras y palabras fascinantes que por fin, después de mucho trabajo, tanto en el colegio como en casa con su hermano mayor, estaba empezando a comprender.

Tobias sacó el cuchillo y eligió un sargatillo adecuado. Cortó el tronco junto a la



raíz y peló la corteza en el centro. Sería la empuñadura. Se agarraba mejor así, sin corteza, una vez que la madera se secaba un poco. Dobló la vara sobre las rodillas y fijó la cuerda en los dos extremos. Ya tenía un nuevo arco. Puso el arco sobre el suelo y fue en busca de material adecuado para las flechas. No tenía por qué ser sargatillo, en realidad valía casi cualquier rama, excepto las de abeto. Las ramitas de los abetos eran demasiado débiles. Volvió con unas ramas rectas y finas, y se puso a quitarles la corteza. Poco después había cuatro flechas nuevas junto al tocón en el que estaba sentado.

—Tobias, ¿qué pone aquí? —dijo su hermano menor saliendo de la cabaña con la revista en la mano.

—Criptonita —contestó Tobias.

—Superman no lo soporta —comentó el niño.

—Eso es —dijo Tobias y le limpió a su hermano un moco de la nariz con la manga del jersey—. ¿Qué te parece esto?

Tobias se levantó y apoyó una flecha contra la cuerda. Tensó el arco y disparó la flecha entre las ramas de los árboles.

—¡Fantástico! —exclamó su hermano—. ¿Me haces uno a mí también?

—Este es para ti —dijo Tobias guiñándole un ojo.

Su hermano se ruborizó y lo miró agradecido. Tensó el nuevo arco como buenamente pudo y consiguió hacer volar la flecha algunos metros.

Miró a Tobias, quien asintió con la cabeza para confirmar que había sido un buen tiro, y se marchó en busca de la flecha.

—¿Vamos a disparar a las chicas cristianas? —dijo su hermano pequeño cuando volvió.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tobias un poco sorprendido.

—Las chicas cristianas que han ido a vivir a la casa del bosque. ¿Vamos a dispararlas?

—No se puede disparar a la gente —afirmó Tobias mientras agarraba a su hermano pequeño del brazo con cierta firmeza—. ¿Y qué sabes tú de las chicas cristianas?

—Lo han dicho en el colegio —dijo el pequeño—. Que ahora viven unas chicas cristianas en nuestro bosque y que comen carne humana.

Tobias sonrió un poco para sí.

—Es cierto que ha ido a vivir gente nueva al bosque —dijo con una sonrisa—, pero no son peligrosos y en cualquier caso no comen carne humana.

—¿Y por qué no van a nuestro colegio? —preguntó su hermano con los ojos como platos—. Si viven aquí...

—No estoy seguro —contestó Tobias—. Creo que tienen su propio colegio.

El pequeño se puso serio.

—Será muy bueno y por eso no quieren ir al nuestro.

—Probablemente. —Tobias le guiñó un ojo—. Bien, ¿quieres ir a cazar búfalos o

no? —Pasó una mano por el pelo de su hermano pequeño—. ¿Subimos al lago?

—Probablemente —asintió el pequeño, que deseaba parecerse a su hermano—, probablemente quiero ir.

—Entonces, será el lago. ¿Puedes ir a buscar la flecha que he disparado antes? ¿Crees que la encontrarás?

El niño asintió con la cabeza.

—Probablemente la encontraré —dijo con una sonrisa de sabiondo y echó a correr entre los árboles.

Holger Munch no se encontraba del todo bien. Estaba sentado en la pequeña lancha motora que había salido de Hitra rumbo a una isla aún más pequeña, a poca distancia de la costa. No estaba mareado, no, a Holger Munch le encantaba navegar; pero acababa de hablar con Mikkelson por teléfono. Esta vez Mikkelson había sido muy amable, nada que ver con su habitual actitud irascible. Casi le había parecido humilde: le había deseado suerte a Munch, le había dicho que esperaba que diera lo mejor de sí. Había afirmado que ahora era importante que el cuerpo de policía estuviera unido y un montón más de clichés sentimentales. No parecía Mikkelson para nada y a Munch eso no le gustaba. Era más que evidente que algo había pasado. Algo que Mikkelson no quería compartir con Munch.

Munch se abrochó mejor la cazadora y trató de encender un cigarrillo mientras la lancha avanzaba lentamente mar adentro. El joven con el pelo enmarañado que pilotaba la nave no era policía, sino un voluntario de algún tipo. La razón por la que no había podido llevar a Munch en la barca hasta las dos de la tarde seguía siendo un misterio, pero Munch no había tenido ganas de preguntar sobre ese asunto. Se había limitado a saludar brevemente en el embarcadero y a preguntarle si sabía dónde estaba la isla. El joven con el pelo enmarañado había asentido con la cabeza y había señalado con el dedo. Se tardaba solo quince minutos en llegar. Era la antigua casa de Rigmor, que había vivido allí con su hijo, pero el hijo se había ido a Australia, por una mujer según parecía, y Rigmor no había tenido más remedio que irse a vivir a la isla principal. Había vendido la casa a alguien del este del país, una chica; nadie sabía mucho sobre ella. Se la había visto dirigiéndose a Fillan un par de veces. Era una chica guapa, de unos treinta años, tenía el pelo negro y largo y siempre llevaba gafas de sol. ¿Era allí adonde se dirigía? ¿Había pasado algo?

El joven gritó las últimas preguntas para imponerse al ruido del motor de la lancha motora, pero Holger Munch, que no había soltado ni una palabra desde que había llegado al embarcadero, no contestó. Dejó hablar al chico mientras intentaba, por tercera vez, proteger el cigarrillo del viento con la mano para poder encenderlo, pero no tuvo éxito.

Mientras se acercaban a la isla, el leve mareo que había sentido tras la conversación con Mikkelson fue desapareciendo. En breve volvería a ver a Mia. La había echado de menos. Llevaba casi un año sin verla. En el hospital de recuperación. O el loquero o como quisieran llamarlo ahora. No era la misma, apenas había conseguido establecer contacto con ella. Había intentado localizarla un par de veces después, tanto por teléfono como por e-mail, pero no había contestado. Ahora que veía la isla pequeña y bonita delante de él comprendió por qué. No quería hablar con nadie. Quería estar sola.

La lancha motora arribó a un pequeño embarcadero y Munch bajó a tierra. No era

tan fácil como hacía diez años, pero tampoco estaba tan en mala forma como la gente insinuaba por ahí.

—¿Te espero o prefieres llamarme cuando quieras que te recoja? —preguntó el joven con el pelo enmarañado confiando en poder quedarse y ver algo emocionante. No debían de pasar muchas cosas emocionantes en esa parte del mundo.

—Te llamaré —dijo Munch lacónicamente y se llevó la mano a la frente en un saludo de despedida.

Se dio la vuelta y miró hacia la casa. Se quedó así durante un rato, mientras oía cómo la lancha se alejaba por el mar detrás de él. Era un lugar bonito. Mia tenía buen gusto, estaba claro. Había elegido el lugar perfecto para esconderse. Una isla solo para ella, casi en el extremo del archipiélago. Desde el embarcadero había un pequeño sendero que subía a una idílica casita blanca. Munch no era un experto, pero parecía que la casa había sido construida en los años cincuenta, podría haber sido una cabaña que posteriormente fuera reformada como casa. Mia Krüger. Tenía ganas de verla.

Se acordaba de la primera vez que la había visto. Poco después de que se creara la Unidad de Operaciones Especiales. Magnar Yttre, un viejo colega que ahora era rector de la Academia de Policía, le había pasado un número de teléfono. Llevaban varios años sin hablarse, pero su viejo colega Yttre no había perdido el tiempo con cortesías.

—Creo que he encontrado una candidata para ti —había dicho con un tono casi orgulloso, como un niño cuando enseña un dibujo a sus padres.

—Hola, Magnar. ¡Cuánto tiempo! ¿Qué es lo que tienes?

—He encontrado una candidata para ti. Deberías ir a verla.

Yttre había hablado tan rápido que Munch no se había quedado con todos los detalles, pero a grandes rasgos la historia se podía resumir de la siguiente manera: en el segundo curso de la Academia, los estudiantes debían someterse a un test desarrollado por los investigadores del Instituto de Psicología de la UCLA, de Los Ángeles. El test, que tenía una denominación clínica que Munch no recordaba, consistía en enseñar una foto de una víctima de un homicidio junto con varias imágenes del lugar del crimen. La tarea de los estudiantes consistía en hablar libremente sobre las imágenes para averiguar en qué se fijaban, qué pensaban. Se les presentaba el test de manera muy informal, casi como un juego, para que los estudiantes no sintieran ningún tipo de presión ni fueran conscientes de que estaban participando en algo importante.

—No llevo la cuenta de la cantidad de gente que ha hecho el test, pero nunca hemos visto un resultado como este. Esta chica es un caso muy especial —explicó Yttre, todavía con un tono de voz orgulloso y excitado.

Holger Munch había quedado con ella en una cafetería, una reunión informal cerca de la comisaría. Mia Krüger. Veintipocos años, llevaba un jersey blanco y un pantalón negro ajustado, el pelo oscuro cortado de manera un poco desigual y tenía

los ojos azules más claros que jamás había visto. Se había quedado prendado de ella desde el primer momento. Por cómo se movía y hablaba. Por cómo sus ojos respondían a las preguntas que él le planteaba.

Parecía que sabía que había venido a ponerla a prueba, pero aun así lo único que hizo fue contestar a sus preguntas educadamente con un leve brillo en los ojos. «¿Acaso crees que soy boba?».

Había ido a recogerla a la Academia un par de semanas más tarde, con un permiso del orgulloso Yttre, que se había ocupado de todo el papeleo. No hacía falta perder más tiempo en el pupitre. Esa chica ya estaba más que preparada.

Munch sonrió para sí y subió a la casa. La puerta estaba entreabierta, pero no había ni rastro de ella por ninguna parte.

—Hola. ¿Mia?

Llamó a la puerta y avanzó cautelosamente un par de pasos por la entrada. De repente se le ocurrió que, a pesar de haber trabajado con ella durante muchos años y, hasta cierto punto, considerarse un amigo cercano, nunca había estado en su casa. De pronto se sintió como un intruso y se quedó un rato en la entrada antes de dar otro par de pasos dubitativos. Llamó a otra puerta que también estaba entreabierta y entró en el salón. No había apenas objetos de decoración. Una mesa, un viejo sofá, unas sillas de madera y una chimenea en una esquina. En realidad resultaba un poco extraño, eso no era un hogar, parecía más bien un lugar de paso. No había fotografías ni objetos personales en ningún sitio.

¿Se había equivocado? ¿No estaba allí? ¿Quizá solo había pasado un tiempo en esa casa antes de irse a otro lugar para esconderse?

—¡Hola! ¿Mia?

Munch continuó andando hasta la cocina y suspiró aliviado. Sobre la encimera, debajo de una de las ventanas, había una máquina de café, uno de esos grandes armatostes modernos que normalmente se encontraban en las cafeterías y no en una casa. Una leve sonrisa se dibujó en su cara. Ahora sabía que estaba allí. Mia Krüger no tenía muchos vicios, pero de lo que no podía prescindir era de un buen café. Holger había perdido la cuenta de las veces que Mia se había acercado a su taza de café frunciendo la nariz. «¿Cómo te puedes beber esa agua sucia?, ¿no te pones malo?».

Munch se acercó a la encimera y tocó la reluciente máquina. Estaba fría. Llevaba algún tiempo sin usarse. No tenía por qué significar nada. Todavía podía andar por aquí. Pero había algo que no encajaba. No conseguía averiguar qué era, pero había algo. No pudo resistir la tentación y empezó a mirar en los armarios y los cajones.

—¡Hola! ¿Mia? ¿Estás aquí?

Mia Krüger se despertó de repente y se incorporó en la cama.

«Hay alguien en la casa».

No sabía cómo había llegado al piso de arriba, no recordaba haberse acostado ni haberse quitado la ropa, pero daba igual. «Hay alguien en la casa». Había oído ruidos en la cocina. Botellas que caían de un armario y se rompían contra el suelo. Se levantó de la cama de un salto, se puso unos vaqueros y una camiseta, metió la mano en el cajón de la ropa interior y sacó la pistola, una pequeña Glock17. A Mia Krüger no le gustaban las pistolas, pero no era tonta. Atravesó el dormitorio de puntillas, abrió la ventana del pasillo y salió al pequeño tejado. Sintió el viento frío en los hombros desnudos y de repente se dio cuenta de que estaba despierta. Había estado muy lejos. Soñando con Sigrid. En un campo de trigo dorado. Habían atravesado el sembrado corriendo. Sigrid con el pelo ondeando a cámara lenta delante de ella.

«Ven, Mia, ven».

Mia se sacudió los últimos vestigios del sueño de encima, metió la pistola en el pantalón, saltó del tejado y aterrizó con suavidad sobre la hierba. ¿Quién cojones podría ser? ¿Aquí? ¿En su casa? No era posible estar más lejos de la civilización. Dobló la esquina sigilosamente y echó una rápida mirada por la ventana de la cabaña. Allí no había nadie. Avanzó con cautela hacia la puerta de atrás, que también tenía una ventanita. Nadie al otro lado. Abrió la puerta sigilosamente y se quedó de pie en el umbral durante unos segundos antes de entrar de puntillas, descalza, en la casa. Se detuvo al lado de la entrada a la cabaña para recuperar el aliento antes de seguir avanzando, todavía con la pistola levantada delante.

—¿Es así como saludas a un viejo amigo?

Holger Munch estaba sentado en el sofá con los pies sobre la mesa y una sonrisa en los labios.

—Jodido idiota —dijo Mia y soltó un suspiro—. Podría haberte matado.

—No, no lo creo —contestó riendo Munch mientras se levantaba del sofá—. Soy un blanco demasiado pequeño.

Se dio un golpe en la barriga con la mano riéndose un poco. Mia puso la pistola en el alféizar y le dio un abrazo a su viejo colega. Solo entonces se dio cuenta de que tenía frío —con los pies desnudos, casi sin ropa— y de que las pastillas que había tomado la noche anterior aún no habían dejado de hacer efecto. Su instinto había tomado el mando. Le había proporcionado una energía que en realidad no tenía. Se hundió en el sofá y se tapó con una manta.

—¿Estás bien?

Mia asintió con la cabeza.

—No quería asustarte. ¿Te he asustado?

—Un poco —asintió Mia.

—Perdona —se disculpó Munch—. He preparado un poco de té, ¿te apetece? Iba a hacer café, pero no sé cómo funciona esa nave espacial que tienes.

Mia sonrió. No había visto a su colega desde hacía mucho tiempo, pero el tono con el que le hablaba era el mismo.

—Me encantaría una taza de té —dijo con una sonrisa.

—Dos segundos. —Munch sonrió y desapareció en la cocina.

Mia echó un vistazo a la gruesa carpeta que estaba sobre la mesa. No tenía teléfono ni internet, ni prensa, pero no le fue difícil deducir que había pasado algo en el mundo exterior. Algo importante. Tan importante que Holger Munch había embarcado en un avión, había conducido un coche y finalmente se había subido a una lancha para buscarla.

—¿Vamos al grano o quieres conversar un poco antes?

Munch sonrió y puso la taza de té en la mesa delante de ella.

—Ya lo he dejado, Holger.

Mia negó con la cabeza y bebió un sorbo del té.

—Ya, claro, claro —dijo Munch suspirando y se sentó en una de las sillas de madera—. Por eso te estás escondiendo aquí, lo comprendo. ¿No tienes ni siquiera teléfono? Resulta un poco difícil localizarte.

—Esa era la idea, ¿sabes? —dijo Mia con sequedad.

—Lo comprendo, lo comprendo —contestó suspirando Munch—. ¿Prefieres que me largue ya?

—No, te puedes quedar un rato.

De repente, Mia se sentía cansada. Débil. Ella, que había sido tan segura y tranquila. Metió una mano en el bolsillo, pero no encontró pastillas. En realidad no quería tomar ninguna pastilla, ahora que Holger Munch estaba allí, pero le hubiera venido bien. Y también un trago.

—¿Qué me cuentas entonces? —preguntó Munch ladeando un poco la cabeza.

—¿Qué te cuento de qué?

—¿Vas a echar un vistazo o no?

Señaló con la cabeza la carpeta que estaba sobre la mesa entre ellos.

—Creo que paso —contestó Mia y se tapó mejor con la manta.

—Vale —dijo Munch y sacó su teléfono. Marcó el número del joven con el pelo enmarañado—. Soy Munch. ¿Puedes recogerme? Ya he terminado aquí.

Mia Krüger negó con la cabeza. Era el mismo Holger de siempre. Sabía perfectamente cómo conseguir lo que quería.

—Eres un idiota.

Munch tapó el móvil con la mano.

—¿Qué has dicho?

—Que sí, que vale. Echaré un vistazo rápido, pero nada más. ¿De acuerdo?

—Olvida lo que acabo de decir. Te llamo más tarde.

Munch colgó y se acercó a la mesa.

—¿Qué necesitas entonces? —preguntó poniendo la mano sobre la carpeta.

—Quiero un par de calcetines y un jersey gordo.

Lo encontrarás arriba, en mi habitación. Y quiero una copa. Hay una botella de coñac en el armario de la cocina, debajo de la encimera.

—¿Has empezado a beber? —preguntó Munch mientras se levantaba—. No es tu estilo, ¿verdad?

—Y si puedes callarte, mejor —dijo Mia y abrió la carpeta que estaba en la mesa delante de ella.

Dentro del sobre había alrededor de veinticinco fotografías y un informe pericial de la escena del crimen. Mia Krüger distribuyó las imágenes sobre la mesa.

—¿Qué piensas? ¿Cuál es tu primera impresión? —dijo Munch desde la cocina.

—Comprendo por qué has venido —respondió Mia en voz baja.

Munch volvió al salón, puso la copa en el suelo junto a ella y volvió a salir.

—Tómate el tiempo que necesites. Te traeré lo que me has pedido y después me sentaré en las rocas a ver el mar.

Mia no oyó lo que estaba diciendo. Ya se había encerrado en sí misma. Bebió un gran trago de la copa, respiró hondo y comenzó a estudiar las imágenes.



Munch estaba sentado en las rocas contemplando el sol, que se estaba poniendo en el horizonte. Creía que Hønefoss era un lugar tranquilo; no se oían apenas ruidos cuando se acostaba en su habitación por la noche, pero no era nada en comparación con esto. Esto era calma de verdad. Y belleza. Munch no había visto nada igual desde hacía mucho tiempo. Comprendía perfectamente por qué Mia había elegido este lugar. Para estar en paz. Y para respirar aire puro. Inspiró profundamente por la nariz. Era un lugar especial de verdad. Miró el reloj de su teléfono. Dos horas. Estaba tardando, pero podía tomarse el tiempo que hiciera falta. Él no tenía que ir a ningún sitio. En realidad no tenía ningún sitio adonde ir. ¿Tal vez debería quedarse aquí? ¿Hacer lo que había hecho ella? ¿Tirar el móvil y apagar el mundo? Liberarse por completo. No, estaba la pequeña Marion, no podía abandonarla. Lo otro en realidad daba igual. Pero no, ya le entraba cargo de conciencia. Le vino a la cabeza la imagen de su madre en la silla de ruedas, entrando en la reunión. Esperaba que hubiera salido bien. Era él quien tendría que haberla acompañado. Los miércoles a la parroquia. No sabía por qué ella quería ir a toda costa, nunca había sido demasiado creyente; pero no era asunto suyo. Tenía edad suficiente para decidir qué quería hacer, aunque a Munch no le gustara lo que había en el programa.

—¿Holger?

La cadena de pensamientos de Munch fue interrumpida por la voz de Mia, que venía de la casa.

—¿Ya has terminado?

—Creo que sí.

Munch se levantó rápidamente y se estiró para aliviar la rigidez de las extremidades. Se dirigió deprisa hacia la casa.

—¿Qué piensas?

—Pienso que necesitamos cenar un poco —dijo Mia—. He preparado una sopa.

Munch entró en la cabaña y volvió a sentarse en la silla de madera. Las fotografías ya no estaban sobre la mesa, sino guardadas otra vez en la carpeta.

Mia entró en la cabaña y, sin decir nada, puso un plato hondo de sopa humeante sobre la mesa delante de él. Era evidente que estaba pensando en algo, Holger reconocía aquella mirada: ella estaba ahí dentro en algún lugar de las profundidades y en realidad no quería que la molestaran. Se tomó la sopa sin mediar palabra y dejó que ella también terminara de cenar antes de carraspear discretamente, como para despertarla.

—Pauline Olsen. Es un nombre antiguo para una niña de seis años —dijo Mia.

—Line —dijo Munch.

—¿Qué?

—Le pusieron ese nombre por su abuela, pero la llamaban solo Line.

Mia Krüger lo miró con una expresión en la cara que él no fue capaz de interpretar del todo. Todavía estaba perdida dentro de sí misma.

—Line Olsen —continuó Munch—. Tenía seis años, iba a empezar el primer curso en el colegio en otoño. Un excursionista la encontró en Maridalen colgada de un árbol. No había señales de abusos sexuales. Asesinada con una sobredosis de metohexital. Un cartel colgado del cuello, de la aerolínea Norwegian: «Viajo sola». Una mochila en la espalda. La mochila estaba llena de libros. No eran los suyos; como te he dicho antes, todavía no había empezado el colegio. Estuche, regla, todos los libros forrados con papel. Todo hecho a mano, pero no hay huellas dactilares. Por alguna razón, en todos los libros estaba escrito el nombre «Rikke J. W.» en lugar del suyo. La ropa estaba limpia, recién planchada, y según la madre no era suya, todo era nuevo.

—Es una muñeca —explicó Mia.

—¿Cómo? —preguntó Munch.

Mia llenó su vaso lentamente, con ojos vidriosos. Había ido a la cocina a por la botella de coñac mientras él estaba fuera y ya la había vaciado casi.

—Es la ropa para una muñeca —continuó Mia—. Toda la vestimenta. ¿De dónde viene?

Munch se encogió de hombros en un gesto de disculpa.

—Perdona, pero no sé más de lo que viene en el informe. No me ocupo del caso.

—¿Te ha enviado Mikkelson?

Munch asintió con la cabeza.

—Habrás más —dijo Mia en voz baja.

—¿Qué quieres decir?

—Habrás más. Es solo la primera.

—¿Estás segura?

Mia le miró de una forma extraña.

—Perdona —se disculpó Munch.

—Lleva un número en la uña del dedo meñique —dijo Mia lacónicamente y sacó una de las fotografías de la carpeta. Un primer plano de la mano izquierda de la niña. La puso delante de Munch y señaló con el dedo—. ¿Lo ves? Tiene un número escrito en la uña del dedo meñique izquierdo. Puede parecer una raya, pero no lo es. Es un número, un uno. Habrás más.

Munch se rascó la barba. A él le parecía una pequeña raya sin importancia y también figuraba en el informe, pero no dijo nada.

—¿Cuántas? —preguntó y esperó a que hablara.

—Tal vez el número de dedos.

—¿Diez?

—A saber. Quizá.

—Entonces, ¿estás segura? De que habrá más, quiero decir.

Mia lo miró otra vez como si fuera tonto y bebió otro trago de la copa.

—Es algo clínico. El asesino se ha tomado su tiempo. Aunque no estoy del todo segura de que sea un hombre. A ver, sí que puede serlo, pero en tal caso no es..., en fin...

—¿Qué?

—No sé. Normal. Si es un hombre, no es normal.

—¿Te refieres a su orientación sexual?

—No encaja del todo, pero sí encaja, no sé si me entiendes. O sí que encaja perfectamente, pero le falta algo. Hay algo que no encaja, pero aun así encaja del todo. De alguna manera.

Mia lo había vuelto a abandonar, ya no estaba en la habitación sino en su propia cabeza. Munch la dejó seguir sin interrumpirla.

—¿Qué es el metohexital?

Munch abrió la carpeta y hojeó el informe pericial de la escena del crimen durante un rato antes de encontrar la respuesta. Ella no lo había leído, claro. Solo había mirado las imágenes, como siempre.

—Se comercializa con el nombre de Brevital Sodium. Es un anestésico. Lo utilizan los anestesistas.

—Anestésico —dijo Mia y desapareció dentro de sí otra vez.

Munch tenía unas enormes ganas de fumar un cigarrillo, pero se quedó sentado. No quería fumar dentro de la casa, pero tampoco quería dejarla sola. Ahora no.

—No quería hacerle daño —dijo ella de repente.

—¿Qué quieres decir?

—El asesino no quería hacerle daño. La puso guapa, la lavó. Un anestésico. No quería que sufriera. Le gustaba.

—¿Le gustaba?

Mia Krüger asintió con la cabeza silenciosamente.

—¿Por qué la colgó con una cuerda de saltar?

—Porque iba a empezar el primer curso en el colegio.

—¿Por qué la mochila y los libros?

Lo miró como si fuera tonto.

—La misma respuesta.

—¿Por qué pone «Rikke J. W.» en lugar de «Pauline» en sus libros?

—No lo sé —dijo Mia y soltó un suspiro—. Eso es lo que no encaja. Todo lo demás sí, pero justo eso no encaja. ¿No estás de acuerdo?

Munch no contestó.

—La etiqueta bordada en la parte trasera del vestido. «M 10:14». Eso sí que encaja —continuó Mia.

—¿Marcos 10:14, de la Biblia? ¿«Dejad que los niños se acerquen a mí»?

Munch se había quedado con ese detalle del informe, que en realidad era bastante riguroso, pero el significado de la raya de la uña era algo que se les había pasado.

Mia asintió con la cabeza.

—Pero no es tan importante. «M 10:14». No es más que un juego. Hay algo que es más importante.

—¿Más que el nombre en los libros?

—No lo sé —dijo Mia.

—Mikkelson quiere que vuelvas.

—¿Para este caso?

—No, que vuelvas.

—Olvidalo. No volveré.

—¿Estás segura?

—¡No volveré! —exclamó de repente—. ¿No me has oído? No volveré allí.

Munch nunca la había visto así. Estaba temblando, casi a punto de llorar. Se levantó y se acercó al sofá. Se sentó a su lado y puso el brazo alrededor de sus hombros. Abrazó su cabeza y le pasó la mano por el pelo.

—De acuerdo, Mia. Dejémoslo. Un millón de gracias.

Mia no contestó. Holger sintió cómo el delgado cuerpo temblaba bajo su brazo. No parecía la misma para nada. Lo dicho, nunca la había visto así antes. La ayudó a levantarse y a subir las escaleras. La acompañó a la habitación, hasta la cama, y la tapó con el edredón.

—¿Quieres que me quede esta noche? ¿Aquí sentado? ¿Que duerma en el sofá de abajo? ¿Que te prepare el desayuno? Podría intentar poner en marcha la nave espacial y despertarte con una taza de café.

Mia Krüger no contestó. La chica guapa que le caía tan bien estaba inerte bajo el edredón. Holger Munch se sentó en una silla junto a la cama y unos minutos más tarde oyó cómo su pesada respiración entraba en un ritmo más pausado. Ya estaba dormida.

«Mia. ¿Era ella?».

La había visto cansada y deprimida antes, pero nunca de esta manera. Esto era algo completamente diferente. La miró con cariño, la arropó mejor para que no pasara frío y bajó las escaleras. Encontró el sendero que llevaba al embarcadero y sacó el teléfono del bolsillo de la cazadora.

—Mikkelson.

—Soy Munch.

—Dime.

—No se apunta.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—Joder —se oyó al final—. ¿Te ha dicho algo útil? ¿Algo que se nos haya pasado?

—Habrá más.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que te he dicho, habrá más. Tiene un número escrito en la uña del dedo meñique. No os habíais dado cuenta.

—Mierda —dijo Mikkelson y se calló un rato otra vez.

—¿Hay algo que no me has contado? —preguntó Munch al final.

—Será mejor que vuelvas —dijo Mikkelson.

—Me quedaré aquí hasta mañana. Me necesita.

—No me refiero a eso, sino a volver de verdad.

—¿Volver a poner en marcha la unidad?

—Sí, puedes presentarte aquí y ya está. Mañana haré unas llamadas.

—Vale, nos veremos mañana por la noche —contestó Munch.

—Genial —dijo Mikkelson y se quedó callado otra vez.

—No. Mia no vendrá —dijo Munch contestando a la pregunta que flotaba en el aire.

—¿Estás seguro?

—Completamente —contestó Munch—. ¿La calle Mariboegate?, ¿las mismas oficinas?

—Ya está organizado —dijo Mikkelson—. La unidad ya está en marcha de manera extraoficial. Elegirás tu equipo cuando vengas.

—Vale —contestó Munch y colgó rápidamente.

Sintió alegría, pero no quería que Mikkelson lo supiera. Volvería a su auténtica casa. A Oslo. La unidad estaba en marcha otra vez. Había recuperado su puesto de trabajo, pero, a pesar de eso, no estaba del todo feliz. Nunca había visto a Mia Krüger así antes, tan profundamente deprimida. Y no conseguía convencerla para que volviera con él. Además, la imagen de la pequeña colgada en el árbol todavía le producía escalofríos al investigador, que normalmente era tan sereno.

Munch miró el cielo. Ya estaba más oscuro. Las estrellas bañaban el silencio con su fría luz. Tiró el cigarrillo al agua y se dirigió despacio de vuelta hacia la casa.

Tobias Iversen encontró una nueva rama y se quedó sentado fabricando otra flecha más mientras esperaba a que su hermano volviera. Le gustaba usar el cuchillo. Le gustaba cómo cortaba la hoja, le gustaba pasar el cuchillo entre la corteza y la madera cuidadosamente para no dejar marcas en la flecha. Tobias Iversen era mañoso, en clase de Plástica y manualidades siempre le elogiaban. En el resto de las asignaturas era solo mediocre, especialmente en Matemáticas, pero se le daban bien las manualidades. Y Lengua. A Tobias Iversen le encantaba leer. Hasta ahora había leído sobre todo literatura fantástica y ciencia ficción, pero este curso tenía una nueva profesora de Lengua, Emilie, que le gustaba mucho. Tenía pecas y se reía en alto; en realidad no parecía una profesora, sino una simpática chica mayor que daba unas clases increíblemente divertidas. Justo lo contrario al profesor anterior, que no había hecho más que..., bueno, la verdad es que no sabía decir qué había hecho. Emilie le había dado una lista de libros para leer. Ya casi había terminado *El señor de las moscas*, una de las novelas de la lista, y por eso incluso tenía ganas de volver a casa y seguir leyendo en la cama. En realidad, de lo que tenía ganas era de seguir leyendo, no de volver a casa. Realmente Tobias Iversen solo tenía trece años, pero en su interior era mayor. Había vivido cosas que un niño no debería tener que vivir. Varias veces había pensado que tenía ganas de escaparse, de meter las pocas cosas que poseía en su mochila y explorar el mundo, lejos de la oscura casa; pero eso no era posible. ¿Adónde iría? Había ahorrado un poco de dinero, de los cumpleaños, las Navidades y otros eventos por el estilo, pero no era suficiente para llegar a ningún sitio y además no podía abandonar a su hermano pequeño. ¿Quién se ocuparía de él si faltara Tobias? Trató de pensar en otra cosa y dejó que la hoja del cuchillo se deslizara lentamente bajo la corteza de la vara del sargatillo. Sonrió para sí, contento al ver que había logrado pelar una tira entera sin que se rompiera.

Su hermano pequeño tardaba. Tobias miró hacia el bosque sin darle demasiada importancia. Su hermano pequeño era un niño curioso, seguramente habría encontrado una seta extraña o un hormiguero.

«Podríamos disparar a una de las chicas cristianas».

Tobias tuvo que sonreír un poco para sí. Típico de los críos: eran inocentes y no sabían nada, decían lo primero que se les venía a la cabeza. No como en la clase de Tobias y en el patio del colegio, donde había que tener cuidado con lo que decías o insinuabas, porque si no las pandillas se ocuparían de aclararlo. Tobias había visto lo que pasaba varias veces. Igual que en *El señor de las moscas*. Si te mostrabas débil, te convertías en víctima inmediatamente. Ahora estaba de moda el deporte y afortunadamente Tobias era atlético, corría rápido, se le daban bien tanto el salto de longitud como el salto de altura y tenía una técnica aceptable a la hora de jugar al fútbol. El problema era su forma de vestir. Algunos de los nuevos chicos que habían

venido de la ciudad habían traído otras costumbres y más dinero. Ahora tenía que ser Adidas, Nike, Puma o Reebok, y a Tobias ya le habían hecho algunos comentarios sobre sus zapatillas cutres y le habían dicho que el pantalón de deporte, el chándal y las viejas camisetas que usaba no tenían estilo ni eran de marca. Afortunadamente, había algo más importante que cualquier otra cosa, y era gustar a las chicas. Si les gustabas a las chicas no importaba todo lo demás, el deporte, las clases, la música que escuchabas ni nada, y a las chicas les gustaba Tobias Iversen. No solo porque era guapo, también porque era una buena persona. Entonces daba igual que sus zapatillas de deporte tuvieran una sola raya y los cordones desgastados.

Las chicas cristianas. Enseguida se había extendido el rumor de que alguien había ido a vivir a la vieja casona junto al lago de Litjønna, donde hacía tiempo que no residía nadie. Y que habían arreglado la casa, que ahora tenía un aspecto totalmente diferente. A todo el mundo le parecía sospechoso. Esa gente se hacía llamar Los Amigos de Smith, aunque, al parecer, tampoco era así. Esas personas habían sido miembros de Los Amigos de Smith, pero al final les había parecido que Los Amigos de Smith no eran lo suficientemente buenos y habían montado su propia religión, o lo que fuera. Todo el mundo tenía su opinión al respecto, pero nadie sabía qué ocurría de verdad en aquel lugar; solo que ninguno de los niños que vivían allí iba al colegio y que sus vidas tenían mucho que ver con Dios, asuntos cristianos y todo eso. En realidad daba lo mismo. A Tobias le había venido muy bien. Se había dado cuenta de que, nada más oír algún comentario sobre su ropa o sobre gente sin dinero, solo hacía falta llevar la conversación hacia las chicas cristianas y de repente todo el tema de las marcas quedaba olvidado. Incluso había mentido, una vez, después de clase de Gimnasia, y había asegurado que las había visto solo para conseguir que los chicos nuevos de la ciudad cerraran la boca; y había funcionado. Se había inventado una historia de que llevaban ropa extraña, que sus ojos parecían casi muertos y que le habían perseguido al verlo. Claro, no les había hecho ningún favor a las chicas que estaban allá en el bosque, a las que no conocía para nada. Pero ¿qué le iba a hacer?

Tobias dejó el cuchillo y miró el reloj. Hacía un buen rato que no veía a su hermano pequeño y empezaba a preocuparse un poco. No porque tuvieran que volver a casa, no tenían que estar a ninguna hora concreta; nadie se daba cuenta de si iban o venían. Tobias solo esperaba que hubiera algo comestible en la nevera para poder darle de cenar a su hermano pequeño. Había aprendido a hacer todo lo demás él solo. Sabía cambiar las sábanas, poner la lavadora, preparar la mochila de su hermano; casi todo, salvo lo de la comida. No quería gastarse su dinero en comida, no le parecía justo, y casi siempre encontraba algo en los armarios de la cocina. Podía ser un sobre de sopa o un poco de pan y mermelada. Normalmente se arreglaban con eso.

Clavó la vara en el suelo junto al tocón y se levantó. Si iban a cazar búfalos cerca de Rundvann, tenían que ponerse en marcha ya. Procuraba acostar a su hermano pequeño antes de las nueve, por lo menos los días entre semana. Tanto por su hermano como por él; compartían habitación en la buhardilla y cuando su hermano se

dormía disfrutaba leyendo las pocas horas que tenía para él solo.

—¿Torben?

Tobias echó a andar por el bosque en la misma dirección en la que habían desaparecido la flecha y su hermano. El viento había empezado a soplar con más fuerza y movía las hojas a su alrededor. No tenía miedo, había pasado mucho tiempo por esa zona solo, con mucho viento y con mal tiempo. Le encantaba cuando la naturaleza se apoderaba del entorno, sacudiéndolo todo. Pero su hermano se asustaba con facilidad.

—¿Torben? ¿Dónde estás?

De repente le entró cargo de conciencia otra vez por haber dicho aquellas cosas sobre las chicas cristianas. Había mentido, se había inventado historias en los vestuarios de los chicos. Decidió que un día haría una expedición. Como los chicos de *El señor de las moscas*, los que no estaban rodeados de mayores. Salir a escondidas, llevarse provisiones y una linterna y subir a Litjønna. Sabía el camino. Quería ver si era verdad lo que decía la gente, que habían rehabilitado la casa, habían puesto vallas nuevas y otras cosas. Podría ser excitante e interesante. Ahora se acordaba de lo que les decía su antiguo profesor de Lengua. Siempre les prometía que lo que iban a ver iba a ser tan excitante como interesante y que por eso tenían que estar quietos y escuchar bien lo que decía. Pero luego no era así, no podía haber sido ni excitante ni muy interesante, porque no recordaba lo que habían hecho en clase. Luego se acordó de algo que le había dicho su abuelo una vez cuando estaban viajando en el viejo Volvo rojo. «No todo el mundo vale para tener hijos; algunas personas nunca deberían haber sido padres». Se le había quedado grabado. ¿Tal vez pasaba lo mismo con los profesores? ¿Algunos no valían para ser profesores y esa era la razón por la que entraban en clase con cara triste?

Sus pensamientos fueron interrumpidos por un ruido que venía de los arbustos que estaban delante de él. De repente apareció su hermano, salido de la nada, con una expresión extraña en la cara y una gran mancha húmeda en la parte delantera del pantalón.

—Torben, ¿qué te pasa?

Su hermano lo miró con los ojos vacíos.

—Hay un ángel colgado en el bosque.

—¿Qué quieres decir?

—Hay un ángel colgado en el bosque.

Tobias puso el brazo alrededor de su hermano pequeño y notó que el niño estaba temblando.

—¿Te lo estás inventando, Torben?

—No. Está colgado ahí detrás.

—¿Me puedes enseñar dónde?

El pequeño levantó los ojos para mirarle.

—No tiene alas, pero estoy bastante seguro de que es un ángel.



—Enséñamelo —le pidió Tobias en tono serio y dio un empujoncito a su hermano, quien echó a andar delante de él entre los abetos.

Mia Krüger estaba sentada en las rocas viendo la puesta de sol de Hitra por última vez.

Era el 17 de abril. Faltaba un día. Al día siguiente se encontraría con Sigrid.

Estaba cansada. No porque necesitara dormir, sino cansada de todo. De la vida. De la humanidad. De todo lo que había pasado. Había encontrado algo parecido a la paz hasta que Holger le había enseñado las fotos de la carpeta, pero cuando se marchó poco a poco volvió a apoderarse de ella ese sentimiento simple.

«El mal».

Bebió un sorbo de la botella que había sacado y se caló más el gorro para taparse las orejas. Había entrado un frente frío, al final la primavera no iba a llegar pronto. Se había limitado a engañarles para que todo el mundo pensara que estaba llegando. Mia se alegraba de tener una botella para calentarse. No era exactamente así como se había imaginado su último día. En realidad habría querido llevarse lo más posible. Las últimas veinticuatro horas de su vida. Los pájaros, los árboles, el mar, la luz del sol. Tomarse un día libre de la automedicación, solo para sentir las cosas, sentirse a sí misma, por última vez. No había sido así. Después de que Holger se largara, la necesidad de entumecer los sentidos se había vuelto más aguda. Había bebido más. Se había tomado más pastillas. Se había despertado sin darse cuenta de que había dormido. Se había dormido sin darse cuenta de que antes había estado despierta. Se había prometido a sí misma no pensar demasiado en el contenido de la carpeta. Lo cual, naturalmente, era absurdo: ¿acaso había conseguido protegerse de ese tipo de cosas alguna vez? El trabajo. Podría ser un trabajo para los demás, pero no para Mia Krüger. Se tomaba las cosas demasiado a pecho. Le llegaban directamente al alma, como si fueran su realidad, como si ella fuera la víctima. Abducida, violada, golpeada con barras de hierro, quemada con colillas o asesinada con una sobredosis de anestésicos con tan solo seis años y después colgada de un árbol con una cuerda de saltar.

«¿Por qué no había puesto su nombre en los libros del colegio si había planificado tan minuciosamente todo lo demás? Mierda».

Había intentado olvidar las fotos de la niña en el árbol, pero no conseguía apartarlas de su cabeza. Todo parecía tan orquestado... Tan teatral... Casi como un juego. Un pasatiempo. Una especie de mensaje. ¿Un mensaje para quién? ¿Para la persona que la encontrase? ¿Para la policía? Había repasado su memoria en busca de recuerdos que tuvieran que ver con el nombre de Rikke, pero no había encontrado nada. Precisamente eran esas cosas las que se le daban tan bien a Mia, pero parecía que ya no funcionaba. Aun así, había algo en ese asunto, algo que no conseguía definir del todo, y eso la irritaba. Mia vio cómo el sol se ponía en el mar y trató de concentrarse. ¿Un mensaje? ¿Para la policía? ¿Sería algo del pasado? ¿Algo no

resuelto? Ella no había tenido muchos casos no resueltos en su carrera. Afortunadamente. Sin embargo, sí había un par de asuntos en una zona oscura. Habían encontrado muerta a una acaudalada señora mayor en su piso de la calle Bogstadveien, pero no habían encontrado pruebas de asesinato, aunque Mia sospechaba que uno de los herederos era el responsable de su muerte. Pero el nombre de Rikke no había estado asociado a aquello. También habían ayudado a la policía local de Ringerike con una desaparición hacía unos años. Un bebé había desaparecido de la maternidad del hospital, un sueco se había autoinculpado y se había quitado la vida, pero nunca habían encontrado a la niña. Habían cerrado el caso, a pesar de que Mia insistió en que debían mantenerlo abierto. Ahí tampoco había figurado ningún Rikke, que ella recordase. Pauline. Seis años. ¿No hacía seis años que había desaparecido aquel bebé? Mia vació la botella con la mirada puesta en el horizonte mientras trataba de escudriñar su interior. Hacia el pasado. Seis años atrás en el tiempo. Había algo ahí. Lo tenía en la punta de la lengua. Pero no quería salir.

«¡Joder!».

Mia hurgó con la mano en el bolsillo en busca de más pastillas, pero no encontró ninguna. Se le había olvidado cogerlas. Todas estaban sobre la mesa de la cabaña. Todas las que le quedaban. Eran suficientes. Listas para tomárselas. En realidad había planeado esperar hasta la mañana siguiente, hasta la llegada de la luz del nuevo día. Había pensado que era mejor viajar con luz. «Si viajo en la oscuridad, puede que termine en la oscuridad». Pero ahora le importaba una mierda. Todo lo que hacía falta era esperar hasta pasada la medianoche. Cuando el 17 se convirtiera en el 18 de abril.

«Ven, Mia, ven».

No era así como se había imaginado el final. Se levantó y arrojó la botella vacía al mar, enfadada. Se arrepintió, no debería andar tirando basura por ahí, eso era algo que llevaba muy dentro desde la infancia. El bonito jardín. Su madre y su padre. La abuela. Debería haber optado por dejar un mensaje en una botella. Emplear sus últimas horas en hacer algo bonito. Ayudar a alguien que lo necesitara. Resolver algo. Quería volver a subir a la casa, pero no conseguía que las piernas le hicieran caso. Se quedó de pie en las rocas, abrazándose a sí misma contra el frío.

«Rikke J. W. Rikke J. W. Rikke J. W. Rikke J. W. Pauline. No, no era Pauline. Rikke. Rikke<sup>[1]</sup>. ¡Joder!».

Mia Krüger se despertó de repente. La cabeza, las piernas, los brazos, la sangre, la respiración, los sentidos.

Rikke J. W.

Claro. Claro. Claro. Por Dios, ¿cómo no se había dado cuenta antes? Si era evidente. Tan claro como el agua. Mia echó a correr hacia la casa. Tropezó en la oscuridad, pero volvió a levantarse y entró corriendo en la cabaña, dejando la puerta abierta tras de sí. Entró en la cocina. Se puso de rodillas delante del armario bajo el fregadero y comenzó a rebuscar en el cubo de la basura. Porque era allí donde lo había tirado, ¿no? El teléfono que le había dejado.

«Por si cambias de idea».

Encontró el móvil en la basura y siguió revolviéndola con las manos en busca de la nota que lo había acompañado: un pósito amarillo con un código pin y el número de Holger. Salió de la cabaña, no podía esperar más, y encendió el teléfono. Introdujo el código con dedos temblorosos en el pequeño teclado. Claro. No era extraño que hubiera pensado que faltaba algo. Todo tenía que encajar. Y todo encajaba. Rikke J. W. Claro. Qué tonta había sido.

Mia marcó el número de Holger y esperó pacientemente a que contestara. Saltó el buzón de voz y volvió a marcar. Otra vez. Y otra vez más, hasta que por fin oyó la voz cansada de Holger al otro lado de la línea.

—¿Mia? —dijo bostezando Holger.

—Me he acordado —exclamó Mia, impaciente.

—¿De qué te has acordado? ¿Qué hora es?

—Olvídate del puñetero reloj, me he acordado.

—¿De qué te has acordado?

—De lo de Rikke J. W.

—¿En serio? ¿Qué es lo que tienes?

—Creo que J. W. significa «Joachim Wicklund». El sueco del caso de Hønefoss de hace unos años. ¿Te acuerdas de él?

—Claro que sí —murmuró Munch.

—Y Rikke —continuó Mia— creo que significa «no fue»: «No fue Joachim Wicklund». Es la misma persona, Holger. Como en el caso de Hønefoss.

Munch guardó silencio durante un buen rato. Mia casi podía oír el traqueteo de los engranajes en su cabeza. Era casi demasiado exagerado como para ser verdad, pero, a pesar de eso, tenía que ser así.

—¿Qué opinas? —preguntó Mia.

—Suenan totalmente enfermizo —comentó Munch al final—. Y lo peor de todo es que tendrás razón. ¿Vienes o qué?

—Sí —contestó Mia—. Pero solo para este caso. Luego lo dejo. Tengo otros asuntos que atender.

—Claro, claro. Tú decides —dijo Munch.

—¿Hemos vuelto a la calle Mariboegate?

—Sí.

—Mañana cogeré el vuelo.

—Perfecto. Te veré entonces.

—Sí.

—Conduce con cuidado, ¿vale?

—Siempre tengo cuidado, Holger.

—Nunca tienes cuidado, Mia.

—Que te jodan, Holger.

—Yo también te quiero, Mia. Me alegro de que estés de vuelta. Te veré mañana.

Mia colgó y por un momento se quedó de pie con una sonrisa en la cara. Entró despacio en la cabaña y echó un vistazo a todas las pastillas que había esparcido sobre la mesa del salón.

«Ven, Mia, ven».

Se disculpó con su hermana gemela. Sigrid debía esperar un poco. Mia Krüger tenía que hacer algo antes.



Gabriel Mørk estaba un poco inquieto. Se encontraba en la acera de la calle Mariboegate esperando a que fueran a buscarle. Creía que la comisaría estaba en Grønland y que era allí adonde tenía que ir, pero al final resultaba que no. Le habían enviado un breve mensaje de texto: «Ven a la calle Mariboegate. Te recogemos a las once». No había remitente. Nada. En realidad era un poco extraño. La última semana había sido, en general, bastante extraña. Hasta cierto punto resultaba divertido, pero Gabriel Mørk todavía no podía imaginarse el alcance de lo que había aceptado.

Un trabajo. Era la primera vez que tenía uno. Tener que relacionarse con un jefe. Con más compañeros. Todo eso. La realidad. Levantarse por la mañana. Formar parte de un equipo. A sus veinticuatro años, no era lo suyo.

A Gabriel Mørk le gustaba quedarse despierto por la noche. Cuando el resto del mundo dormía. Era más fácil pensar entonces. Con la oscuridad de la noche al otro lado de la ventana y la habitación de su casa iluminada solo por la pantalla. Bueno, no era su casa exactamente. A Gabriel Mørk no le gustaba tener que vivir en la casa donde había crecido. Era cierto que tenía su propia entrada y un baño solo para él, pero su madre todavía vivía en la misma casa. No era muy guay y procuraba no mencionarlo las pocas veces que quedaba con gente o cuando se encontraba con antiguos amigos del instituto. No por nada. Conocía a muchos hackers a los que les pasaba lo mismo: seguían viviendo en casa de sus padres. Pero aun así.

Ahora, de repente, todo sería diferente. Había sucedido demasiado deprisa. ¿O era esto lo que había estado esperando toda la vida? Solo habían pasado siete meses desde que la conociera en la red y ya estaba embarazada. Ahora se iban a ir a vivir juntos a un pequeño piso, y aquí estaba él, en la calle, con un trabajo en la policía. Gabriel Mørk nunca había considerado que tuviera mucho éxito en la vida, salvo con los ordenadores. En ese campo, pocos eran mejores que él. Pero en cuanto a la vida en general, no. Había sido un chico solitario en el colegio. Se sentía incómodo cuando las chicas venían a preguntarle si quería salir. En los años del bachillerato se había quedado en casa mientras el resto de la clase se emborrachaba en Tryvann. Al año siguiente se había matriculado en unos cursos de informática, pero no había ido a ninguna clase. ¿Qué pintaba él allí? Ya se sabía todo.

Nervioso, recorrió con los ojos la calle, pero al parecer todavía no había venido nadie a buscarlo. ¿Se trataría de una broma? ¿Un trabajo en la policía? Al principio creyó que alguno de sus amigos informáticos le había tomado el pelo. Conocía a un par de ellos que pensaban que este tipo de cosas eran divertidísimas. Joderle la vida a la gente. Meterse en los historiales médicos. En los archivos de bufetes de abogados. Enviar mensajes a mujeres diciendo que estaban embarazadas. Falsificar información sobre la paternidad. Organizar el mayor follón posible. Gabriel Mørk no era de ese tipo de hackers, pero conocía a unos cuantos que sí lo eran. Podría tratarse de alguien

que quisiera gastarle una broma, aunque no lo creía. Lo que le había contado el tío que lo había llamado le había parecido muy verosímil. Habían sacado su nombre del GCHQ, de Gran Bretaña. El MI-6. El servicio secreto. Gabriel Mørk había hecho lo mismo que varios conocidos suyos, se había apuntado al reto que de repente había sido publicado en la red el año anterior. «¿Lo puedes hackear?». Para la gente normal era un código aparentemente indescifrable. Ciento sesenta combinaciones de números y letras, y un cronómetro con segundos que iban bajando para aumentar el suspense. No había sido el primero en descifrar el código, pero había estado cerca. El primero había sido un ruso, un cracker que había descifrado el código solo unas horas después de que se colgara en la web. Gabriel Mørk sabía que el ruso en realidad no había descifrado el código, solo lo había hackeado hacia atrás. Metiéndose en la página web [canyoucrackit.co.uk](http://canyoucrackit.co.uk), había encontrado la dirección html que era la respuesta. Eso era divertido, pero realmente no resolvía el reto.

Gabriel Mørk había visto que era un código máquina, X86, que usaba el algoritmo RC4. No había sido pan comido, porque los que habían ideado el código habían introducido una serie de obstáculos, como por ejemplo esconder una carpeta con datos en el archivo PNG, es decir, en la propia representación del código, por lo que no valía solo con descifrar los números. En cualquier caso, le había llevado un par de noches de trabajo. Un reto entretenido. El mensaje que ocultaba el código no había sido tan divertido, pero bueno. Se trataba de una campaña de imagen del GCHQ —uno de los servicios secretos británicos—, una propuesta para que solicitara trabajo. «Si has conseguido descifrar el código, eres lo suficientemente bueno como para trabajar con nosotros».

Había enviado su nombre junto con una descripción de cómo había encontrado la solución, solo por hacerlo. Le habían enviado una respuesta educada en la que decían que sí, que había descifrado el código adecuadamente, pero que por desgracia solo podían trabajar con ellos ciudadanos británicos.

Gabriel Mørk no le había dado muchas más vueltas. Hasta aquella llamada del viernes pasado. Ahora era jueves y ya estaba aquí, con el ordenador bajo el brazo, listo para reunirse con alguien y hacer algo. Trabajar en la policía.

—¿Gabriel Mørk?

Gabriel se sobresaltó un poco y se dio la vuelta.

—Sí.

—Hola, soy Kim.

El hombre que había dicho su nombre le estrechó la mano.

Gabriel no sabía de dónde había salido. Parecía totalmente normal, tal vez fuera por eso. Por alguna razón, se había esperado sirenas o un uniforme, por lo menos una actitud un poco brusca o algo especial, pero el hombre que estaba delante de él podría haber sido una persona cualquiera. Casi era invisible. Pantalón normal, zapatos normales, un jersey normal, con colores que no destacaban de ninguna manera. Gabriel pensó que el atuendo seguramente estaba pensado para eso. Un agente civil.



Había sido instruido en el arte de ser invisible. De no sobresalir. Para poder aparecer, de repente, de la nada.

—Sígueme, vamos por aquí —dijo el hombre que se llamaba Kim y cruzó la calle delante de Gabriel, en dirección a un bloque de pisos con la fachada amarilla.

El agente pasó la tarjeta junto a la puerta del portal e introdujo un código. La puerta se abrió. Gabriel siguió a aquel hombre hasta el ascensor, donde repitió el mismo procedimiento: también hacía falta una tarjeta para poder acceder al ascensor. Gabriel se quedó mirando al hombre de reojo mientras tecleaba el código del ascensor. No sabía muy bien qué decir, ni siquiera si se suponía que debía decir algo. Antes nunca había estado en un edificio de la policía. Tampoco se había subido nunca a un ascensor que requiriera un código para poder entrar. El policía llamado Kim parecía estar totalmente tranquilo, como si todo aquello fuera un asunto cotidiano. Recoger a un desconocido en la calle. Introducir un código en el ascensor. Los dos tenían la misma estatura, pero el policía era más fornido; debajo de esa apariencia corriente, parecía haber un cuerpo bastante atlético. Tenía el pelo moreno y corto, y una barba incipiente. Gabriel no sabía si se la había dejado así aposta o simplemente no había querido afeitarse. No se atrevió a mirar demasiado fijamente, pero por el rabillo del ojo vio que el policía disimulaba un pequeño bostezo, así que sería por la segunda razón. Días largos. Tal vez asuntos exigentes.

El ascensor se paró en la cuarta planta y el policía salió primero. Gabriel lo siguió por un largo pasillo hasta otra puerta que también tenía un lector de tarjetas y una cerradura con un teclado. No había ningún cartel en ninguna parte. No ponía «Policía» ni nombres de empresas de ningún tipo. El lugar era totalmente anónimo. El hombre abrió una última puerta y llegaron a su destino. La oficina no parecía muy grande, pero era diáfana y luminosa. Algunos escritorios estaban juntos en medio de la habitación, luego había despachos por aquí y por allá, la mayoría con paredes de cristal, algunos con las persianas bajadas. Nadie se fijó en los recién llegados, la gente estaba ocupada con sus cosas.

Gabriel siguió al policía a través del espacio central hasta un pequeño despacho, uno de los que tenían paredes de cristal. Estaría expuesto a todas las miradas, pero por lo menos tenía su propio espacio.

—Este es tu puesto —dijo Kim mientras invitaba a Gabriel a entrar en la habitación.

La decoración era espartana. Un escritorio, una lámpara, una silla. Todo parecía nuevo.

—¿Nos habías enviado una lista de lo que necesitabas?

Gabriel asintió con la cabeza.

—¿Un escritorio y una lámpara de Ikea?

El policía Kim mostró, por primera vez, un atisbo de sentimientos. Guiñó un ojo a Gabriel y le dio una palmadita en el hombro.

—Eh..., no, era algo más que eso —dijo Gabriel.

—Te estaba tomando el pelo. El técnico está de camino, pondrán todo en marcha a lo largo del día para que empieces a currar. Había pensado enseñarte la oficina, presentarte a todos, pero tenemos una reunión en cinco minutos, así que no nos da tiempo. ¿Fumas?

—¿Fumar?

—Sí, ya sabes, cigarrillos.

—Eh..., pues no.

—Mejor. Aquí no hay muchas reglas, pero una es bastante importante. Cuando Holger Munch sale a fumar, quiere estar solo. Es cuando Holger Munch piensa. Y cuando Holger Munch piensa, no quiere que nadie le moleste. ¿Entendido?

El policía empujó a Gabriel suavemente hacia la puerta y señaló la terraza con el dedo. Gabriel vio a un hombre allí, probablemente Holger Munch, el jefe. El que le había llamado y después de solo diez minutos le había propuesto, con mucha naturalidad, que empezara a trabajar con ellos. Con la policía. No hay que molestar al jefe cuando fuma, vale. Gabriel no había pensado molestar a nadie ni hacer nada que no le pidieran.

De repente vio a una chica que estaba junto a Holger en la terraza.

—¡Por Dios! —exclamó.

Creía que solo lo había pensado, pero Kim se dio la vuelta.

—¿Qué?

—¿Es Mia Krüger?

—¿La conoces?

—¿Cómo? No, no es que la conozca, pero... En fin, he oído hablar de ella.

—Sí, quién no ha oído hablar de ella —dijo Kim con una leve sonrisa—. Mia es buena, sin duda. Es muy especial.

—¿Es verdad que solo se viste de color blanco o negro?

Gabriel había hecho la pregunta sin pensar, la curiosidad había podido con él, pero se arrepintió enseguida. Era un comentario poco profesional. De aficionado. Se había olvidado de que ahora tenía un trabajo. Kim pensaría que era un fan de ella o algo así, lo cual, hasta cierto punto, era verdad; pero no era la imagen que Gabriel Mørk quería transmitir a un colega en su primer día de trabajo.

Kim lo escrutó durante un rato antes de contestar.

—Bueno, no recuerdo haberla visto vestida de ninguna otra manera. ¿Por qué lo preguntas?

Gabriel se ruborizó un poco y miró al suelo un momento.

—Eh..., nada, algo que leí en internet.

—No deberías creerte todo lo que lees por ahí —dijo Kim sonriendo.

A continuación sacó un sobre del bolsillo de su pantalón.

—Toma, esta es tu tarjeta; la contraseña es tu fecha de nacimiento. La sala de reuniones está al final del pasillo. Empezamos en cinco o diez minutos, no llegues ni pronto ni tarde.

Kim le guiñó un ojo, le dio otra palmadita en el hombro y lo dejó solo en el pequeño despacho.

Gabriel no sabía muy bien qué hacer. Quedarse de pie o sentarse, o quizá salir corriendo y olvidarse de todo aquel asunto. Encontrar otro trabajo u otra cosa que hacer. Se sentía como un pez fuera del agua. ¿Y cómo podía no llegar ni pronto ni tarde a una reunión que empezaba en cinco o diez minutos?

Abrió el sobre y para su sorpresa vio una fotografía de sí mismo en la tarjeta.

Gabriel Mørk  
Departamento de Homicidios

De repente se sintió orgulloso. Puertas secretas. Códigos secretos. Unidades especiales. ¿Él formaba parte de todo eso? ¿Y no estaba la mismísima Mia Krüger fuera, en la terraza? Decidió dirigirse a la sala de reuniones al cabo de unos pocos minutos. En todo caso sería mejor llegar pronto que justo a tiempo, pues no había manera de saber lo que era eso en ese misterioso lugar.

Tom Lauritz Larsen, criador de cerdos de Tangen, siempre había estado en contra de internet. Pero cuando su joven sustituto, Jonas, se había ido a vivir a la casa de invitados le había exigido al granjero sesentón que lo instalara. En caso contrario, no quería trabajar en la granja. Tom Lauritz Larsen se había enfadado, naturalmente; siempre estaba más o menos enfadado, la verdad es que no había mucho de lo que alegrarse en su vida y ahora encima había contraído también esa enfermedad de los pulmones. ¿Que debía cogerse una baja? Menuda chorrada. Nadie de su familia se había cogido una baja nunca. ¿Qué quería decir el imbécil del médico? ¿Acaso pensaba que no podía llevar su propia granja? Tres generaciones de criadores de cerdos de Tangen y hasta ahora nadie se había cogido una baja. Recibir una ayuda del Estado, vamos, esa idea resultaba absurda. Pero entonces empezó a desmayarse, sin previo aviso. Bastante a menudo además, por aquí y por allá. La última vez se había desmayado en la pocilga con el portón abierto. Cuando recobró la conciencia, sus vecinos estaban alrededor de él. Los cerdos andaban sueltos por los alrededores de la granja y a Tom Lauritz Larsen le había dado tanta vergüenza que al día siguiente había seguido el consejo del médico. Se había ido a hacer unas pruebas al hospital de Hamar. Se había cogido la baja. Y le habían enviado un sustituto a través de la agencia estatal de empleo.

El sustituto, un chaval de diecinueve años de Stange, era un trabajador brillante. El chico le había caído bien desde el principio. No era uno de esos pequeños granjeros de poca monta que no eran capaces de sudar la gota gorda. No, este chaval tenía lo que hacía falta. Luego estaba eso de internet, algo en lo que Tom Lauritz Larsen no creía. Lo había instalado de todas maneras, por el chaval de la casa de invitados. Tenía una conocida de Vestlandet y hablar por teléfono salía caro, pero por internet era gratis. Incluso podías ver a la persona con la que hablabas y a la madre que la parió. En todo caso, la compañía telefónica había enviado a un tipo de Hamar y ya tenían internet en la granja desde hacía unos meses.

Tom Lauritz Larsen se sirvió otra taza de café y entró en la página de la asociación de agricultores y ganaderos. Había un artículo muy interesante al que había echado un vistazo la noche anterior, pero lo quería leer una vez más. El artículo trataba sobre unas estadísticas que habían sido publicadas por la empresa Norsvin. Desde 2007 uno de cada cuatro criaderos de cerdos había tenido que cerrar, el negocio ya no resultaba rentable. Los que quedaban tenían una media de 53,2 cochinos, mientras que el año anterior había sido de 51,1. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Los grandes se hacían cada vez más grandes y los pequeños desaparecían.

Tom Lauritz Larsen se levantó para volver a llenar la taza, pero se quedó junto a la ventana de la cocina con ella en la mano. Jonas salía corriendo de la pocilga como

si el mismo diablo lo estuviera persiguiendo. ¿Ahora qué le pasaba al chaval? Larsen se dirigió a la puerta y tuvo el tiempo justo de llegar a las escaleras antes de que el joven lo alcanzara. Estaba sudando a mares, tenía la cara blanca y una expresión de pánico en los ojos, como si hubiera visto un fantasma.

—¿Qué demonios sucede? —preguntó Larsen.

—E-e-es que... Krist-i-kristi...

El joven no podía ni hablar. Señaló con las manos mientras hacía aspavientos con los brazos como un loco. Al final arrastró a Larsen por el patio, con las zapatillas de estar en casa puestas y la taza de café todavía en la mano. No lo soltó hasta que no llegaron a la altura de una de las cochineras de la pocilga. Lo que el criador de cerdos Tom Lauritz Larsen vio fue tan impactante que varios meses después todavía le costaba contárselo a la gente. Soltó la taza y ni siquiera se dio cuenta de que el café caliente le quemaba todo el muslo.

En el suelo de la cochinera estaba una de sus cochinas, Kristine, muerta. No toda la cochina. Solo quedaba el cuerpo. Alguien le había quitado la cabeza. Con una sierra eléctrica. Cortándole el cuello. La cerda había perdido la cabeza. Solo quedaba el cuerpo.

—Llama a la policía —logró decir Tom Lauritz Larsen al chico.

Eso fue lo último que recordaba antes de volver a desmayarse. Esta vez no había sido por culpa de los pulmones.

Sarah Kiese se encontraba en la sala de espera del bufete de abogados en Tøyen. Estaba muy molesta. Había dejado muy claro al abogado que no quería tener nada que ver con la herencia que había dejado su marido. De todas formas, ¿qué clase de herencia sería? ¿Más hijos con otras mujeres? ¿Más cartas de agencias de cobro de impagados exigiendo dinero y queriendo llevarse sus cosas? Sarah Kiese no era perfecta, ni mucho menos, pero en comparación con su marido recién fallecido era un ángel. Había hecho el idiota teniendo una hija con ese imbécil. Había metido la pata entonces y había seguido metiendo la pata después. No solo había tenido una hija suya, también se había quedado con él, incluso se habían casado. Por Dios, menuda idiota. La había embelesado. Recordaba la primera vez que lo había visto en el pub en Grønland; ni siquiera le había gustado, pero había sido débil. La había invitado a tomar una cerveza y luego unas copas. Puta mierda, había sido una gilipollas, pero vale, ya se acabó. Además su hija la querría para siempre, no tenía nada que ver con el bobo ese. ¿Cuándo había estado en casa en realidad? Cuando venía a pedirle dinero. Un préstamo para algún que otro proyecto. Se suponía que era albañil, pero ¿acaso tenía un empleo? ¿Contaba con una empresa propia? No, nada de eso, nunca tenía planes ni ambiciones, solo algún trabajo esporádico aquí o allá para ganar unas pocas perras de vez en cuando. Y siempre volvía a casa oliendo a otra. Oliendo a otras mujeres. Se metía bajo su edredón limpio, recién lavado, sin ducharse siquiera. Sarah Kiese se ponía mala solo de pensarlo, pero ahora ya se acabó, afortunadamente. Se había caído del décimo piso de uno de esos edificios nuevos que estaban construyendo junto a la Ópera. Le habrían dado algún trabajillo, seguramente para cobrar en negro, como solía hacer; un trabajo temporal de noche. Sarah Kiese disfrutaba pensando en la caída desde el décimo piso de un edificio en construcción, no había podido reprimir su alegría cuando se enteró. Cincuenta metros de caída libre a la muerte; era fantástico, seguramente tuvo margen para sentir un pánico atroz durante el tiempo que había tardado en caer. ¿Cuántos segundos duraría la caída? ¿Ocho o diez? Maravilloso.

Miró el reloj de la sala de espera irritada y luego la puerta del despacho del abogado. «No, no, no —le había dicho cuando la llamó—, no quiero tener nada que ver con ese idiota». Sin embargo, el lúgubre abogado había insistido. Eran todos unos puñeteros ladrones. Nunca volvería a estar con un hombre a no ser que fuera el príncipe heredero. Ni siquiera así, le daba lo mismo. Ningún hombre para ella. Solas ella y su hija en el pequeño piso nuevo en la plaza de Carl Berner. Era perfecto. Solo su olor bajo las sábanas, no a otras cincuenta colonias baratas mezcladas con el mal aliento. ¿Por qué había accedido a venir? ¿Acaso no había dicho que no? ¿No era eso lo que había aprendido en el curso que había hecho con los servicios sociales? Decir que no, poner un límite alrededor de sí misma, «tú eres tu mejor amiga», «no

necesitas a nadie más». No, no, no, no.

—¿Sarah? Hola. Gracias por venir.

El abogado lúgubre, que llevaba el pelo peinado hacia un lado para taparse la calva, sacó la cabeza por la puerta y le hizo una señal para que entrase en el despacho. Le recordaba a un ratoncillo. Pequeños ojos nerviosos y hombros estrechos. No, un ratoncillo no, una rata. Una asquerosa y cobarde rata de alcantarilla.

—Ya te dije que no —insistió Sarah.

—Lo sé —contestó la rata de alcantarilla con voz melosa—. Por eso le agradezco mucho que haya venido. Ahora le contaré por qué. —Se aclaró la garganta—. Se trata de algo que se me había pasado, bueno, en el momento de la entrega de la herencia. Un pequeño detalle, la culpa es mía.

—¿Más cartas de cobro? ¿Más querellas?

—Je, je. No, eso no, je, je —susurró la rata de alcantarilla y juntó las puntas de los dedos de ambas manos—. Es esto.

Abrió un cajón del escritorio y puso una memoria USB delante de ella.

—¿Qué es esto?

—Es para usted —dijo la rata de alcantarilla—. Me lo dio hace tiempo y me pidió que se lo entregara.

—¿Y por qué no me lo dio él mismo?

La rata de alcantarilla esbozó una leve sonrisa.

—¿Tal vez porque le lanzó una plancha caliente a la cara la última vez que apareció por su casa?

Sarah sonrió para sus adentros. Se había escondido en el piso. Le había sorprendido. De repente estaba en el salón. Quería estar con ella, tratarla con amabilidad, lo que siempre hacía justo antes de pedirle algún favor. La plancha impactó en su cara boquiabierta con mucha fuerza. Le había pillado por sorpresa y se había desplomado en el suelo. Desde entonces no había vuelto a tener noticias del muy imbécil.

—Pensaba haberle dado esto hace mucho tiempo, pero he estado ocupado —dijo la rata, casi disculpándose.

—¿Te refieres a que te prometió dinero a cambio, pero nunca apareció el dinero? —preguntó Sarah.

El abogado sonrió.

—Bien, ya hemos terminado.

Sarah Kiese cogió la memoria USB, la metió en el bolso y se encaminó a la puerta. La rata se levantó a medias de la polvorienta silla y se aclaró la garganta.

—Bueno, bueno. Por lo demás, ¿qué tal, Sarah? ¿Va todo bien con su...?

—Que te jodan —dijo Sarah Kiese y abandonó el despacho sin cerrar la puerta tras de sí.

En el camino de vuelta al nuevo piso de la plaza de Carl Berner, varias veces estuvo a punto de tirar la memoria. Echarla a la basura para acabar con todo lo que

tenía que ver con él. Pero no lo hizo. Por una u otra razón. No porque tuviera curiosidad; a Sarah Kiese le importaba un carajo lo que pudiera haber en ella. Tal vez fuera porque era así de buena. El otro, aunque fuera una rata, era abogado. Aunque fuera idiota, tenía que cumplir un último deseo. Darle una memoria USB a Sarah y solo a ella.

Entró en el piso y encendió el ordenador. Lo mejor era quitárselo de encima cuanto antes. El portátil negro cobró vida lentamente. Enchufó la memoria USB y copió el contenido en el escritorio. Solo tenía un archivo, con el nombre Sarah.mov. Un vídeo. Joder. ¿Tenía que ver su fea cara una vez más? ¿Incluso desde la tumba era capaz de torturarla? Pinchó dos veces en el archivo para reproducir el vídeo.

Se había grabado a sí mismo. Con una pequeña cámara. Tal vez con su teléfono, Sarah no lo sabía. Su fea cara en medio de la pantalla, pero con una mirada que ella no había visto antes. Parecía totalmente acojonado.

—Sarah, no tengo mucho tiempo, pero debo hacer esto: necesito contárselo a alguien, porque parece que pasa algo. —Paseó la cámara por la habitación en la que estaba—. Me dieron un trabajo y ahora he construido esto. Estoy lejos, en medio de la...

Le interrumpían unos ruidos que parecían raspones, era como si tapara el micrófono con la mano y no pudo oír lo que decía durante un rato. Su exmarido continuó grabando a su alrededor con las manos temblorosas mientras hablaba. No se le oía bien. Había construido algo. ¿Y qué?

—Me temo que, bueno, ¿qué es lo que he construido? Mira esto. Estoy un buen trecho bajo tierra. Pensaba que esto posiblemente sería un refugio, pero no lo es; mira esto, una puertecilla...

La voz desapareció otra vez pero no dejó de grabar. Una especie de refugio bajo tierra.

—Eso, que tengo una mala sensación, que pasa algo raro aquí, ¿sabes? Mira esto, por ejemplo. Mira esto. Puedes enviar cosas con este ascensor. Como una especie de elevador de comida de esos de otros tiempos o...

De repente su exmarido se sobresaltaba mucho y miraba a su alrededor. La escena le recordaba a una película que había visto hacía unos años, *El proyecto de la Bruja de Blair*, sobre unos adolescentes que daban vueltas por un bosque y se grababan a sí mismos, cagados de miedo.

—No tengo ni puta idea, pero me da la sensación de que me va a pasar algo. Es una sensación, sin más. ¿Tienes idea de lo lejos que estoy de todo? ¿Podrías apuntar lo que te estoy diciendo, Sarah? Dónde estoy, cómo me dieron este trabajo y, bueno, así puedes ir a la policía si me pasa algo. El que me dio el trabajo se llama...

Ruido de fondo otra vez. Sarah Kiese no oyó ni una puñetera palabra de lo que le estaba diciendo su exmarido, solo vio su mirada asustada y la boca que temblaba y se movía sin parar. Esto duró un minuto. Después terminó el vídeo.

«¿A quién engañaste para que te dieran ese trabajo? ¿O era un trabajo a cambio de



engañar? En todo caso, nunca vi el dinero. Cada uno que se busque la vida».

Le había resultado muy desagradable ver el vídeo, pero no tenía fuerzas para involucrarse. Podía tratarse de un juego, algún tipo de broma pesada. Hacía mucho mucho tiempo que había dejado de creer cualquier cosa que ese idiota pudiera hacer.

Sarah arrastró el vídeo a la papelera del ordenador, sacó la memoria USB y la tiró a la basura, salió a las escaleras y tiró la bolsa por el depósito de la basura. Ya. La casa estaba limpia otra vez. Solo ella. Ni rastro de él.

Su hija volvería del colegio en breve. La vida era maravillosa. En este pequeño piso mandaba ella. Salió a la terraza y encendió un cigarrillo. Puso los pies sobre la mesa y sonrió para sí. Cerró los ojos y disfrutó del sol de la primavera, que por fin había salido un momento.

Su vida era de ella. Solo de ella. Por fin.

Gabriel Mørk estaba a punto de dirigirse a lo que denominaban la sala de reuniones cuando alguien llamó a la puerta.

—¿Sí? —preguntó Gabriel.

—Hola, Gabriel.

Holger Munch entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí. Gabriel saludó con un gesto de cabeza y estrechó la gran mano caliente.

—Bueno —dijo Holger y se rascó un poco la cabeza—. ¿Todavía no te han dado lo que necesitas?

—No —contestó Gabriel—. Pero ese hombre, ese...

—¿Kim?

—Sí, ese, Kim. Me ha dicho que el equipo estaba de camino.

—Bien, bien —dijo Holger Munch y se rascó la barba levemente—. Antes teníamos a otro chico para este trabajo, pero cayó en la tentación. Una pena, pero así es la vida.

Gabriel sopesó la posibilidad de preguntar a qué tentación se refería, pero lo dejó pasar. Había algo en la mirada de Munch. También había visto lo mismo en los ojos del otro, de Kim. Una mirada insistente, seria, de alguien que tenía la cabeza puesta en otros asuntos.

—Siento el método tan poco ortodoxo de entrevistarte, normalmente suelo quedar en persona con la gente que contrato, pero esta vez no había tiempo, por desgracia.

—No pasa nada —contestó Gabriel.

—Venías muy bien recomendado —aseguró Munch y le dio una palmadita en el hombro—. En fin, siento todo este estrés. Es un poco, no sé... ¿Kim te ha contado algo?

Gabriel negó con la cabeza.

—Bueno, ya aprenderás las rutinas con el tiempo. ¿Has leído la prensa de hoy?

—Sí, en internet —asintió Gabriel.

—¿Alguna noticia en particular que te haya llamado la atención?

—¿La de las dos niñas que todo el mundo andaba buscando?

Munch afirmó con la cabeza.

—Mia y yo os informaremos a todos en breve, pero quería que supieras de qué va la cosa. ¿No tienes experiencia previa de trabajo policial?

Gabriel negó con la cabeza.

—No te preocupes, te he elegido por lo que sabes hacer —continuó Munch—. Como te decía antes, si hubiéramos tenido tiempo, te habríamos enviado a dar un cursillo, una versión abreviada de la Academia de Policía; pero no lo tenemos. Así que vas a tener que ir aprendiendo sobre la marcha. Si tienes alguna duda, solo hace falta preguntar, ¿vale?

—Ningún problema —dijo Gabriel.

—Bien —murmuró Munch, con la cabeza puesta de nuevo en otro sitio—. Por cierto, ¿qué has pensado?

—¿Sobre qué? —preguntó Gabriel.

—Cuando has leído la prensa hoy —continuó Munch.

—Ah —contestó Gabriel. Sintió cómo se le calentaban las mejillas un poco, debería haberse dado cuenta de a qué se refería su nuevo jefe—. No sé, supongo que he pensado lo mismo que todo el mundo. Demasiado violento. Había seguido el caso de las dos niñas desaparecidas. Confiaba en que las iban a encontrar con vida.

Gabriel pensó en los titulares de los periódicos.

«Pauline y Johanne han sido encontradas muertas...».

«Colgadas como dos muñecas en árboles...».

«Las familias en estado de shock...».

«Se vio un Citroën blanco...».

«Si has visto esta ropa...».

—¿Te referías a eso?

—¿Cómo?

Munch se había quedado un poco ausente durante un momento otra vez.

—¿Debería haber dicho algo más?

—No, está bien —contestó Munch poniéndole una mano sobre el hombro. Dio unos pasos hacia la puerta—. Bueno, sí, dime algo más.

Munch invitó a Gabriel con un gesto a que se sentara, mientras que él se quedaba apoyado en la pared de cristal junto a la puerta.

—Bueno, no sé —dijo Gabriel—. Cuando me he despertado esta mañana era un..., bueno, un tío normal; no sabía que se trataba de un caso en el que, bueno, iba a trabajar.

Las palabras tenían un sabor extraño en su boca. Trabajar. En un caso. Un caso de asesinato. Los periódicos habían prestado mucha atención al tema, las cadenas de televisión también, todo el mundo hablaba de las dos niñas que llevaban unas semanas desaparecidas y que todos andaban buscando. Estaba claro que la policía tenía más información de la que estaba dispuesta a revelar, pero estaban buscando a alguien que hubiera visto esa ropa antes. Los vestidos que las niñas llevaban. Ropa de muñeca. Había un término que se podía leer entre líneas, una denominación que todavía no se había usado, porque esto era Noruega, no Estados Unidos ni otro país donde ocurrieran esas cosas. Un asesino en serie. Esas palabras no figuraban en ningún sitio, pero aun así era lo que todo el mundo pensaba.

—Pienso que tiene que ser el mismo asesino —dijo Gabriel.

—Sí, sigue.

—Creo que no parece muy noruego.

—Sí, ¿y qué más?

—He pensado que menos mal que no eran las hijas de algún conocido —continuó

Gabriel.

Munch le hizo un gesto para que siguiera hablando.

—Me parece extraño que las dos fueran a empezar primero de primaria este año. Lo primero que se me ha ocurrido ha sido que algún profesor pudiera estar implicado. Luego he pensado que tal vez vayan a desaparecer más niñas. Después he pensado que, si yo tuviera una hija de seis años, estaría especialmente pendiente de ella ahora.

—¿Qué has dicho? —preguntó Munch, despertándose un poco de su letargo.

—Que, si yo tuviera una hija de seis años, estaría muy pendiente de ella.

—No, antes de eso.

—¿Que tal vez vayan a desaparecer más niñas?

—Antes de eso.

—Que he pensado que puede tener algo que ver con un profesor.

—Hum —dijo Munch, rascándose la barba ligeramente. Se encaminó a la puerta —. Bueno, por cierto, ¿se te da bien descifrar códigos?

Gabriel esbozó una leve sonrisa.

—Pensaba que era por eso por lo que me habías contratado.

—Sí, claro —dijo Munch sonriendo. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una nota en la que había apuntado algo—. No es una prioridad, es un asunto privado, pero he pensado que podrías ayudarme.

Munch le pasó la nota a Gabriel.

—Tengo algunos amigos friquis a los que les gusta retarme. Uno de ellos me ha enviado esto, pero no soy capaz de descifrarlo.

Gabriel miró la nota que Munch acababa de darle.

bwlybjlynwnztirkjao=5

—¿Sabes lo que es? —preguntó Munch, curioso.

—De momento no —murmuró Gabriel.

—Me ha dado unos días para resolverlo —dijo Munch suspirando—, pero creo que me voy a rendir. Mira a ver qué puedes sacar, ¿vale? Me irrita mucho que mis amigos me pillen de esta manera.

Munch sonrió levemente y le dio otra palmadita en el hombro.

—Pero no es una prioridad, es algo privado solamente, ¿de acuerdo?

—Descuida —asintió Gabriel.

Munch se encaminó a la puerta de nuevo y esta vez consiguió salir al pasillo antes de volver a asomar la cabeza.

—Toda la información en menos de una hora, ¿vale?

—Perfecto —dijo Gabriel y se quedó mirando el código de la nota que Munch acababa de darle.

Benjamin Bache no pudo reprimir su indignación tras hojear el diario VG y no encontrar su nombre. El periódico había elegido a los hombres mejor vestidos del año. El año anterior le habían elegido en tercer lugar, solo por detrás de Morten Harket y Ari Behn, pero este año ni siquiera figuraba en la lista. «Joder». El actor dio un fuerte golpe en la pared del camerino, pero enseguida se arrepintió. Se había hecho daño y además había hecho ruido. Poco después, alguien llamó a la puerta y Susanne, la ayudante del director, asomó la cabeza.

—¿Va todo bien, Benjamin? ¿He oído un ruido por aquí?

Benjamin Bache se metió la mano, que le seguía doliendo, en el bolsillo y puso su mejor cara. Era actor, a fin de cuentas.

—Todo genial, tal vez haya sido donde Trond-Espen.

—Vale —dijo Susanne sonriendo—. Ensayamos en quince minutos, el acto tres desde el principio.

—Ser o no ser puntual, esa es la cuestión —dijo Benjamin guiñándole un ojo.

La ayudante del director soltó una risita y volvió a desaparecer. Sí, claro, todavía se encontraba en forma, pero maldita sea. Había aparecido en la lista el año anterior: ¿qué pasaba este año? Había estado muy contento con la ropa. Incluso había contratado a un relaciones públicas y a un estilista para que le ayudaran con esas cosas. Estar guapo. Conseguir que le sacaran la foto en las ocasiones importantes. Desde los ángulos correctos. Benjamin suspiró y se sentó delante del espejo de maquillaje. No había cambiado tanto en un año. Algunas pequeñas arrugas junto a los ojos. Unas entradas un poco más marcadas, quizá. Se acercó al espejo y se miró el cuero cabelludo con más detenimiento. No tenía buena pinta, podía haber avanzado algún milímetro hacia arriba desde la última vez que se había mirado. Se echó el pelo a un lado, estaba mejor así. Hizo unos ejercicios de voz para calentar la garganta y frunció los labios como para dar un beso frente al espejo.

Había empezado a trabajar en el Teatro Nacional hacía casi ocho años. «Ha nacido una estrella», escribieron en el *Dagbladet* después de su interpretación de Estragon en *Esperando a Godot*, de Samuel Beckett. Desde aquel día le habían dado los papeles protagonistas, por lo menos los primeros años. Había interpretado a Romeo. Había interpretado a Peer Gynt. Ahora iban a estrenar *Hamlet*, de Shakespeare, en el escenario principal y había esperado que le dieran el papel protagonista también esta vez. Hamlet. «Ser o no ser». Pero le había tocado interpretar el papel de Horacio. El papel de Hamlet había sido para Trond-Espen, claro. En realidad no entendía por qué. ¡Si él era mucho mejor actor!

«Señor, dame fuerzas...».

Le sentaba fatal. Actuar a la sombra de Trond-Espen. Puto Horacio. Nadie lo reconocía, Hamlet era prácticamente el único que hablaba. Estar allí con la cabeza

gacha y tratar a Trond-Espen como un rey. No, no le gustaba.

Benjamin Bache se levantó y estudió su cuerpo en el espejo. Tenía un aspecto fantástico. Empezó a recobrar el buen humor. Todo el ejercicio que había hecho últimamente había dado sus frutos. El yoga también. Y el tratamiento cutáneo también había ayudado, no le quedaba ni media marca en ningún sitio.

Volvió a sentarse en la silla y continuó con los ejercicios para calentar la voz. La voz del director de escena salió crepitando a través del interfono.

—Todo preparado para el ensayo del acto tres. *Hamlet. Hamlet*, acto tres, desde el principio. Comenzamos en cinco minutos.

Benjamin Bache terminó los ejercicios de voz, salió de su camerino y se encaminó al escenario principal.

Gabriel Mørk estaba al fondo de la sala esperando a que comenzara la reunión informativa. Había saludado a todos estrechándoles la mano, con una inclinación de cabeza o diciendo «hola, hola», pero ya no recordaba el nombre de la mayoría de ellos. Solo el de Kim, el que había bajado a buscarlo a la calle, y el de una mujer rubia que se llamaba Anette. Luego había tres hombres jóvenes cuyos nombres no recordaba y uno que era mayor. ¿Se llamaba Ludvig?

Holger Munch entró en la habitación seguido de cerca por Mia Krüger. Mia se sentó en una silla delante de todos, mientras Holger encendía el proyector y enchufaba su portátil.

—Buenos días, hoy es la primera reunión con todos presentes. Está el equipo al completo, que buena falta hacía. Bueno, hay algunas caras nuevas, bienvenidos. Los que ya habéis trabajado aquí antes tendréis que intentar que se acoplen lo mejor posible, para que podamos sacar el mayor provecho los unos de los otros. Hoy se cumplen diez días desde que Pauline Olsen fue encontrada y ocho desde que se halló a Johanne Lange. Hemos intentado mantener a los medios de comunicación alejados, pero ahora hemos decidido usarlos para nuestros fines. Os habréis dado cuenta de que hoy hemos publicado las imágenes de los vestidos que llevaban las niñas.

Holger realizó una breve pausa y miró a los presentes. A Gabriel Mørk le pareció ver una pequeña sonrisa detrás de su fachada seria.

—En realidad deberíamos haber celebrado estar de vuelta aquí en la calle Mariboegate —dijo Munch—, pero, como bien sabéis, tenemos cosas más importantes que hacer, así que vamos a tener que dejarlo para más adelante.

Gabriel echó una mirada a la habitación. Aunque el ambiente era serio, podía ver sonrisas y algunas expresiones satisfechas a su alrededor. No había duda de que estas personas estaban contentas de volver a verse.

—Algunos de vosotros habéis estado aquí desde el principio, pero otros sois nuevos, así que quiero informaros a todos. También quiero comentaros que toda la información estará en el servidor, en un PDF que colgaremos a lo largo del día. Pido a todo el mundo que comparta su información allí; es decir, si encontráis algo, cualquier cosa, subidlo al servidor, donde todos tendremos acceso a todo. Es para que todo vaya más rápido y supondrá menos trabajo a la hora de redactar los informes.

Munch pulsó una tecla del portátil y la primera imagen del PowerPoint apareció en la pantalla. No eran las mismas fotografías que habían salido en primera plana en la prensa, los dos vestidos de muñecas. Eran imágenes de las niñas asesinadas, con esos mismos vestidos puestos, cada una colgada de un árbol. Gabriel Mørk nunca había visto nada parecido y ahora se daba cuenta del alcance del asunto que estaban tratando. No era una película. No era televisión. Esto era la realidad. Las dos niñas ya no estaban allí. Alguien les había quitado la vida. De verdad. Ya no respiraban.

Nunca más volverían a hablar. No volverían a sonreír. No empezarían su primer curso en el colegio. Gabriel Mørk trató de mantener la calma, se obligó a mirar las fotografías, por mucho que se le retorcieran las tripas. Ya se sentía diferente de los demás. Desmayarse en la primera reunión informativa no parecería muy serio.

—Pauline Olsen y Johanne Lange —dijo Munch—. Seis años. Habrían empezado el primer curso este año. La desaparición de Pauline fue denunciada hace cuatro semanas. La de Johanne, hace tres.

Más imágenes, algún mapa.

—Pauline desapareció en la guardería de la iglesia de Skøyen y fue encontrada en Maridalen. Johanne desapareció en la guardería de Lille Ekeberg y fue encontrada en el bosque de Krokskogen, no muy lejos de la carretera de Hadeland. La fecha exacta de las muertes ha sido un poco difícil de determinar, pero todo indica que las niñas fueron mantenidas con vida durante un tiempo antes de que las vistieran de esta manera y las colocaran en estos lugares para que las encontrásemos.

Munch volvió a pulsar una tecla y salieron nuevas imágenes. Gabriel no pudo verlas todas, de vez en cuando dejaba caer la mirada al suelo, entre sus zapatos.

«Por Dios. ¿Qué clase de trabajo he aceptado? Estas niñas están muertas. Muertas de verdad. Víctimas de algún juego grotesco».

Deseaba estar de vuelta en la cama, tuvo la sensación de que su vida había dado un giro de ciento ochenta grados en tan solo unos minutos. Habría deseado no haber visto nunca esas fotografías. No saber que existía ese tipo de gente. Gente capaz de hacer esas cosas. De repente sintió un gran peso encima. La tristeza más profunda que había sentido nunca. Sabía que pasaban esas cosas, pero al mismo tiempo no era consciente de ello. Era demasiado irreal o, mejor dicho, demasiado real, jodidamente real, eso era lo que pasaba. Gabriel respiró hondo y tuvo que hacer un gran esfuerzo por mantenerse quieto en la silla.

—No hay indicios de abuso sexual —continuó Munch—. Las niñas estaban recién lavadas, las uñas recortadas y limpias, el pelo peinado. Las dos tenían un cartel de Norwegian colgado alrededor del cuello. «Viajo sola». Ambas llevaban una mochila escolar en la espalda. Ambas murieron por una sobredosis de anestésicos. No hay dudas de que se trata del mismo autor ni de que tanto los secuestros como los asesinatos han sido minuciosamente planificados. Pauline fue encontrada por un hombre llamado Walter Henriksen. Estaba en nuestros archivos, pero no por algo como esto: fue detenido dos veces por conducir ebrio hace unos años. No hay razones para pensar que esté involucrado. Johanne fue encontrada por dos hermanos, Tobias y Torben Iversen, de trece y siete años. Los chicos tienen un padrastro, Mikael Frank, también un viejo conocido nuestro. Estuvo seis meses en la cárcel por alguna minucia, pero tampoco hay nada que nos haga sospechar que alguno de ellos esté involucrado. La información recogida en las respectivas zonas de los hallazgos no ha aportado gran cosa hasta ahora, pero, como sabréis, se ha visto un coche que podría ser interesante, un Citroën blanco, de año desconocido.



Munch volvió a pulsar una tecla del portátil y ahora sí aparecieron las fotografías que habían salido en los periódicos. Munch bebió un sorbo de la botella de agua mineral Farris que estaba sobre el escritorio y continuó:

—Los vestidos son réplicas de vestidos para muñecas, hechos a medida para cada una de las niñas. Si los ha confeccionado el mismo asesino, probablemente no nos llevarán a ningún sitio, pero tal vez él o ella haya encargado ese trabajo a alguien que no supiera para qué iban a ser usados. Hemos publicado estas fotos en la prensa hoy con la esperanza de que alguien los reconozca. De momento no tenemos nada, ¿verdad, Anette?

Munch se volvió hacia la chica rubia.

—Nada —dijo Anette—. Pero todavía es pronto.

—Claro —asintió Munch—. Para los que no la conocéis, Anette es nuestro enlace con Grønland, toda la comunicación pasa a través de ella, no puede haber filtraciones desde aquí. Esa es la razón por la que nos hemos escondido aquí, ¿verdad, Kim?

—¿No era para que pudieras fumar en la terraza?

Risas en la sala.

—Gracias, Kim. Cuidado con la puerta cuando salgas. Ahora en serio, es algo que quiero enfatizar. No hablaremos con nadie. Ni con los periodistas ni con los colegas de Grønland. No hablaremos ni con familiares ni con amigos, esposas, novios, parejas de hecho o, en el caso de Kim, el perro.

La gente volvió a reírse un poco. Gabriel Mørk miró a su alrededor, no podía comprender del todo cómo alguien podía reírse en una situación como aquella, pero entonces se dio cuenta de que era lo único que podían hacer. Distancia. Tenían que mantener una distancia emocional. Si no lo hacían, no podían pensar con claridad y hacer bien su trabajo.

«No sientas demasiado. No te involucres emocionalmente».

Inspiró hondo y trató de reírse un poco él también, pero no lo consiguió.

—Nosotros somos los que sabemos —continuó Munch—. Y lo que sabemos lo mantendremos en secreto. Nos van a proporcionar toda la ayuda que haga falta, solo está a una llamada de Anette de distancia. Sea lo que sea, hablad con Anette, nos han dado recursos ilimitados para este caso.

—¿A qué te refieres con «ilimitados»? —preguntó Kim.

—Me refiero a que no hay límites de ningún tipo —dijo Munch—. Horas extras, coches, tecnología, personal, este caso no solo es una máxima prioridad para nosotros y Grønland, también es un asunto de importancia nacional. Las órdenes vienen de las más altas instancias, y no me refiero a Mikkelson.

—¿El ministro de Justicia? —preguntó uno de los hombres, cuyo nombre Gabriel no recordaba bien.

Tenía la cabeza rapada y un aspecto un poco sospechoso. Podría haber interpretado el papel del malo en una película.

—Entre otros —asintió Munch.

—¿El primer ministro? —continuó el mismo hombre.

—Sí, el Gabinete del primer ministro está informado, naturalmente —explicó Munch.

—No habrá elecciones este año, ¿verdad? —se burló el hombre de la cabeza rapada.

—Siempre es periodo electoral, Curry —dijo riendo Kim.

Curry, así se llamaba. Gabriel creía que había dicho «Kari».

—Lo que vosotros dos opinéis del primer ministro me importa un pepino —continuó Munch, ya con un tono de voz más cortante—. Las dos niñas podrían haber sido nuestras hijas, y no solo somos nosotros los que pensamos así, todo el país lo piensa. Mirad la red, las noticias, somos un país en duelo, en estado de shock. No estamos trabajando en este caso solo para buscar justicia para los familiares de las niñas. Hay un estado de emergencia ahí fuera, la gente está muerta de miedo, así que tu opinión política, Curry, me importa un bledo. Nos respalda un Gobierno unido y nos ofrece, como ya he dicho, recursos ilimitados. No es asunto nuestro indagar en cuestiones de motivaciones políticas, lo nuestro es encontrar al autor del crimen. Ese es nuestro trabajo. ¿De acuerdo?

Hubo un momento de consternación en la habitación. El hombre llamado Curry no volvió a hablar, inclinó la cabeza levemente y movió los dedos sobre el regazo. Gabriel no había visto a Munch así antes. Por teléfono y antes en el despacho había parecido un hombre realmente amable y tranquilo, como un gran osito de peluche. Ahora parecía más bien un oso de verdad. La mirada se le había vuelto oscura y la voz también. Poco a poco comenzó a darse cuenta de por qué el jefe era Munch y no uno de los otros.

—Ya sabéis todos de sobra que ha vuelto Mia —continuó Munch, recuperando su tono de voz habitual.

—Hola de nuevo —dijo Mia Krüger. Se había mantenido inmóvil durante toda la reunión, pero ahora se levantó y se acercó a la pantalla.

Hubo aplausos y silbidos dispersos en la habitación.

—Gracias a todo el mundo, me alegro de estar de vuelta.

Gabriel miró a Mia de reojo, casi no se atrevía a observarla demasiado, temía quedarse embobado. Toda la reunión era casi demasiado para él. Primero Pauline y Johanne, muertas en los árboles, y ahora la mismísima Mia Krüger, a tan solo unos metros de distancia. Gabriel Mørk no era el único que había estado enamorado de ella en aquellos tiempos. Había páginas dedicadas a Mia Krüger en Facebook. Puede que ahora ya no, no estaba seguro, pero por aquel entonces sí. Incluso había pensado en la posibilidad de unirse a alguna de ellas, pero como hacker, porque Gabriel Mørk sabía que todas las navegaciones en la red podían ser identificadas hasta el más mínimo detalle, así que tenía mucho cuidado con lo que hacía cuando estaba conectado. Los rumores decían que Mia Krüger le había pegado un tiro al novio de su hermana, un drogadicto, y que no había sido un accidente. Los periódicos habían seguido el caso

durante unas semanas, hasta que aparecieron otros asuntos de más actualidad y ese tema quedó obsoleto. En el único informe que había sido publicado se constataba que no había actuado mal, pero aun así llevaba ya bastante tiempo fuera, según parecía.

Aquella chica delgada con el pelo negro azabache llevaba un jersey blanco y negro de cuello alto y unos pantalones ajustados con cremalleras en los muslos. Era pequeña, tenía la mirada cansada y parecía mucho más delgada que en la prensa. Mia, *Rayo de Luna*. Así era como la llamaban en internet. Por un cómic que Gabriel no conocía —era demasiado joven, por lo visto— que se llamaba *Flecha de plata*. Uno de los personajes del cómic era una chica india muy bella, Rayo de Luna, de la que todos los chiquillos de los años ochenta habían estado secretamente enamorados, según decían.

A pesar de todo, no conseguía dejar de mirarla fijamente. Mia Krüger. No había tantos inspectores de Homicidios conocidos en Noruega, podría ser por eso. Una joven chica noruega, guapa, con ojos azules y mucho talento, que se parecía a una india, involucrada en un gran escándalo. Todo era perfecto para la prensa. Ahora no podía evitar compadecerla un poco. Parecía realmente exhausta. Sus finas piernas desaparecían en unas botas de motera con hebillas que tintineaban un poco cuando se movía. Llevaba una pulsera de plata alrededor de una muñeca y una tira de cuero alrededor de la otra. En los foros de internet se había hablado de ambas. La pulsera de plata había sido un regalo de su hermana, que había fallecido de una sobredosis. Los rumores sobre la pulsera de cuero decían que se la había quitado a un letón que era sospechoso de haber matado a una chica que había traído a Noruega para prostituirla. Había sido al principio de su carrera y el letón había conseguido que Mia sintiera pena por él. Había dejado que le interrogasen sin esposas. La había atacado con un cúter que se había escondido en una bota. Con la cara ensangrentada, había conseguido reducirlo y había usado ese mismo cúter para cortarle la pulsera de cuero. Según decían, ahora la llevaba como recordatorio, para no volver a mostrarse débil. Aquella vez casi había perdido un ojo. Gabriel podía ver la cicatriz desde donde estaba. Historias y rumores. No sabía si había algo de verdad en ellos, pero aun así resultaba fascinante. Ahora ella estaba ahí, delante de él. Iban a trabajar juntos.

Mia Krüger se agarraba un brazo y hablaba con un tono de voz bajo y cauteloso. Gabriel casi tuvo que esforzarse para oír lo que decía.

—Bueno, todos vosotros ya estáis al tanto de casi todo. Ahora vamos a ver un par de cosas que no conocéis y que en nuestra opinión son importantes.

Mia pulsó una tecla en el portátil de Holger y salió una nueva fotografía en la pantalla.

—Las dos niñas llevaban una mochila escolar en la espalda cuando fueron encontradas. En las mochilas había libros del colegio y en la primera página de los libros había un nombre escrito. En los libros de Johanne Lange ponía «Johanne». Sin embargo, en los libros de Pauline ponía «Rikke J. W.».

Otra fotografía en la pantalla.

—¿Por qué?

Mia Krüger esbozó una pequeña sonrisa.

—Gracias, Curry. Tan paciente como siempre, por lo que veo. Me alegro de verte.

—Deja que Mia termine de hablar —dijo Munch irritado.

—Como decía, en los libros de Johanne ponía «Johanne». Y en los libros de Pauline ponía «Rikke J. W.». Como ya sabréis, no hay nada casual en estas cosas. Todo parece estar planificado hasta el más mínimo detalle. El asesino sabía lo que hacía, sabía los nombres de las niñas, lo cual ya nos hace pensar que llevaba tiempo estudiándolas antes de secuestrarlas. Volveremos a eso, pero...

Mia Krüger se detuvo un momento, tosió un poco y se agarró el cuerpo con más fuerza. Munch se levantó y le ofreció su botella de Farris. Mia negó con la cabeza y continuó en voz baja:

—Sabéis de sobra que hay una conexión clara entre ambos asesinatos, pero también tenemos razones para pensar que todo esto está vinculado a otro caso, uno que no pudimos resolver hace unos años.

Pulsó la tecla de nuevo.

—En 2006 desapareció un bebé del hospital de Hønefoss. Unas semanas más tarde, un enfermero sueco llamado Joachim Wicklund fue encontrado ahorcado en su habitación. En el suelo, debajo de él, había una nota escrita a máquina en la que se autoinculpaba del secuestro. El bebé nunca fue hallado. Se archivó el caso.

Mia Krüger hizo una nueva pausa. Esta vez bebió un sorbo de la botella de agua. No estaba en forma. Eso ya era evidente para todo el mundo. La chica, que normalmente llevaba la cabeza muy alta, temblaba un poco, parecía que tenía problemas para concentrarse adecuadamente.

—Holger y yo —continuó después de recobrar el aliento— creemos que el nombre que figura en el libro de Pauline, «Rikke J. W.», es un mensaje del asesino. Lo que quiere decir sigue siendo un poco confuso, pero pensamos que «J. W.» significa «Joachim Wicklund» y «Rikke» significa ni más ni menos que «no fue».

Hubo un murmullo en la sala. Era evidente que todo el mundo sentía un gran respeto por Mia Krüger y sus razonamientos.

Munch volvió a tomar la palabra.

—Esto quiere decir que debemos reabrir el caso de Hønefoss, necesitamos revisar todo lo que teníamos, hay que sacar todos los interrogatorios, todos los informes, todos los nombres relacionados con ese caso. Quiero que tú te ocupes de eso, Ludvig, ya que estabas con nosotros en aquella ocasión, y que Curry te ayude, ya que él no estaba. Creo que deberíamos analizarlo con un par de ojos viejos y un par de ojos nuevos.

Tanto el hombre mayor, que se llamaba Ludvig, como el de la cabeza rapada, Curry, que había tenido tantas ganas de hablar sobre política, asintieron con la cabeza.

—Así que esta es la primera pista, Hønefoss 2006, Ludvig y Curry. La segunda,

los vestidos. Anette se encargará de coordinar la información que la gente envíe a Grønland y nos lo comunicará a Mia y a mí. Posibles sospechosos con antecedentes...

Holger volvió a mirar a los reunidos.

—¿Kyrre?

Un hombre alto y delgado con el pelo corto y moreno y un par de gafas grandes levantó la mirada de sus notas.

—Sí. Trond y yo nos dedicamos a eso, pero la lista no es muy larga. Lo que tenemos hasta ahora son delincuentes sexuales, casos de abuso sexual. Para serte sincero, no estoy del todo seguro de qué estamos buscando. ¿Hemos visto algo parecido a esto antes? Hablo en serio. Yo no, desde luego. Hemos comparado datos con nuestros amigos del continente, especialmente en Bélgica, donde tienen todo lo relacionado con Marc Dutroux, pero de nuevo eso también era un caso con abusos sexuales, no como esto. La verdad es que no hay nada parecido en ningún sitio. Si te soy sincero, la gente por ahí no se lo cree, pero seguiremos buscando.

—Bien —asintió Munch—. Bueno, se me ha olvidado algo. Nos han dado una nueva herramienta para bases de datos que se instalará a lo largo del día. Todo lo que metamos, nombres, observaciones, lo que sea, será contrastado inmediatamente con todos los archivos disponibles, los nuestros y también los de terceros. Si tenéis problemas con su funcionamiento, podéis hablar con Gabriel Mørk, nuestro nuevo friqui. ¿Ya conocéis a Gabriel?

Gabriel se sobresaltó al oír su nombre. Levantó la mirada y vio que todos se habían girado hacia él.

—¿Qué tal, Gabriel? —dijo alguien.

—Hola a todos —contestó Gabriel, un poco nervioso. Tuvo la sensación de haber vuelto a clase. Como si debiera levantarse y decir algo, pero afortunadamente no le hizo falta hacer nada. No tenía ni idea de acerca de qué base de datos hablaba. Munch lo miró y le guiñó un ojo.

—No he tenido tiempo de comentártelo antes. Hablamos luego, ¿vale?

—Vale —dijo Gabriel, que se alegró de que Mia Krüger volviera a tomar la palabra.

—No sé cuántos de vosotros os habéis enterado de esto.

Pulsó una tecla en el ordenador.

—El caso es que en la autopsia de Pauline hemos descubierto un número en la uña del dedo meñique izquierdo. Es el número uno. Como podéis ver...

Una nueva fotografía apareció en la pantalla.

—Johanne también lo tenía, pero el número dos, dos rayas en el anular izquierdo.

—¡Joder! —exclamó espontáneamente el hombre que se llamaba Ludvig, el de las gafas redondas que era algo mayor.

—Sí, ¿verdad? —asintió Mia mirándolo.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Curry.

—Que habrá más —dijo la mujer llamada Anette.

Hubo un silencio en la habitación.

—Tenemos razones para pensar que Pauline y Johanne solo son las dos primeras. Que puede haber más. Desgraciadamente.

Munch ya estaba hablando otra vez.

—Así que vamos a prestar especial atención a los casos de desapariciones. Las niñas de seis años, aunque solo lleven desaparecidas media hora, son nuestra máxima prioridad. ¿De acuerdo?

Los reunidos asintieron con la cabeza.

—Ahora creo que necesito un cigarrillo, así que nos tomaremos un descanso y volvemos a encontrarnos aquí en diez minutos.

Munch sacó una cajetilla de cigarrillos de su bolsillo y salió a fumar a la terraza, con Mia pisándole los talones. Gabriel no sabía qué hacer. Ya había sido suficientemente sobrecogedor ver las fotografías de las dos niñas. ¿Ahora iba a haber más? Respiró hondo desde el fondo del estómago para bajar sus pulsaciones y salió al pasillo hacia la máquina de café.

Lukas estaba en la parroquia, sentado en su silla habitual, un poco más elevada que las demás y colocada junto a la pared, desde donde se veía tanto el púlpito como a los feligreses. Simon, el pastor, se había puesto delante del altar, pero todavía no había empezado a hablar. Parecía que estaba pensando en algo importante. Lukas y el resto de la congregación estaban en silencio, no se oía ni un solo ruido en la gran sala blanca. Todos esperaban con ansiedad las palabras del pastor Simon. El pastor, de pelo blanco, era conocido por tomarse su tiempo antes de empezar, había que establecer contacto con el Señor, abrir las líneas de comunicación entre Dios, él mismo y los parroquianos, liberar la sala de todo lo que pudiera interferir en el diálogo con el cielo. Toda la puesta en escena era bonita, angelical, casi un poco meditativa, pensó Lukas, quieto en la silla, con las manos cruzadas en el regazo.

A Lukas le encantaba escuchar al pastor Simon. Lo había oído la primera vez por casualidad, hacía más de doce años, en un campamento en la región de Sørlandet. Su familia de acogida lo había enviado de vacaciones con los vecinos. No tenían dinero para llevárselo con ellos a sus propias vacaciones o no tenían ganas de hacerlo. Lukas no recordaba dónde iban a ir, a Syden quizá, o a otro lugar, pero daba lo mismo. Al principio, Lukas, que entonces tenía quince años, se había sentido extremadamente fuera de lugar en el campamento, le había parecido que la gente era muy rara. No era la primera vez que experimentaba algo parecido, llevaba toda la vida sintiéndose fuera de lugar. Había ido cambiando de una familia a otra desde que el servicio de protección de menores lo había sacado de su familia original y no había encontrado su lugar en ningún sitio. Tampoco en el colegio. El problema no eran las asignaturas, sino los otros alumnos. Y los profesores. O tal vez la gente en general. Lukas observó con admiración al pastor Simon, que seguía con los ojos cerrados y las palmas de las manos vueltas hacia el cielo. Lukas sintió el calor. El calor incandescente y la luz clara que le llenaban el cuerpo y le daban seguridad. Recordaba la primera vez que lo había sentido, en aquel campamento de Sørlandet doce años atrás. No desde el principio, porque se había sentido como un pez fuera del agua, como si todo el mundo a su alrededor tuviera un secreto que no quería compartir con él. La inseguridad y la inquietud se habían apoderado de él con fuerza, y con ellas, como siempre en esas ocasiones, todas las voces en su cabeza que pedían que hiciera cosas, cosas que no había que decir en voz alta. Pero luego, como si el mismo Dios hubiera iluminado su camino, de repente había encontrado un sendero que llevaba a una tienda un poco más pequeña en las afueras del campamento. Un corredor de luz que apuntaba hacia la pequeña lona blanca y también un susurro, una de esas voces que no eran tan altas, no un grito. Esas no le gustaban, pero esta voz era diferente, era un susurro bondadoso, bajo, en una lengua extraña. *Sequere via ad Caelum*. La bondadosa voz en su cabeza y la luz irresistible que le pedía que se acercara. *Sequere*

*via ad Caelum*, «sigue el camino hacia el cielo». Poco después estaba dentro de la tienda, poseído por las voces, el calor y la luz. Y allí, en la tarima, en el centro de todo, estaban los ojos centelleantes y la poderosa voz del pastor Simon. Desde aquel día, Lukas era creyente.

Lukas alzó la mirada hacia los feligreses, que seguían en silencio, esperando a que el pastor comenzara a hablar. Reconocía todas las caras. La mayoría de ellos formaban parte de la parroquia desde hacía muchos años, pero nadie llevaba allí tanto tiempo como Lukas. No había vuelto a casa aquel verano. A nadie le había importado demasiado. Ahora, doce años más tarde, había subido posiciones en la jerarquía, solo tenía veintisiete años y ya era la mano derecha del pastor Simon. Una especie de segundo de a bordo que ayudaba al pastor Simon en cualquier tarea, tanto en sus asuntos privados como en los relacionados con la parroquia. Para Lukas, el trabajo con el pastor Simon era su razón de ser. No había nada que no estuviera dispuesto a hacer si se lo pedía. Su vida no era nada en comparación con la del pastor Simon y si algún día se presentara la ocasión daría su vida por el pastor, y además encantado. Porque la muerte no era en realidad la muerte, no para los seguidores del pastor Simon. La muerte no era más que otro paso hacia el cielo. Lukas reprimió una pequeña sonrisa cuando sintió que el calor y la maravillosa luz lo inundaban por dentro otra vez.

Hacía ya algún tiempo que no oía las voces en su cabeza. Bueno, de vez en cuando sí, pero no fuertes e insistentes como cuando era más joven, cuando las voces, en especial los gritos, le habían pedido que hiciera cosas que no había que hacer. Había intentado protestar, pero no había nada que hacer, lo sabía de sobra, porque los gritos no se detenían. Había que hacerlo, sencillamente. Quitárselo de encima. Esperar lo mejor. En una ocasión, Lukas pensó que los gritos y los susurros provenían del Demonio y de Dios. El pastor Simon le había dicho que uno no podía existir sin el otro. Que el universo y los dos polos opuestos de la eternidad eran inseparables. Que no había que temerlo, porque el camino de la luz les guiaría pasara lo que pasase. Si de vez en cuando caías en las tentaciones del demonio, eso no significaba que fueras un pecador eternamente, solo demostraba la existencia de Dios, incluso algunas veces la voz del diablo en realidad procedía de Dios, como una prueba. Aun así, a Lukas le parecía un alivio que las voces, en especial los gritos, ya no resonaran en su cabeza tan a menudo.

*Deo sic per diabolum.* «El camino a Dios pasa por el diablo».

Lukas sabía de sobra que esa no era la postura oficial de la congregación. Los principiantes no lo comprenderían. Tenías que ser uno de los iluminados para entenderlo. En todo caso, los principiantes estaban ahí como instrumentos, igual que los feligreses, que ahora se hallaban delante de él sumidos en un silencio reverencial. Los importantes eran los iluminados. Los que habían comprendido lo que en realidad quería decir el pastor Simon sobre el camino a la luz. Y Lukas era uno de ellos.

La noche de los principiantes. Lukas estaba expectante ante el fin de semana.



Volverían a subir al bosque. Junto con los otros iluminados. En realidad, Lukas no entendía por qué el pastor Simon insistía en organizar esas reuniones para los principiantes; a fin de cuentas, tenían tareas más importantes que realizar, pero jamás se le ocurriría cuestionar las órdenes del pastor. El pastor estaba en contacto con Dios y sabía exactamente qué hacer y por qué. Lux Domus. Este fin de semana. Lukas tuvo que cerrar la boca para no dejar escapar un pequeño suspiro, ya que el calor y la luz lo estaban atravesando otra vez.

Finalmente, el pastor Simon empezó a hablar y entonces Dios entró en la sala. Los miembros de la congregación estaban clavados en sus sillas y se dejaron llenar de felicidad. Lukas había oído el sermón antes, estaba pensado para los principiantes; era bonito pero simple. Lo dicho, tenía ganas de que llegara el fin de semana. Lux Domus. Otro paso más hacia el cielo. Cerró los ojos y dejó que las palabras del pastor lo llenaran y luego, poco después, había terminado. El pastor ya estaba en la salida. Manos agradecidas y cabezas inclinadas mientras la gente pasaba a su lado al salir de la sala, y después estaban solos otra vez, solos los dos en la gran sala blanca.

Lukas siguió al pastor al despacho y le ayudó a quitarse la sotana. Se dio la vuelta para no ver al pastor en ropa interior y le ayudó a ponerse el traje, el de diario. Trajo una taza de café recién hecho. No dijo nada hasta que el pastor estuvo sentado en su silla detrás del gran escritorio e hizo la señal de que Dios había vuelto a salir de la habitación y que ahora se podía hablar otra vez.

—Ha llegado un nuevo nombre —dijo Lukas en voz baja tras aclararse la garganta y sacó el sobre que había guardado en el bolsillo interior de la cazadora durante toda la ceremonia.

—Ah, ¿sí?

El pastor lo miró y cogió el sobre. Dentro había un folio blanco normal. Lukas no sabía qué ponía en el papel, solo que era un nombre. No tenía ni idea de qué nombre era, eso era solo para los ojos del pastor. Su tarea consistía en recoger el sobre y pasárselo al pastor. No abrirlo, sino limitarse a ser un mensajero, como un ángel.

El pastor no comentó nada, como siempre. Leyó el nombre, dobló el folio y guardó el sobre en la caja fuerte debajo de la pequeña mesa junto a la ventana.

—Gracias, Lukas. ¿Algo más?

El pastor lo miró. Lukas sonrió ante su mirada luminosa y bondadosa.

—No, nada. Ah, sí, su hermano está aquí.

—¿Nils? ¿Aquí?, ¿ahora?

Lukas asintió con la cabeza.

—Ha venido justo antes del oficio. Le he pedido que esperase en el patio trasero.

—Muy bien, Lukas. Puedes decirle que entre.

Lukas inclinó la cabeza y salió en busca del visitante.

—¿Por qué ha tardado tanto? Te dije que era importante.

El hermano de Simon, Nils, también tenía un cargo relevante dentro de la congregación. Lukas lo había conocido por primera vez aquel día en la tienda del

campamento de Sørlandet, pero, aunque Nils llevaba tanto tiempo como Lukas, no había llegado tan lejos como él. Sabía que había habido un poco de follón y voces discordantes cuando a Lukas se le había dado el cargo de segundo de a bordo. Muchos pensaban que debería haber sido para Nils, pero al final había pasado lo de siempre, que nadie cuestionaba las decisiones del pastor. A fin de cuentas era a él a quien se le había dado la llave del cielo.

—Ya sabes que para el pastor es importante ayudar a los principiantes. Ya está listo para recibirte.

—Lux Domus —murmuró el hermano, que llevaba el pelo muy corto.

—Lux Domus —contestó Lukas sonriendo y lo llevó junto al pastor.

El pastor se levantó cuando entraron. El visitante inclinó la cabeza y se acercó a su hermano mayor. Le besó la mano y en las dos mejillas.

—Siéntate, siéntate, hermano mío —dijo el pastor y tomó asiento en la silla al otro lado del escritorio.

Nils miró de reojo a Lukas.

—¿Quiere que salga? —preguntó Lukas enseguida.

—No, no, quédate.

El pastor movió una mano despreocupadamente, una señal para que Lukas se sentara. Era uno de los iluminados, no había razones para que saliera de la habitación.

Lukas se percató de que la decisión parecía haber irritado a su hermano, pero este no dijo nada.

—¿Cómo os va ahí arriba? —preguntó el pastor cuando los tres se hubieron sentado.

—Todo bien —contestó el hermano.

—¿Y la valla?

—Hemos hecho más de la mitad.

—¿Será tan alta como habíamos decidido?

—Sí —asintió el hermano.

—¿Y por qué no estás allí ahora?

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué estás aquí cuando hay trabajo que hacer allí?

Nils volvió a mirar a Lukas. Parecía que tenía algo que decir, pero no se atrevía mientras Lukas estuviera en la habitación.

—Hemos perdido a un miembro del rebaño —murmuró al final con la cabeza inclinada. Parecía avergonzado.

—¿Qué quieres decir?

—Un accidente con una de las más jóvenes.

—¿Qué clase de accidente?

—Solo un accidente. Un desliz. Ya está arreglado.

—¿Quién era?

—Rakel.

—¿La buena de Rakel? ¿Mi Rakel?

El hermano asintió con la cabeza, que ya de por sí estaba muy inclinada.

—Una noche desapareció. Pero ya ha vuelto.

—¿Así que todo está en orden?

—Sí, todo está en orden.

—Entonces te lo vuelvo a preguntar, hermano mío: ¿por qué estás aquí cuando tienes trabajo que hacer allí?

Nils levantó la mirada hacia el pastor, su hermano mayor. Nils era un hombre de cincuenta y tantos años, pero aun así parecía un niño pequeño al que le había reñido su padre.

—Me has pedido que te mantuviera informado.

—Si todo marcha bien, no hay nada que comentar, ¿verdad?

Nils, sumiso, asintió con la cabeza.

—Habría sido más sencillo si hubiéramos tenido un teléfono —dijo con cautela después de una pequeña pausa.

El pastor se reclinó en la silla y juntó las puntas de los dedos de las manos.

—¿También tienes opiniones con respecto a otros asuntos? ¿Muchas opiniones? ¿No estás contento con lo que Dios te ha dado?

—No, no..., no es eso. Yo solo...

Nils se puso rojo mientras buscaba las palabras adecuadas.

El pastor negó con la cabeza un poco y hubo un silencio incómodo en la habitación. No era incómodo para Lukas, que siempre estaba del lado del pastor, pero para el hermano sí y además merecidamente. ¿Cómo se atrevía a cuestionar las órdenes del pastor? El hermano se levantó, todavía con la mirada puesta en el suelo.

—¿Vais a venir el sábado?

—Sí, iremos el sábado.

—Bien, entonces nos veremos allí —se despidió el hermano y salió de la habitación.

—Lux Domus —dijo Lukas cuando se quedaron los dos solos. Eso era lo que más le gustaba, estar los dos solos.

El pastor sonrió y lo observó.

—¿Crees que hemos hecho lo correcto?

—Por supuesto —asintió Lukas.

—A veces tengo dudas —dijo el pastor y volvió a juntar las puntas de los dedos de las manos.

—Hay algo que tengo que decirle —comenzó Lukas.

—¿Sí?

—Ya sabe que mi tarea consiste en cuidarle.

—Y tanto que lo haces, Lukas. Y tanto —dijo sonriendo el pastor.

Lukas se ruborizó un poco. Conocía al pastor muy bien. Conocía su tono de voz. Sabía cuándo le halagaba.

—Ignoro si lo sabe o no, pero puede haber un problema en la congregación.

—¿Entre los de hoy?

—Sí, entre los principiantes.

—¿Y cuál es el problema?

—Bueno, usted decidirá si es un problema o no, yo solo le comento lo que veo, para cuidar de usted.

—Sí, eso dices, Lukas, y lo valoro mucho. ¿De qué se trata?

Lukas se aclaró la garganta antes de continuar.

—Una de las feligresas habituales tiene una conexión familiar un tanto desafortunada.

El pastor negó con la cabeza.

—Lo que dices resulta bastante enigmático, Lukas. Habla claro. Dime de qué se trata.

—Una señora mayor que va en silla de ruedas y lleva gafas; suele estar en la última fila.

—¿Hildur?

Lukas asintió con la cabeza.

—¿Qué le pasa?

—Es la madre de Holger Munch.

—¿De quién?

—De Holger Munch, el policía.

—Anda, vaya. No sabía que era policía.

Lukas se sorprendió un poco, pero no dijo nada. Sabía perfectamente que el pastor estaba al tanto de quién era Holger Munch.

—Hildur es su madre —repitió.

—¿Y por qué iba a ser un problema para nosotros?

—Solo quería que lo supiera.

—¿Estás pensando en lo que ponía en el sobre esta vez?

Lukas asintió con la cabeza cautelosamente.

—Gracias, Lukas. Pero no creo que sea necesario preocuparse por Hildur Munch. Ahora mismo tenemos cosas más importantes en que pensar, ¿verdad?

—Sí, cierto —dijo Lukas y se levantó.

—Lux Domus, amigo mío —dijo el pastor con una sonrisa amable.

—Lux Domus. —Lukas le devolvió la sonrisa, inclinó la cabeza profundamente y salió del despacho del pastor sin decir nada más.

Mia Krüger estaba sentada en su despacho tocando las pastillas que tenía en el bolsillo del pantalón. En realidad se había prometido no llevarse ninguna, dejar todas en la casa de Hitra hasta que terminara el caso, hasta que volviera a necesitarlas, pero no lo había conseguido del todo. Se había metido algunas pastillas en el bolsillo, como quien no quiere la cosa. Se imaginó cómo sería tomarse una de ellas ahora. Sentía pinchazos en todo el cuerpo. Se había olvidado de cómo eran las cosas en el mundo real. Lo había apartado de sí, lejos. A fin de cuentas, la idea era no tener que relacionarse con él nunca más, pero luego había aparecido Munch para estropearlo todo.

Mia Krüger llevaba cuatro días sin beber, no había tomado nada desde su llegada a Oslo. Varias veces había estado a punto de dar buena cuenta del minibar, pero había conseguido reprimirse. Holger le había ofrecido uno de los pisos de la policía, pero ella había insistido en una habitación de hotel, no le importaba pagarla con su propio dinero. No quería volver. De hecho, no iba a volver. Una habitación de hotel impersonal era lo único que necesitaba. Un sitio provisional. Una sala de espera. No quería tener la rutina demasiado cerca. Solo este caso. Luego volvería. A Hitra. Con Sigrid. Había buscado otra fecha simbólica. El 18 de abril, el décimo aniversario, ya había pasado. La siguiente era su cumpleaños. El 11 de noviembre. Las dos cumplirían treinta y tres años. Habrían cumplido treinta y tres años. Noviembre parecía estar increíblemente lejos en el tiempo. Demasiado lejos. Tenía que buscar otra fecha. Tal vez no necesitara ninguna. Podría ocurrir en cualquier momento. Lo más importante era hacerlo. Para no tener que pasar por esto. Esta gente. Metió la mano en el bolsillo y se puso una pastilla en la lengua. Cambió de idea. La escupió y la devolvió al bolsillo.

—Tenemos algo sobre la ropa.

De repente, Anette estaba en su despacho.

—¿Cómo?

—Tenemos una pista acerca de los vestidos de muñeca.

—¿Ya?

—Sí —dijo sonriendo la chica rubia mientras agitaba un papel en la mano—. Ha llamado una tal Jenny, de Confecciones Jenny, en Sandvika. Ha dicho que sentía no haber llamado antes, pero no había leído los periódicos hasta ahora. ¿Vamos las dos?

—Sí, claro. ¿Dónde está Munch?

—Ha ido a buscar a su nieta a la guardería. Al parecer la madre tenía que probarse el vestido de novia.

—Fíjate, todavía hay gente que se casa.

—Sí, ¿verdad? —Anette se mostró de acuerdo con una sonrisa—. Para serte sincera, me alegro de no ser yo. Bodas. ¿No es un poco anticuado eso?

—Preguntas a la persona equivocada —contestó riendo Mia—. No sé nada sobre ese tema.

Se levantó y se puso la cazadora de cuero negro.

—¿Quieres conducir tú o conduzco yo? —preguntó Anette agitando las llaves del coche delante de su cara.

—Será mejor que lo lleves tú —dijo Mia guiñándole un ojo y siguió a su colega hacia el aparcamiento—. ¿Qué ha dicho esa señora? —preguntó cuando salieron del centro y tomaron la salida de Drammen.

Había trabajado con Anette en varias ocasiones sin que por ello hubieran desarrollado una relación cercana. Mia no sabía muy bien por qué, no había nada raro con Anette. Era muy inteligente y siempre agradable. Se había licenciado en Derecho, era increíblemente profesional y una compañera perfecta en la Unidad de Operaciones Especiales. El asunto era más bien que Mia no tenía una relación muy cercana con ninguno de sus compañeros del trabajo. Aparte de Holger, claro está, pero eso no contaba. No, ya no tenía ningún amigo cercano. Hacía años que no hablaba con sus amigos de Åsgårdstrand y después de que falleciera Sigrid se había encerrado en sí misma aún más. ¿Quizá no habría sido tan difícil? ¿Quizá habría podido disfrutar de la vida fuera del trabajo? Total, daba lo mismo. Ahora había que solventar este caso y después volvería a Hitra. Volvería con Sigrid. Pasó los dedos por la «S» que colgaba de la pulsera. Le hizo sentirse segura.

—He hablado muy poco con ella, me la ha pasado uno de los nuestros de Grønland. Pero creo que hemos dado con la persona correcta.

—¿Sabía lo de los números del cuello?

Anette asintió con la cabeza y cambió de carril.

—M 10:14. «Dejad que los niños se acerquen a mí». ¿Crees que puede haber motivos religiosos detrás?

—Es demasiado pronto para saberlo —dijo Mia y se puso las gafas de sol.

Fuera, el sol brillaba con fuerza, podría ser un sol de primavera flojo para otros, pero para ella no. Era como si su cuerpo no soportara estímulos de ningún tipo. Había intentado ver la tele la noche anterior, pero le había empezado a doler la cabeza. Incluso había tenido que pedir a Holger que bajara el volumen de la radio de su despacho. Continuaron en silencio por la carretera de Drammen. Mia era consciente de que Anette sentía curiosidad, pero se hizo la loca. Había pasado lo mismo con los otros. Las sonrisas eran amables, pero las miradas eran de curiosidad. No por parte de la gente que mejor la conocía, claro, como Curry, Kim y Ludvig. O sí, ellos también. «¿Qué tal te va?». «¿Cómo te ha ido?». «¿Ya te has recuperado, Mia?». «Hemos oído que te has vuelto loca». «Que te has cortado el pelo». «Que has intentado quitarte la vida en una isla en el archipiélago». Vio de reojo que Anette la miraba. El coche estaba cargado de preguntas no formuladas, igual que en el edificio de la calle Mariboegate, pero ahora mismo Mia no podía. Decidió hacerle caso un poco más adelante. Anette le caía bien. Quizá pudieran salir a tomar una cerveza. O quizá no.

Por qué lo uno, por qué lo otro.

«Ven, Mia, ven. ¿Qué haces ahí fuera sola?».

Cuando tomaron la salida de Sandvika empezó a llover, con un golpeteo contra el parabrisas del coche, pero Mia no se quitó las gafas de sol. Cerró los ojos detrás de los cristales y escuchó los sonidos. Las gotas contra el parabrisas. El ruido del motor. Por un momento tuvo once años otra vez, estaba en el asiento trasero del coche de su padre, era sábado y volvía de Horten después de haber estado con él en la tienda de pinturas. Sentía su olor, su voz canturreando detrás de los guantes de cuero que sujetaban el volante, conduciendo solo con una mano ahora que su madre no estaba en el coche.

«—¿Cantamos un poco, Mia?

»—Sí, ¡vamos a cantar la del coche!

»—“Y voy con mi coche, voy por ahí, tan bien como tú, igual que tú, no hay diferencia entre tú y yo”.

»—¡Otra vez!

»—¿Otra vez?

»—¡Sí!».

Mia sonrió para sus adentros detrás de las gafas de sol, sintió la pequeña niña dentro de sí, la que le había puesto la piel de gallina y las mejillas rojas. Todo era muy sencillo por aquel entonces. Ahora todos se habían ido. Solo quedaba ella.

Sus pensamientos fueron interrumpidos repentinamente cuando el coche se paró.

—Ya hemos llegado —dijo Anette y salió del coche.

Mia dejó las gafas sobre el salpicadero y la siguió.

La lluvia había remitido, no había sido más que un chaparrón local, el sol de primavera volvió a asomarse detrás de las nubes y les mostró el camino hacia un pequeño edificio comercial pintado de amarillo en las afueras del centro de Sandvika.

Ponía «Confecciones Jenny» en el escaparate. Al otro lado de la puerta colgaba un cartel anticuado en el que decía: «Cerrado». Mia llamó y poco después apareció una cara vieja y dulce, pero preocupada, detrás de las cortinas.

—¿Sí? —preguntó la señora sin abrir la puerta.

—Mia Krüger, de la policía de Oslo, Departamento de Homicidios —dijo Mia y acercó la placa al cristal para tranquilizar a la señora.

—¿La policía? —preguntó la señora y miró nerviosa a las dos.

—Sí —contestó Mia con voz suave—. ¿Podemos entrar?

Estaba claro que a la apuesta señora mayor le habían impactado los titulares de la prensa, le costó un buen rato girar la llave en la cerradura. Sus viejos dedos temblaban mientras intentaba abrir, pero al final lo consiguió. Mia entró en la tienda con tranquilidad y enseñó de nuevo la placa a la señora. Esta cerró la puerta tras ellas y volvió a girar la llave rápidamente. Se quedó en medio del pequeño y colorido local, sin saber muy bien dónde meterse.

—¿Es usted Jenny? —preguntó Mia.

—Sí. Lo siento, no sé qué me pasa. Vaya, qué día, estoy totalmente aturdida. Jenny Midthun —dijo la señora y le dio la mano a Mia.

—¿Esta tienda es suya? —preguntó Anette echando una mirada a su alrededor.

Había maniqués en las ventanas con ropa confeccionada en la tienda. Las paredes y las estanterías estaban llenas de cosas que Jenny, al parecer, había cosido. Manteleros, faldas...; una de las paredes estaba llena de colchas. La tienda entera olía a productos artesanales de toda la vida.

—Desde 1972 —dijo la apuesta señora mayor—. Mi marido y yo la montamos juntos, pero él ya no está. Falleció en 1989. Fue idea suya llamarla Confecciones Jenny, yo quería que se llamara Confecciones Jenny y Arild, pero él insistió, así que, bueno...

La señora mayor se quedó sin palabras otra vez.

—¿Ha hecho usted estos vestidos?

Mia sacó las fotografías que llevaba en el bolsillo interior y las dejó sobre el mostrador. Jenny se puso las gafas, que colgaban de una cuerda alrededor del cuello, y echó una breve mirada a las fotografías antes de volver a asentir con la cabeza.

—Sí, he hecho los dos. ¿Qué significa eso? ¿Estoy metida en un lío? ¿He hecho algo malo?

—Para nada, Jenny, no tenemos razones para pensar que haya hecho nada malo. ¿Para quién los hizo? —preguntó Mia.

La señora mayor dio la vuelta al mostrador y sacó una carpeta que estaba en una de las estanterías.

—Aquí tengo todos los datos —dijo y repiqueteó con los dedos sobre la carpeta.

—¿Qué contiene?

—Todos los pedidos. Apunto todo. Medidas, material, precio, fecha de entrega, todo está aquí.

—¿Le importa si nos llevamos esa carpeta? —preguntó Mia.

—No, por supuesto que no, llevaos todo lo que queráis. Vaya, qué terrible. La verdad es que no sé ni qué... Me he quedado totalmente aturdida al enterarme... Ha sido uno de los vecinos, que ha venido con los periódicos...

—¿Quién encargó los vestidos? —preguntó Mia.

—Un hombre.

—¿Sabe cómo se llama?

—No, no me dio su nombre. Vino por aquí con unas fotografías. De muñecas. Quería que hiciera los mismos vestidos, pero de la talla de una niña.

—¿Le dijo para qué los quería?

—No, y tampoco le pregunté. Si lo llego a saber... Es que no tenía ni idea de qué...

Jenny Midthun se llevó una mano a la cabeza. Tuvo que sentarse en una silla. Anette se dirigió a la trastienda y volvió con un vaso de agua.

—Gracias —dijo la señora mayor con voz débil.



—¿Cuándo llegó el pedido?

—Hace alrededor de un año. El verano del año pasado. El primero de ellos.

—¿Vino más de una vez?

—Sí, claro —asintió Jenny—. Vino muchas veces. Nunca hubo problemas con los pagos.

Siempre en efectivo, ningún problema. Pagaba bien. Nunca hubo discusiones sobre el dinero.

—¿Cuántos vestidos ha hecho?

—Diez.

La señora miró al suelo. Anette miró a Mia y levantó las cejas.

«Habrás más. Diez vestidos».

—¿Cuándo ha sido la última vez que lo ha visto?

—No hace mucho, hace relativamente poco, de hecho. ¿Un mes quizá? Sí, creo que sí. Fue a mediados de marzo. Cuando vino a por los dos últimos.

—¿Puede hacernos una descripción de cómo era? ¿Podría hacer eso? —preguntó Anette amablemente.

—Era totalmente normal.

—¿Qué significa totalmente normal para usted?

—Bueno, iba bien vestido. Llevaba ropa bonita. Traje y sombrero. No era muy alto, tendría la misma estatura que Arild, es decir, mi marido, mediría uno setenta y cinco o algo así. No era ni delgado ni gordo, era bastante normal.

—¿Tenía acento?

—¿Cómo? No.

—¿Quiere decir que era de por aquí? ¿Hablaba como nosotras? —preguntó Anette.

—Ah, sí, era noruego. De Oslo, sí. Podría tener unos cuarenta y cinco años o por ahí. Un hombre totalmente normal. Realmente agradable. Y llevaba una ropa muy elegante. Yo no podía saber que..., quiero decir... Si lo llego a saber...

—Es muy amable, Jenny —dijo Mia y acarició la mano de la señora con suavidad—. Nos está ayudando mucho. Ahora solo quiero que trate de recordar si había algo en él que lo diferenciara de los demás. ¿Algún detalle le llamó la atención?

—No, no sé qué podría ser. ¿Te refieres al tatuaje?

Anette miró a Mia otra vez y esbozó una ligera sonrisa.

—¿Tenía un tatuaje?

La señora mayor asintió con la cabeza.

—Aquí —dijo tocándose el cuello—. Normalmente llevaba un jersey de cuello alto y por eso no se le veía, pero una vez no lo llevaba, o no lo cubría del todo; se le caía un poco, no sé si me entiendes.

La señora mayor se tocó el cuello de su blusa para mostrar hasta dónde llegaba el jersey.

—¿Era un tatuaje grande? —preguntó Anette.

—Sí, era muy grande. Le cubría casi todo desde aquí hasta aquí abajo...

—¿Pudo ver qué era?

—Sí, claro, era un águila.

—¿Tenía un tatuaje de un águila en el cuello?

Jenny asintió con la cabeza cautelosamente.

—Llama y avísales ya —dijo Mia.

Anette asintió con la cabeza y sacó su teléfono. Después salió a la calle para llamar.

—¿Lo he hecho bien? —La dulce señora mayor miró a Mia con ojos asustados—. ¿Me vais a meter en la cárcel?

Mia le acarició el hombro.

—No, claro que no. Pero sí voy a tener que pedirle que venga a la ciudad un día, para que pueda dar testimonio oficial de lo que nos ha contado. No es necesario que lo haga hoy, pero dentro de poco. ¿Le parece bien?

La señora mayor asintió con la cabeza y acompañó a Mia a la puerta. Mia sacó una tarjeta del bolsillo trasero de los vaqueros y se la dio.

—Si se le ocurre algo más, llámeme. ¿De acuerdo?

—Lo haré. No estoy metida en un lío, ¿verdad?

—No, para nada —contestó Mia sonriendo—. Gracias por su ayuda.

Salió a la calle y oyó cómo se cerraba la puerta detrás de ella. Pobrecita. Le había llegado al alma de verdad. Mia vio la cara de la señora mayor aparecer tras la cortina. Esperaba que no tuviera que pasar el resto del día sola, que tuviera a alguien a quien llamar.

Mia se giró de nuevo justo cuando Anette colgaba.

—¿Has podido hablar con Holger?

—No, no se ha puesto. He hablado con Kim. Se lo iba a comunicar.

—Perfecto —respondió Mia con una sonrisa.

Las dos agentes se subieron al coche y volvieron a la ciudad rápidamente.

Holger Munch estaba sentado en la Pizzería Peppes, de la calle Stortingsgata, recibiendo instrucciones acerca de cómo se peina el pelo a una muñeca. Marion y él acababan de comer; es decir, él había comido. Marion se había limitado a tomar un refresco, casi exclusivamente, y a jugar. Naturalmente, hoy tampoco había podido resistir, no era capaz de decir que no ante esa mirada dulce y esa voz suplicante, nunca había sido capaz de hacerlo, para desesperación de su hija. Había inundado a Marion de regalos desde que nació, ositos de peluche, muñecas, su habitación parecía una tienda de juguetes. Al final Miriam había dicho basta y le había hecho saber que ya estaba bien. Estaban intentando educar a su hija para que fuera una persona independiente y razonable, no para que se convirtiera en una niña pija y consentida.

—Oh, abuelo, mira, ¡Monster High!

—¿Monster qué?

—Monster High. Van a ese colegio. Ahí está Jackson Jekyll. Es un chico. Mira qué camisa amarilla más bonita tiene. Es porque es un monstruo. ¿Podemos comprarlo?

—No creo que debamos comprar nada hoy, Marion. Ya sabes lo que te ha dicho tu madre. Hay que esperar a tu cumpleaños.

—¿Si para eso faltan todavía trillones de días! Además, las reglas de mamá no valen cuando estoy contigo.

—¿No? ¿Quién dice eso?

—Lo digo yo. Acabo de decirlo.

—¿De veras?

—Yo también puedo decidir, porque ya tengo seis años y empezaré primero de primaria en el colegio de Lilleborg, y entonces nadie podrá decidir nada sobre mí, porque seré yo quien decida.

¿A quién le estaba recordando? Dulce y simpática, pero increíblemente cabezona y particular.

—¡Oh, esa es DracuLaura! Mira, abuelo, ¡DracuLaura! ¡Y Frankie Stein! ¡Frankie Stein, abuelo! ¿No podemos comprar alguno? Por favor, abuelo.

Marion se salió con la suya una vez más, claro. Dos muñecos. Jackson Jekyll y Frankie Stein. Dos adolescentes de un colegio de monstruos que Holger Munch desconocía por completo, pero eso importaba poco. La sonrisa en sus ojos y el cuerpecito blando y caliente que se colgó alrededor de su cuello. ¿A quién le importaba a qué colegio iban esos muñecos o que la madre pudiera enfadarse un poco?

—Jackson Jekyll quiere ser novio de Frankie Stein, pero ella no quiere, porque es una niña independentista que lleva huesos en la nariz y sabe lo que quiere.

—Querrás decir «independiente».

Marion levantó la vista y lo miró con sus ojos de color azul intenso.

—Sí, eso.

Holger sonrió para sí. Era como oír la voz de su hija. La pequeña Marion era una auténtica copia de Miriam, no había duda de ello. Holger Munch recordaba el primer día que había acompañado a Miriam al colegio. Lo orgulloso que se sentía. Su pequeña ya era mayor y salía a explorar el mundo sola por primera vez. Estaba muy guapa, con las trenzas y la ropa nueva, y con la mochila en la espalda. Sentía una gran expectación, pero también estaba un poco nerviosa ante todo lo nuevo. Marianne y él se habían quedado en el patio del colegio a verla entrar. No tenían permiso para acompañarla hasta dentro, esa era la norma; era mejor que los niños estuvieran solos el primer día. Miriam le había apretado la mano con fuerza, no quería soltarla. Todavía era la niña de papá. ¿Cómo se había convertido de repente en una adolescente de quince años, con maquillaje y la música alta detrás de puertas cerradas, y había dejado de ser la niña de papá? Por no hablar del siguiente salto, cuando ya tenía veinticinco. ¿Cómo había pasado eso? La niña que se había aferrado a su mano porque tenía miedo a los demás niños ahora estaba probándose el vestido de novia y se iba a casar con un médico recién licenciado de Fredrikstad, Johannes, un chico al que Holger Munch apenas conocía. Cambió de perspectiva y cambió la hija por la nieta. La niña que todavía pensaba que él era el mejor del mundo y a la que le gustaba sentarse sobre sus rodillas y darle abrazos.

—Ahora tú eres Jackson Jekyll —dijo Marion.

—¿Qué has dicho, cariño?

—Ahora tú eres Jackson Jekyll y yo soy Frankie Stein.

—¿No quieres comer un poco más de pizza?

—Frankie Stein no va a comer más, porque está a régimen. Venga, abuelo, coge el muñeco.

Holger cogió el muñeco a regañadientes y trató de no dejarse distraer por los mensajes que entraban sin parar en su móvil. Lo había decidido, había que hacer una cosa u otra, no quería volver a cometer el mismo error dos veces. Si estaba con Marion, tenía que prestar atención a Marion, punto final. El resto del mundo tendría que esperar.

—Cuéntame algo, abuelo —dijo Marion impaciente mientras hacía caminar a la muñeca sobre la mesa, entre los restos de la pizza.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Eso lo tienes que decidir tú. ¿No sabes jugar, abuelo?

—Hola, hola —dijo Holger Munch con una voz diferente a la suya, tratando de interpretar a Jackson Jekyll con la esperanza de que la gente de la mesa de al lado no le oyera.

—Hola, Jackson. ¿Qué quieres? —dijo Marion con voz de muñeca.

—¿Quieres venir al cine?

—Sí, ¿por qué no? ¿Qué peli echan?

—Una de Pippi Calzaslargas —contestó Holger Munch.

—Pero si esa es para niños —dijo Frankie Stein y soltó un suspiro—. Y además no lo has dicho con la voz de antes, abuelo.

—Lo siento —se disculpó Holger mientras acariciaba el pelo de su nieta.

—No pasa nada —dijo la niña—. Tú eres mayor, abuelo. No sabes mucho de lo que hacen los adolescentes.

Cogió los dos muñecos y le enseñó cómo tendría que haber sido la conversación si se le hubiera dado mejor jugar.

—Hola, Frankie.

—Hola, Jackson.

—¿Quieres venir al baile este viernes?

—Vale, pero no es una cita, solo somos amigos.

—¿No te puedo besar entonces?

—No, nada de besos, solo abrazos.

—¿Me puedes dar uno ahora?

—Vale.

Marion juntó los dos muñecos. Holger aprovechó la ocasión y echó un vistazo discreto al móvil. Anette le había llamado y también le había enviado un mensaje. Kim le había enviado dos. Y Kurt Eriksen, el abogado de la familia desde hacía muchos años, le había llamado varias veces. ¿Qué quería? Marion estaba muy metida en el juego, así que vio su oportunidad de leer los mensajes.

Tenemos a la persona que hizo los vestidos. Y también al comprador. Hombre con tatuaje de águila en el cuello. He hablado con Kim. Llámame.

¿Ya? Holger Munch sintió cómo su corazón de policía comenzaba a latir más rápido. Al final los medios de comunicación iban a servir para algo, habían dado con lo que buscaban en el primer intento. Echó un vistazo rápido a los mensajes de Kim.

Creo que tenemos una pista sobre el tatuaje. Parece que Curry sabe quién es. Llama.

Y luego:

¿Estás ahí?

—Hola, ¿dónde está Marion?

Holger volvió a la realidad de golpe y vio a su hija de pie delante de él. Parecía levemente irritada.

—Hola, Miriam. ¿Marion? Está...

Marion no estaba en el mismo sitio.

—Estaba justo aquí...

No tuvo tiempo de terminar. Miriam ya se había marchado en busca de Marion, que había seguido con el juego, moviendo los muñecos hacia el interior del local.

—¿No habíamos hablado de no comprarle tantas cosas? —dijo Miriam cuando volvió a la mesa.

—Sí, pero...

—Recoge tus cosas, Marion. Nos vamos a casa.

—¿Ya? Pero el abuelo ha dicho que me iba a comprar un helado.

—Otro día. Vamos.

Miriam comenzó a recoger las cosas de Marion.

Holger se levantó rápidamente para ayudarla.

—¿Qué tal el vestido? ¿Todo bien?

—No era exactamente lo que me había imaginado —dijo Miriam suspirando—. Pero tienen sastres, así que podemos ajustarlo un poco. Espero que lleguen a tiempo.

—Sí, ya falta poco para el 12 de mayo.

—Tú lo has dicho. Vamos, Marion, tenemos que irnos, que papá tiene el coche mal aparcado. Dile adiós al abuelo.

—Adiós, abuelo —dijo sonriendo la niña mientras le daba un fuerte abrazo—. Practica lo de jugar un poco para la próxima vez, ¿vale?

—Te lo prometo —contestó Holger sonriendo.

—¿Vas a ir solo? —preguntó Miriam.

—¿Qué?

—A la boda. ¿Vas a ir solo o con alguien?

¿Ir con alguien a la boda? Ni siquiera había pensado en esa posibilidad. No sabía muy bien por qué, pero de repente apareció Karen en su cabeza. La de la residencia. La que se alegraba cada vez que él iba por ahí. ¿Una boda en la primera cita? No, eso sería un error.

—Iré solo —contestó Holger.

—¿No puedes ir con Mia? ¿No había vuelto? Me gustaría que viniera. He intentado llamarla, pero parece que tiene el móvil apagado.

No se le había ocurrido ir con Mia. Sabía que Miriam y Mia se llevaban muy bien.

—Tiene un número nuevo —dijo—. Pero si quieres se lo pregunto. La verdad es que no es mala idea.

—Bien, entonces la pongo en la lista —dijo Miriam con una leve sonrisa antes de volver a su seriedad habitual—. Bueno, otra cosa, posiblemente Johannes y yo vayamos a Fredrikstad el fin de semana que viene. ¿Crees que podrías quedarte con Marion?

—Claro que sí.

—¿Ya has vuelto al piso? ¿Has dejado la habitación que alquilabas en Hønefoss?

—Sí, ya he vuelto. Me encantaría tenerla el fin de semana entero en mi casa.

—Vale, entonces te llamaré.

Miriam llevó a Marion hacia la salida.

—Adiós, abuelo.

—Adiós, Marion.

Holger Munch siguió despidiéndose con la mano hasta que la puerta se cerró por completo tras ellas y luego fue a pagar la cuenta. Una vez en la calle, decidió ocuparse de las llamadas que tenía pendientes. Esta pausa del mundo había sido lo suficientemente larga. Tenían una pista sobre los vestidos. Kim cogió el teléfono después del primer tono.

—¿Sí?

—¿Qué tenemos? —preguntó Munch rápidamente.

—Anette y Mia han encontrado a la persona que ha confeccionado los vestidos. Una costurera de Sandvika.

—¿Y?

—El comprador es un hombre de cuarenta y pico con un águila tatuada en el cuello. Diez vestidos.

—¿Diez vestidos?

—Sí.

«Mierda».

—¿Sabemos quién puede ser?

—Curry cree que lo sabe. No está completamente seguro, claro, pero ¿cuánta gente de cuarenta y pico años tiene un águila tatuada en el cuello? Además encaja con el perfil. Roger Bakken. No tenemos nada de él en nuestros archivos, pero Curry se topó con él una vez cuando trabajaba en narcotráfico.

—¿Qué clase de tío es?

—Trabajaba como correo. Recogía y entregaba paquetes, ya sabes.

—Encajaría perfectamente.

—Yo diría que sí.

—¿Tenemos alguna dirección?

—La última conocida es un albergue en Grønland. Si es el mismo Roger Bakken, claro.

—¿Hay alguien de camino?

—Mia y Anette ya están allí.

—Llego en cinco minutos —dijo Holger y colgó.

Mia sujetó la puerta a Anette y la siguió hasta la oscura recepción. Mia Krüger había visto algunos albergues a lo largo de su carrera y este no era diferente de los demás. La desagradable sensación de desesperanza en las paredes. Última parada antes de la estación final. Aquí acabas si nadie quiere ocuparse de ti.

—¡Hola! —Anette alzó la voz hacia el espacio tras el mostrador, pero no había nadie.

—¿Por qué no entramos sin más?

Mia se acercó a una puerta que parecía llevar a las escaleras. Giró la manilla y descubrió que estaba cerrada.

—Creo que se abre desde la recepción —dijo Anette y miró tras el mostrador—. Hoy en día es como funciona en estos sitios, ¿no? Tienen que controlar quién viene y quién se va.

Mia Krüger miró a su alrededor. La entrada apenas tenía muebles. Una pequeña mesa. Dos sillas de madera. Una palmera seca en una maceta.

—¡Hola! —dijo Anette por segunda vez—. Somos de la policía. ¿Hay alguien?

Al final se abrió una puerta detrás del mostrador y un señor mayor delgado asomó la cabeza.

—¿Qué queréis?

—Somos de la policía. Departamento de Homicidios —dijo Mia y puso la placa sobre el mostrador.

El señor mayor delgado las miró con escepticismo. Observó la foto de Mia mientras se comía el último trozo de pan que tenía en la mano.

—¿Y bien? —preguntó el hombre pasándose un dedo por los dientes para limpiárselos—. ¿En qué puedo ayudaros?

—Estamos buscando a un hombre llamado Roger Bakken —dijo Anette.

—Bakken, hum —repitió el hombre y abrió un libro que tenía delante de él.

—Roger Bakken —insistió Mia, impaciente—. Cuarenta y algo, con un gran tatuaje de un águila en el cuello.

—Ah, ese —dijo el hombre delgado mientras se pasaba la lengua sobre los dientes—. Entonces llegáis tarde.

—¿Qué quieres decir?

El hombre delgado las miró con una sonrisa retorcida. Parecía que se alegraba de poder poner trabas a su trabajo. No era exactamente amigo de la policía.

—Se fue al otro barrio hace un mes.

—¿Al otro barrio?

—La palmó. Suicidio —dijo el hombre delgado sentándose en una silla tras el mostrador.

—¿Nos estás tomando el pelo? —preguntó Mia irritada—. Por cierto, ¿va todo



bien por aquí? ¿Nadie con cosas que no deberían tener en sus habitaciones? Porque es un local donde el alcohol está prohibido, ¿verdad?

El hombre delgado volvió a levantarse, ya con una actitud más servicial y una sonrisa más amplia.

—Os lo digo en serio. Se suicidó, derecho del tejado al asfalto. Suponiendo que estemos hablando del mismo hombre.

—Roger Bakken. Cuarenta y algo. Tatuaje en el cuello.

—Es el mismo Roger, sí —dijo el hombre y asintió con la cabeza—. Una historia trágica. Por desgracia, aquí no es la primera vez que sucede. Así es la vida. Al menos para estos chicos, sí.

—¿Dónde pasó? —preguntó Anette.

—Saltó del balcón de la sala de estar, en la novena planta.

—¿Tenéis un balcón ahí? ¿Qué clase de planificación es esa?

El hombre delgado se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que haga? ¿Tapiar las ventanas? La gente tiene derecho a decidir qué hacer con su vida aunque no sea de la parte más noble de la sociedad, ¿no te parece?

Mia no hizo caso al sarcasmo.

—¿Podemos ver su habitación?

—Lo siento, ya hay otra persona en ella. Hay cola para poder entrar aquí, tenemos una lista de espera de varios meses.

—¿Tenía familia? ¿Ha venido alguien a buscar sus cosas?

—Pues no —dijo el hombre delgado—. Avisamos a la policía y vino alguien a recogerlo. Poca gente por aquí tiene familia. Y cuando la tienen, no quieren saber nada de ella.

—¿Todavía tienen sus cosas aquí?

—Creo que están en una caja en el sótano.

—Gracias —dijo Mia con impaciencia.

—No hay de qué —contestó el hombre delgado.

Mia repiqueteó con los dedos sobre el mostrador. Había olvidado todo esto. Cómo era eso de ser policía en la capital. Ser una persona del mundo real. Echaba de menos su casa. La isla. Las vistas al mar.

«Ven, Mia, ven».

—Te daba las gracias por anticipado —dijo al final.

—¿Cómo?

—Por traernos sus cosas sin que tengamos que perder todo el día aquí.

El hombre delgado asintió molesto con la cabeza y volvió a la habitación trasera arrastrando los pies.

—Idiota —murmuró Mia.

—No estás en forma, ¿verdad? —dijo Anette.

—¿Qué quieres decir?

—Normalmente no dejas que este tipo de gente te afecte.

—He dormido mal esta noche —se justificó Mia.

En ese mismo momento se abrió la puerta y apareció Holger Munch.

—¿Qué tenemos? —preguntó resoplando mientras se acercaba al mostrador.

—Malas noticias.

—¿Y eso?

—Roger Bakken se quitó la vida hace un mes —explicó Anette suspirando.

—¿Antes de que desapareciera Pauline?

Mia asintió con la cabeza.

—¡Mierda! —exclamó Holger.

Sonó su teléfono. Miró fijamente a la pantalla un momento antes de decidir que tenía que contestar. El hombre delgado salió de la habitación trasera con una caja en la mano.

—Esto es todo lo que tenía.

Dejó la caja sobre el mostrador, delante de ellas.

—¿Hay un teléfono dentro? ¿O un ordenador?

El hombre delgado se encogió de hombros.

—No lo he mirado.

Mia sacó una tarjeta del bolsillo trasero y la puso sobre el mostrador.

—Nos la llevaremos —dijo—. Llámame si te enteras de algo.

—¡Qué cojones!

Anette y Mia se dieron la vuelta al mismo tiempo, sorprendidas por la repentina exclamación de Holger hablando por teléfono. Colgó y se volvió hacia ellas con una expresión consternada.

—¿Eso es todo? —preguntó señalando la caja con la cabeza.

—Sí.

—Nos la llevamos.

—¿Con quién hablabas? —preguntó Mia curiosa.

—Con el abogado de la familia.

—¿Problemas?

—Tengo que irme, os veré en la oficina.

Holger Munch metió el teléfono en el bolsillo de su trenca y sujetó la puerta para que salieran sus dos colegas.

Lukas estaba montado en la bicicleta y el maravilloso aire de primavera le daba en la cara. Hoy estaba de un humor excelente, se había levantado temprano para quitarse las obligaciones de encima rápidamente. La oración de la mañana y las tareas de la casa. Era su responsabilidad mantener los locales de la parroquia limpios y ordenados, un trabajo importante que valoraba mucho. Aunque decir que la oración de la mañana era una obligación no respondía a la verdad. Era una alegría y él solía empezar a rezar nada más despertarse, cuando todavía estaba tumbado en la cama, aunque sabía que en realidad debería ocuparse antes del aseo matinal y el desayuno. Simplemente no podía remediarlo. Lo sentía como algo muy natural. Hablar con Dios. Hacerlo nada más abrir los ojos. Siempre comenzaba todas sus oraciones dando las gracias. A Dios por cuidar de su prójimo. Al pastor Simon. A toda la gente de la casa del bosque. De vez en cuando sopesaba la posibilidad de incluir también a su antigua familia en sus agradecimientos, pero la verdad era que ya no recordaba sus caras. Ni de su familia biológica que lo había dado en adopción ni de la familia de acogida que había pasado de él. No estaba enfadado con ninguna de las dos, ¿por qué iba a estarlo? «Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen». Para Lukas era un asunto muy sencillo: si no hubiera crecido como lo había hecho, nunca habría acabado en un campamento de verano en Sørlandet ni habría tenido la oportunidad de establecer un pacto de felicidad completa con Dios y el pastor Simon. Lukas esbozó una amplia sonrisa y comenzó a pedalear con más fuerza. ¿Por qué iba a sentir rencor? No había ninguna razón para ello. Su vida era plena. Perfecta. Sonrió un poco para sí y murmuró una oración con la boca entreabierta. Un agradecimiento. «Gracias, Dios, por los pájaros en estos árboles y esta bonita carretera. Gracias, Dios, por la primavera y las demás estaciones. Gracias, Dios, por haberme convertido en una persona importante y por haber puesto al pastor Simon en mi camino, por poder despertarme y acostarme todos los días con alegría». Lo último lo dijo en voz alta y de nuevo sintió cómo el calor y la luz le inundaban por dentro. Un coche lo adelantó en la carretera de Maridal, había pasado demasiado cerca; uno de esos pobres ateos sin una dirección en su vida y demasiado poco tiempo a su disposición. Lukas estuvo a punto de caerse de la bicicleta, pero no se permitió alterarse. Hacía tiempo que no malgastaba sus fuerzas con los paganos. Con la gente de las castas bajas. No había razones para hacerlo. Al principio le habían dado pena porque no eran tan santos como él, pero también había dejado de sentir eso. Todo el mundo tenía la posibilidad de elegir. «La llave de la felicidad está en tus manos, lo único que hace falta es que te des cuenta de ello», solía decir el pastor Simon. Era una de las citas favoritas de Lukas, nunca se cansaba de escuchar los sermones del pastor. «Nadie puede hacerte daño si no le dejas. Siempre debes hacer lo que crees que no puedes. El dolor es una planta que no puede vivir si no la riegas, tú mismo decides si dejarlo morir o no».

Lukas sonrió para sí otra vez. El pastor tenía muchas frases de esas. Estaba en contacto directo con Dios, Lukas lo había visto con sus propios ojos, no era mentira. Lo había visto varias veces. Había visto a Dios en la habitación. «Gracias, Dios, por haberme purificado. Gracias, Dios, por las hermosas flores silvestres en la cuneta. Gracias, Dios, por los susurros. Gracias, Dios, por los gritos. Gracias, Dios, por haber hecho mi vida plena».

Lukas se bajó de la bicicleta, puso la pata de cabra y se sentó en una piedra. Solían quedar en diferentes lugares y esta pequeña área de descanso era uno de ellos. No es que hubieran quedado en muchas ocasiones, esta podría ser algo así como la octava vez. ¿Era la octava? La señora del coche. La última vez había sido hacía tan solo un par de semanas. Solía aparecer de repente, bajar la ventanilla, pasarle el sobre y largarse otra vez casi sin hablar. La última vez había sido un poco diferente, porque ella se había bajado del coche para encender un cigarrillo y hablar un rato con él. De nada importante, solo del tiempo y esas cosas. No sabía exactamente cuántos años podría tener, tal vez treinta y cinco o algo así. Siempre llevaba ropa bastante elegante —unos botines y un abrigo o una cazadora buena—, usaba un pintalabios muy rojo y tenía una sonrisa bonita. Tenía el pelo largo y moreno y una nariz muy recta, y siempre usaba gafas de sol, hubiera o no sol. La señora no era una de las iluminadas. Lukas lo sabía muy bien. Solo hacía falta ver cómo iba vestida. Pintalabios, botines y gafas de sol, y hasta cigarrillos. Según la Biblia sería una ramera, pero era justo lo que decía el pastor Simon: «Algunas veces el camino hacia la luz atraviesa la oscuridad más impenetrable». Lukas sentía que la señora y él tenían algo en común, cada uno en su lado. Los dos eran mensajeros. Unidos por Dios, para Dios. Se levantó y estiró los brazos hacia el cielo. Dio una patada a una piedra del aparcamiento, que se fue botando hacia unos arbustos. Canturreó un poco para sí. Últimamente había empezado a canturrear. No en alto, solo un canturreo suave, como una letanía melodiosa en la boca. *Hummm*. Levantó los ojos hacia el sol, que acababa de salir. Vio una ardilla saltando de un árbol a otro. «Gracias, Dios, por la ardilla y todos los demás animales que nos has regalado». Lukas iba a cumplir veintisiete años en otoño, pero en su interior se sentía mucho más joven. Era como si el tiempo no existiera. No tenía edad. Dios no tenía edad. El tiempo no tenía ni principio ni final. Eso era para los principiantes. Los que usaban relojes y teléfonos y tenían que preocuparse por avanzar. «La eternidad ya ha empezado». Recordaba la primera vez que el pastor Simon lo había dicho, fue el tercer día del campamento en Sørlandet, después de ser convertido y encontrar a Dios. «La eternidad ya ha empezado». Canturreó un poco más y miró los árboles otra vez. En un árbol vio un arrendajo que hinchaba el pecho. Más adentro oía a un pájaro carpintero que no paraba de martillar un árbol con el pico. El sábado había visto un búho en la casa del bosque. *Lux Domus*. A mucha gente no les gustaban los búhos, los veían como un augurio de que algo malo iba a suceder, pero Lukas sabía que eso no era así. El fin de semana había sido tan gratificante como había esperado, tal vez incluso mejor. Nils había hecho un buen

trabajo en el bosque. Ese lugar se había convertido en un paraíso.

Un coche entró en el área de descanso y se paró a unos metros de distancia. No se trataba del mismo coche que la vez anterior, pero era ella, la reconocía a través de la ventanilla. El pelo largo oscuro, recogido en una coleta, el pintalabios, pero esta vez sin gafas de sol. Parecía que no iba a salir del coche hoy, se limitó a hacer un gesto con la mano para que se acercara. Bajó la ventanilla y sacó el sobre. Echó una mirada nerviosa a su alrededor, como si pasara algo. Como si tuviera prisa y necesitara quitarse eso de encima cuanto antes. Lukas estiró la mano para recoger el sobre y ella se giró hacia él y lo miró un momento antes de apartar la cabeza otra vez.

A Lukas el corazón le dio un pequeño salto en el pecho. Sus ojos no eran del mismo color. Uno era marrón. El otro, azul. Lukas nunca había visto nada parecido en toda su vida. Se quedó con el sobre en la mano sin poder pronunciar palabra y por primera vez en mucho mucho tiempo, sintió cómo una especie de miedo penetraba en él, unas gotas de algo oscuro que se mezclaban con su luminosa sangre. La señora con ojos de diferente color subió la ventanilla del coche, salió tranquilamente a la carretera de Maridal y volvió a desaparecer tan deprisa como había llegado.

Mia Krüger metió la gran caja de cartón en la oficina y cerró la puerta tras de sí. Todo estaba silencioso en el edificio, donde normalmente había tanto ajetreo. No había nadie. Anette se había quedado en el camino porque tenía que ayudar a su hija con algo; se ofreció a ir más tarde. Mia le había dicho que no hacía falta, que podría revisarlo todo ella sola. Anette había mostrado cargo de conciencia, igual que todos los que tenían que elegir entre el trabajo y la familia, pero Mia la había tranquilizado diciendo que no había problema. De encontrar algo importante, la llamaría. La verdad era que Mia prefería trabajar sola. Así le resultaba más fácil pensar. Profundizar en las cosas. Ver las conexiones. No tenía nada en contra de Anette a nivel personal, ni de ningún otro colega. Todos eran brillantes en su trabajo, pero a veces había demasiada gente a su alrededor y su cerebro no funcionaba como debía.

Mia llevó la caja a la sala de reuniones y la dejó sobre una mesa. Se quedó sentada mirando la pared. Como solía hacer siempre, Ludvig había colgado fotografías y notas con flechas que unían los nombres a preguntas referentes a los dos casos. Pauline y Johanne. «¿Los vestidos? ¿Quién?». Ahora por lo menos habían encontrado una respuesta a esa pregunta, aunque no habían obtenido más que una caja de cartón con las pertenencias de un hombre muerto con un águila tatuada en el cuello. Abrió la tapa y comenzó a organizar el contenido en la mesa grande. No había muchas cosas en la caja. Unas fotografías. Una era de un perro. Un golden retriever. Un tipo pescando, pero no se le veía la cara, solo las manos sujetando un gran salmón. Un coche. «¿Quién cojones guarda una foto de su coche?», pensó Mia y rebuscó en el interior de la caja. Debajo de un montón de recibos encontró lo que estaba buscando. Un ordenador portátil y un iPhone. Intentó encender el iPhone. No tenía batería. Metió la mano de nuevo en la caja en busca del cargador, pero no encontró ninguno ni tampoco el del ordenador. Trató de encenderlo, pero también se había quedado sin batería.

Mia entró en su despacho para buscar su propio cargador y entonces oyó un ruido en uno de los despachos un poco más adelante en el pasillo. Así que no todo el mundo se había ido a casa después de todo. El nuevo informático seguía allí, ¿cómo se llamaba? Gabriel. Gabriel, sí, ese era su nombre. A Mia le dolía la cabeza, todavía no funcionaba como debía. La dieta de la isla, a base de pastillas y alcohol, había hecho mella en ella. Sentía náuseas y mareos, había perdido las ganas de comer y no era capaz de encadenar los pensamientos adecuadamente. Recorrió el pasillo hacia el despacho de Gabriel y pensó que debería empezar a hacer un poco de deporte. Antes había estado en muy buena forma. Pero de eso hacía ya tiempo. Se preguntó si Chen seguiría en la ciudad. Probablemente. Pero estaba enfadado con ella. ¿O era ella la que se había enfadado con él? No se acordaba bien. Tomó nota mentalmente. Llamar a Chen. Hacer más deporte. Conseguir que la sangre fluyera a través de sus músculos.

Hacer que el cerebro volviera a funcionar.

—Buenas, ¿sigues aquí todavía?

Mia asomó la cabeza sin llamar a la puerta. El chaval de pelo rubio se sobresaltó.

—Vaya, no te había oído —dijo para disculparse.

A Mia casi le pareció ver un leve rubor en sus mejillas.

—Lo siento, *mea culpa* —se excusó sonriendo—. Me preguntaba si podrías ayudarme con una cosa.

—Claro —asintió Gabriel—. Solo necesito montar esto antes.

Señaló unos cables que estaban en el suelo.

—Tómame el tiempo que necesites —dijo Mia.

—Pensaba que había especialistas en la policía —comentó riendo Gabriel mientras se metía bajo la mesa con los cables en la mano—. Los que han montado esto como mínimo no sabían lo que hacían.

—A mí no me digas, no tengo mucha idea de esas cosas. Estaré en la sala del caso de Hønefoss.

—Vale, voy enseguida.

Mia pasó por su despacho al volver y cogió sus cargadores del ordenador y del iPhone. «¿Quién guarda fotografías de su coche y de su perro?». Mia no tenía ninguna foto en su despacho. Había llevado todas sus cosas a un almacén cuando se fue a vivir a la isla. Había pagado tres años por adelantado. Ahora no quería pensar en todas sus cosas. Todas las fotografías, su madre, su padre y Sigrid. Apartó esos pensamientos de la cabeza y siguió hasta la sala de reuniones. Puso a cargar el ordenador y el teléfono de Roger Bakken y salió a la terraza donde Munch fumaba a tomar un poco de aire fresco. La oscuridad comenzaba a envolver la ciudad y la temperatura había bajado. Se abrochó la cazadora de cuero. Echaba en falta el gorro. ¿Por qué era así? Como una niña llorona. ¿Ahora, de repente, se compadecía de sí misma? ¿Ella, que nunca se había quejado de nada? Por alguna razón le entraron ganas de fumar. Nunca había fumado, pero parecía algo muy natural aquí. Fumar para pensar, eso era lo que hacía Holger. ¿Dónde estaría, por cierto? Miró el reloj de su teléfono, hacía dos horas que había ido a ver a su abogado. Esperaba que no pasara nada serio, ya tenían suficientes preocupaciones.

—Eh, Mia.

Gabriel apareció en la sala de reuniones. Mia entró otra vez. De repente se sintió culpable. El chaval era nuevo allí, en la policía. ¿Alguien le había ayudado a encontrar su sitio? ¿Alguien le había explicado qué era lo que tenía que hacer?

—¿Cómo lo llevas, Gabriel? —dijo sentándose junto a la mesa grande.

El joven hacker apartó la cara ligeramente y miró al suelo; le pareció que se ruborizaba un poco otra vez. «Desde luego, es una persona especial», pensó Mia y sacó una pastilla del bolsillo.

—Bueno, todo va bien —contestó Gabriel.

—¿Ya estás asentado? ¿Tienes lo que necesitas?

—Acabo de montar lo último que quedaba. Tiene buena pinta. Mañana tengo una reunión en Grønland. Un cursillo. Impartido por alguien que se llama Møller.

—El Coletillas —señaló Mia—. Es bueno.

—Mejor —dijo Gabriel—. No me había metido en estas bases de datos antes, será interesante ver cómo funcionan.

Mia sonrió levemente.

—¿Eres hacker y no te has metido en nuestras bases de datos? Me cuesta creerlo. ¿Ni siquiera en las de la Interpol? Vamos, ahí sí que te habrás metido.

Gabriel se ruborizó un poco otra vez. No sabía muy bien cómo reaccionar.

—No sé qué decirte...

—Relájate, te estoy tomando el pelo. Me da igual. ¿Tengo pinta de estar preocupada?

Mia le guiñó un ojo y le ofreció una pastilla. Gabriel la cogió y se sentó en una silla. A Mia el chico le caía bien. Era simpático e inteligente. Educado y vergonzoso. Era bueno estar cerca de gente así. De hecho, ya se sentía un poco mejor. El cerebro estaba empezando a funcionar otra vez.

—¿Para qué necesitabas ayuda?

—Con estos aparatos —dijo Mia y señaló el ordenador y el móvil que estaban cargándose.

—¿De quién son?

—De Roger Bakken. El que encargó los vestidos que llevaban las niñas.

—¿El del tatuaje? —preguntó Gabriel.

—Sí, ¿ya te han informado?

Gabriel sonrió.

—Tengo todas las llamadas, mensajes de texto y conversaciones, todo llega a mi ordenador.

Mia se tomó otra pastilla.

—¿De verdad? ¿Es algo nuevo eso?

Gabriel la miró sorprendido.

—¿A mí me lo preguntas? Acabo de llegar —dijo con una sonrisa.

—Yo también he estado un tiempo fuera —replicó Mia y le guiñó un ojo—. Ahora en serio, ¿te llega todo lo que dicen y escriben?

—Pues sí —asintió Gabriel—. Aparte de eso, también hay un dispositivo de localización en todos los teléfonos, así que puedo ver dónde está cada persona en cada momento. Seguridad e hipercomunicación.

—Por Dios, qué práctico.

—Desde luego.

—Así que cuando Curry llama a la línea erótica gay en medio de la noche, ¿al día siguiente lo podemos escuchar?

Gabriel la observó extrañado. No sabía si bromeaba o qué estaba haciendo.

—En teoría, sí —dijo con las mejillas un poco rojas otra vez.



—Solo te estoy tomando el pelo.

Mia se levantó y le dio una palmadita en el hombro. Gabriel se acercó al ordenador y el teléfono, se sentó en el suelo y encendió ambos. Se quedó mirándolos mientras se iban despertando. El iPhone fue el primero en arrancar, pidiendo un código PIN. Poco después se encendió el ordenador, que también estaba protegido con una contraseña.

—¿Es sencillo meterse o no?

—Sí.

—¿Lo puedes hacer?

—¿Ahora?

—Sí, si no te importa.

—Vale.

Gabriel se levantó y volvió de su despacho con una memoria USB. Mia se quedó mirando mientras el joven hacker comenzaba a darle al ordenador.

—Tengo un programa que se llama Ophcrack —dijo Gabriel mientras metía la memoria USB en el ordenador.

Apretó el botón de inicio del ordenador hasta que se apagó. Después volvió a encenderlo.

—Todo lo que tengo que hacer es alterar la secuencia de inicio para que lea la memoria USB antes de leer el disco duro. ¿Lo ves?

Mia asintió con la cabeza. No era especialista en ordenadores, pero entendía lo básico.

—Así, cuando arranque ahora, leerá primero la memoria USB y descargará Ophcrack.

Mia se quedó sentada mirando a Gabriel mientras trabajaba.

—Así, ahora verás. Esta máquina tiene dos usuarios, Roger y Randi.

—¿Quién es Randi?

Gabriel se encogió de hombros.

—¿Quizá su novia?

—Recuérdame que miremos eso. Randi.

—Vale —asintió Gabriel—. ¿Qué contraseña quieres que vulnere?

—Empieza con la de Roger.

—Vale —dijo Gabriel y señaló la pantalla—. Echa un vistazo a esto. Estas columnas; aquí pone «LM Pwd 1» y «LM Pwd 2». Si la contraseña tiene más de siete caracteres, como ocurre aquí evidentemente, los primeros siete aparecerán en la columna de «LM Pwd 1» y el resto en «LM Pwd 2». Ahora solo tengo que elegir el usuario.

Gabriel marcó el usuario llamado Roger e hizo clic en un icono del programa donde ponía «Crack».

—El resto lo hace él solo.

Mia esperó en tensión unos segundos mientras el programa se preparaba. Poco

después, la contraseña salía en la pantalla delante de ellos.

«FordMustang67».

La fotografía del coche. Aunque no la hubiera ayudado este joven genio, lo cierto es que podría haberlo conseguido ella sola. No en unos pocos segundos, claro, pero lo habría conseguido.

—¿Y esto es algo que todo el mundo podría hacer? —preguntó Mia con curiosidad.

—Ophcrack tiene software libre, está colgado en la red, así que, con tal de saber lo que estás buscando, cualquiera podría hacerlo, sí —asintió Gabriel mientras apagaba y encendía el ordenador de nuevo.

Salió la pantalla de inicio y Gabriel estaba a punto de introducir la contraseña cuando sonó el teléfono de Mia. Ponía «Holger Munch» en la pantalla. Salió a la terraza de fumar para contestar.

—Sí, aquí Mia.

—Hola, Mia. Soy Holger.

—¿Dónde estás?

—En el coche. Oye, tengo que hablar contigo de una cosa.

—Adelante.

—No por teléfono. ¿Quieres ir a tomar una cerveza?

—¿Tú vas a beber cerveza?

—No, no voy a beber cerveza, pero necesito hablar contigo. Es algo personal. No es un asunto de trabajo. Tú podrás beberte una cerveza y yo me tomaré una Farris.

—Vale —dijo Mia—. ¿Dónde quieres quedarte?

—¿Estás en el trabajo?

—Sí.

—¿Qué tal en el Justisen dentro de unos minutos?

—Ningún problema, Holger. Te veré allí.

—Genial —dijo Holger y colgó.

Mia pensó que resultaba extraño: para Holger no había sido nunca un problema decir cualquier cosa por teléfono. Luego se acordó de lo que acababa de contarle Gabriel. Sus teléfonos estaban pinchados por su propio bien; era por eso. Esperó una vez más que no hubiera pasado nada grave.

—Por desgracia, tengo que salir a hacer una cosa —dijo Mia a Gabriel cuando volvió a entrar.

—De acuerdo —asintió el hacker—. Ya tengo el ordenador operativo. ¿Quieres que ponga en marcha el iPhone también?

—Sería estupendo —contestó Mia sonriendo—. ¿Te vas a quedar hasta tarde hoy?

—Me quedaré un rato, sí —dijo Gabriel—. En cualquier caso, prefiero trabajar de noche y ahora tengo que ponerme al día de muchas cosas.

—Si sale algo espectacular me llamas, ¿vale? Si no, ya lo veremos mañana.

—Perfecto —respondió Gabriel.

—Gracias por la ayuda —dijo Mia.

Bajó por las escaleras, se abrochó la cazadora y salió caminando por la calle Møllergata.

Holger Munch estaba sentado en el patio trasero, bajo una estufa de gas. Acababa de encender un cigarrillo y miraba preocupado la pantalla de su teléfono mientras escribía un mensaje. Cuando llegó Mia, lo dejó sobre la mesa.

—Hola, Mia.

—Hola, Holger.

—¿Te parece bien que nos quedemos aquí fuera? Ya he pedido.

—Claro —dijo Mia y cogió una silla.

Era una noche de finales de abril y todavía hacía demasiado frío en Oslo para tomar una cerveza fuera, eso era verdad, pero el calor de la estufa ayudaba. Mia sabía que de todas maneras era imposible estar dentro con Holger, porque tenía que fumar cada dos por tres, así que lo mejor era ponerse cómoda en la terraza desde el principio. Encontró una manta y se tapó las piernas.

—¿Qué has pedido?

—Solo una Farris, un sándwich y una cerveza para ti; no sabía si querías algo más.

—No, gracias, una cerveza y ya está —dijo Mia.

Holger echó un vistazo al encantador y rústico patio.

—Hacía tiempo que no venía por aquí.

—Igual que yo —dijo Mia sonriendo.

Los dos sabían cuándo había sido la última vez, pero ninguno quería comentarlo. Era suficiente con una mirada y una inclinación de cabeza. Habían estado allí, en esa misma mesa, hacía unos años, cuando Mia estaba siendo investigada por mala praxis. Mia había estado muy deprimida y Holger era la única persona con la que podía hablar. Un fotógrafo del diario *Dagbladet* se las había ingeniado para encontrarlos, había empezado a sacar fotos y no quería dejarles en paz. Holger había acompañado al fotógrafo hasta la salida, con educación pero con mucha firmeza. Mia no pudo evitar sonreír al recordarlo. En realidad había sido muy caballeroso. Ella lo había necesitado entonces. Ahora era él quien le había pedido a ella que viniera.

—No quería parecer dramático, pero no me sentía con fuerzas para hablar del tema por teléfono. No es un asunto muy serio. Quiero decir que no es tan importante como el caso, solo quería pedirte consejo —explicó Holger.

Una de las camareras salió con su pedido. Una Farris y un sándwich de gambas para Holger, una cerveza para Mia.

—Bienvenidos. Si queréis algo más, me avisáis —dijo la chica sonriendo y volvió a desaparecer.

—Además, todavía no hemos celebrado que estamos de vuelta —dijo Holger con una sonrisa y levantó el vaso—. Salud.

—Salud —respondió Mia y tomó un sorbo de la cerveza.

Odiaba tener que reconocerlo, pero sabía a gloria. Era justo lo que necesitaba. Debía cuidarse, eso lo tenía claro, pero justo ahora no le apetecía. Se merecía un momento de relax. Holger se comió el sándwich de gambas sin hablar demasiado. Cuando terminó, apartó el plato y encendió otro cigarrillo.

—¿Habéis podido sacar algo de las cosas de Bakken?

—Un ordenador y un iPhone —dijo Mia.

—Bien. ¿Algo interesante?

—Todavía no lo sé. Gabriel está en ello.

—¿Qué opinas de él?

Mia se encogió de hombros y tomó otro sorbo de cerveza.

—No he hablado mucho con él, pero parece buen tío. Verde, sí, pero eso no tiene por qué ser malo.

—A mí me ha causado una buena impresión —dijo Holger y echó el humo hacia el cielo—. En realidad tiene sentido reclutar a alguien del otro lado. Una manera diferente de ver las cosas, un punto de vista que no ha sido contaminado por pensamientos de policía. Estamos un poco estancados, ¿no te parece?

—Posiblemente —asintió Mia—. En cualquier caso, parece que sabe lo que se hace.

Holger sonrió.

—Je, je, sí, de coco anda sobrado, por decirlo de una manera suave. El MI6 de Londres me pasó su nombre, había descifrado el código aquel, ¿sabes cuál? El reto que colgaron en la red el año pasado.

Mia se encogió de hombros.

—Ya, es cierto, llevas un tiempo desconectada del mundo. ¿Sabes quién es el primer ministro?

Mia se encogió de hombros.

—¿Eso importa?

Holger Munch sonrió levemente e hizo un gesto a la camarera.

—¿Alguna otra cosa por aquí? —preguntó la chica con una sonrisa.

—Creo que necesito un poco de tarta de manzana con helado. ¿Otra cerveza?

Mia asintió con la cabeza.

—Tarta de manzana y cerveza, entonces —dijo la chica y volvió a desaparecer.

—En todo caso, da la talla, profesionalmente hablando. Lo que no sé es si aguantará la profesión.

—¿Acaso alguien la aguanta? —replicó Mia.

—Ya, es cierto. —Holger asintió con la cabeza—. Bueno, en cualquier caso me alegro un montón de estar de vuelta en la ciudad y de que tú también estés aquí. Antes he hablado con Mikkelson. Este caso está volviendo loco a todo el mundo. La seguridad de la nación, la reputación de la policía, en fin, hay bastante presión desde arriba para que nos quitemos esto de encima cuanto antes. Parece que están llamando a diario desde el departamento de información.

—Mejor, así no se aburren —dijo Mia.

Vació la pinta de cerveza, rebuscó en el bolsillo y sacó una pastilla. La camarera vino con la tarta de manzana y una nueva cerveza. Mia esperó a que Holger comiera un poco antes de beber el primer sorbo. No quería parecer demasiado ansiosa con el alcohol. A fin de cuentas, no había venido para emborracharse, sino para escuchar a Holger.

—Bueno, ¿qué decías sobre el abogado de la familia?

—Ya, eso —dijo Holger y soltó un suspiro—. No sé muy bien por dónde empezar. Como ya te he dicho, no es nada grave, pero, en fin, últimamente parece que no doy abasto. Miriam va a casarse y...

—Anda, qué bien, no tenía ni idea.

Mia sintió una sincera alegría. Miriam le caía muy bien. Habían conectado nada más conocerse. Sabía que la relación entre ella y su padre no era buena, pero siempre había pensado que se arreglaría con el tiempo.

—Sí, claro, es fantástico —asintió Holger.

—Sigue con Johannes, supongo. ¿Ya terminó la carrera de Medicina?

Holger asintió con la cabeza.

—Sí, está haciendo las prácticas. Un año en Ullevål.

—Jesús, menuda suerte. Pensaba que la mayoría acababan en medio de la nada.

—Sí, es un chico con suerte —comentó Holger con una sonrisa retorcida—. No, la verdad es que está bien. Es un buen tipo. Esperemos que le traiga un poco de esa suerte a Miriam.

—¿Qué quieres decir?

Holger Munch tardó un poco en contestar.

—Bueno, no sé. Primero empezó con el inglés, pero al final no quiso seguir. Luego literatura, pero parece que eso tampoco era lo que buscaba.

—¿No empezó a estudiar Periodismo?

Holger asintió con la cabeza y se tomó otro trozo de tarta.

—Casi terminó la carrera, pero ahora parece que se ha tomado otro año sabático. No sé muy bien qué anda haciendo.

—Creo que deberías darle un respiro —dijo Mia y se tomó un sorbo de cerveza—. Marianne y tú os separasteis cuando tenía quince años. Fue madre a los diecinueve. ¿Qué esperas de la chavala? Dale un poco de tiempo.

—Sí, puede ser, seguramente tienes razón —contestó Holger suspirando y encendió otro cigarrillo.

—¿Le ha pasado algo o qué?

—¿Cómo? No, ¿por qué lo preguntas?

—No lo sé. ¿Qué es esto, las veinte preguntas? —dijo Mia sonriendo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Debo adivinar qué es lo que quieres contarme? ¿Se trata de eso?

Holger esbozó una sonrisa retorcida.

—No has cambiado mucho, ¿verdad? Siempre tan bocazas, sin ningún tipo de respeto, ¿eh? ¿No te has enterado de que soy tu jefe? En realidad, tendrías que callarte la boca y hacer lo que te digo.

—Eso sí que sería un espectáculo —contestó Mia con una sonrisa en la boca.

—No, verás, es un poco delicado, no sé cómo decirlo. En realidad estoy jodidamente cabreado.

—Venga, suéltalo —le animó Mia.

—Vale —dijo Holger y dio otra calada al cigarrillo—. Ya conoces a mi madre, ¿no?

—Sí, ¿qué le pasa?

—¿Sabes que la metí en una residencia hace unos años?

—Sí, ¿y qué? ¿No está bien?

—Sí, sí, no le pasa nada. Tiene las piernas un poco flojas y a veces hay que llevarla en una silla de ruedas, pero ese no es el tema.

—¿No está a gusto allí?

—Al principio no, pero lo superó enseguida. Descubrió que había más gente en su misma situación, hizo amigas allí, creo, un grupo de costura en toda regla, así que no, no es eso. El caso es que se le ocurrió que era cristiana.

—¿Qué quieres decir? ¿Cristiana cristiana? ¿Empezó a creer en Dios de repente? Holger asintió con la cabeza.

—Entiendo. Pensaba que os había educado en el ateísmo.

—Sí, eso es lo que resulta tan raro, nunca le había oído hablar de, bueno, de religión y esas cosas, pero un día, de repente, cambió. Comenzó a ir a unas reuniones semanales en una parroquia, junto con algunas de sus amigas del grupo de costura.

—Puede que sea la edad —aventuró Mia—. ¿Qué sabemos de esas cosas? Quiero decir que es una mujer fuerte y todo eso, pero no se puede obviar que no le quedan muchos años. No le pasará nada por tener algo en qué creer, ¿verdad?

—Claro, claro. Lo veía como algo totalmente inofensivo. A fin de cuentas tiene casi ochenta años y debería tener derecho a tomar sus propias decisiones, pero...

Holger vaciló un poco.

—Pero ¿qué?

—Parece que es un poco más serio de lo que había pensado en un principio. Por eso me ha llamado Kurt.

—¿Kurt es el abogado?

Holger asintió con la cabeza.

—¿Y cuál es el problema?

Holger apagó el cigarrillo y encendió otro.

—Ha decidido dejar toda su herencia a la parroquia.

—Joder.

—Sí, ¿verdad? —Holger hizo un gesto de impotencia—. ¿Qué puedo hacer?

—¿Es mucha pasta o qué?

—Qué va, tampoco es para tanto, pero aun así. El piso de Majorstua. La cabaña de Larvik. Luego tiene algo en el banco, no ha gastado nada de lo que dejó mi padre. Es solo que..., bueno, no es que el dinero signifique tanto, pero siempre lo había visto como algo que íbamos a tener. Ya sabes, Marion, pensaba que era una seguridad para ella. La herencia familiar y todo eso.

Mia asintió con la cabeza. Holger tenía una relación bonita y casi exageradamente cercana con su nieta. Mia estaba segura de que, si alguien le pidiera que se cortara el brazo por ella, lo haría sin pensarlo. Y sin anestesia. Toma, un brazo, ¿necesitas otro?

—Vaya jodienda.

—Así es. Pero ¿qué puedo hacer?

—No, no es fácil, joder.

—Ya sé que solo es dinero y además tenemos asuntos más importantes entre manos. Dos niñas de seis años están muertas y aún quedan ocho vestidos por ahí. En realidad es una jodida pesadilla, casi ni me atrevo a pensar en ello. No hago más que darle vueltas y apenas duermo, esperando a que suene el teléfono y que me digan que otra niña ha desaparecido. ¿Me entiendes?

Mia asintió con la cabeza. Le pasaba exactamente lo mismo.

—Por eso no quería hablar del tema por teléfono. En realidad no es más que una bobada, teniendo en cuenta la situación. No quería que el resto pensara que, bueno, que malgasto el tiempo en otros asuntos que no tienen que ver con pillar a ese hijo de puta.

—Si solo se trata de uno —dijo Mia.

—¿Crees que puede haber más?

—No lo sé, pero deberíamos estar abiertos a esa posibilidad, ¿no?

—Sí, claro.

Holger se quedó inmóvil un momento, pensando en lo que había dicho Mia.

—¿Por qué no hablas con ella simplemente?

—¿Qué?

—Con tu madre. Dile lo que acabas de contarme a mí. Sobre Marion y todo eso.

—Sí, supongo que tienes razón —dijo Holger soltando un suspiro—. Solo que es tan jodidamente cabezona... A veces pienso que quiere vengarse por no haber podido tomar la decisión ella sola de irse a la residencia.

—Estuvo a punto de quemar todo el edificio, Holger. Tenías que hacerlo.

—Sí, ya lo sé, pero aun así.

A Mia le daba un poco de pena. Holger estaba rodeado de mujeres fuertes de todas las edades y era demasiado bueno. Ni siquiera se daba cuenta, pero todavía tenía cargo de conciencia por lo del divorcio. Mia había intentado decirle varias veces que no era su culpa, que había sido una decisión de Marianne, pero no le entraba en la cabeza.

—¿Crees que hay más gente?

—¿Detrás de los asesinatos?



Holger asintió con la cabeza.

—No, en realidad no.

—Estoy de acuerdo. Pero deberíamos mantener esa posibilidad abierta.

—He estado un poco... —comenzó a decir Mia, pero enseguida se interrumpió.

—¿Un poco qué?

—Nada, no sé, un poco ausente. No termino de verlo claro. No veo todo el contexto, sé que hay algo detrás de todo esto y me está llamando a gritos. En realidad está clarísimo, pero no lo veo; no sé si me entiendes.

—Ya lo verás —la intentó tranquilizar Munch—. Llevas un tiempo fuera. Es solo eso.

—Probablemente. —Mia asintió con la cabeza lentamente—. Eso espero. Me siento un poco inútil, si te digo la verdad. Me compadezco de mí misma. Me estoy volviendo tontita. No me suele pasar. Y no me gusta cuando me pasa. Si no soy capaz de estar a la altura de esto, tienes que despedirme. Prométemelo.

—Te necesito, Mia —dijo Munch—. Es una de las razones por las que te he pedido que vinieras.

—¿Para que te ayude con tus problemas familiares?

—Que te jodan, Mia.

—Que te jodan a ti. Estaba bien donde me encontraba.

Los dos colegas sonrieron y se miraron con cariño. No hacían falta más palabras.

Holger encendió otro cigarrillo mientras Mia se tomaba un sorbo de cerveza y se envolvía mejor con la manta.

—Lo de Hønefoss ocurrió en 2006, ¿verdad?

—Sí, en septiembre —confirmó Holger—. ¿Por?

—Si la niña siguiera viva, habría empezado el primer curso este año. ¿Habías pensado en ello?

—Sí, se me ha ocurrido —contestó Holger—. Algo que dijo Gabriel me hizo pensarlo.

—¿Qué dijo?

—Algo de un profesor. Que podría ser un profesor o algo así.

—No está mal pensado, puede que haya un poco de poli en él después de todo.

—¿No crees que esté viva? —preguntó Holger.

—¿Qué quieres decir?

—Lo has dicho de esa manera, si siguiera viva. La niña que desapareció. Nunca la encontramos. Es posible que esté viva.

—No —dijo Mia.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—No está viva.

—Ya, yo tampoco lo creo, pero existe esa posibilidad, ¿no?

—No está viva —repitió Mia otra vez.

—¿Y qué piensas de la teoría del profesor?

—No es nada mala, tengámosla presente.

Holger asintió con la cabeza y echó un vistazo al móvil.

—Tengo que marcharme, debo quitarme un poco de trabajo de encima antes de irme a la cama. Mikkelson no deja de darme la lata.

—Pensaba que Anette iba a ocuparse de todo eso.

—Hace lo que puede.

Holger se levantó y sacó la cartera de la trenca.

—Pago yo —dijo Mia.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. Si a tu familia casi no le queda dinero, es lo menos que puedo hacer.

—Ja, ja. —Holger se rio guiñándole un ojo.

—¿Mañana por la mañana nos pondrás al día de todo?

—No lo tenía previsto, vamos a ver qué sale del ordenador y del iPhone.

—Te mantendré informado —aseguró Mia.

—Genial. Nos vemos.

Después de que Munch se hubiera marchado, Mia se quedó sentada con el vaso de cerveza vacío sobre la mesa delante de ella. Le apetecía tomarse otra, pero no sabía si debía. Lo mejor sería volver a la habitación del hotel, irse pronto a la cama y meterse bajo unas sábanas limpias. Repiqueteó con los dedos sobre el borde del vaso mientras repasaba los detalles del caso en su cabeza para tratar de despertar su cerebro.

—¿Quieres tomar algo más?

La camarera había vuelto, todavía con una sonrisa en los labios.

—Sí, me tomaré otra cerveza. Y ponme un chupito de Ratzeputz.

—Marchando —dijo la chica y se fue.

—¿Mia?

Una cara conocida, pero no sabía quién era, apareció en el patio detrás de la brasa incandescente de un cigarrillo. Una chica de su edad que se acercaba a su mesa.

—¿No te acuerdas de mí? Susanne. De Åsgårdstrand.

La chica se agachó y dio un largo abrazo a Mia. Por Dios, cómo no se había dado cuenta. Susanne Hval. Había vivido a unas casas de distancia en la misma calle. Tenía un año menos que Sigrid y ella. Las tres habían sido buenas amigas por aquel entonces, hacía mucho tiempo.

—Hola, Susanne. Lo siento, estaba pensando en asuntos del trabajo.

—Comprendo. Espero no molestarte. ¿Puedo quedarme?

—Sí, por supuesto.

—Nunca me lo hubiera imaginado —dijo Susanne sonriendo—. ¿Cuánto hace que no nos vemos?

—Demasiado.

La vieja amiga se quedó mirando a Mia con una ancha sonrisa en los labios.

—No te había visto desde... Bueno, te vi en el periódico, ¿te molesta que te lo diga?

—Nada, no te preocupes —contestó Mia con una sonrisa.

—¿Qué pasó al final? ¿Con el caso y el asunto ese?

—Me dieron un tiempo de vacaciones.

—¿Seguro que no te molesta hablar de ello?

—Ningún problema, por Dios —respondió Mia y señaló la silla de la que acababa de levantarse Holger.

Había pensado en Susanne varias veces a lo largo de los años, sobre todo tras la muerte de Sigrid. Había ido al funeral, pero después no la había vuelto a ver y tampoco se había puesto en contacto con ella, tenía demasiados asuntos que atender. Ahora se alegraba de ver a su antigua amiga.

La camarera volvió con la cerveza y el chupito de Ratzeputz.

—¿Quieres tomar algo?

Susanne negó con la cabeza.

—Tengo una cerveza en el bar. He venido con algunos compañeros del trabajo.

Dijo lo último con un poco de orgullo en la voz.

—¿Así que has venido a vivir a la ciudad? —preguntó Mia.

—Sí, hace cuatro años ya.

—Qué bien. ¿En qué trabajas?

—En el Teatro Nacional —dijo Susanne sonriendo.

—Madre mía, enhorabuena.

Mia tenía un recuerdo vago de un grupo de teatro de aficionados en Horten. Susanne había tratado de convencerla para que se uniera a él, pero afortunadamente había conseguido mantenerse alejada. Eso de estar en un escenario no era para nada lo suyo, solo pensarlo le daba escalofríos.

—No soy más que ayudante de dirección, pero, bueno, es muy divertido. En breve estaremos *Hamlet*. Stein Winge es el director. Creo que va a ser un bombazo. Deberías venir. Tengo unas entradas para el estreno. ¿Te apetece?

Mia sonrió levemente. Ahora reconocía a Susanne plenamente. La chica enérgica y dulce que caía tan bien a todo el mundo. La mirada cálida que siempre hacía tan difícil decirle que no.

—Tal vez —dijo—. Tengo un montonazo de trabajo últimamente, pero puede que saque un rato.

—Por Dios, me alegro un montón de verte —dijo Susanne sonriendo—. Oye, voy a traer mi cerveza, ¿te parece bien? De todas maneras, esos actores son tan egocéntricos que ni se darán cuenta de que no estoy.

—Adelante —accedió Mia.

—Entonces espérame aquí, no te vayas.

Susanne apagó el cigarrillo con un rápido movimiento y caminó apresuradamente hacia el interior del local en busca de su pinta.

Tobias Iversen había puesto la alarma a las seis y se había despertado con el primer tono. Se giró rápidamente hacia la mesilla y apagó el despertador, no quería que el estridente ruido despertara a nadie más en la casa. Su hermano pequeño, Torben, no estaba en casa. Había ido a pasar la noche en casa de un compañero de clase. Tobias se levantó de la cama de un salto y se puso la ropa, procurando hacer el menor ruido posible. Todo estaba preparado desde hacía tiempo, llevaba días planificando esa salida. La pequeña mochila estaba preparada al pie de la cama. No sabía cuánto tiempo estaría fuera, pero había metido algunas cosas de más por si acaso. Tenía la pequeña tienda de dos plazas, un saco de dormir, un infiernillo y un poco de comida, el cuchillo, unos calcetines de repuesto, otro jersey por si hacía frío, la brújula y un viejo mapa que había encontrado en el cobertizo. Tenía ganas de irse de excursión y se alegraba mucho de salir de la casa.

Los primeros días después de que su hermano y él hubieran encontrado a la niña colgada en el árbol del bosque, no había sufrido tanto en casa. Su madre y su padrastro habían recibido un montón de visitas, sobre todo de policías que preguntaban e investigaban, y tanto la madre como el padrastro habían sido muy amables e incluso habían limpiado la casa. Ahora el salón parecía diferente y la casa olía casi siempre bien. La gente de la policía les había tratado muy bien. La verdad es que le habían tratado como a un héroe, le habían dicho lo espabilado que había sido y que había hecho todo bien. Tobias casi se había sentido un poco abrumado, no estaba acostumbrado a tantos cumplidos. Los policías habían pasado varios días en la casa. No habían pasado las noches allí, pero habían estado desde primera hora de la mañana hasta última hora de la tarde. Habían acordonado la zona con una cinta de plástico roja y blanca en la que ponía «Policía» para mantener alejados a los curiosos. Y había muchos curiosos, tanto de la comarca como de otras partes. Un poco más abajo, en la carretera, habían aparcado coches de muchos canales de televisión, con helicópteros en el aire y un montón de periodistas y fotógrafos, y varios de ellos habían intentado hablar con Tobias. Durante los días que siguieron al hallazgo no había parado de sonar el teléfono y había oído que su madre hablaba con alguien de dinero, que se les podría pagar mucho si los chicos les concedían una entrevista, pero la policía había dicho que no, lo había prohibido, y en realidad Tobias se alegraba de eso. La gente del colegio ya había cambiado de actitud en los descansos. A la mayoría de ellos, sobre todo a las chicas, les había parecido divertido. Tobias se había convertido en una especie de famoso, pero eso no era bueno del todo, porque algunos de los chicos, en especial los dos nuevos que venían de la ciudad, tenían envidia y habían empezado a hablar mal de él. Tobias había preguntado a su madre si podía quedarse en casa un par de días, porque los periodistas también iban al instituto para sacarle fotos mientras jugaba al fútbol y lo llamaban para que se acercara a la valla.

No lo había hecho, claro está, porque la policía le había dicho que no podía hablar con nadie sobre lo que había visto y quería hacerles caso. Los agentes habían peinado todo el bosque vestidos con trajes de plástico blanco. Tobias había seguido todo desde una silla en el jardín. Nadie más tenía permiso para hacerlo. Incluso la televisión estatal NRK, TV2 y todas las demás tenían que quedarse en la carretera, fuera de la zona acordonada, y no podían hacer más que preguntar a gritos cuando alguien pasaba por delante de ellos. Pero él la había encontrado y conocía cada rincón de la zona, además de que había hecho un poco de amistad con los policías. Uno se llamaba Kim, otro Curry y otra se llamaba Anette. Luego estaba el jefe, que tenía barba y se llamaba Holger. Él, el jefe, no había pasado tanto tiempo allí, solo había estado una vez, pero fue él quien entrevistó a Tobias y también fue él quien decidió que no podían hablar con nadie sobre lo que habían visto. Tobias había hablado sobre todo con el policía que se llamaba Kim y bastante con el que se llamaba Curry. A Tobias le caían muy bien. Por lo general, no lo trataban como a un niño, sino casi como a un adulto. A menudo salían del bosque y se dirigían a la casa para preguntarle cosas. Si solía haber mucha gente merodeando por el bosque. Si era él quien había construido la pequeña cabaña. Un poco sobre los vecinos. Si recordaba haber visto algo extraño últimamente. Ese tipo de cosas. También había acudido una psicóloga aquella primera noche y le había dicho que podía hablar con ella si lo necesitaba, así que había hablado un poco con ella y había estado muy bien, pero en realidad eso de encontrar a la niña todavía no le había afectado, porque tardó varios días en darse cuenta de lo que le había pasado. Fue entonces cuando se le ocurrió. Estaba sentado en las escaleras y se dio cuenta. Sí, así de repente. Que había pasado de verdad. Que la niña del árbol, que se llamaba Johanne, tenía una madre y un padre, y una hermana y tías y tíos y abuelos y amigas y vecinas, y que ahora ya no estaba y nunca más iban a poder verla. Y que alguien se lo había hecho queriendo, además al lado de su casa. Tobias había sentido un escalofrío al pensar en ello, podría haber sido él quien colgara del árbol. O su hermano pequeño. Entonces había sentido un dolor punzante en su interior y había tenido que subir a la cama y tumbarse, y esa noche había tenido unas pesadillas terribles. Iban de una persona que le ponía una cuerda de saltar alrededor del cuello. Lo había colgado y le disparaba con flechas de sargatillo pero con la punta de verdad. También había oído a Torben pedir ayuda, pero no conseguía desatarse, estaba colgado y trataba de liberar el cuello y no conseguía respirar. Tobias se había despertado bañado en sudor, con la cabeza pegada a la almohada.

La gente de la policía había estado en la casa durante unos días. Luego, al parecer, habían terminado y se marcharon otra vez. Ahora ya no estaban las cintas que antes habían cerrado el paso en la carretera y algunos de los periodistas habían subido a llamar a la puerta, pero su madre no les dejaba entrar. Tobias suponía que en realidad quería dejarles, ya que algunos de ellos estaban dispuestos a pagar bastante dinero, pero el jefe de la policía, Holger, el gordo de la barba y los ojos de bueno, había sido muy tajante al respecto.

Tobias llevaba tiempo planificando la excursión y ahora era el momento perfecto. Estaba liberado del colegio y por una vez su hermano pequeño no estaba en casa. Se vistió haciendo el menor ruido posible, se colgó la mochila en la espalda y salió sigilosamente por la puerta trasera.

Ya había ido hasta el lago de Litjønna antes, así que se sabía el camino. Solo se llevaba el mapa y la brújula por si acaso. Tal vez se diera una vuelta por aquí o por allá. ¡Las cerillas! ¿Había metido las cerillas? Se quitó la mochila y palpó los bolsillos laterales. Sí, allí estaban. Las cerillas eran importantes. Las noches eran muy frías sin un fuego. No porque tuviera previsto quedarse fuera toda la noche, pero siempre podía suceder. También podía ocurrir que no volviera. Tal vez se quedara en el bosque para no volver nunca más a aquella triste casa. Eso sí que sería algo. Y que les fuera bien. No se lo planteaba muy en serio, naturalmente. Al día siguiente volvería su hermano pequeño. A Tobias le encantaba estar con su hermano, pero también estaba bien tener un poco de tiempo para él mismo.

Tobias se puso la mochila otra vez y cerró la puerta con suavidad tras de sí. El aire fresco de primavera le golpeó al salir de la casa. Atravesó el patio apresuradamente y se introdujo en el bosque. Tobias tomó un camino diferente del habitual, no fue hacia la cabaña que había construido, el lugar donde habían encontrado a la niña. En estos momentos no quería pensar en eso, no tenía ganas de volver a sentir miedo. Ahora debía ser fuerte, tenía el día libre y al fin y al cabo se marchaba de excursión, así que no era un buen momento para preocupaciones. Tobias avanzó a lo largo del arroyo hasta que llegó a un caminito con huellas de ganado que pudo seguir hasta bien adentro. Después de una hora de caminata salió de la pista, se quitó la mochila y se tomó el desayuno. Era importante meter algo en el cuerpo y no había querido montar jaleo en la cocina de su casa. El bosque estaba seco y agradable, hacía tiempo que no llovía. Se sentó sobre un tocón y disfrutó de las vistas mientras se zampaba dos rebanadas de pan y se tomaba un poco de zumo de la botella que había traído. A Tobias le encantaba la primavera. Ver cómo el invierno se retiraba, eso era como... Bueno, le llenaba de esperanza. Traía posibilidades nuevas, una nueva oportunidad para que pasara algo bueno, para que el mundo cambiara. Muchas veces había pensado que el día del Año Nuevo debería caer en primavera, no en medio del invierno. El día después del 31 de diciembre no se apreciaba ningún tipo de cambio, pero en primavera todo era diferente. Hojas recién brotadas en los árboles, de un color verde delicioso, flores y otras plantas en el bosque, los pájaros que volvían y gorjeaban desde las ramas. Tobias terminó el desayuno y reanudó la marcha por la ladera, canturreando. Se había prometido a sí mismo que averiguaría más sobre las chicas cristianas. Dejaría de mentir y se enteraría de lo que sucedía en realidad allí, y ahora por fin estaba de camino. Se arrepentía un poco de no haber traído su libro, le habría venido bien en caso de tener que hacer noche. Habría podido leer junto al fuego en medio del bosque. Ya había llegado al siguiente título en la lista de Emilie, había terminado *El señor de las moscas*, que se había leído en un suspiro,

devorando cada palabra. No estaba seguro de haber entendido todo, pero daba lo mismo. Había sido un buen libro. Le había hecho feliz. El nuevo libro, *Alguien voló sobre el nido del cuco*, no era tan fácil de leer, el lenguaje era más para mayores y Emilie había dicho que si se le atragantaba podía cambiarlo por otro, pero tenía la intención de tratar de leerlo entero. Hasta ahora parecía fascinante. El libro iba sobre un indio, Chief Bromden, que estaba ingresado en un hospital del que no le dejaban salir. La jefa de aquel sitio era una señora increíblemente estricta, una auténtica bruja. Chief Bromden se hacía pasar por sordomudo, es decir, que no podía ni hablar ni oír, porque..., bueno, Tobias no estaba del todo seguro de por qué hacía eso, pero aun así el libro enganchaba. Debería haberlo traído. Había sido estúpido no hacerlo.

La cima de la colina ofrecía unas buenas vistas sobre el terreno que tenía por delante. Podía atisbar el lago de Litjønna a lo lejos. Se encontraría a una o dos horas de marcha, luego estaría allí. Tobias se alegraba de ello, pero también sintió un cosquilleo en el estómago. Todo el mundo había hablado mucho de esos cristianos, pero nadie sabía nada sobre ellos. ¿Y si fueran peligrosos? Bueno, peligrosos no, pero tal vez no quisieran recibir visitas. Por otro lado, también podrían ser simpaticísimos. Podrían recibirlo con los brazos abiertos e invitarle a pollo y refrescos y haría un montón de nuevos amigos. Quizá le ofrecieran la posibilidad de vivir con ellos y tal vez también a Torben y así todo se arreglaría de golpe.

Lo mejor sería no acercarse a ellos desde el principio. Nunca se sabía. Podría acampar a cierta distancia, en un lugar desde donde pudiera observarlos. Podría tumbarse con los prismáticos, poniéndose algo de camuflaje, y espiar un poco. Esperar el momento oportuno.

Sonrió para sus adentros. Era una buena idea. Montaría un campamento con vistas. Espiaría un poco. Debería haberse llevado el libro, eso estaba claro, pero ahora ya era tarde para volver atrás. En lugar de eso asumiría el papel del indio. Chief Tobias Bromden, con una misión secreta.

Ya hacía un poco más de calor, el sol se asomaba tras las nubes y casi le iluminaba el camino; era una buena señal. Tobias se quitó la cazadora, la metió en la mochila y continuó adentrándose en el bosque.

Descubrió la valla cuando faltaban unos pocos centímetros para que chocara con ella. Estaba ensimismado. Camuflaje y un lugar de acampada, en eso había estado pensando. Había estado por allí antes y conocía un buen lugar desde el cual podía espiar. Por lo visto, el Ayuntamiento había vendido la vieja granja y las tierras colindantes. Antes había sido un lugar para rehabilitar a los drogadictos, una vieja granja donde podían escaparse de la ciudad y dedicarse a la agricultura y a andar por el bosque y esas cosas; se suponía que era bueno para ellos. Pero luego el Ayuntamiento ya no tenía tanto dinero y había decidido gastarlo en otras cosas, bueno, Tobias no estaba seguro, pero el resultado fue que el centro para drogadictos se cerró. Ahora lo habían comprado unos cristianos. Tobias había estado allí dos veces antes, una cuando había drogadictos y otra cuando no había nadie. Había ido

con Jon-Marius, que había sido su mejor amigo, pero que, desgraciadamente, se había ido a vivir a Suecia con su madre a mitad del sexto curso. En cualquier caso, habían encontrado un lugar perfecto para espiar, una loma no muy lejos de la granja con buenas vistas de casi todo lo que sucedía.

Sin embargo, no se acordaba de esta valla y ahora había estado a punto de chocar con ella. Estaba hecha con una malla de metal, era de las que suelen llevar alambre de espinos en la parte más alta. Tobias retrocedió rápidamente unos cuantos pasos y se escondió tras unos árboles mientras miraba el inesperado obstáculo con curiosidad. No había alambre de espinos en la parte superior de la valla, pero era alta. Mucho más alta que él, el doble o más. La valla parecía totalmente nueva. Como si acabaran de colocarla. Tobias echó un vistazo a la parte más alta de la valla y se quedó pensando un poco. Tal vez podía trepar por ella, pero no sin dejarse ver. Ahora podía ver la granja más adelante, a lo lejos. Había ocurrido algo raro allí también, el edificio principal no era el mismo que antes, habían hecho reformas. Según parecía, habían añadido estructuras por fuera y encima, ya no parecía una granja, sino que recordaba más a una pequeña iglesia o algo parecido. Tenía una torre y ¿qué era aquello?, ¿un invernadero al lado? Oteó el terreno pero no fue capaz de ver desde tan lejos. El espacio entre la valla y los edificios era bastante abierto. No habría muchos sitios para esconderse. La loma desde la que había pensado espiar estaba al otro lado. Para llegar hasta allí tenía que bordear la valla. Sería mucho más corto saltarla, pero después de darle unas cuantas vueltas al tema decidió que no merecía la pena arriesgarse. No era que pensara que la gente al otro lado de la valla no fueran buenas personas, para nada, pero aun así... ¿Qué diría si lo descubrieran? A fin de cuentas, a poca distancia de allí había encontrado a una niña pequeña con su vestido colgada de un árbol con un cartel alrededor del cuello, así que sería mejor actuar con prudencia.

Siempre podía dar media vuelta y volver a casa, esa era otra posibilidad. Ahora ya había visto un poco. Habían construido nuevas casas y habían levantado una valla. Una especie de campamento cristiano, algo así. Desde luego, ya tenía suficiente para contar. Por un momento, Tobias sopesó la posibilidad de volver a casa, pero al final la curiosidad venció al miedo. Sería interesante tener algo más que contar. Tal vez si pudiera ver a alguno de los que vivían allí... Tobias retrocedió un trecho por el bosque. Lo suficiente para que los árboles lo ocultaran, pero todavía podía ver la valla. Parecía que el camino era más corto rodeando la valla por la izquierda. Allí podía ver el extremo de la valla, mientras que a la derecha no veía el final y no sabía cuánto habría que caminar si iba en esa dirección. Tobias se enfundó la capucha del jersey y se puso a pensar. Se sentía bien escondido con el jersey. Además aumentaba el suspense de la operación. Era un agente embarcado en una misión secreta. Con un cuchillo y una linterna en la mochila, y un enigma por resolver. Se inclinó ligeramente hacia delante, haciéndose lo más pequeño que pudo, y bordeó la valla por el bosque. Tobias se movió sigilosamente, avanzando en pequeños trechos. Con el cuerpo inclinado, corrió un centenar de metros y luego se tumbó en el suelo para



observar. No había nadie. Alguien había hecho un hoyo al otro lado de la valla. Ahora podía ver un vehículo, un tractor aparcado a lo lejos. Repitió la maniobra. Dobló el cuerpo, echó a correr, encontró un lugar adecuado y se tumbó entre el brezo. Esta vez tenía una vista incluso mejor.

Eran invernaderos de verdad, sí, de cristal. Había dos bastante grandes. Tobias sabía que los niños que vivían allí no iban al colegio. ¿Tampoco bajarían al supermercado? ¿Tal vez comían lo que cultivaban para no tener que salir de allí? Sacó los prismáticos de la mochila con sigilo. Ahora podía ver los invernaderos claramente. Y el tractor. Un viejo Massey Ferguson verde.

De repente, Tobias sintió cómo el corazón le comenzaba a latir más fuerte cuando descubrió a una persona con los prismáticos. Un hombre. No, una mujer. Con una falda gris y algo blanco en la cabeza. Se dirigía al invernadero. Desapareció. Tobias repasó la zona con los prismáticos otra vez, tratando de encontrar más gente, pero no había ningún movimiento. Soltó los prismáticos y los dejó colgando del cordón alrededor del cuello. Después se levantó. Esta vez se arriesgó a recorrer una distancia más larga, quería subir un poco más la loma. Ahora el miedo había desaparecido del todo, totalmente superado por la curiosidad. Se tiró sobre el brezo del suelo otra vez justo cuando la puerta del invernadero se abría y salía alguien. La misma mujer y... Giró la lente de los prismáticos un poco para enfocar mejor. Un hombre. Una mujer y un hombre. El hombre también llevaba ropa gris, pero nada sobre la cabeza. ¿Serían solo las mujeres las que debían llevar algo en la cabeza? Eso sí que sería una buena historia. «Todas las mujeres llevan algo blanco en la cabeza, pero los hombres no llevan nada». No, quizá no. ¿Qué significaría eso? Tenía que acercarse un poco más. No era suficiente.

Tobias acababa de incorporarse otra vez, listo para recorrer el siguiente trecho, cuando de repente vio a la chica al otro lado de la valla. Se sorprendió tanto que se olvidó por completo de lanzarse al suelo. Se quedó de pie justo delante de ella, sin poder moverse. Podría tener su edad o tal vez fuera un poco más joven. Llevaba exactamente la misma ropa que la mujer del invernadero, una falda de lana gris gorda y algo blanco sobre la cabeza. Estaba arrodillada en el suelo en medio de una huerta. Parecía que estaba quitando malas hierbas. Lo que estaba sembrado podía ser zanahorias o lechuga, u otra cosa, era difícil saberlo. Tobias se puso en cuclillas para ocultarse un poco. La chica se incorporó y enderezó la espalda. Se pasó las manos por las rodillas. Parecía cansada. No estaba muy lejos de él, tal vez solo diez metros. Tobias aguantó la respiración mientras la chica volvía a sentarse en la huerta y continuaba quitando malas hierbas. Se tocó el cuello y se limpió el sudor de la frente. Tobias olvidó por completo que era espía y que debía tener cuidado. Parecía que la chica estaba cansada y tenía sed. No pasaría nada por preguntarle si quería beber un poco de agua. Tenía una botella grande en la mochila.

Tobias carraspeó un poco. La chica continuó con su labor sin reaccionar. Tobias echó un rápido vistazo alrededor y encontró un par de piñas viejas en el suelo. Lanzó

una de ellas con cautela, pero no llegó ni siquiera a la valla. Se incorporó a medias y tiró la otra piña con un poco más de fuerza, y esta vez acertó. Impactó en medio de la valla, provocando un ruido agudo, demasiado alto. Se arrepintió enseguida y se lanzó al brezo, donde se quedó lo más quieto que pudo.

Cuando volvió a levantar la mirada, la chica ya se había acercado casi hasta la valla. Había oído el ruido y ahora lo vio. Él pudo ver sus ojos. Ella lo estaba observando sin desviar la mirada. Tobias se puso un dedo sobre la boca. «Chist». La chica parecía muy sorprendida, pero aun así hizo caso al gesto y no dijo nada. Miró a su alrededor. Primero a un lado. Después al otro. Luego asintió con la cabeza suavemente. Tobias miró a su alrededor y se deslizó hacia la valla. Abrió la mochila, sacó la botella de agua y la metió bajo la valla antes de volver reptando rápidamente a su escondite otra vez. La chica de la falda gris miró una vez más a su alrededor. No había nadie cerca. Se levantó presurosa, se acercó de un salto a la botella de agua y la cogió con un gesto rápido. Se la escondió en la falda y volvió directamente al lugar donde había estado quitando las malas hierbas. Tobias pudo ver cómo desenroscaba la tapa y bebía. Se tomó la botella casi entera. Debía de tener una sed tremenda. La chica con la cosa blanca en la cabeza no dejaba de mirar a su alrededor. Parecía nerviosa. Preocupada por si venía alguien. Tobias se envalentonó un poco y se acercó a gatas a la valla otra vez. La chica también se movió un poco, despacio y sin dejar de mirar por encima del hombro. Ya podía verle la cara con más claridad. Tenía los ojos azules y un montón de pecas. El extraño gorro y la falda gris casi le hacían parecer una señora mayor, pero no lo era. Si hubiera llevado ropa normal, sería igual que las chicas de su clase. La chica levantó la botella hacia él levemente, un gesto para preguntar si quería que se la devolviera. Tobias negó con la cabeza. La chica se arrodilló y sacó algo del bolsillo de su falda. Era un cuaderno y un pequeño lapicero. Escribió algo en una hoja y después la dobló cuidadosamente. De repente se levantó, se acercó corriendo a la valla y pasó la nota por la rejilla. Miró nerviosa alrededor, volvió con la misma rapidez al punto de partida y continuó con el trabajo en la huerta. Tobias reptó hasta la valla y cogió la nota. Retrocedió gateando y la desdobló. Ponía: «Gracias». Levantó la mirada hacia la chica y sonrió. Intentó averiguar cómo decir «De nada» sin abrir la boca, pero no era tan fácil. La chica miró por encima del hombro y escribió algo más. Después volvió a acercarse rápidamente a la valla, pero esta vez no dobló la hoja, sino que dejó el cuaderno y el lapicero en el suelo junto a la valla. Tobias reptó hasta allí otra vez, cogió el cuaderno y el lapicero y regresó rápidamente a su escondite de la misma manera. «Me llamo Rakel —ponía en el cuaderno—. No tengo permiso para hablar. ¿Cómo te llamas?». Tobias miró a la chica. ¿No tenía permiso para hablar? ¿Qué clase de norma era esa? ¿Y por qué tenía tanta sed? ¿Y por qué estaba sola ahí fuera? Tobias caviló y escribió una respuesta: «Yo me llamo Tobias. ¿Vives aquí? ¿Por qué no puedes hablar?». Volvió a cuatro patas hasta la valla con el cuaderno y después regresó a su sitio. ¿Vives aquí? Tal vez fuera una pregunta estúpida, era bastante evidente que sí, pero, en fin, no se le había

ocurrido escribir otra cosa. La chica sonrió un poco cuando miró el cuaderno y escribió una respuesta rápidamente. Seguía tan precavida como antes. Miró varias veces por encima del hombro antes de arriesgarse a pasar el cuaderno por la valla. «Vivo aquí. Lux Domus. No puedo decirte por qué (no puedo hablar)». Trató de comunicar algo con las manos cuando él leyó la nota. Como si quisiera explicar algo más, pero no acabara de decidirse. Tobias le sonrió y escribió una respuesta: «Vivo por aquí cerca, en el bosque. Somos vecinos». Dibujó un pequeño *smiley*. Después añadió: «¿Qué quiere decir Lux Domus?». Devolvió el cuaderno a la chica, quien sonrió un poco otra vez. Después de otra mirada para comprobar que nadie la observaba, escribió una nueva respuesta y se acercó apresuradamente a la valla con el cuaderno antes de regresar con la misma rapidez a donde estaba quitando las malas hierbas. «Lux Domus = “la Casa de la Luz”. Eres muy amable ayudándome. Gracias». A Tobias le chocó lo último que había puesto. ¡Si no la había ayudado casi nada! Solo le había dado un poco de agua. Reflexionó un momento sobre qué escribir. Las palabras parecían muy importantes ahora que no podía decirlas en alto. Tenía que pensarlo realmente bien. Masticó el lapicero un poco antes de decidir lo que quería poner. Escribió: «¿Necesitas más ayuda?». Después pasó el cuaderno a través de la valla otra vez.

De repente pasó algo cerca de la casa. La chica miró nerviosa por encima del hombro y escribió una rápida respuesta. Esta vez arrancó la hoja del cuaderno y la dobló, igual que había hecho con la primera nota. Ahora había gente en el camino, alguien había salido de la casa, unas cuantas personas, de hecho. Parecía que acababan de terminar de hacer algo en el interior de la iglesia. La chica se levantó apresuradamente y tiró la nota hacia él a través de la valla. Ahora Tobias también pudo oír las voces. La estaban llamando.

—¡Rakel!

La chica se levantó lentamente y se pasó las manos por la falda gris. Tobias ya no podía ver sus ojos, llevaba la cabeza gacha. La chica cogió la azada del suelo y echó a andar lentamente hacia las personas que la habían llamado. Tobias se quedó totalmente quieto, no se atrevió a moverse antes de que el grupo de personas al otro lado hubiera desaparecido. La chica se acercó a ellos y todos entraron en uno de los invernaderos. La calma volvió a la granja. Tobias salió cautelosamente de su escondite y cogió la última nota. Se la metió en el bolsillo y no la volvió a sacar hasta ocultarse mejor, un poco más alejado de la valla. Le temblaban las manos cuando desdobló la nota. Sintió una pequeña punzada en su interior cuando vio lo que le había escrito.

«Sí. Ayúdame, por favor».

Volvió gateando lentamente hacia la valla. Todavía no había ningún movimiento al otro lado. Tobias no sabía muy bien qué hacer. Se había embarcado en una misión secreta, pero en realidad no había sido más que un juego dentro de su cabeza.

Esto no era un juego.

Esto era real.

La chica de la falda gris existía. La que tenía tanta sed y no podía hablar. Y ahora le había pedido ayuda.

Tobias se puso la mochila en la espalda y comenzó a caminar lentamente hacia la loma con vistas.

Mia Krüger se despertó con la sensación de que había alguien más en su habitación del hotel. No consiguió abrir los ojos del todo y se quedó como en una niebla, medio dormida, medio despierta. Luchó por abrir los ojos lo suficiente como para ver que estaba sola. No había nadie más que ella en la habitación. En realidad resultaba deprimente. Esta era su vida ahora. Una habitación de hotel y un caso. Total, todo esto era temporal.

«Ven, Mia, ven».

En cualquier caso, en breve desaparecería. ¿Para qué agobiarse? ¿Para qué pensar? ¿Por qué lo uno? ¿Por qué lo otro?

Por algún motivo, a Mia le dolía la cabeza. Tras la ingesta de diferentes sustancias narcóticas los últimos seis meses, había pensado que se había vuelto inmune a dolores infantiles como este. La noche anterior se había quedado más tiempo de lo previsto con Susanne. Bueno, «previsto» no era la palabra, el encuentro había sido fortuito. En todo caso, se había tomado alguna copa de más. Cerró los ojos y trató de volver al sueño. Había soñado con Roger Bakken. Estaba desnudo en el tejado del albergue de la ciudad. El tatuaje del águila se había extendido más allá del cuello, ahora le cubría casi todo el cuerpo. Él trataba de decirle algo, gritaba, pero ella no podía oírle, el ruido del tráfico era demasiado alto y alguien insistía en hablarle directamente al oído. Había intentado darse la vuelta para ver quién le estaba hablando, susurrando esas extrañas frases que no entendía, pero no había nadie. Roger Bakken señalaba con los brazos, quería a toda costa que le comprendiera, pero no conseguía oír nada. «Ven aquí —le gritaba—. Baja». Entonces Roger Bakken saltaba. Atravesaba el aire lentamente hacia ella. El tatuaje se había extendido aún más, ahora le cubría todo el cuerpo y le rodeaba en el aire. Los brazos se habían convertido en alas y las piernas, en patas con garras. Un pico le salía de la cabeza. Justo antes de impactar en el suelo, Roger Bakken frenaba con las alas y se escapaba. Mia no se quedaba con lo que había dicho. Una imagen del cementerio. La lápida de Sigrid. Alguien le susurraba algo al oído otra vez, una voz invisible. Las campanas doblaban en algún sitio a lo lejos. En una isla. Las campanas doblaban en Hitra. Un sonido metálico de la eternidad que venía del móvil, en el bolsillo del pantalón al lado de la cama del hotel. Estiró el brazo, soñolienta, en busca del ruido, pulsó la pantalla y comenzó a hablar antes de despertarse del todo.

—¿Diga?

—Perdona, ¿te he despertado?

Era Gabriel Mørk. El nuevo. El guapito que se ruborizaba. El hacker.

—No —dijo Mia y se sentó en la cama—. ¿Qué hora es?

—Las nueve.

—Por Dios, qué pronto vas a trabajar.

Mia ya estaba despierta. El sueño había desaparecido. De repente estaba en la habitación del hotel.

—No me he ido a casa.

—Joder, ¿te has trasladado a vivir a la oficina o qué?

Gabriel se rio un poco.

—Eh, no. En fin, sí, un poco. Tengo mucho que aprender. Siento que tengo cierta responsabilidad.

—Ya lo sé —dijo Mia.

Se levantó de la cama y subió las persianas. Otro día primaveral en el centro de Oslo. Niños dando vueltas por la fuente de Spikersuppa. Jubilados en la avenida de Karl-Johan. El rey en el castillo. Los políticos en el Parlamento. Todos dedicándose a sus quehaceres cotidianos y ella era responsable de procurar que pudieran seguir realizándolos. Sabía muy bien de qué hablaba el joven hacker recién contratado.

—Tendrás que dormir un poco de vez en cuando.

—No hay problema —continuó Gabriel—. Estoy acostumbrado a trabajar de noche. He pensado que te podía interesar lo que he encontrado.

—Claro —dijo Mia y bajó las persianas otra vez.

No estaba del todo preparada para afrontar el día. En realidad solo quería volver al sueño. ¿Qué era lo que le había gritado Roger Bakken?

—Bien, en realidad no soy policía —se excusó Gabriel—. Así que no sé muy bien qué es importante y qué no.

—No pasa nada —bostezó Mia—. Dime lo que tienes y ya está.

—Vale —continuó Gabriel—. ¿Te acuerdas de que el ordenador tenía dos usuarios?

—Roger y Randi.

—Sí, Roger y Randi. Pasa algo raro con eso.

—¿Qué?

—Bueno, empecemos con Roger. Ahí no hay grandes sorpresas. No ha usado el ordenador mucho, no es un PC dude.

—¿Cómo lo has llamado?

—Ya sabes, no ha usado el ordenador más que para lo típico de los hombres.

—¿Como qué?

—Correo electrónico. Coches y motos. Lo típico, en realidad.

—¿A quién ha escrito? ¿Hay algo interesante por ahí?

—La verdad es que no. Apenas había mensajes privados, quiero decir, de gente conocida y eso. Ha pedido algunas revistas de motos. Facturas en PDF. Publicidad. Una vida un poco aburrida, por lo menos a juzgar por el contenido de su cuenta de correo.

—No todo el mundo vive su vida en la red, Gabriel —observó Mia.

—No, es cierto, pero aun así. Es raro que no haya nada. En todo caso, no es lo más interesante.

—¿Puedes esperar un momento?

—Vale.

Mia puso el teléfono en modo de espera y se deslizó hacia el telefonillo del hotel que estaba en la mesilla. Marcó el número de recepción y pidió que le trajeran el desayuno. El día anterior había probado el bufé y no estaba por la labor de repetir. Demasiada gente.

—Ya está.

—Vale —dijo Gabriel—. Voy a seguir revisando el usuario Roger, pero antes quería contarte qué he encontrado en el otro.

—¿En Randi?

—Sí.

—¿Quién es?

—Eso es lo que resulta tan raro.

—¿El qué?

Gabriel se quedó otra vez callado un momento.

—Creo que deberías verlo con tus propios ojos, pero estoy bastante seguro de que es la misma persona.

—¿Qué quieres decir?

—Roger y Randi. Son la misma persona.

—¿Roger Bakken era dos personas diferentes?

—Sí o no. O sí. Le gustaba convertirse en mujer.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No, es verdad.

—¿Y cómo lo sabes?

—En el usuario de Roger es hombre. Tiene fotos de motos y coches. Sale a pescar y a tomar copas. En el usuario Randi es alguien completamente diferente. Es una mujer. Las páginas favoritas guardadas en el navegador son de blogs sobre punto y decoración de interiores. Tiene fotos de sí mismo vestido de mujer. Parece que ha llevado dos vidas diferentes.

—¿Estás seguro de eso?

Oyó cómo Gabriel suspiraba al otro lado.

—Sé que no soy policía, pero soy capaz de reconocer a un hombre vestido con ropa de mujer.

—Perdona —se disculpó Mia—. Es que sonaba muy raro.

—Totalmente de acuerdo —coincidió Gabriel—. Pero es él. Completamente seguro. Ya lo verás por ti misma cuando vengas.

—Iré enseguida —prometió Mia—. ¿Y el teléfono qué?

—Tan raro como lo otro.

—¿Qué quieres decir?

—Casi todos los mensajes han sido borrados y no tiene ningún número guardado. No tengo ni idea de a qué se dedicaba este tío, pero ha hecho lo que ha podido por

mantenerse escondido y borrar sus huellas, eso está claro.

—Aparte de las fotos en las que sale vestido de mujer.

—Sí, pero eso estaba en el ordenador.

—Has dicho que casi todos los mensajes habían sido eliminados. ¿Eso quiere decir que quedan algunos?

—Tengo unos pocos, son extraños pero ahí están.

—Cuéntame.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

Mia tuvo que sonreír levemente.

—Vale.

Gabriel se aclaró la garganta y leyó lo que tenía.

—Hay tres mensajes. Todos del día 20 de marzo.

—El día que murió.

—¿Sí?

—Sí, léemelos.

Llamaron a la puerta. Mia se puso una bata del hotel y recogió el desayuno mientras Gabriel buscaba los mensajes.

—Vale, el primero es corto.

—¿De quién es?

—De un remitente anónimo.

—¿Cómo es posible eso? ¿Se puede ocultar el número cuando envías un mensaje?

—Sí, no es difícil —contestó Gabriel.

—Puede que ahora pienses que estoy desfasada, pero ¿cómo se hace eso? —preguntó Mia y se tomó un sorbo de café.

Estaba amargo. Tuvo que escupirlo. Maldijo en voz baja. ¿Tan difícil era aprender a preparar un café? Tampoco resultaba muy tentador el plato de huevos revueltos y beicon.

—Lo envías a través de la red. Por ejemplo con txtemnow.com. Ese tipo de sitios. Hay muchos en los que no hace falta registrarse. Simplemente tecleas el número y el mensaje y se envía, seguramente con un poco de publicidad; es así como financian estas páginas.

—¿Y qué ponía en el mensaje?

—Hay tres.

—Suéltalo.

—«No hay que volar demasiado cerca del sol».

—¿Qué has dicho?

Mia no pudo comer nada. Dejó la bandeja sobre el alféizar otra vez.

—«No hay que volar demasiado cerca del sol». Ese es el primer mensaje.

—¿Y qué contestó?



—No contestó nada. No se puede contestar a un mensaje sin número del remitente.

Mia se sentó sobre la cama y apoyó la cabeza en la pared. El dolor de cabeza remitió un poco. Volar demasiado cerca del sol. El tatuaje de un águila. Alas. Ícaro con las alas. Sus alas se fundieron porque voló demasiado cerca del sol. El orgullo desmesurado. La soberbia. Roger Bakken había hecho algo que no debía.

—¿Estás ahí?

—Sí. Perdona, Gabriel, tenía que pensar un poco.

—¿Te leo el segundo?

—Adelante.

—*Who's there*<sup>[2]</sup>?

—¿Ese es el mensaje? «¿Quién anda ahí?». ¿En inglés?

—Sí. ¿Quieres que te lea el último también?

—Sí.

—*Bye, bye, birdie*<sup>[3]</sup>.

Mia cerró los ojos, pero no pudo pensar nada. «¿Quién anda ahí?». «Hasta luego, pajarito». No se le ocurría nada en ese momento. Se levantó de la cama y entró en el baño. Miró su reflejo en el espejo y no le gustó lo que vio. Parecía hecha polvo. Como si no le quedara apenas vida en el cuerpo. Como una especie de espectro. Se agachó sobre la bañera y abrió el grifo para llenarla.

—¿Mia? ¿Estás ahí?

—Sí, perdona, Gabriel. Solo estaba tratando de ver si podía sacar algo en claro de los dos últimos.

—¿Y?

—No, de momento nada. Iré a la oficina dentro de un rato, ¿vale?

—Perfecto, aquí estaré.

—Genial, Gabriel, hasta ahora has hecho un buen trabajo.

Colgó y salió a la habitación otra vez. Puso el teléfono sobre el alféizar e intentó tomar un bocado del desayuno. No consiguió tragarlo. Lo mismo daba. Se tomaría un café y un panecillo en el Kaffebrenneriet.

«¿Quién anda ahí?». «Hasta luego, pajarito».

Mia se desnudó y se metió en la bañera. El agua caliente le envolvió todo el cuerpo y la tranquilizó un poco. Le había alegrado ver a Susanne otra vez. La verdad es que se había alegrado mucho. Habían quedado en volver a verse... ¿o no? Mia no se acordaba bien, al final se había emborrachado un poco.

Apoyó la cabeza en el borde de la bañera y cerró los ojos.

«¿Quién anda ahí?». «Hasta luego, pajarito».

No era mucho, pero al menos era algo.

Cecilie Mykle había dormido tan profundamente que le resultaba casi doloroso despertarse. Por inercia, estiró la mano en busca del despertador, pero por una razón u otra no estaba sonando. Cecilie trató de abrir los ojos, pero no lo consiguió. Su cuerpo estaba pesado, relajado y caliente, era casi como si estuviera tumbada sobre una nube suave con otra maravillosa nube encima. Se arropó mejor con el edredón y se dio la vuelta para ponerse boca abajo. Hundió la cabeza en la almohada. Intentó hacerle caso al cuerpo. «Sigue durmiendo, sigue durmiendo. Olvida lo que te dicen tu cabeza y tu conciencia. Ahora necesitas dormir, duerme, duerme, Cecilie, duerme». Esa era la razón por la que el médico le había recetado todas esas pastillas. Cecilie había manifestado su oposición, nunca en su vida había tomado pastillas para dormir. No le gustaban las pastillas. Le gustaba estar consciente. No le gustaba la idea de que una sustancia se apoderase de su cuerpo. Cecilie Mykle estaba muy obsesionada con mantener el control. Sacó la mano una vez más por debajo del edredón, otro movimiento inconsciente para apagar el despertador. Las seis y cuarto, como siempre. Sin embargo, seguía sin sonar. Una pequeña parte de su cerebro quiso saber por qué, pero no tardó en quedar aplastada por el resto, que estaba bajo el efecto de las pastillas de dormir y pasaba olímpicamente. Se envolvió con el edredón otra vez, con la cabeza cómodamente apoyada sobre la blanda almohada.

—Esto no es una propuesta, es una orden —le había dicho su médico—. Vas a tomar estas pastillas porque necesitas descansar. Necesitas descansar. ¿Cuántas veces tengo que decirlo para que te entre en la cabeza?

El mejor médico del mundo. Él sabía lo que necesitaba e insistía con cierta severidad. «Tienes que cuidarte». Eso no se le daba muy bien a Cecilie Mykle. Cuidarse. «Tienes que cuidarte», eso era lo que todo el mundo le decía una y otra vez, pero a Cecilie Mykle no le parecía fácil. Había crecido con una madre que nunca se cuidaba y siempre atendía las necesidades de los demás antes que las suyas propias. Era una rutina de la que no era tan sencillo escapar.

Problemas, problemas. Por eso no conseguía dormir. No sabía cuánto tiempo hacía que no dormía una noche entera. Sus noches estaban dominadas por la inquietud. Un poco de descanso, luego unas vueltas por la casa viendo programas de televisión en medio de la noche, tomándose una taza de té, y después, quizá, otro descansito de unos minutos antes de que sonara el despertador para anunciarle que ya eran las seis y cuarto otra vez. Siempre había tenido muchas preocupaciones y Cecilie era una persona que se preocupaba más que otras.

—Te preocupas sin necesidad —solía decirle a menudo su marido, como cuando habían comprado el adosado en Skullerud.

—¿No es demasiado caro?

—Nos arreglaremos —le había dicho su marido y había tenido razón: se

apañaban bien, sobre todo desde que había empezado a trabajar en el mar del Norte.

Seis semanas trabajando, seis semanas en casa. Echaba en falta a su marido el tiempo que estaba fuera, naturalmente, pero el dinero les venía increíblemente bien. Y cuando volvía estaba en casa todo el tiempo. Cecilie Mykle amaba a su marido. Era perfecto, no podía haber encontrado un amigo ni un amante mejor. No era como muchos de sus amigos que también trabajaban en el mar del Norte, los que volvían con la cartera llena y salían por ahí de fiesta. Seis semanas de trabajo, seis semanas de borrachera. No, para nada. Cuando su marido estaba en casa, estaba en casa.

Cecilie Mykle estiró los brazos hacia el techo y al final consiguió abrir los ojos. Se quedó un rato calibrando sus sensaciones. Estaba adormilada, pero aun así se sentía muy bien, había podido dormir toda la noche, la piel estaba caliente, el cuerpo blando y relajado. Tampoco había soñado como en los últimos tiempos. Sueños violentos, casi pesadillas, pero esa noche nada. Solo un descanso total.

Ahora se despertó, de repente volvió en sí en la oscura habitación y sintió la preocupación por dentro otra vez. ¿Qué hora sería? Estiró el brazo para encender la lámpara de la mesilla. No se encendió. ¿Por qué estaba tan oscuro todo? ¿Y por qué hacía tanto frío? ¿Se había ido la luz? Cecilie Mykle pulsó el botón que iluminaba la pantalla del pequeño despertador y se quedó de piedra al ver qué hora era. ¿Las diez menos cuarto? Por Dios, debería haberse levantado hacía mucho tiempo. Karoline tendría que haber llegado a la guardería hacía un buen rato. Cecilie sacó las piernas fuera de la cama y se quedó sentada con la cabeza apoyada entre las manos. Parecía un trozo de plomo. Apenas fue capaz de mantener los ojos abiertos. Se levantó con las piernas débiles y se acercó al interruptor que estaba junto a la puerta. Intentó encender la luz, pero no funcionaba. Hacía frío y había un silencio extraño en la casa. Cecilie caminó tambaleándose hasta la ventana y descorrió las cortinas. La luz de la primavera entró en la habitación, suficiente como para dejarle ver algo.

Cecilie salió al pasillo con pasos lentos. Tenía que despertar a Karoline. Sentía las piernas pesadas, casi no querían sostenerla mientras avanzaba por el oscuro pasillo. Se había olvidado de ponerse los calcetines y el suelo estaba frío. Cecilie deslizó una mano por la pared para orientarse hacia la habitación de Karoline.

—¡Karoline!

Su voz sonaba débil, parecía que tampoco quería despertarse.

—Karoline, ¿estás despierta?

No hubo respuesta en la habitación de la niña. ¿Las diez menos cuarto? Karoline nunca había dormido tanto tiempo. Normalmente se levantaba a las siete o por lo menos estaba despierta a esa hora. A menudo se metía en la cama de sus padres, llevando su peluche. En realidad era el mejor momento del día. Un momento de tranquilidad en la cama por la mañana junto a Karoline y el peluche.

—¿Karoline?

Cecilie continuó avanzando a tientas, poco a poco los ojos se iban acostumbrando a la oscuridad. De repente sintió algo mojado y pegajoso bajo los pies. ¿Ahora qué?

Se paró y levantó un pie. Pasó la mano por la planta del pie con cuidado. Había algo asqueroso en el suelo. ¡Si acababa de limpiarlo! Cecilie siguió caminando sobre el pegajoso suelo y entró en la habitación de Karoline. Alargó la mano hacia el interruptor, pero allí tampoco funcionaba la luz.

—¿Karoline?

Atravesó el suelo rápidamente y descorrió las cortinas. La luz inundó la habitación y entonces Cecilie Mykle comenzó a preocuparse de verdad.

—¿Karoline?

No daba crédito a lo que estaba viendo. Karoline no estaba en su cama. Había sangre en el suelo. No podía estar despierta. Había pisado sangre. Así que era un sueño, después de todo. Todavía estaba dormida. No debería haberse tomado la pastilla para dormir, pero el médico había insistido. Cecilie Mykle se quedó de pie en medio de la habitación de la niña mientras trataba de despertarse. No le gustaba ese sueño. Karoline no estaba en su cama. Eran las diez menos cuarto de la mañana. Había sangre en el suelo. Se había ido la luz. La casa estaba oscura. Tenía la piel de gallina en los brazos bajo el jersey. Ahora tenía ganas de despertarse. «El despertador sonará enseguida», pensó mordiéndose el labio.

«Esto no es más que un sueño».

Cecilie Mykle estaba aturdida. Ni siquiera oyó que sonaba el teléfono, a lo lejos.

Mia Krüger estaba sentada junto a la ventana del Kaffebrenneriet, en la calle Storgata, bebiendo su segundo cortado del día. Ya se había tomado un panecillo y un vaso de zumo de naranja, tenía una resaca sorprendente, pero sentía que el cuerpo comenzaba a despertarse después de la noche que había pasado por ahí con Susanne. Normalmente no solía leer los periódicos, pero por alguna razón lo había hecho hoy, aunque las portadas le habían parecido repugnantes. Por lo visto, se habían puesto de acuerdo en llamarlo «el asesino de niñas». Mia odiaba que la prensa hiciera eso, poner nombres y etiquetas a casos de asesinatos y desapariciones, o reyertas o guerras o lo que fuera. ¿No se daban cuenta de cómo influían en sus lectores? ¿No se daban cuenta de que asustaban a la gente creando un clima de miedo? Que se los llevara el diablo. ¿Por qué no había leyes contra eso? Castigos. Y, sobre todo, ¿esos pringados no se daban cuenta de que estaban dando al asesino justo lo que buscaba: atención? ¿No se daban cuenta? ¿No sabían que casi siempre era atención lo que estaba buscando ese tipo de gente? Páginas enteras en todos los periódicos. «El asesino de niñas». Algunas veces se preguntaba de dónde sacaban todo esos periodistas. Había entrevistas con vecinos y amigas y empleadas de guarderías. «La policía no tiene ninguna pista». Se preguntó de dónde habían sacado eso. Fotos de Pauline en la playa y en su cumpleaños con la familia. Fotos de Johanne patinando y en la piscina con su abuelo. Mia negó con la cabeza, pero no logró dejar los periódicos. «No hay sospechosos». «Un país de luto». Fotos del entierro. Fotos de flores y velas en el lugar del crimen. Cartas y mensajes a las niñas. Niños llorando. Adultos llorando.

Dejó los periódicos a un lado y terminó su cortado justo antes de que sonara el teléfono.

—¿Diga?

—Soy Holger. ¿Dónde estás?

—En el Kaffebrenneriet de la calle Storgata. ¿Qué pasa?

—Tenemos otra desaparecida.

Mia sintió cómo se le ponía el pelo de punta en los brazos. Se puso la cazadora de cuero y salió del local en pocos segundos.

—¿Estás en la oficina?

—Estoy saliendo de ella.

—Recógeme en el 7-Eleven de la calle Pløen.

—De acuerdo.

Mia colgó y subió la calle rápidamente hacia la plaza Youngstorget. Mierda. La número tres. «Tres rayas en el dedo corazón izquierdo». No, esta vez no. Habían salido más rápidos esta vez. Una nueva desaparición y ya estaban en marcha. No iba a haber más rayas. Mia no sabía quién era esta nueva cría, pero ya había tomado la decisión mientras iba bajando por la calle Torggata, abriéndose paso entre la multitud.

«Vamos a encontrar a esta niña antes de que sea tarde».

Llegó a la esquina de la plaza Youngstorget en el mismo momento en que el Audi negro de Holger aparecía bajando por la calle Pløen. Se metió en el asiento delantero y cerró la puerta rápidamente.

—¿Adónde vamos? —dijo, tratando de recobrar el aliento.

—A Disen —contestó Munch lacónicamente—. La calle Disen. El aviso ha llegado hace diez minutos. Andrea Lyng. Seis años. No estaba en la cama cuando se ha levantado su padre.

Munch colocó la sirena sobre el techo y pisó el acelerador.

—¿Se ha levantado ahora?

Miró el reloj de su teléfono.

—Aparentemente sí —murmuró Munch.

—¿Quién está allí?

—Kim y Anette. Curry está de camino.

Munch, irritado, tocó el claxon al tranvía y a un par de peatones que no eran capaces de moverse con suficiente rapidez.

—Jodidos idiotas.

—¿Ha desaparecido de su casa?

Munch asintió con la cabeza.

—Qué raro. Las otras dos desaparecieron en la guardería.

—Quitaos de en medio. Por Dios.

Munch volvió a tocar el claxon. Al final consiguió salir de la aglomeración y tomó el camino hacia Sinsen.

—¿Solo estaba el padre en casa? ¿Dónde está la madre?

—Ni idea —murmuró Munch.

Sonó el teléfono y contestó con un tono impaciente. No era uno de sus mejores días.

—¿Sí? Mierda. Sí, hay que acordonar la zona. Y que los técnicos vayan ya. ¿Cómo? No, me la suda, esta es la prioridad ahora. Sí, lo consideraremos el lugar del crimen, claro. Llegamos en cinco minutos.

Volvió a colgar y negó con la cabeza.

—¿Anette?

—Kim.

—¿Qué ha encontrado?

—Sangre.

—¿Sangre?

Munch asintió con la cabeza con una expresión contrariada.

—Puede que no sea nuestro hombre —comentó Mia—. El método es totalmente diferente.

—¿Tú crees?

Dijo lo último sin mirarla. Una niña de seis años desaparecida de su habitación en

Disen. Mia sacó una pastilla del bolsillo de la cazadora. Todavía mantenía la esperanza de que las desapariciones no estuvieran relacionadas. «Tres rayas en el dedo corazón izquierdo. No, esta vez no. Esta vez hay que anticiparse».

Munch tocó el claxon una vez más y estuvo a punto de atropellar a un par de punkis que pensaban que no había que cruzar más deprisa un paso de cebra cuando llegaba un coche de la policía.

—¿La sangre es de la niña? —preguntó Mia.

—Demasiado pronto para saberlo, los técnicos están de camino.

—¿Te has enterado de lo último de Bakken?

—¿El del tatuaje del águila? Sí. ¿Roger o Randi? Todo un personaje. ¿Era travesti o qué?

—Eso parece.

—No es lo que necesito ahora mismo. La verdad es que no.

La última frase no se la dijo a Mia, sino que la masculló entre dientes. Luego tomó la salida a Trondheim y siguió hacia Disen por la calle Disenveien. Iba a ser un día muy atípico para la gente de los pequeños adosados rojos.

—¿Qué tenemos? —preguntó Munch cuando salieron del coche.

—Andrea Lyng. Seis años. Desaparecida de su habitación. Un rastro de sangre desde las escaleras hasta su habitación. Sangre en la cama.

Kim se rascó la cabeza con una expresión seria en la cara.

—¿Dónde está el padre?

—En el salón —dijo Kim señalando con el dedo—. Está totalmente hundido.

—¿Está el forense?

Kim asintió con la cabeza y les guio hacia la entrada. Solo tuvieron tiempo de llegar al camino de grava que llevaba a la puerta antes de que apareciera Anette. Tenía el móvil en la mano y una expresión preocupada en la cara.

—Tenemos otra.

—¿Qué? —preguntó Munch—. ¿Otra desaparición?

Anette asintió con la cabeza.

—Nos acaban de avisar. Karoline Mykle. Seis años. Desaparecida de su habitación en Skullerud.

—¡Mierda! —exclamó Munch.

—¿Sangre? —preguntó Mia.

Anette asintió con la cabeza.

—Vale —dijo Munch—. Vosotras dos os ocupáis de Skullerud, Kim y yo nos quedaremos aquí. Envía otro grupo de técnicos para allá también.

—Ya están de camino —contestó Anette.

Munch echó una mirada rápida en dirección a Mia. No dijo nada, pero sabía qué pensaba.

«¿Dos en un día? ¿Dos al mismo tiempo?».

—Vamos en mi coche —propuso Anette y echó a correr delante de Mia hacia el

Peugeot rojo que estaba aparcado junto a la acera.



El periodista del *Aftenposten* Mikkel Wold acababa de subir uno de sus artículos a la red y estaba bastante contento con el resultado. Hoy en día todo iba muy rápido, apenas había tenido tiempo para leer las pruebas antes de enviarlo. Repasó el artículo un par de veces tal y como había quedado publicado. Afortunadamente no había erratas, todo parecía estar en orden. «El último adiós a Pauline». Había cubierto el entierro el día antes, junto con dos colegas. Ellos se ocupaban de la primera plana de la edición en papel del periódico, mientras que el trabajo de Mikkel había consistido en encontrar otro punto de vista. Normalmente trabajaban por separado, los de papel y los de la edición digital, pero en esta ocasión no, ahora el lema era «Todos trabajamos para todos» y Mikkel se había dado cuenta de que la competencia también hacía lo mismo.

La iglesia de Skøyen había estado llena a rebosar de gente. Por deseo expreso de la familia, todos los periodistas debían esperar fuera, pero no todo el mundo se había enterado. Mikkel Wold había visto cómo varios colegas de otros periódicos se habían colado en la iglesia entre los familiares, vecinos y amigos. Era cierto que trabajaban en un sector con una competencia durísima, pero había límites. El *Aftenposten* había formado un buen equipo para seguir el caso. Buena gente. Periodistas profesionales. No lo habían mencionado explícitamente, pero había una especie de consenso en la redacción acerca de la necesidad de mantener un perfil bajo. De no hinchar el asunto sin necesidad. Mostrar respeto. No meter sus sucias y curiosas narices donde no les mandaban. A diferencia de algunos de sus rivales.

A Mikkel Wold le habían ofrecido otro trabajo unos meses antes. Empezaba a acercarse a los cuarenta y llevaba doce años trabajando en el *Aftenposten*. Habría sido divertido cambiar de aires, y quién sabía cuándo se lo ofrecerían la próxima vez, pero se alegraba de haber dicho que no. «El último adiós a Pauline». Había entrevistado a una amiga de Pauline de la guardería y a sus padres. Ese enfoque tal vez rozaba el límite, pero al final había decidido que era adecuado. Era relevante. El profundo dolor por la pérdida. Habían sacado una foto de la niña llorando, con un ramo de flores en la mano y un dibujo para Pauline en la otra. Bonito y conmovedor. Dentro de los límites de «Actúa con respeto», sin lugar a dudas. ¿O no? Mikkel Wold suspiró levemente y estiró los brazos. No había dormido mucho desde que encontraron a la niña. ¿Estaba perdiendo facultades? ¿Habría escrito esto hacía diez años? ¿Hacía cinco? Decidió olvidar el tema y entró en la cocina para servirse una taza de café. Había un murmullo generalizado en la redacción. Hacía tiempo que no salía un caso como este. ¿Alguna vez habían tenido algo parecido entre manos? ¿Un asesino en serie que vestía a las niñas como muñecas y las colgaba en árboles con una mochila en la espalda? Negó con la cabeza y tomó un sorbo del café. Todo ello resultaba un poco irreal. Podría haber sucedido en Estados Unidos, o en la tele quizá, pero aquí no.

A Mikkel Wold le había costado mantenerse sereno al ver la cantidad de gente que salía de la iglesia. El pequeño ataúd blanco. Todas las caras compungidas. El dolor. «El último adiós a Pauline». Esperaba no haberse pasado de la raya. No, no lo había hecho. El artículo había salido bien.

—Vuelven a salir.

Silje asomó la cabeza en la sala de café.

—¿Adónde?

Mikkel dejó la taza sobre el banco y siguió a la joven periodista a la oficina contigua. Ya se turnaban escuchando la radio de la policía las veinticuatro horas del día. No querían perderse nada.

—Skullerud.

—¿Otra niña?

—A saber —dijo Silje y subió el volumen de la radio un poco.

—¿Qué tenemos?

Grung entró en la habitación, estaba sin afeitarse y tenía la cara ligeramente roja, como siempre. Parecía que el redactor tampoco había podido dormir demasiado últimamente.

—Varias unidades se están desplazando a Skullerud.

—¿Skullerud? ¿No era la calle Disenveien?

—A los dos sitios.

—¿Disen? —preguntó Mikkel Wold, que no se había enterado.

—Hace unos minutos —confirmó Grung—. Erik y Toveya están allí.

Se volvió hacia Silje otra vez.

—¿Tenemos alguna dirección en Skullerud?

—La calle Welding Olsens. No muy lejos del instituto de Skullerud.

—Yo me ocupo —se ofreció Mikkel.

—Genial —contestó Grung—. Nos mantienes informados continuamente, ¿vale?

Mikkel Wold volvió rápidamente a su mesa y recogió su equipo.

—¿Tenemos algún fotógrafo?

Grung alzó la voz por encima del murmullo de la oficina:

—Creo que Espen está libre.

—No, también ha ido a Disen.

—Llama a Nina —dijo Mikkel Wold y se marchó corriendo hacia la salida—.

Dile que quedamos allí.

Bajó en ascensor, salió a la calle hacia la parada de taxis y encontró uno libre. Sacó el teléfono y marcó el número de Erik Rønning, el colega que había ido a Disen.

—Diga.

—¿Qué ocurre por ahí?

—Nos han prohibido el acceso. Todo es un poco caótico. Parece que nadie sabe muy bien qué está pasando.

—¿Solo estamos nosotros?

—Ojalá. —El colega soltó una risita—. No, está todo dios. ¡Mia! ¡Mia!

Erik desapareció un momento. Luego volvió al teléfono.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mikkel Wold.

Su colega volvió a desaparecer y esta vez no volvió. Mikkel Wold miró al taxista y le pidió que pisara el acelerador. Esperaba ser uno de los primeros en llegar, que el resto del gremio no se hubiera enterado del último aviso que había salido en la radio de la policía. Mikkel trató de llamar a su colega otra vez, pero saltó el buzón de voz. Holger Munch y Mia Krüger estaban allí. Algo grave estaba pasando.

Mikkel Wold llegó a la calle Welding Olsen de Skullerud y descubrió que la policía ya había acordonado la zona. Pagó al taxista, salió del coche y se abrió paso entre la pequeña multitud que ya se había congregado. ¿Ya estaban acordonando la zona? Últimamente les pasaba a menudo. Aunque escucharan la radio, siempre llegaban un poco tarde. También había oído a otros hablar de ese mismo tema. «¿Por qué siempre llegamos tarde?». Los rumores decían que la policía estaba usando nuevas vías de comunicación, pero hasta el momento no se habían enterado de cuáles eran.

Mikkel Wold se abrió paso hasta la mismas cintas policiales, donde encontró a un colega del periódico VG.

—¿Qué ocurre?

—Todavía no se sabe.

El periodista del VG encendió un cigarrillo y señaló con el dedo hacia la calle.

—Creo que es el número tres o el cinco. Uno de los adosados amarillos. De momento no ha llegado ningún peso pesado, solo los soldados. No sé qué está pasando.

Mikkel Wold echó una mirada a su alrededor. No paraba de llegar gente a la zona. Vio a los de la televisión, NRK y TV2. Saludó con la cabeza a los periodistas del *Dagsavisen*, cuando sonó el teléfono.

—Mikkel.

—Soy Grung. ¿Qué tenemos?

—Hasta ahora nada, pero todos están aquí.

—¿Por qué siempre llegamos tarde? —preguntó Grung enfadado.

—Es verdad. Tenemos que poner a alguien para que solucione eso —propuso Wold.

Grung se quedó callado al otro lado de la línea. Al redactor no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer.

—Munch y Krüger han llegado a Disen —informó Mikkel para cambiar de tema. No quería llevarse mal con Grung, había visto lo que podía pasar y no era agradable. No le apetecía tener que cubrir exposiciones de gatos en Sandvika.

—Krüger acaba de marcharse de allí —contestó Grung—. Supongo que estará contigo en breve.

—¿Has podido hablar con Nina?

—Sí, enseguida va. Estoy con Erik en la otra línea, te vuelvo a llamar.

—Vale —dijo Mikkel y colgó.

Volvió a acercarse a la cinta policial y trató de hacerse una idea general de la situación. La policía había cortado el acceso a toda la calle, no solo a una de las casas. Munch y Krüger estaban en Disen, pero Krüger podría encontrarse de camino. Tenía que ser algo gordo. Más niñas. ¿Dos al mismo tiempo? Esto saldría en primera plana al día siguiente. Fijo. Miró a su alrededor para ver si había algún sitio por donde colarse. Tenía que haber otro camino para poder entrar. El periodista volvió al lugar donde se había bajado del taxi. ¿Tenía que quedarse allí o era mejor intentar circundar la zona? Fue interrumpido por el teléfono de nuevo; esta vez era un número oculto.

—¿Sí?

Silencio total al otro lado.

—Soy Mikkel Wold, ¿quién me llama?

Se tapó el otro oído con la mano para oír mejor. Ya había llegado mucha gente, la zona estaba siendo invadida por coches y transeúntes curiosos.

—¿No te parece injusto?

Una voz extraña en su oído. Rasposa y con algún tipo de distorsión, no sabía quién era.

—¿Quién me llama? —preguntó otra vez.

—¿No te parece injusto? —repitió la voz de nuevo.

Wold se alejó aún más de la multitud, cruzó la calle y encontró un sitio un poco más tranquilo.

—¿Qué es injusto? —preguntó. Hubo un nuevo silencio al otro lado—. ¿Hola? —Wold sintió una irritación creciente—. ¿Hola? En fin, quienquiera que seas, ahora no tengo tiempo.

—¿No te parece injusto? —repitió la voz extraña otra vez.

—¿Qué es injusto? ¿Quién eres?

—Es muy injusto que tengas que estar tan lejos —dijo la voz.

En ese mismo momento llegó un Peugeot rojo. Mikkel pudo ver a Mia Krüger y a una de sus colegas. El Peugeot llegó hasta la cinta y uno de los guardias de la policía lo dejó pasar.

—Joder —dijo Mikkel.

«¿Dónde está el fotógrafo? Necesitamos fotos de esto».

—Vas a tener que molestar a otro —espetó al teléfono—. Estoy ocupado.

Estaba a punto de colgar cuando volvió la voz rasposa.

—Es en el número tres —dijo la voz.

—¿Qué quieres decir?

—Es en el número tres —repitió la voz otra vez—. Su nombre es Karoline. ¿Todavía quieres colgar?

De repente, Mikkel Wold prestó atención.

—¿Quién eres?

—El pato Donald. ¿Quién creías que era? —dijo la voz.

—No, quiero decir...

La voz se rio un poco.

—¿Debería llamar a otro? ¿A Tønning del *Dagbladet*? ¿A Ruud del VG? ¿A uno de ellos mejor?

—No, no, no... Eh, no, no —tartamudeó Mikkel Wold—. Te escucho.

Se alejó aún más de la multitud.

—Me alegro —dijo la voz.

Mikkel sacó el cuaderno y el lapicero del bolsillo.

—¿Quieres ser mi amigo? —preguntó la voz rasposa.

—Puede ser —contestó el periodista.

—¿Puede ser?

—Sí, quiero ser tu amigo —afirmó Mikkel—. ¿Quién es Karoline?

—¿Quién crees que es Karoline?

—¿Es la... número tres?

—No, Karoline es la número cuatro. Andrea es la número tres. ¿No te han informado? ¿No has estado en la calle Disen?

Algo estaba pasando junto a la cinta policial. Otro coche estaba llegando. Los técnicos.

—¿Cómo sé que...?

—¿Cómo sabes qué? —replicó la voz.

—Que...

Mikkel no fue capaz de decir más. Tenía la cabeza caliente y las manos sudorosas.

—¿No te parecen bonitas cuando duermen? —preguntó la voz.

—¿Quiénes?

—Las pequeñas.

—¿Cómo puedo saber que no me estás tomando el pelo?

—¿Quieres que te envíe un sobre con un dedo?

Mikkel Wold sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Trató de mantener la calma, pero le estaba costando.

—No, por supuesto que no —tartamudeó.

La voz rio por lo bajo otra vez.

—Debéis hacer las preguntas correctas —dijo la voz.

—¿A qué te refieres?

—En las ruedas de prensa, ¿por qué no hacéis las preguntas correctas?

—¿Cuáles son las preguntas correctas? —preguntó Wold.

—¿Por qué el cerdo ha goteado tanto en el suelo? —dijo la voz.

—¿Por qué el...? ¿Qué has dicho?

Mikkel trató desesperadamente de sacar el cuaderno otra vez sin que se le cayera

el teléfono.

—Toc, toc —dijo la voz rasposa y colgó.

Holger Munch se quitó los finos guantes de goma y salió a la terraza a fumar. Puñetera mierda, vaya una manera de empezar el día. Había dormido mal la noche anterior, no había parado de dar vueltas en la cama. Todavía no había hablado con su madre sobre lo de la herencia y además no haber podido dormir por ese motivo le había dejado un mal sabor de boca, porque a fin de cuentas tenían cosas más importantes que hacer. «¿Dos el mismo día?». Encendió el cigarrillo y echó un vistazo por la ventana. Los técnicos estaban recogiendo sus cosas y habían llevado al padre a la comisaría de Grønland. Todavía no habían localizado a la madre y el padre se encontraba en estado de shock y casi no podía ni hablar. Al parecer, ya no estaban juntos, estaban separados y la madre tenía la semana libre. Había ido con unas amigas a una cabaña en la que no había cobertura. El cristal de la puerta balconera estaba roto. Había un rastro de sangre en la planta de abajo, en las escaleras y en la habitación de la niña. Andrea. Alguien la había sacado de su habitación. Munch dio una larga calada al cigarrillo y trató de luchar contra el dolor de cabeza que se avecinaba. Marcó el número de Mia. Pasaron unos segundos hasta que contestó.

—¿Qué tenéis? —preguntó Munch.

—Karoline Mykle, seis años, desaparecida de su habitación.

—¿Había alguna señal de que hubieran forzado la puerta?

—No, la llave estaba debajo del felpudo.

Por Dios. Munch suspiró. Debajo del felpudo. ¿Cómo era posible?

—¿Sangre?

—Un rastro de sangre desde el pasillo de la planta baja hasta la habitación.

—¿Y los padres?

—Cecilie y John-Erik Mykle. No tenemos nada sobre ellos. El padre trabaja en el mar del Norte, estamos tratando de ponernos en contacto con él. Ella es profesora.

—¿Profesora?

—Sí, pero no es ella. Se encuentra en estado de shock total. La he enviado a Ullevål. La mujer ni siquiera sabía dónde estaba. Decía que no tenía tiempo para hablar con nosotros porque debía llevar a Karoline a la guardería.

—Entiendo —dijo Munch.

—Ahora vamos a dar una vuelta por el vecindario, a ver si alguien ha visto algo.

—Sí, nosotros también —dijo Munch.

—¿Es un Alfa 1 o qué?

Munch asintió con la cabeza.

—¿Holger?

—¿Qué? Sí, quiero a todos en la calle. Todos. Por todas partes. Y cuando digo todos quiero decir todos. En todas las puñeteras salidas. En cada puñetero callejón, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Mia y colgó.

Holger dio otra calada profunda al cigarrillo. El dolor de cabeza estaba de camino, llegaba pisando fuerte. Un poco de agua. Tenía que beber un poco. Y comer algo. Volvió a sonar el teléfono.

—¿Sí?

—Soy Gabriel Mørk. ¿Te pillo en mal momento?

—Depende de qué se trate —dijo Munch lacónicamente.

—¿Te acuerdas del asunto ese que me pasaste que era privado?

Munch se frotó la frente con la mano.

—Aquel problema —continuó Gabriel.

Munch rebuscó en la memoria un momento antes de acordarse. El problema de matemáticas que no había conseguido solucionar. Aquel que la chica sueca le había enviado en la web.

—¿Has dado con la solución?

Munch volvió a entrar en la casa. Tuvo cuidado de no pisar el rastro de sangre ni tocar nada. Los técnicos no habían terminado con su trabajo.

—Creo que sé qué es, pero necesito más datos.

—¿Qué quieres decir con más datos?

—¿Lo hablamos más tarde mejor?

Munch salió por la puerta de entrada de la casa y encendió otro cigarrillo. Ya habían desplazado las cintas policiales más lejos para acordonar una zona más amplia de la calle.

Había que mantener a los periodistas lejos mientras se pudiera. Le angustiaba la idea de tener que avisar a Mikkelson. Dos muertes. Ningún sospechoso. Y ahora otras dos niñas desaparecidas. Se montaría un follón gordo en Grønland.

—Creo que es un Groenfeld —dijo Gabriel al otro lado.

—¿Un qué?

—Un código Groenfeld. Un mensaje cifrado. Es una variedad del Vigenère, pero utiliza números en lugar de letras. Aunque necesito más datos. ¿Te ha dado algo más?

Munch no consiguió pensar con claridad.

—Más, pues no sé. ¿Qué podría ser?

—Letras y números. El Groenfeld funciona de tal manera que ambas partes, tanto el remitente como el destinatario, utilizan la misma clave. De letras y números. Para un tercero es imposible descifrarlo.

—No se me ocurre nada —dijo Munch al tiempo que Kim entraba por la puerta—. Lo hablamos más tarde.

—De acuerdo —contestó Gabriel y colgó.

—¿Tienes algo? —preguntó Munch.

Kim negó con la cabeza.

—La mayoría de los vecinos están trabajando, así que tendremos que hacer la ronda esta tarde.



—¿Nada? Joder, alguien ha tenido que ver algo, ¿no?

—Hasta ahora no hay nada.

—Haz otra ronda —dijo Munch.

—Pero si acabamos de...

—He dicho que hagas otra ronda.

El joven policía asintió con la cabeza y salió por la puerta otra vez. Munch estaba a punto de volver a entrar en la casa cuando Mia volvió a llamar.

—¿Sí?

Se dio cuenta al escuchar su voz: tenían algo.

—Una mujer —dijo escuetamente.

—¿Hay testigos?

—Un jubilado que vive enfrente. Problemas de insomnio. Miró por la ventana, cree que serían las cuatro de la mañana. Vio a alguien hurgar en un buzón. Salió a ver qué pasaba.

—Un jubilata duro.

—Desde luego.

—¿Qué dijo?

—Llamó la atención a la mujer. Ella se marchó.

—¿Y está seguro de que era una mujer?

—Completamente seguro. La vio a solo unos metros de distancia.

—Mierda.

—Te lo dije, ¿verdad? —comentó Mia excitada—. Lo sabía.

—Sí, lo dijiste. ¿El testigo está contigo ahora?

—Nos lo llevaremos a comisaría.

—¿Nos vemos en la oficina en diez minutos?

—Perfecto —dijo Mia y colgó.

Munch no echó a correr, pero casi. «Una mujer». Se subió rápidamente al coche y condujo hacia las cintas policiales. Los flashes llovieron cuando pasó por delante del gran grupo de periodistas. Ahora por lo menos tenían algo para esos buitres.

«Una mujer».

Munch colocó la sirena en el techo y condujo deprisa, de vuelta al centro.



El veterano de la guerra de Afganistán Tom-Erik Sørlie, noruego, estaba junto a la ventana de su salón cuando dos coches de policía pararon delante de su portal y comenzaron a acordonar la calle. Cogió los prismáticos de la mesa del salón y giró la lente hasta enfocar a los policías. Llevaba todo el día escuchando la radio de la policía, como hacía siempre, y sabía que algo estaba pasando. Tenía que ver con las dos niñas que habían sido asesinadas, ahora parecía que habían desaparecido otras dos y la policía había decidido controlar las salidas. Ajustó los prismáticos de nuevo. Policías con cascos, armados con MP-5. Conocía el arma, él mismo la había usado muchas veces. Heckler amp; Koch MP-5. Los policías montaron un puesto de control y comenzaron a parar a los coches. Afortunadamente para los conductores, todavía era pronto. La cola se formaba en sentido al centro, no al revés.

Dejó los prismáticos a un lado y subió el volumen de las noticias. Siempre tenía el televisor encendido. Y el ordenador. Y la radio de la policía. Las noticias. Le gustaba estar informado. Enterarse de lo que pasaba. Era su manera de sentirse vivo, ahora que ya no estaba en medio de todo el meollo.

Lex, su perro, se despertó en la cesta y se acercó a Tom-Erik. Se sentó a sus pies con la cabeza ladeada y la lengua fuera. El pastor alemán quería salir. Tom-Erik Sørlie acarició la cabeza del pequeño cachorro y se concentró en las pantallas. La TV2. Un periodista con un micrófono en la mano delante de la cámara. Al fondo, una urbanización de Skullerud. La zona acordonada por la policía. Una de las niñas había desaparecido allí. Lo había oído una hora antes. Se levantó y cogió el cachorro por el collar. Lo llevó por las escaleras hasta el jardín y lo ató al cable para que pudiera correr. No tenía ganas de salir a dar un paseo ahora. Le dolía la cabeza.

Ya estaba oscuro cuando los policías levantaron el acordonamiento de la carretera principal. Habían estado allí todo el día. Al final alguien del departamento había decidido tirar la casa por la ventana. Cenó delante de la tele. Salió un dibujo en la pantalla. Una mujer. Un testigo la había visto en Skullerud. «Buena suerte», pensó Tom-Erik Sørlie. Por el aspecto, podría ser cualquier persona. Siguieron escenas de una rueda de prensa. La fiscal. Las niñas seguían desaparecidas. No había pistas. Dos investigadores de Homicidios subiéndose a un coche. Un hombre con barba que llevaba una trenca beis y una chica con el pelo largo negro. Ambos con una mirada penetrante. El hombre de la trenca apartaba a los periodistas. Sin comentarios.

Tom-Erik bajó el volumen de la tele y se levantó para ponerse otro café. ¿Había oído un ruido fuera? ¿Había alguien en el jardín? Se puso un par de zapatos y salió al patio. El pastor alemán ya no estaba atado al cable.

—¡Lex!

Dio la vuelta a la casa y llegó al jardín trasero. Se quedó de piedra al ver el manzano.

Alguien había matado a su perro y lo había colgado del cuello con una cuerda de saltar.

Mia Krüger cruzó la calzada y echó a andar por la calle Tøyengata. Encontró una pastilla en el bolsillo y trató de no mirar los tabloides. Pasó por delante de otro quiosco que exhibía su vida públicamente. «Todavía no hay pistas sobre la misteriosa mujer». El retrato robot en primera plana. La mujer que el jubilado había visto. El retrato no estaba mal. La descripción del testigo no estaba mal. El problema era que podía ser cualquiera. Habían recibido mil novecientas llamadas solo el primer día. La gente decía que era la vecina, una compañera de trabajo, su sobrina, alguien que habían visto en la cola del transbordador el día antes. Las líneas telefónicas de la policía se habían colapsado, habían tenido que cerrarlas y tomarse un respiro. Los rumores decían que el tiempo de espera era de hasta dos horas. «¿Alguien ha visto a Karoline y Andrea?». Otra portada en los periódicos, fotos de las niñas, grandes, ampliadas al máximo como si quisieran humillarla. «No sabes hacer tu trabajo. Esto es tu responsabilidad. Si las niñas mueren, es tu culpa».

¿Por qué narices toda esa sangre de repente? Mia Krüger no lo comprendía. No tenía sentido. No encajaba con todo lo demás. Habían analizado la sangre, no era de las niñas. Ni siquiera era sangre humana. Era de un cerdo. El asesino les estaba humillando, nada más. O tal vez era una mujer. Mia Krüger ya no estaba tan segura. Algo no encajaba. Aquella mujer de Skullerud. El retrato robot. Tuvo la sensación de que no era más que un juego. «Mira qué fácil me resulta todo. Puedo hacer lo que se me antoja. Yo gano. Vosotros perdéis».

Mia se abrochó la cazadora y volvió a cruzar la calle. Nada sobre el Citroën blanco. Nada de la lista de candidatos por el modus operandi. Ludvig y Curry habían trabajado día y noche en el caso de Hønefoss, uno de los despachos de la calle Mariboegate estaba totalmente empapelado de fotos y notas, pero no habían encontrado nada. A fin de cuentas, había ochocientos sesenta empleados. Casi novecientas personas que trabajaban en el hospital. Por no hablar de toda la gente que tenía acceso libre a él: pacientes, visitantes, familiares. En total, miles de personas. La videovigilancia tampoco había descubierto nada. No tenían cámaras en la maternidad por aquel entonces, solo en la salida. La propia Mia había revisado horas de grabaciones sin éxito. Nada. Carpetas enteras de interrogatorios y entrevistas. Médicos, enfermeros, pacientes, fisioterapeutas, asistentes sociales, familiares, recepcionistas, personal de limpieza. Ella misma había hablado casi con cien personas. Todos se habían mostrado igual de desconsolados. ¿Cómo podía pasar esto? ¿Alguien podía entrar en una maternidad y salir con un bebé en brazos sin que nadie se diera cuenta? Recordaba que algunos de los jefes de la comisaría central habían suspirado aliviados cuando el joven sueco se había quitado la vida «admitiendo su culpa». Habían archivado el caso rápidamente. Escondiéndolo. Era una vergüenza para el cuerpo. En fin, la vida sigue.

Mia Krüger volvió a cruzar la calle y entró en un patio trasero. Llevaba tiempo sin venir, pero el garito seguía allí. La puerta verde sin ningún cartel, escondida en un rincón invisible de la ciudad. Llamó a la puerta y esperó a que alguien abriera. Habían decidido ofrecer una recompensa. Las familias y la gente que las apoyaba. Munch y Mia no estaban de acuerdo, ya que aumentaría el número de llamadas sin fundamento, saturando las líneas telefónicas e impidiendo a la gente que sí tenía información importante que se comunicara; a pesar de eso, habían decidido hacerlo, tras consultarlo con los abogados. Total, había que esperar y ver qué pasaba. Quizá logran aclarar algo. Tal vez una cantidad suficiente de dinero pudiera ayudar a sacar de la sombra a la persona adecuada.

Se abrió un ventanuco en la puerta y apareció la cara de un hombre.

—¿Sí?

—Mia Krüger —dijo Mia—. ¿Está Charlie?

El ventanuco se cerró otra vez. Pasaron unos minutos antes de que volviera el hombre. Le abrió la puerta y la dejó entrar. Era un portero nuevo, no lo había visto antes. La típica elección de Charlie: un culturista grandullón y cuadrado con tatuajes en los bíceps, que eran más grandes que los muslos de Mia.

—Está por ahí dentro —dijo el hombre y señaló hacia el interior del local.

Charlie Brun estaba tras la barra del bar. Mostró una ancha sonrisa al verla llegar. Estaba igual que siempre. Tal vez algo mayor y con la mirada un poco más cansada, pero igual de colorido que siempre. Llevaba mucho maquillaje, una falda verde manzana con lentejuelas y una boa alrededor del cuello.

—Mia Rayo de Luna —dijo Charlie sonriendo y salió de la barra para darle un abrazo—. Cuánto tiempo, chica. ¿Cómo estás?

—Bien —contestó Mia y se sentó.

Había poca gente en el local, tan solo seis o siete personas, la mayoría vestidos con ropa de mujer. Pantalones de leopardo y tacones altos. Faldas blancas y largos guantes de seda. En casa de Charlie podías ser tú mismo, a nadie le importaba. La iluminación era tenue. El ambiente, tranquilo. En una esquina había una jukebox en la que sonaba Edith Piaf.

—Tienes un aspecto horrible —afirmó Charlie Brun negando con la cabeza—. ¿Te apetece una cerveza?

—¿Ya te han dado permiso para vender alcohol o qué?

—Por Dios, chica, qué palabras más feas usas. —Charlie le guiñó un ojo y le llenó un vaso de cerveza de barril—. ¿Un chupito también?

—¿Qué significa «un chupito» en este lugar hoy en día? —contestó Mia sonriendo y bebió un sorbo de la cerveza.

—Puede significar lo que quieras —explicó Charlie con un guiño mientras pasaba un trapo por la barra delante de ella—. Nada —continuó—. Ya no es un lugar tan excitante como antes. Nos hacemos mayores, ya sabes, o por lo menos Charlie.

Se echó la boa verde alrededor del cuello y estiró el brazo en busca de una botella

en el estante.

—¿Un Jägermeister entonces?

Mia asintió con la cabeza y se quitó el gorro y la cazadora. Estaba contenta de haber salido del frío. Al calor. Escondarse del mundo por un momento. Había pasado mucho tiempo en el local de Charlie cuando su caso salía en los medios de comunicación. Mia lo había encontrado por casualidad y se había sentido como en casa desde el principio. No había miradas curiosas. Tranquilidad y seguridad total, casi era como estar en familia. Parecía algo de un pasado lejano, como si perteneciera a otra vida. Ahora no reconocía a ninguno de los hombres que estaban sentados en los reservados, vestidos de mujer junto a la pared roja.

Charlie encontró dos vasos y los llenó con Jägermeister.

—Salud, querida. Me alegro de volver a verte.

—Lo mismo digo. —Mia sonrió.

—No has cambiado nada, por supuesto —dijo Charlie. Agarró con los dedos la barbilla de Mia y estudió su cara—. Qué pómulos, chica. Si no fueras policía, serías modelo. Ahora en serio: ¿no crees que deberías cuidarte algo más, mejorar ese cutis? Recuerda que puedes maquillarte un poco de vez en cuando, aunque seas chica. Ya está, ya lo he dicho. Mamá Charlie siempre es sincera, ya lo sabes.

Charlie le guiñó un ojo y sonrió levemente.

—Gracias —dijo Mia con una sonrisa y se tomó el chupito de Jägermeister. Le calentó la garganta agradablemente.

—Oye, Charlie, ¿nos traes otra botella de champán?

—¿Qué te he dicho de gritar, Linda?

Charlie se giró hacia uno de los hombres de una mesa. Llevaba una minifalda rosa, botines, guantes y un collar de perlas alrededor del cuello. Podría tener cuarenta y pico años, pero movía el cuerpo y los brazos como una niña de quince.

—Venga, vamos ya, Charlie. Eres un amor.

—Estás en un establecimiento respetable, no en un puticlub de Ámsterdam. ¿Necesitas más copas?

—No, ya tenemos —dijo el hombre llamado Linda con una risita.

—No tiene clase —comentó Charlie suspirando y poniendo los ojos en blanco.

Trajo una botella de champán de la trastienda y la llevó a la mesa. La descorchó ruidosamente, lo cual alegró a los travestis, que aplaudieron y rieron.

—Ya está —dijo Charlie cuando volvió—. Pensaba que te habíamos perdido.

—Los rumores de mi muerte han sido muy exagerados —dijo Mia con un guiño.

—Un poco de polvos de cara y una base de maquillaje, y te daré la razón —dijo Charlie con una risita—. Perdón, eso ha sido demasiado. Me he pasado.

Charlie Brun se inclinó sobre la barra y le dio un largo abrazo. Mia sonrió para sí. Hacía tiempo que no recibía abrazos de hombres vestidos de mujer. Se sintió bien.

—¿Me he pasado? Tienes una pinta estupenda, mi niña. Vales un millón de coronas.

—Por mí, de acuerdo —contestó Mia riendo.

—Dos millones.

—Ya vale, Charlie.

—Diez millones. ¿Tomamos otro chupito?

Mia asintió con la cabeza.

—Bueno, entonces cuéntame algo —dijo Charlie cuando los dos hubieron vaciado sus vasos.

—Necesito un poco de ayuda —comentó Mia y sacó la foto del bolsillo interior.

Dejó la foto sobre la barra. Charlie buscó sus gafas y acercó la foto a la luz de la vela.

—Randi, sí —dijo Charlie—. Suponía que tenía algo que ver contigo. Una historia trágica.

—¿Solía venir aquí este hombre? Perdón, quiero decir esta mujer.

Charlie se quitó las gafas y le devolvió la foto empujándola sobre la barra.

—Randi venía por aquí a veces, sí —corroboró—. Periódicamente. A veces venía a menudo y luego podían pasar meses antes de que la volviéramos a ver. Roger era una de esas personas que..., a ver cómo te lo digo, que no estaba del todo cómoda consigo misma. Creo que intentaba como buenamente podía no ser Randi, pero ya sabes cómo funcionan estas cosas, no podía dejarlo. Necesitaba unas cuantas copas para dejarse llevar. A veces teníamos que pedirle que se marchara porque avergonzaba a la gente, ¿sabes?

—¿Alguna idea de por qué lo hizo?

—¿El qué, saltar del tejado?

Mia asintió con la cabeza. Charlie se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Todo lo que te puedo decir es que es un mundo jodido el de ahí fuera. No hace falta ser un desviado para darse cuenta de ello. Es complicado cuando la sociedad quiere que seas de una forma y tu cuerpo te pide otra cosa.

—No tienes nada de desviado, Charlie —afirmó Mia y cogió la cerveza de la barra.

Charlie soltó una risita.

—¿Yo? Por Dios, lo dejé hace treinta años, pero no todo el mundo es como yo, ¿sabes? Culpabilidad, vergüenza, cargo de conciencia. Tenemos internet en el móvil y enviamos naves a Marte, pero mental y emocionalmente vivimos todavía en la Edad Media. Aunque eso ya lo sabes de sobra.

—¿Lo sé de sobra? —repitió Mia.

—Sí, eres lista; por eso me caes tan bien. Y eres bella, claro, eso también ayuda, pero sobre todo eres lista, no hace falta explicarte todo. Mia, ¿por qué no te presentas a ocupar el puesto de primera ministra? Para enseñar a este país alguna que otra cosa.

—No creo que sea una gran idea.

—Sí, puede ser. Eres demasiado buena.

Charlie se rio un poco y sirvió otros dos chupitos de Jägermeister.



—¿Siempre venía sola?

—¿Quién? ¿Randi?

Mia asintió con la cabeza.

—Casi siempre. Vino con una amiga un par de veces, pero nunca hablé con ella.

—¿Un hombre?

—No, una mujer.

—¿Qué aspecto tenía?

—Sería. Alta. Pelo oscuro recogido en una cola de caballo. Una mirada un poco extraña.

—¿Por qué lo dices?

—Tenía los ojos de diferente color.

—Vaya.

Charlie asintió con la cabeza.

—Uno era azul y el otro marrón. Parecía un poco rarita. Fría. Muy seria. La verdad es que me alegré en parte cuando dejó de venir con él. Me daba mala espina.

—¿Cuándo venía?

—Ah, no lo sé. —Charlie sacó un trapo y comenzó a limpiar la barra otra vez—. Tal vez unos meses después de dejar de venir tú. Por cierto, ¿dónde has estado?

—Fuera del mundo una temporada.

—Me alegro de que hayas vuelto. Te he echado de menos.

Charlie le guiñó un ojo y alzó el chupito.

—¿Echamos a esa gente y nos tomamos unas copas de verdad, como en los viejos tiempos?

—Otro día, Charlie. —Mia se puso la cazadora—. Ahora mismo tengo demasiados asuntos entre manos.

Encontró un bolígrafo en el bolsillo y escribió su número de teléfono en una servilleta.

—Si se te ocurre algo más, me llamas, ¿vale?

Charlie se inclinó sobre la barra y se despidió besándole las dos mejillas.

—No dejes de venir.

—Te lo prometo —aseguró Mia con una sonrisa.

Se caló el gorro y salió a la lluviosa tarde de Oslo. Miró la calle en busca de un taxi, pero no vio ninguno. Daba lo mismo, no tenía prisa. No había nadie precisamente esperándola en la habitación del hotel. Se puso la capucha sobre la cabeza y ya había comenzado a andar hacia el centro cuando le sonó el teléfono. Gabriel Mørk.

—Hola —dijo Mia.

—Hola, soy Gabriel. ¿Tienes un momento?

—Claro que sí —contestó Mia—. ¿Todavía estás en la oficina?

—Sí.

—No es necesario que estés las veinticuatro horas, ¿no te lo ha explicado Holger?

—Ya, ya lo sé, pero, bueno, tengo que ponerme al día.

La voz de Gabriel sonaba cansada.

—¿Tienes alguna novedad?

—Pues sí, la verdad es que sí. Se me ocurrió que tenía que haber alguna manera de recuperar los mensajes borrados, así que llamé a un amigo mío, un friqui de Apple.

—¿Y?

—Relájate. Los encontré.

—¿Todo lo que había en el móvil?

—Sí.

—Joder, qué bien —dijo Mia—. ¿Qué tenemos?

—Tenemos buenas y malas noticias. Encontré los mensajes borrados, pero no había muchos. El teléfono debe de ser bastante nuevo. Tengo los ojos agotados ahora mismo, así que prefiero no leértelos. ¿Puedes esperar hasta mañana?

—Claro. ¿Esos tampoco tienen remitente?

—Sí, tengo un número.

—¿Y de quién es?

—Ese dato no es público. Por eso te llamo. El tema es que tengo que hackear unas bases de datos para averiguar de quién es.

—¿De cuántas bases de datos estamos hablando?

Hubo un momento de silencio al otro lado de la línea.

—Las que hagan falta.

—¿Y?

—Eh, bueno, que está prohibido. En realidad deberíamos solicitar permiso. ¿Qué opinas?

—¿Has hablado con Holger?

—No coge el teléfono.

—No podemos esperar —dijo Mia—. Sigue con ello.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Vale —dijo Gabriel.

—¿Te ocupas del tema ya?

—La verdad es que había pensado irme a la cama.

—Haz lo que quieras, seguro que con tenerlo mañana por la mañana es suficiente.

—También puedo hacerlo ahora.

—Ahora sería cojonudo. Estaré disponible.

—De acuerdo.

Mia colgó y continuó andando hacia el centro. Las calles estaban prácticamente vacías. Podía ver gente a través de las ventanas, iluminada por la luz de las pantallas de los televisores. De repente la idea de volver a la habitación del hotel parecía aún menos tentadora que hacía un rato. No había razones para ir. De todas maneras, no

iba a poder dormir. Podía tomarse otra cerveza. Intentar ordenar las ideas en su cabeza.

Afortunadamente había poca gente en el Justisen. Mia pidió una cerveza y encontró una mesa en un rincón tranquilo. Sacó papel y un bolígrafo y se quedó mirando la hoja vacía que tenía delante. Cuatro niñas. De casi seis años. Pauline. Johanne. Karoline. Andrea. Escribió sus nombres en el folio. Pauline. Desapareció de la guardería. Encontrada en Maridalen. Johanne. Desapareció de la guardería. Encontrada junto a la carretera de Hadeland. Karoline y Andrea. Abducidas de sus casas. ¿Dónde las encontrarían? Mia no halló ninguna conexión. La respuesta tenía que estar en otro sitio. Roger Bakken-Randi. Mensajes de texto. «No hay que volar demasiado cerca del sol». «¿Quién anda ahí?». «Hasta luego, pajarito».

Primer mensaje. Ícaro. No había hecho lo que tenía que hacer. Segundo mensaje. «¿Quién anda ahí?». ¿No había unos chistes que empezaban así? Chistes de toc, toc. «Toc, toc. ¿Quién anda ahí? Dora. ¿Qué Dora? Dora “cerrada”, por eso estoy llamando»<sup>[4]</sup>. No tenía sentido. *Bye, bye, birdie*: «Hasta luego, pajarito». Esta era sencilla. *Bye, bye, birdie* era un musical muy popular entre los homosexuales. Un águila tatuada. Hasta luego, pajarito.

Mia tenía mal sabor de boca y pidió otro chupito de Jägermeister para quitárselo. El alcohol le sentaba bien. Ahora que empezaba a ponerse un poco ebria le resultaba más fácil pensar. Encontró otra hoja y la puso junto a la primera. Mochilas. Libros. Papeles. Nombres en la primera página. Vestidos de muñecas. Viajo sola. «Esto es lo mismo —escribió rápidamente—. Esto encaja». Sangre de cerdo. ¿Quién anda ahí? «Esto no encaja», escribió debajo. Dos en la guardería. Dos en sus casas. Diez vestidos. Una mujer. Mia pidió otra cerveza. Ahora empezaba a comprender. Tenía la cabeza más despejada. Un travesti. Una mujer. El sexo. ¿Un juego de sexos? ¿Dudas sobre el sexo? Vergüenza. Culpabilidad. Viajo sola. Los primeros símbolos formaban un patrón claro. Mochila. Señal. Vestidos de muñecas. Los otros no encajaban con el resto, no era más que, bueno, ¿una broma? ¿Sangre de cerdo? ¿Quién anda ahí? Sacó otra hoja y la puso junto a las dos primeras. Se tomó lo que quedaba de la cerveza y pidió otra. Había algo ahí. Estaba cerca. Escribió «Mujer» en la tercera hoja. Hønefoss. Maternidad. Lavar y cuidar a las niñas. Anestesia. Cuidados. «¿Enfermero?». El retrato robot. Parecida a cualquiera. «¿Invisible?». ¿Dónde puede esconderse uno en medio de la multitud? Dejó una parte de la hoja en blanco y escribió más abajo. Fría. Seria. Ojos de diferente color. Uno marrón y otro azul. «¿Esquizofrenia?». Una en Maridalen. Otra junto a la carretera de Hadeland. Bosque. Escondidas. Hay que buscar. Hay que trabajar. Hay que cazar. Estaban expuestas, pero escondidas. Quiere enseñar lo que ha hecho, pero no de manera tan clara que no sea necesario buscar. ¿Sangre de cerdo? ¿Quién anda ahí? ¿Por qué tan limpia antes? ¿Seria? ¿Y por qué tan sucia después? ¿Poco seria? Mia pidió otra cerveza y sacó otra hoja más. Ahora empezaba a tener sentido, había algo ahí. Lo tenía en la punta de la lengua, pero no terminaba de salir. Orgullo. Mírame. Mira lo que he hecho. Rikke

J. W. No sabéis hacer nada y yo os lo demostraré. Vosotros contra mí. Un juego. ¿Por qué tan limpia antes y tan sucia después? ¿Sangre? ¿Sangre de cerdo? Como si fuera una película. Resultaba teatral. Falso. Olvida eso. Ahora se estaba soltando. Un chorro de ideas que no dejaban de fluir. «Ahí está. Lo falso. Olvida eso». Mia apuntaba sus ideas cada vez más rápido, casi se olvidaba de beber. Olvida eso. No todo cuenta. Lo cinematográfico no. Lo teatral no. Eso no es sincero. Es falso. No encaja. Mira solo lo que encaja. Lo verdadero. ¿Qué símbolos llevan a qué sitio? ¿A quién hay que tener en cuenta y a quién no? ¿Es ese el juego?

«Ese es el juego».

Mia lucía una sonrisa retorcida, pero no era consciente de ello. Estaba lejos. Muy dentro de sí misma. La ciudad no existía. El Justisen no existía. La mesa no existía. La cerveza no existía. Cuerda de saltar, sí. Mochilas, sí. Vestidos de muñecas, sí. Viajo sola, sí. Anestesia, sí. Sangre de cerdo no, era falso. Hasta luego, pajarito, no, era irrelevante. Volar demasiado cerca del sol, no, no era importante. ¿Quién anda ahí?

—¿Mia?

Mia se sobresaltó tanto que pegó un bote en la silla. Miró a su alrededor confusa, sin saber dónde estaba.

—Perdona, ¿te molesto?

La realidad volvió a cernirse sobre Mia poco a poco. La cerveza volvió. La habitación volvió. Allí estaba Susanne junto a su mesa, con el pelo mojado, la cazadora empapada y una mirada triste.

—Hola, ¿qué te ha pasado?

—¿Te importa que me sienta? Veo que estás trabajando. No quiero molestar.

A Mia no le dio tiempo a contestar. Susanne se quitó la cazadora y se hundió en la silla como un gato mojado.

—Siéntate —dijo Mia—. No pasa nada. ¿Está lloviendo fuera?

—Fuera y dentro —contestó Susanne con un suspiro y se llevó las manos a la cara—. No sabía adónde ir, he pensado que podrías estar aquí.

—Pues sí, aquí estoy —dijo Mia—. ¿Quieres tomar una cerveza?

Susanne asintió con la cabeza. Mia se levantó y se acercó a la barra del bar. Trajo dos cervezas y dos chupitos de Jäger.

—¿Estás escribiendo un libro? —preguntó Susanne sonriendo levemente bajo el flequillo.

—No, solo son cosas del trabajo —dijo Mia.

—Vale, porque esa frase está copiada —apuntó Susanne señalando una de las hojas—. «¿Quién anda ahí?».

—¿Copiada? ¿A qué te refieres? ¿De dónde?

—Es la primera frase de *Hamlet*.

Susanne se recogió el pelo tras la oreja y bebió un sorbo de la cerveza.

—¿Estás segura?

Susanne esbozó una sonrisa.

—Sí, debería estarlo. A fin de cuentas soy la ayudante del director. Tengo que saberme casi toda la obra de memoria.

—No quería decir eso —se excusó Mia—. Ahora en serio, ¿es una cita?

Susanne carraspeó suavemente y de repente se convirtió en la Susanne del grupo de teatro de Åsgårdstrand.

—*Who's there? Nay, answer me, stand and unfold yourself. Long live the king!*<sup>[5]</sup>

Bebió otro sorbo de la cerveza y de repente su cara adquirió una expresión avergonzada.

—No es auténtico. Podemos obviarlo —reflexionó Mia en voz baja.

—¿Qué? —se extrañó Susanne.

—No, nada. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás tan triste?

Susanne volvió a suspirar. Se sacó el pelo de detrás de la oreja y se tapó un poco el rostro.

—Nada, la historia de siempre. Soy boba.

Hasta ese momento Mia no se había dado cuenta de que su amiga había bebido bastante. Se sorbía los mocos y le estaba costando trabajo llevarse la cerveza directamente a la boca.

—Actores. ¿Cómo se puede una fiar de actores? —continuó—. Dicen que te quieren y al día siguiente lo olvidan, luego dicen que te quieren otra vez y, cuando una les cree, de repente van y se acuestan con una de las chavalas del equipo de iluminación. ¿Qué le pasa a esa gente?

—Tienen dos caras —comentó Mia—. No es fácil saber qué es verdad y qué no.

«¿Dos caras? ¿Juego de sexos? ¿Un actor?».

—¡Gentuzza!, ¡falsos! —exclamó Susanne en voz alta.

Su voz se elevó por encima del murmullo del bar y consiguió que algunas de las caras se volvieran hacia ellas.

—Ya se te pasará —la consoló Mia poniendo una mano sobre el brazo de su amiga.

—Siempre se me pasa. Y luego vuelta a lo mismo. Es un baile que nunca termina, como en *Peer Gynt*, de Ibsen. Vueltas y más vueltas, y de repente la vida termina sin que el amor haya llegado.

—Has bebido —dijo Mia y le acarició el brazo otra vez—. No dices más que tonterías. ¿Qué te parece si te llevo a casa?

Mia también estaba empezando a sentir los efectos del alcohol. Vació el vaso de cerveza y observó a Susanne intentando beberse la suya.

—Siempre me tengo que ir a casa sola —dijo Susanne secándose las lágrimas.

Sonó el teléfono de Mia. Gabriel Mørk otra vez. Mia miró a Susanne.

—Cógelo —dijo Susanne—. Por Dios, tampoco es para tanto, solo estoy lloriqueando un poco.

—¿Estás segura?

—Claro, por Dios.

—Vuelvo enseguida. —Mia contestó y se dirigió al patio trasero—. ¿Sí?

—Soy Gabriel.

—¿Qué tenemos?

—Otro callejón sin salida.

—¿No has encontrado nada?

—Sí, el número pertenece a una tal Veronica Bache.

—Brillante, Gabriel. ¿Quién es?

—La cuestión es más bien quién era. Veronica Bache murió en 2010 a los noventa y cuatro años.

—¿Cómo es posible?

—Era muy mayor.

—Ya, eso lo entiendo, pero ¿cómo es posible que su teléfono haya sido usado hace dos meses si murió en 2010?

—Ni idea, Mia. Ya estoy cansado. Se me cierran los ojos. Llevo casi treinta horas despierto.

—Vete a la cama. Mañana hablamos.

Colgó y volvió a entrar en el bar. Susanne había abandonado la mesa y estaba tambaleándose junto a la barra. Trataba de demostrar al barman que se encontraba en condiciones de pedir otra ronda, pero este no se dejó convencer. Mia recogió sus hojas, se puso la cazadora de cuero y la llevó a la salida del local.

—No estoy borracha —farfulló Susanne.

—Creo que esta noche vas a dormir en mi casa —dijo Mia.

Puso el brazo alrededor de su amiga y la llevó por las calles mojadas hacia el hotel.

La mujer de un ojo marrón y otro azul estaba frente a uno de sus espejos. Abrió el armario y sacó las lentillas. Hoy tocaba azul. Ojos azules en el trabajo. No ojos con dos colores diferentes. No en el trabajo. En el trabajo no era ella misma. «En el trabajo nadie sabe quién soy». Además, ese no era su verdadero trabajo. Solo aparentemente. Solo para todos los demás. Se recogió el pelo en una apretada cola de caballo y se inclinó hacia el espejo. Se colocó las lentillas con cuidado y parpadeó un poco. Esbozó una sonrisa falsa y se estudió a sí misma. «Hola, soy Malin. Soy Malin Stoltz. Trabajo aquí. Creéis que me conocéis, pero no tenéis ni idea. Hola, mira lo bien que se me da mentir. Lo bien que se me da sonreír. Fingir que me importa lo que me estáis contando. Vaya faena, ¿tienes el perro enfermo? Espero que se recupere pronto. ¿Un vaso de limonada? Claro que se lo puedo traer, señora Olsen. Enseguida voy a cambiar las sábanas también, va a notar la diferencia: unas sábanas limpias es lo mejor que hay». La mujer de un ojo marrón y otro azul salió del baño y entró en la habitación. Abrió el armario y sacó la ropa de trabajo. Ropa blanca, era una bonita norma. «Si todos llevamos la misma ropa, somos invisibles. Siempre que nuestros ojos no tengan colores diferentes. Y no es el caso. Son azules. Azul marino. Ojos noruegos. Ojos bonitos». «¿Unas rebanadas de pan en el comedor?». «Por Dios, sí, totalmente de acuerdo». «Debería haber quedado eliminada, yo desde luego no la voté, ¡si no sabe bailar!». Caras muertas. El vacío. El vacío. Las palabras vacías. Las bocas que sonríen bajo miradas muertas. «¿De verdad dijo eso? ¿Tu exmarido? Por Dios». «Sí, claro que tengo una cuenta en Facebook». El café. A las ocho. A veces el turno de noche. Aparcar el coche en el garaje. No es su verdadero trabajo, ¿verdad? ¿No es la realidad? No, la realidad es otra bien distinta.

La mujer de un ojo marrón y otro azul salió al pasillo, cogió el bolso y la cazadora y bajó por las escaleras hasta el coche. Arrancó el motor y encendió la radio. Han desaparecido, pero nadie las encontrará, ¿verdad? No todo el mundo puede tener hijos. ¿Quién lo decide? ¿Quién decide quién puede tener hijos? Alguien pierde a un hijo. ¿Quién decide quién pierde a un hijo? No es su verdadero trabajo. Esto no. No, nadie sabe cuál es su verdadero trabajo. Sí, alguien lo sabe, pero no lo va a revelar.

La mujer de un ojo marrón y otro azul cambió de emisora. Lo mismo en todas partes. Las niñas han desaparecido y nadie sabe dónde están. ¿Dónde están las niñas? ¿Están vivas? ¿Alguien las ha encerrado en algún sitio? ¿Cuántas niñas hay que tener? ¿Cuántos hijos hay que tener? Dos coma tres, ¿no es eso lo normal? ¿Lo normal? ¿No eres normal si no tienes hijos? Si no puedes tener hijos. La mujer de un ojo marrón y otro azul condujo despacio por el centro de la ciudad. Es importante conducir despacio si quieres ser invisible. Si alguien para el coche puede darse cuenta de que no es tuyo. Que tu nombre no es Malin Stoltz. Que tu nombre es muy distinto.

Y eso no es bueno. Despacio es como hay que ir. A veces es posible esconderse en medio de la multitud, como en el trabajo. Algunas personas piensan que necesitas una educación universitaria para conseguir trabajo. No es verdad. Solo necesitas títulos. Los títulos no son difíciles de falsificar. Solo hacen falta referencias. Las referencias no son difíciles de falsificar. La mujer de un ojo marrón y otro azul salió de la calle Drammensveien y se dirigió al edificio de ladrillo blanco. Aparcó el coche y fue hacia la entrada. Las ocho menos diez. Si no llegas tarde y haces lo que tienes que hacer, nadie pregunta nada.

Entró por la puerta y fue al vestuario del personal. Colgó la cazadora y el bolso en la taquilla y se miró otra vez en el espejo.

«Tengo dos ojos azules. Soy un fraude con ojos azules. No es más que una mentira. Mi verdadero trabajo es algo muy diferente. Mientras nadie diga nada, todo va a ir bien». A veces es posible esconderse en medio de la multitud. La mujer de un ojo marrón y otro azul apretó la cola de caballo y entró en la sala de guardia.

—Hola, Malin.

—Hola, Eva.

—¿Cómo te va?

—Muy bien. ¿Tú qué tal?

—Ha sido una noche larga. Helen Olsen sufrió otro ataque. Tuvimos que llamar a la ambulancia.

—Vaya, espero que esté mejor.

—Sí, ya está mejor. Volverá hoy, a lo largo del día.

—Bien. Muy bien. ¿Qué tal tu perro?

—Mejor. Al final la cosa no era para tanto.

«No estoy enferma. Tú estás enferma».

—¿Quién está de guardia hoy?

—Birgitte, Karen y tú.

«Tú estás enferma. Yo no».

—¿Esto qué es?

La mujer de un ojo azul y otro marrón miró un cartel que estaba encima de la cafetera.

La Residencia de Høvikveien celebra su 10.º aniversario.

—Ah, sí, será divertido. Una gran fiesta este viernes.

—Qué bueno, por Dios.

—Sí, ¿vas a venir?

—Sí, claro. Claro que voy a venir.

«Estáis todos enfermos. Esto no es la realidad».

—Las chicas decían que podríamos seguir con la fiesta después, ¿te apuntas?

—Claro que me apunto, qué bueno. ¿Llevo algo?

—Habla con Birgitte, ella es la que lo organiza.



—Genial, lo haré.

—¡Me alegro!

—Yo también.

—Que tengas un buen turno, Malin.

—Gracias, buen viaje a casa. Dale recuerdos a tu marido.

—De tu parte. Gracias, lo haré.

La mujer de un ojo marrón y otro azul se sirvió una taza de café y se sentó para fingir que leía el periódico.

Mia Krüger estaba sentada con las gafas de sol puestas en la última planta del hotel, donde se servía el bufé del desayuno. Tenía un dolor de cabeza extremadamente intenso y no recordaba bien cómo había acabado la noche anterior. Había dejado que Susanne se apoyara en ella mientras volvían a casa, aunque al parecer habían entrado en todos los bares que pillaron de camino. ¿Dónde habían estado? Mia se bebió el vaso de zumo de naranja y se obligó a comer un par de lonchas de beicon. Tenía una resaca de adolescente y se sentía un poco arrepentida. ¿Había llamado a Holger mientras estaba borracha? Algo en su interior le decía que sí, que le había llamado para contarle lo que había descubierto porque no podía esperar. En fin, daba lo mismo. Susanne salió del servicio y prácticamente se arrastró para llegar a la mesa. Tenía aún peor aspecto que Mia; al parecer, estaba sobria otra vez.

—Tenemos que dejar de hacer esto —dijo Susanne suspirando, como si hubiera leído los pensamientos de Mia.

Se hundió en la silla con las manos en la cabeza.

—Está claro —asintió Mia—. Las malas compañías.

—¿Soy una mala compañía? —preguntó Susanne.

—No, no, no quería decir eso. Las dos nos rodeamos de malas compañías, no es nuestra culpa —explicó Mia con una sonrisa en los labios.

—Actores. Jodidos payasos egocéntricos. ¿A quién le importan? Una pandilla de incestuosos que se acuestan entre sí y cotillean constantemente sobre otras pandillas, porque creen que a la gente le interesa saber quién ha obtenido tal papel o qué piensa uno sobre lo que piensa ella de lo que piensa aquel otro sobre el hecho de que el director se haya acostado con esta en lugar de con la otra.

—Sí, échalo fuera —la animó Mia con una leve sonrisa bajo las gafas de sol.

—Sí, es la leche. Si no mírame a mí, que parece que todavía estoy en primaria.

Mia había estado tan cerca de dar con algo la noche anterior, había estado a punto de sacarlo... En realidad, lo único que le apetecía era encerrarse en la habitación y volver a sumergirse en el caso.

Allí era donde mejor estaba. Concentrada en el caso. Ese era su lugar. Era un buen sitio.

—Joder, tenemos vestuario y maquillaje a las doce, se me había olvidado por completo —dijo Susanne.

—¿Vestuario y maquillaje?

—El primer ensayo con vestuario, el atrezzo y todo eso.

Mia asintió con la cabeza y miró el reloj.

—Llegarás a tiempo, no son más que las once y media.

—¿Por qué habías escrito la primera frase de Hamlet en tus papeles ayer?

—Una cosa del trabajo —respondió Mia—. No puedo explicártelo.

—Ya, lo comprendo —asintió Susanne—. Es solo que me parecía un poco raro.

—Puede ser —dijo Mia.

—¿Tiene que ver con las niñas desaparecidas?

—No puedo decirte nada, Susanne.

—Les conté a algunos compañeros del teatro que te conocía, ¿he metido la pata? —confesó Susanne.

—No, qué más da. ¿Por qué lo dices?

—Tenemos una chica en la obra, Pernille Lyng. Hace de Ofelia. Es la tía de una de las desaparecidas. Está totalmente destrozada.

—Vaya —dijo Mia.

—Sí, Andrea, ¿sabes quién te digo?

—No puedo hablar de eso, Susanne.

—Ya, claro. Pero me parecía tan extraño...

—¿A qué te refieres?

—A que desapareciera justo antes del estreno y que tú tuvieras la primera frase en tus papeles. Pensaba que podría estar relacionado de algún modo.

Mia sonrió levemente y puso una mano sobre la de su amiga.

—Dejemos el tema, que ya tenéis suficiente drama allí, ¿verdad? Esto solo es una casualidad, una cosa no tiene nada que ver con la otra, ¿vale?

—Vale —aceptó Susanne—. La puñetera bebida no me provoca más que angustia.

—Tienes toda la razón —coincidió Mia sonriendo—. No volveré a beber nunca más.

—Es lo mismo que siempre digo yo el día después —afirmó Susanne con una leve sonrisa—. Sin embargo, en cuanto me recupero parece que se me olvida. ¿No es extraño?

—Sí, muy extraño —contestó Mia sonriente.

—Nada, que tengo que marcharme —dijo Susanne y se levantó—. Tengo que ir a casa a cambiarme antes del ensayo. Me miran demasiado raro si llevo la misma ropa dos días seguidos. Enseguida todo el mundo comienza a buscar a su alrededor si hay más gente que no ha pasado la noche en casa, ¿sabes?

—Comprendo —dijo Mia.

Se levantó y le dio un abrazo a Susanne.

—Gracias por ayudarme —concluyó Susanne—. ¿Nos volveremos a ver pronto?

—Por mí, encantada —comentó Mia—. Pero no para tomar cerveza. Mejor té u otra cosa.

—Vale —coincidió Susanne con una sonrisa.

Su amiga rubia cogió el bolso y se despidió con la mano mientras salía del restaurante, haciendo todo lo posible por aparentar que estaba sobria.

Holger Munch estaba sentado en el pasillo delante de la puerta del despacho de Mikkelson en Grønland. Se sentía ligeramente irritado. Se arrepentía de haber accedido a vigilar los teléfonos. Ahora, de repente, todo el mundo quería quedar en privado para hablar cara a cara. No tenía tiempo para eso. Las niñas estaban vivas, pero en breve morirían. Eso era así. Si se trataba de la misma persona. Y era la misma persona. El modus operandi variaba un poco, había diferencias en el método, pero era la misma persona la autora del crimen. Una mujer que no había dejado ni el más mínimo rastro. Miles de llamadas de teléfono, pero no habían conducido a nada. Nada de nada. Siempre y cuando la descripción del testigo fuera correcta. La declaración del jubilado parecía creíble. Una mujer. Entre treinta y treinta y cinco años. Alrededor de uno setenta. Llevaba el pelo recogido bajo un sombrero. Nariz recta. Ojos azules. Boca fina. Podría ser cualquiera. ¿Dónde las tenía encerradas? ¿Ya estaban muertas?

Munch sacó un chicle del bolsillo y repiqueteó con los dedos sobre la silla. Había quedado con Mia en pasarse por la residencia para charlar un poco con su madre, solo para quitárselo de encima, pero estaba pensando en cancelar la visita. En realidad no tenía tiempo. Sobre todo si se veía obligado a dedicar la mitad del día a reuniones inútiles como esa. Iría un momento a la residencia, le contaría a su madre cómo se sentía y se largaría. Podía hacer eso. Pero tenía que quitarse esa preocupación de encima antes de que fuera tarde. Antes de que la herencia familiar acabara en manos de un charlatán que prometía la vida eterna en el cielo con tal de que le dieran todo lo que tenían. Miró el reloj de su teléfono y sintió que su enfado crecía.

Andrea y Karoline habían desaparecido. Habían desaparecido después de que él se encargara del caso. Muy pronto, alguien las anestesiaría. Las lavaría. Las vestiría con ropa de muñecas. Y las colgaría de un árbol con una mochila en la espalda. Si él no las encontraba antes. Holger se sentía como si se hubiera perdido en medio de la niebla. No sabía por dónde tirar. Cuál iba a ser el siguiente paso. Lo único que tenían era una mujer que nadie podía identificar. El travesti Roger Bakken. Esa pista se desvanecía. Mia le había llamado en mitad de la noche, borracha, con una ganas imperiosas de contarle algo, había descubierto alguna cosa importante, pero balbuceaba tanto que le había tenido que pedir que se fuera a la cama. Teléfonos pinchados. Desde luego, no era solo para bien. Debía hablar con Gabriel. Tenía que ser posible bloquear aquellas llamadas que fueran estrictamente privadas. Mantenerlas fuera de los informes. Como la que había recibido de Mia por la noche.

—Holger, entra.

Mikkelson parecía preocupado, Munch se lo notaba por las arrugas de la frente.

—¿Cómo vamos? —preguntó cuando Munch se hubo sentado.

—Igual que ayer —contestó Munch—. No hay ninguna pista de la mujer del

retrato robot. Seguimos comprobándolo, pero, desgraciadamente, parece una vía muerta.

—Tenemos un Alfa 1 y seguimos sin pistas sobre las niñas, ¿cómo es posible?

De repente, Munch se sintió como un niño en la escuela que hubiera ido al despacho del director para que le echaran la bronca. No le gustaba nada, pero de momento había poco que pudiera hacer.

—Ya, tampoco lo comprendo yo. Todo parece muy bien planificado, es lo único que puedo decir hasta ahora. Si hubiera actuado de forma improvisada, la habríamos pillado hace tiempo.

—Esto no es suficiente, simplemente no es suficiente —le espetó Mikkelson.

—¿Me has pedido que venga solo para decirme esto? —contestó Munch en tono seco—. Podías haberme echado la bronca por teléfono.

—Ya. Bueno, lo siento.

Mikkelson se quitó las gafas y se frotó los ojos. No era una buena señal. Algo se estaba cociendo.

—Me están presionando desde arriba —continuó y volvió a ponerse las gafas.

—¿Quién? ¿El Departamento de Justicia?

—Da lo mismo.

—Hacemos lo que podemos.

—Sí, ya se lo he explicado, pero no es por eso.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Munch.

Ya estaba empezando a perder la paciencia. Tenía asuntos muchísimo más importantes a los que dedicarse.

—Se trata de Mia —dijo Mikkelson y miró a Munch.

—¿Qué le pasa a Mia?

—Bueno —Mikkelson volvió a quitarse las gafas—, dicen que es un riesgo. Me han pedido que la aparte del caso.

—¿Apartarla del caso? ¿Eres bobo o qué? Si acabamos de traerla. No quería venir, ¿te acuerdas? No quería venir y la convencimos. Porque somos unos puñeteros egoístas. ¿Y ahora la echamos otra vez? De ninguna manera.

—Bueno, bueno, Munch. No quería decir eso.

—¿Y qué querías decir?

—Quería decir... —Mikkelson se puso las gafas otra vez. Las arrugas de su frente parecían más profundas—. Bueno, ¿está..., en fin, totalmente recuperada?

—No tengo tiempo para estas tonterías —zanjó Munch levantándose—. Hay dos niñas secuestradas en algún sitio ahí fuera ¡y el Departamento de Justicia tiene los huevos de sacar este tema! ¿Acaso no tenemos otras prioridades?

—Cuidado con lo que dices, Munch, que estás trabajando.

—Cierra el pico, Mikkelson. ¿Te refieres al cuerpo? ¿Hablas en serio? ¿El cuerpo? ¿La reputación del cuerpo? ¿Esa es nuestra prioridad ahora? ¿Es eso lo que preocupa al departamento? ¿Y qué piensa el departamento de todas las veces que Mia

ha conseguido que el cuerpo parezca el no va más? ¿Qué hay del diplomático ruso que se lo pasaba genial asesinando a putas? ¿Quién se ocupó de dejarnos en buen lugar en aquella ocasión? ¿Fuiste tú, Mikkelson? ¿Estabas tú allí? ¿Y los dos jubilados a los que robaron y asesinaron en su casa de Kolsås? ¿Te ocupaste tú de resolver eso, Mikkelson? ¿Qué pensó el departamento entonces?

Munch se dirigió a la puerta.

—Sé muy bien lo que ha hecho Mia por nosotros —afirmó Mikkelson—. La nación se lo agradece; ¿es eso lo que quieres oír? Gracias, muchas gracias, Noruega le da las gracias. Pero los tiempos cambian, ¿no? Bjørn Dæhlie y Vegard Ulvang. Unos fantásticos esquiadores de fondo. Un montón de medallas de oro. Pero ya no, ¿verdad? No podríamos tenerlos en la línea de salida hoy día. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Por Dios —dijo Munch y lanzó un suspiro—. No, no entiendo para nada lo que quieres decir. ¿Qué cojones tiene que ver esto con unos esquiadores de fondo? ¿Has perdido el norte por completo? Estamos hablando de la muerte, Mikkelson, no de hombres con mallas que tratan de llegar antes a la meta con unas tablitas sujetas a los pies. La muerte, Mikkelson. Dos niñas de seis años. ¿Te enteras?

Munch puso la mano sobre el picaporte. Ahora estaba fuera de sí.

—Vale, vale —dijo Mikkelson—. No hace falta ponerse así. Puede continuar, pero cuando se cierre este caso se irá. ¿Entiendes, Munch? Entonces habrá terminado aquí pase lo que pase. No hay nada que yo pueda hacer al respecto. Además... — Mikkelson abrió un cajón y sacó una tarjeta de visita— tiene que ir a ver a este.

Mikkelson le entregó la tarjeta de visita a Munch.

—¿A un psiquiatra?

Mikkelson asintió con la cabeza.

—Lo exige el departamento.

—Que te jodan, Mikkelson. ¿Por qué no lo dijiste antes de que fuera a sacarla de aquella isla?

Mikkelson hizo un gesto de impotencia.

—Política.

—No me toques los huevos.

Dejó la tarjeta de visita sobre el escritorio de Mikkelson.

—No va a ir a ver a ningún psicólogo.

—A un psiquiatra.

—Calla, anda. Son de la misma calaña. Mia tiene un trabajo que hacer. Ya te he dicho que esto queda bajo mi responsabilidad.

—No depende de ti —dijo Mikkelson.

El jefe de policía encendió su portátil y abrió un fichero de sonido. Munch reconoció las voces al instante. Era la conversación telefónica que había mantenido con Mia la noche anterior:

«—Diga.

»—Holger. Holger, querido Holger.

»—¿Eres tú, Mia? ¿Qué hora es?

»—No es auténtico. Es solo un juego. Roger Bakken tenía un ojo azul y otro marrón. Por aquí, Susanne. Sí, échate aquí. Yo te ayudaré a quitarte la ropa. ¿Me oyes, Holger?».

Mia balbuciendo. Munch suspiró y Mikkelson apagó la grabación.

—¿Quieres oír más? —preguntó Mikkelson.

—Estaba borracha, ¿vale?

—¿Y si los medios consiguieran poner las manos encima de esto?

Mikkelson se recostó en la silla.

—Vale —dijo Munch—. Irá a ver a ese psiquiatra, de acuerdo. ¿Eso es todo?

—Eso es todo —dijo Mikkelson.

Munch cogió la tarjeta de visita del escritorio y salió del despacho sin decir nada más.

Mia estaba en la acera delante del hotel, arrepentida por haber accedido a acompañar a Munch a la Residencia de Høvikveien. Tras el desayuno con Susanne se había vuelto a la cama directamente. Con cargo de conciencia, claro está, pero se encontraba agotada y la automedicación de Hitra había hecho mella. Además no dejó de trabajar, no paraba de darle vueltas a la cabeza, daba igual que estuviera bajo las sábanas, sentada en un coche o en la oficina, siempre estaba trabajando. Su cabeza nunca la dejaba en paz. Por un momento soñó que estaba de vuelta en la isla. Los amaneceres y el mar. Necesitaba dormir más. Se había acostado demasiado tarde. Holger debería ser capaz de hablar con su propia madre, ¿no? Encontró una pastilla en el bolsillo y por un momento pensó en la posibilidad de llamarlo e inventarse alguna excusa, pero ya era tarde. Juró entre dientes y entró en el Audi que había parado junto a la acera.

Holger Munch no parecía muy contento, pero Mia no tenía fuerzas para preguntar.

—Tendrás que conseguir otro teléfono —dijo Munch.

—¿Por qué? —preguntó Mia y encontró otra pastilla en el bolsillo.

—Me has llamado esta noche.

—Joder, ya sabía yo.

—¿Una buena borrachera?

—Una vieja amiga de Åsgårdstrand.

—Comprendo —dijo Munch—. Sabes que nos graban las conversaciones telefónicas, ¿no?

Mia no contestó. Trató de recordar lo que había dicho, pero no fue capaz. Daba lo mismo.

—Entonces, ¿qué encontraste? —preguntó Munch.

—Roger Bakken tenía una amiga. Una con la que andaba cuando se convertía en Randi.

—¿Alguien que conozcamos?

Mia negó con la cabeza.

—No, pero tiene los ojos de diferente color.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Munch, curioso—. ¿Eso es posible?

—Sí, uno azul y otro marrón. Parece que es una característica hereditaria.

—¿Crees que eso nos llevará a algo?

—Tenemos que probarlo todo, ¿no te parece?

—Sí, claro que sí.

Munch bajó la ventanilla y encendió un cigarrillo. Mia no soportaba el olor a tabaco en el coche, y menos con esta resaca, pero no dijo nada. Munch parecía cansado. Ausente.



—¿Algo más?

—Sí —contestó Mia—. Gabriel consiguió sacar un número del móvil de Bakken.

—Sí, me he enterado —dijo Munch—. Veronica Bache. Fallecida en 2010.

—¿Habéis encontrado algo más sobre ella?

—No mucho, de momento. La última dirección conocida era de Vika, donde vivía junto con su nieto, un tal Benjamin Bache, actor. ¿Sabes quién es?

—No.

—Trabaja en el Teatro Nacional. Suele salir en la prensa de cotilleo. Ya sabes, un famoso.

Mia trató de pensar. Hoy estaba espesa. Sirope en el cerebro. Una vez más, decidió no volver a beber. No hasta que no acabase este caso. Si es que acababa alguna vez. Ahora se daba cuenta de que estaba cansada. Por un momento se sintió enfadada por haberse dejado distraer por Susanne. En lugar de eso, debería haberse metido más a fondo en la materia. Iba bien encaminada. Había algo ahí, algo que no terminaba de ver claro.

—Alguien ha estado usando su teléfono durante los últimos dos años. Ha pagado todas las facturas para que no cortaran la línea. Eso es lo que ha tenido que pasar, ¿verdad? —dijo Mia.

—Sí, es la única manera —convino Munch.

—¿Qué piensas entonces? ¿El nieto, que tenía acceso a las facturas? ¿El actor ese?

—Muy posiblemente. He intentado quedar con él hoy, pero tenía un ensayo especial. Tenemos que hablar con él en cuanto se pueda.

—¿Qué tal tu capacidad pulmonar? —preguntó Mia y bajó la ventanilla.

—No vayas por ahí —contestó Munch a la defensiva—. No bebo y tampoco...

—Tampoco tomas café, así que deberías tener un puto permiso para fumar un cigarrillo, lo sé —añadió Mia riendo.

—¿Y tú por qué estás de tan buen humor?

—Por nada —dijo Mia—. Creo que tengo algo. Quizá.

—¿Qué?

Munch salió de la calle Drammensveien y entró en la calle Høvikveien.

—Todo ese asunto de los símbolos, ya sabes —continuó Mia.

—Sí.

—¿No te parece que tiene lagunas?

—Puede ser —dijo Munch—. Ese es tu terreno.

—No, en serio, Holger, lo digo en serio.

—Ya me doy cuenta, pero no puedo seguir todas las vueltas de tu cabeza. Me mareo.

Murmuró lo último mientras aparcaba el coche delante de la Residencia de Høvikveien.

—Vamos allá —suspiró y apagó el motor.

Si no fuera porque no era cristiano, Mia estaba segura de que se habría santiguado. Evidentemente, Holger Munch no tenía muchas ganas de mantener esa conversación.

—Todo irá bien —aseguró Mia—. Relájate.

—Necesito un último pitillo —dijo Munch y salió del coche.

Mia lo siguió y se quitó las gafas de sol. Se sentía un poco mejor. Y la zona de Høvik era bonita. Al final se alegraba de haberlo acompañado.

—Inténtalo conmigo entonces —dijo Munch y encendió un cigarrillo.

—¿Ahora?

—Sí, ¿por qué no? Déjame ver el interior de tu cabeza.

—Vale —dijo Mia y se sentó sobre el capó—. ¿Cuál fue el primer mensaje que nos dejó el asesino?

—¿No estamos buscando a una mujer?

—Eso da igual ahora, ¿cuál fue su primer mensaje?

Munch se encogió de hombros.

—¿Los vestidos?

—No.

—¿Las mochilas?

—No.

—¿M 10:14, «Dejad que los niños se acerquen a mí»?

—No.

—Pues dime entonces.

Munch suspiró y dio otra calada al cigarrillo.

—Rikke J. W. —aclaró Mia.

—¿Y por qué es el primero?

—Porque no encaja, a diferencia de todo lo demás, ¿verdad? Forma parte de un perfil global, pero no hay que buscar por ahí. Tenemos que mirar en otro lado.

—¿Y bien? —preguntó Munch con evidente interés.

—¿Lo primero que no encaja, entonces?

—¿El nombre en el libro?

—Efectivamente. Una señal clara, ¿verdad?

—¿Señal de qué?

—De consciencia, Holger. Por Dios, venga ya.

—¿Consciencia?

—Ahora sí que me rindo —dijo Mia y lanzó un suspiro.

Holger dio otra profunda calada al cigarrillo y exhaló el humo hacia el sol primaveral.

—Vale, consciencia —admitió Munch—. Todas las demás señales son artificiales. El lavado. Los vestidos. Las cosas de la escuela. ¿Una persona consciente ha escrito el nombre de Rikke J. W.? ¿Lo ha hecho por una razón concreta? ¿Lo ha escrito alguien que era consciente de lo que estaba haciendo?

—Bien, Holger. —Mia aplaudió con ironía.

—Bueno, tampoco estoy totalmente fuera de onda.

—¿Y qué quiere decir Rikke J. W.?

—Hønefoss.

—En efecto. ¿Y cuál fue la segunda señal?

—¿La sangre de cerdo?

—No, esa fue la tercera.

—¿Cuál fue la segunda, entonces?

—¿Te acuerdas de los tres mensajes de texto de Roger Bakken?

—¿Sí?

—¿Cuál de ellos no encajaba?

—¿Acaso encajaba alguno?

—Sí, por Dios. Venga ya, Holger. «Ícaro voló demasiado cerca del sol», alas de águila. *Bye, bye, birdie*, un musical para gays. Bakken era homosexual y tenía tatuado un águila. Todo encaja, salvo lo de «¿Quién anda ahí?». Eso va por libre, no tiene que ver con el resto.

—¿Esa fue la segunda señal? «¿Quién anda ahí?».

Mia asintió con la cabeza.

—¿Y qué significa eso?

—No estoy segura, pero ayer me enteré de que es la primera frase de *Hamlet*.

Munch encendió otro cigarrillo y miró nervioso la puerta de entrada. Mia tuvo que sonreír un poco. Un hombre mayor, jefe de la Unidad de Operaciones Especiales, y aun así le costaba enfrentarse a su propia madre.

—¿Y *Hamlet* se estrena en el Teatro Nacional próximamente? ¿El teléfono de Veronica Bache? ¿El nieto? ¿Es ahí dónde tenemos que buscar?

—No estoy segura —dijo Mia y reflexionó un poco—. Me he enterado de lo que hay que buscar, pero no del porqué. Hasta ahí he llegado.

—¿Y la sangre de cerdo era la tercera señal?

Mia asintió con la cabeza.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Ya te he dicho que todavía no he llegado hasta ahí —insistió Mia mientras encontraba una pastilla en el bolsillo—. Si nos aburrimos, siempre podemos dar una vuelta por el campo de golf de Ballerud.

Mia señaló un cartel al otro lado de la calle.

—¿Qué quieres decir? —dijo Munch.

—Divertido nombre, ¿no te parece? El campo de golf de Ballerud<sup>[6]</sup>.

Munch negó con la cabeza. No sabía por qué Mia estaba de tan buen humor, no entendía el chiste y tampoco le parecía que fuera un momento oportuno para bromear, teniendo en cuenta lo que le esperaba. Apagó el cigarrillo que acababa de encender, subió la escalera por delante de Mia y entró en la residencia.

La Residencia de Høvikveien era para gente con dinero, no cabía duda. «Un lugar típico de la zona oeste de la ciudad», pensó Mia cuando entraron en la recepción diáfana y luminosa. A primera vista, el lugar parecía immaculado. Superficies limpias, muebles nuevos, plafones modernos, ilustraciones originales en las paredes. Mia reconocía a varios de los artistas. Su madre, Eva, era muy aficionada al arte y se llevaba a las chicas a todas las exposiciones que había cuando se presentaba la ocasión. Se veían fotografías de diferentes actividades en las paredes. Una vitrina estaba llena de trofeos. Excursiones por el interior del país y al extranjero. Torneos de bridge y de bolos. Aunque aquel lugar pudiera considerarse un último refugio, no había nada que lo indicara. En la Residencia de Høvikveien la vida no terminaba antes de que te dieras un baño en el mar Muerto o recibieras un premio por haber cultivado la mejor calabaza.

—Deséame suerte —dijo Holger suspirando y desapareció por uno de los pasillos.

Una habitación privada, suponía Mia. Con su propio baño, televisión, radio y atención personal las veinticuatro horas. Ahí nadie tenía que pasar varios días con los mismos pañales sin comida ni agua. Se sentó en una de las butacas y cogió una revista. *60 Plus. La revista para tus mejores años*. «El deporte moderado previene la demencia. Toppen Bech te ofrece pintalabios a juego con tu coche». Mia pensó en lo que su propia abuela habría dicho sobre ese lugar y sobre ese tipo de revistas, y sonrió levemente para sí. Dejó la revista y estaba a punto de coger otra cuando vio uno de los diplomas de la pared. «Torneo de Navidad de Canasta de la Residencia de Høvikveien 2009. Ganadora: Veronica Bache». Mia se levantó rápidamente y lo observó de cerca. En efecto, ponía «Veronica Bache». Tenía que ser la misma persona. Se acercó al mostrador de cristal en un extremo de la sala e hizo sonar una campanilla. Después de unos segundos, una de las enfermeras salió de una de las habitaciones de atrás.

—Buenos días, ¿puedo ayudarte?

La enfermera encajaba con el resto de la residencia. Simpática, guapa y con las mejillas sonrosadas. «Tal vez solo contratan a gente que encaje con la decoración», pensó Mia. Aquí en Høvik no había viejos con la espalda encorvada que encadenaban un cigarrillo con el siguiente. La chica tendría su edad, más o menos. Era alta y elegante, con unos ojos de color azul intenso y el pelo negro recogido en una coleta tersa y apretada.

—Soy Mia Krüger —se presentó Mia.

Pensó en la posibilidad de sacar su placa, pero al final no lo hizo.

—Soy Malin. ¿A quién vienes a visitar? —preguntó la chica simpática.

—He venido con un amigo, Holger Munch. Viene a ver a su madre.

—A Hildur —dijo sonriendo la chica de los ojos azules—. Es una mujer con mucha personalidad.

—Desde luego —convino Mia—. Es que me ha llamado la atención que la amiga de Hildur, Veronica, haya ganado un torneo de canasta. Lo he visto en uno de los diplomas.

—Es cierto —confirmó la chica con una sonrisa—. Organizamos un torneo todas las Navidades y creo que Veronica ganó los últimos tres antes de fallecer.

—Nunca he jugado a la canasta —explicó Mia.

—Yo tampoco —dijo la chica simpática con un guiño—. Pero a la gente mayor le gusta.

—Eso es lo más importante —comentó Mia—. Oye, se me ha ocurrido algo, y perdóname por preguntar, porque seguro que no puedes contestar a estas cosas, pero ¿Bache? ¿No sería familia de ese..., ya sabes, ese actor tan majo?

—¿Benjamin Bache?

—Sí, ese.

La chica de los ojos azules la observó durante un momento.

—Hum, en realidad no puedo contarte nada de eso —dijo con una sonrisa.

—Comprendo. —Mia asintió con la cabeza—. ¿Venía a visitarla a menudo? ¿Lo viste? ¿Es tan majo en la vida real?

La chica de la coleta sonrió.

—No venía muy a menudo, solo un par de veces al año. Que quede entre nosotras, pero está mejor en la tele. —Se rio un poco.

—Comprendo —dijo Mia guiñándole un ojo.

—¿Te apetece una taza de café mientras esperas? Estoy a punto de empezar la ronda del almuerzo, así que puedo prepararte una taza si quieres.

—No, no te preocupes. Gracias —dijo Mia y volvió a su silla.

La chica de los ojos azules volvió a sonreír y desapareció en la habitación trasera. Había un televisor en un rincón. Mia buscó el mando a distancia y lo encontró junto a la pantalla.

Habían convocado una nueva rueda de prensa hoy a las doce del mediodía. Mia Krüger se alegraba mucho de no tener que ocuparse de esa parte. Los medios de comunicación. Su relación con los periodistas era tensa, nunca se sentía relajada cerca de ellos. Tenía que llevar dos caras diferentes. Nunca podía decir lo que pensaba en realidad, sino lo que convenía. No era lo suyo. Le gustaba expresarse con sinceridad. Suponía que por eso era por lo que tampoco le iba el rollo del teatro. A algunos les encantaban los focos, otros preferían evitarlos. Subió el volumen un poco y cambió a la NRK. «El asesino de niñas». Las letras no eran tan llamativas aquí, pero las mismas palabras aparecían en la pantalla. Mia Krüger negó con la cabeza y subió el volumen un poco más. Dos presentadores en el estudio y un reportero en las escaleras de Grønland. Parecía que la rueda de prensa iba a retrasarse. Mia volvió a apagar el televisor, salió a las escaleras y marcó el número de Gabriel.

—¿Sí?

—¿Por qué se retrasa? ¿Ha pasado algo?

—No, empezamos enseguida.

—Vale. ¿Hoy se encarga Anette?

—Sí, creo que sí, ella y la otra abogada de la policía. La del pelo corto.

—Hilde.

—Puede ser.

—¿Has encontrado algo más sobre Veronica Bache?

—¿Debería?

—No, pero tengo algo aquí —continuó Mia—. ¿Podrías mirarme una cosa?

Gabriel suspiró levemente.

—Claro.

—¿Qué te pasa?

—No, no, solo que... hay tantas cosas... Y, bueno, que...

—Sí, ¿qué?

—Nada especial. Mi novia está embarazada.

—Vaya, enhorabuena.

—Sí, gracias. En fin..., ¿qué quieres que te mire?

—No estoy muy segura, solo es una sensación que tengo. Me gustaría tener acceso a la cosa esa de la Residencia de Høvikveien, cómo se llama...

—¿La lista de espera? ¿Necesitas una plaza?

—Madre mía, sí que has espabilado pronto. ¿Tanta confianza tenemos? —contestó riendo Mia.

—Perdona —se disculpó Gabriel—. Hoy estoy un poco irritable.

—Si tu novia está embarazada, no lo pagues conmigo —le cortó Mia—. Tú mismo te lo has buscado.

—Sí, supongo que sí. Por cierto, ¿es normal eso de necesitar ciertas cosas en mitad de la noche?

—¿Qué cosas?

—Sundae, por ejemplo.

—Bueno, he oído rumores de que las embarazadas tienen ciertos caprichos extraños —dijo Mia.

—¿Sabes lo difícil que resulta encontrar un sundae en mitad de la noche?

Mia se rio.

—Ja, ja, ja —dijo Gabriel sarcástico.

Evidentemente, el chaval estaba de mal humor.

—Ya sabes, empleados y esas cosas. Huéspedes y demás.

—¿Huéspedes?

—Bueno, como se llame a quienes están en una residencia. ¿Residentes? ¿Internos?

—Ya te entiendo. Empleados y usuarios creo que son las palabras que utilizamos.

—Vale, ¿me lo puedes conseguir?

—¿Es legal o no?

—No.

—Doy por hecho que me cubres la espalda si me echan la bronca.

—Has estado de cursillo con el Coletillas, por lo que dices.

—Sí, así es —contestó Gabriel con un suspiro.

—Yo me responsabilizo de esto, por supuesto —aseguró Mia—. La Residencia de Høvikveien. ¿Necesitas la dirección o algo?

—No, ya la he encontrado. ¿Estoy buscando algo en especial?

—No lo sé. Como te he dicho antes, es solo una sensación. La madre de Munch y Veronica Bache en la misma residencia; quiero decir, que merece la pena mirarlo.

—¿La madre de Munch?

—¿Lo he dicho en alto?

—Mierda, ¿ahora tengo que mentir a Munch también? —exclamó Gabriel—. Porque supongo que no debe saber nada de todo esto, ¿verdad?

—Un chico listo —dijo Mia—. Bueno, tengo que marcharme. ¿Cuándo tenemos la próxima sesión informativa?

—A las tres.

—Vale, hablamos.

Mia colgó en el momento en que Munch salía a las escaleras. Estuvo a punto de acercarse a él, pero se paró al ver que no estaba solo. A su lado había una enfermera con el mismo uniforme blanco que la chica de los ojos azules. Era guapa y delgada, con un pelo largo y ondulado de tonos rubios y rojizos. La enfermera se rio en alto y puso la mano sobre Munch, quien, a su vez, parecía un adolescente con las mejillas encendidas y las manos en los bolsillos. Mia se tomó otra pastilla y se apartó un poco. Munch y la enfermera pelirroja intercambiaron unas palabras, luego le volvió a tocar con la mano y desapareció por la puerta con una sonrisa en los labios.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Mia cuando Munch llegó al coche.

—Mejor no preguntes —dijo Munch y encendió un cigarrillo.

—¿Quién era esa?

—¿Quién? —preguntó Munch.

—¿Quién crees tú?

Munch entró en el coche sin apagar el cigarrillo.

—Ah, ella. Es, bueno, creo que se llama Karen. Trabaja con mi madre. Solo tengo que...

Munch arrancó el coche y entró en la calle Høvikveien.

—¿Sí? ¿Qué es lo que tienes que hacer?

—¿Tenemos alguna novedad? —preguntó Munch cambiando de tema.

—Tenemos una rueda de prensa ahora mismo.

Munch encendió la radio. Mia oyó la voz de Anette. «No hay novedades, seguimos buscando. Agradeceríamos cualquier información». No tenían nada que

contar. Aun así, el mundo exigía ruedas de prensa. Mia miró de reojo a Munch, que estaba ensimismado. Se preguntaba si debería contarle que Veronica Bache había estado en la misma residencia que su madre, pero decidió no decir nada de momento. Gabriel ya estaba indagando en el tema y parecía que Munch tenía suficientes cosas en que pensar.

—Tienes que ir al psicólogo —dijo Munch de repente, cuando estaban otra vez en la calle Drammensveien.

—¿Qué quieres decir?

Munch sacó una tarjeta de visita del bolsillo de la cazadora y se la dio.

—Tienes que ir al psicólogo.

—¿Quién lo dice?

—Lo dice Mikkelson.

—No me jodas.

—No me mires a mí. Escucharon tu llamada de anoche. Piensan que no estás en plenas facultades.

—Que se vayan olvidando —replicó Mia.

—Eso es lo que le he dicho yo también.

—Entonces estamos de acuerdo.

Mia abrió la guantera y tiró la tarjeta de visita dentro sin mirarla.

—Espabilados.

—¿Qué te esperabas?

—Un poco de jodido respeto.

—Buena suerte con eso —replicó Munch y soltó un suspiro—. Qué, ¿tomamos una hamburguesa antes de ir a la oficina?

—Por mí perfecto —dijo Mia.

Munch encontró una salida y entró en una gasolinera justo cuando empezaba a llover.



Llovía a cántaros al otro lado de la ventana de los locales del *Aftenposten*, el antiguo edificio de Correos. Se habían reunido en el despacho de Grung para seguir la rueda de prensa, que en realidad había sido convocada a las doce, pero se había retrasado diez minutos. Estaban presentes Mikkel Wold, Silje Olsen y Erik Rønning, así como el mismo redactor jefe, Grung. Aunque en realidad no quería pensarlo mucho, Mikkel Wold era consciente de que le habían dejado el mejor sitio, en la silla tapizada de cuero al lado de Grung. Algo había pasado desde las llamadas de Skullerud. Había subido de categoría. De repente Mikkel estaba en el centro de todo. Grung bajó el volumen del televisor y pidió a los demás su opinión.

Habían mantenido en secreto que el asesino se había puesto en contacto con ellos. No lo habían sacado en el periódico. Todavía. Eso era lo que estaban discutiendo. ¿Debían usarlo? Y si lo hacían, ¿cómo?

—Yo digo que esperemos —apuntó Silje, mordiendo una manzana.

—¿Por? —preguntó Grung.

—Porque no sabemos si él o ella va a desaparecer si lo hacemos público.

—Yo pienso que deberíamos sacarlo, qué cojones —dijo Erik.

El periodista de veintiséis años tenía un notable talento y había sido el ojo derecho de Grung desde el momento de su contratación. Normalmente era él quien se sentaba en la silla en la que ahora se encontraba Mikkel. Si el joven sentía envidia y estaba resentido, lo ocultaba bien. Estaba tranquilamente sentado con las piernas separadas, apretando ligeramente una pelota de goma antiestrés con la mano.

—¿Quién sabe si no va a llamar al VG mañana? ¿O al *Dagbladet* esta noche? —continuó—. Tenemos la posibilidad de conseguir una primicia, pero para eso debemos actuar ya.

Mikkel Wold sonrió levemente. Erik había empezado a usar la palabra «primicia» con frecuencia desde que el año anterior ganara el premio a la mejor primicia por una serie de artículos sobre los vagabundos de Oslo.

—¿Por qué, entonces, no ha llamado a los otros? —rebatía Silje.

Silje y Erik eran como la noche y el día. Ella tenía veintipocos años, era ruidosa, con un piercing en el labio y una tendencia al liberalismo de izquierdas muy marcada, al menos para la línea del *Aftenposten*. Él era tranquilo, equilibrado, a menudo vestía traje y llevaba el pelo peinado con agua. Era el sueño de cualquier suegra, con una sonrisa simpática y unos ojos brillantes. Cuando había discusiones en la oficina, los dos solían estar en bandos opuestos.

Mikkel Wold era más un periodista chapado a la antigua. Cuaderno y boli y conocimiento de causa. Antaño nunca había escrito sobre algo o alguien que no conociera bien. Hoy en día, a menudo tenía que basarse en comunicados de prensa y un par de llamadas rápidas, o ni siquiera las llamadas. En cuanto a su forma de vestir,

no se parecía ni a Silje ni a Erik. Era más bien neutral. ¿Era un poco aburrido? Se le había ocurrido eso un par de veces. Quizá debería ponerse las pilas y comprarse algo de ropa que, en fin, *resaltara su personalidad*. Eso era lo que ponía en las revistas que su hermana solía dejar en casa. Nunca se había animado. La ropa que tenía en el armario era la misma desde hacía casi diez años. No sabía muy bien cómo expresarlo, pero había algo en un aspecto llamativo y vanidoso, fuera del estilo que fuese, que no terminaba de encajar con la seriedad de la profesión. Lo mismo daba. El asesino le había llamado a él. No a los otros.

—Cierto —dijo Erik—. Entonces, tendremos que arriesgarnos.

—Vamos, Erik, ese tipo de argumentación pasiva pero agresiva está reservado para nosotras, las mujeres, ¿no?

—¿Ahora he sido pasivo pero agresivo?

—Venga ya, por Dios —contestó Silje riendo.

—¿A ti qué te parece, Mikkel? —preguntó Grung volviéndose hacia él.

Los otros dos también se callaron. Por una vez. Ahora todo el mundo quería conocer su opinión. No le gustaba, pero, hasta cierto punto, la persona misteriosa que le había llamado le había hecho un favor.

—No estoy del todo seguro —dijo Mikkel aclarándose la garganta—. Por un lado, pienso que podríamos publicarlo, desde luego que sí.

—Una exclusiva —le interrumpió Erik, rodando la pelota antiestrés sobre la mesa delante de sí—. Solo nosotros. Nadie más. Yo digo que lo hagamos.

—Pero, por otro lado —continuó Mikkel—, sería una estupidez sacar un par de portadas y perder el contacto. Después de todo, posiblemente podemos ayudar.

El silencio volvió a cernirse sobre la mesa.

—¿Ayudar? —preguntó Silje—. ¿Contárselo a la pasma quieres decir?

—A la policía —la rectificó Grung con un suspiro—. No estás trabajando en el *Klassekampen*. Esto es el *Aftenposten*.

—¿Entonces no se puede decir «pasma»?

Silje puso los ojos en blanco y pegó otro mordisco a la manzana.

—De todas formas —dijo Grung—, es algo que debemos considerar sí o sí.

—¿El qué? —preguntó Erik.

—Informar a la policía de lo que tenemos.

—¿Y de qué serviría? —replicó Erik—. En primer lugar, no tenemos nada. Nada seguro. Nada que ellos puedan usar. Pero nosotros sí que lo podemos usar, ¿no estáis de acuerdo?

—Es raro que diga esto, pero por una vez estoy de acuerdo con Erik. Y no me refiero a eso de no ir a la pasma —explicó Silje.

—La policía —dijo Grung.

—El caso es que no tenemos nada que puedan usar. Todavía no.

—Así es —asintió Erik.

—Pero eso tampoco quiere decir que debemos sacarlo. Si lo publicamos ahora,

¿quién sabe lo que nos podemos perder? Además sería hacerlo tres días después.  
¿Noticias viejas?

—No serían noticias viejas —la interrumpió Erik—. Es una noticia fresca de cojones.

—Callaos, que ya empieza —advirtió Grung y subió el volumen del televisor.

Hoy era Anette Goli la que daba la rueda de prensa, junto con la abogada de la policía Hilde Simonsen.

—Goli y Simonsen —dijo Erik suspirando y volvió a apretar la pelota de goma—. ¿Cuándo van a enviar a Munch o a Krüger? Tengo ganas de hacer algo más sobre Krüger.

—Ja —soltó Silje burlonamente—. Todos sabemos lo que quieres hacer con Krüger. ¿Un artículo? No lo creo.

—Chist —terció Grung y subió el volumen un poco más.

Anette Goli acababa de saludar a los asistentes para abrir la rueda de prensa cuando sonó el teléfono de Mikkel Wold. Hubo un profundo silencio en el despacho.

«Número desconocido».

—¡Deja que suene dos veces!

—¡Cógelo! —dijeron Erik y Silje a la vez.

Grung bajó el volumen del televisor y susurró a Mikkel Wold que activara el altavoz del teléfono. Mikkel enderezó la espalda en la silla, se aclaró la garganta y contestó:

—Mikkel Wold, del *Aftenposten*.

Se oyó un crepitar en el altavoz. No se oía ninguna voz al otro lado.

—Wold, del *Aftenposten* —repitió Mikkel, un poco más nervioso esta vez.

Todavía nada. Solo el crepitar de la línea.

—¿Hay alguien? —preguntó Erik con un tono impaciente.

Grung y Silje pusieron los ojos en blanco.

—Cállate la boca —susurró Grung por encima de la mesa.

Pasaron unos segundos. Luego llegó la difusa voz metálica:

—Así que no estamos solos.

Ahora Erik estaba callado, incluso había dejado de apretar la pelota de goma. Tenía los ojos desorbitados y la boca abierta. Hasta cierto punto, habían pensado que todo esto no era más que una broma. Estaba llamando el asesino, nada menos. Era el sueño de todo periodista, ni más ni menos, y ahora el honor le correspondía a Wold. Ya no había dudas. Esto era auténtico. Silje soltó el trozo de manzana y lo puso sobre la mesa sin hacer ruido.

—No —explicó Wold—. Tengo el altavoz activado.

—Vaya, qué honor —comentó la voz metálica con desdén—. El *Aftenposten* escucha a sus lectores, qué bien. Entonces hay más gente que puede asumir la responsabilidad.

—¿De qué? —jadeó Mikkel Wold.

—Ya llegaremos a eso —prosiguió la voz—. Por cierto, pensaba que ibas a estar en la rueda de prensa. ¿No tenías que hacer una pregunta?

—¿Por qué había sangre de cerdo en el suelo? —preguntó Wold nervioso.

—Eres un chico listo, te has acordado —dijo la voz.

—Conozco mi trabajo. Solo hago preguntas que se me han ocurrido a mí y de las que puedo responsabilizarme —aclaró Wold.

Miró a Grung, que negaba enérgicamente con la cabeza indicando que había dado la respuesta equivocada. Tenían que llevarle la corriente, no adoptar posturas contrarias; lo habían acordado de antemano. Silencio al otro lado.

—Integridad periodística —sentenció la voz riendo después de una larga pausa.

—Sí —contestó Mikkel.

—Eres un amor —dijo burlona la voz—. Todo el mundo sabe que no existe la integridad periodística. Es algo que solo os creéis los periodistas. ¿Os habéis enterado de que los periodistas acabaron en último lugar en una encuesta de credibilidad el año pasado? Sobre la fiabilidad de los profesionales. Os ganaron los abogados, los publicistas y los vendedores de coches. ¿Os perdisteis ese detalle?

La voz metálica se rio de nuevo, esta vez casi con sinceridad. Erik Rønning negó con la cabeza e hizo un corte de manga hacia el teléfono. Grung le echó una mirada de desaprobación.

—Pero esa no es la razón por la que estamos aquí —dijo la voz con un tono frío.

—¿Y por qué estamos aquí entonces? —preguntó Mikkel Wold.

—Por Dios, sí que estás espabilado hoy. ¿Se te ha ocurrido esa pregunta a ti solito?

—No te hagas el gracioso —saltó Erik, que ya no podía contenerse—. ¿Cómo podemos saber que no eres una persona cualquiera que solo quiere jugar?

Grung ya tenía la cara roja como un tomate. No fue capaz de reprimirse y le dio una patada a Erik por debajo de la mesa. Hubo un nuevo silencio que duró un rato, pero la voz no desapareció.

—Es una buena pregunta —contestó la voz en tono seco—. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Con Erik Rønning —dijo Erik.

—Madre mía, el mismísimo Erik Rønning. El ganador del premio a la mejor primicia 2011. Enhorabuena.

—Gracias —dijo Erik.

—¿Cómo te sientes después de escribir sobre los vagabundos cuando vuelves a tu barrio pijo a tomar Chardonnay en el jacuzzi? ¿Te parece que eso es integridad periodística?

Erik estuvo a punto de decir algo, pero se calló.

—Pero tienes razón, Rønning, claro que sí. ¿Cómo puedes saber que soy quien afirmo ser?

Quizá te gustaría participar en un juego.

—¿Qué clase de juego? —preguntó Erik jadeando.

—Lo he llamado «salir en las noticias», ¿os apuntáis?

Ahora todo el mundo estaba callado alrededor de la mesa. Ya nadie se atrevía a decir nada.

—Quizá es mejor que os explique las reglas antes de contestar, ¿verdad? —dijo la voz metálica—. Vosotros sois los que comunicáis las noticias y he pensado que os debe de parecer bastante aburrido. ¿Por qué no ser *la noticia* por una vez? Menudo subidón, ¿no?

—¿De qué va esto? —preguntó Mikkel Wold con voz débil.

—Vosotros vais a decidir —contestó la voz.

—¿Qué vamos a decidir?

—Quién vive y quién muere.

Los cuatro periodistas se miraron.

—¿Qué quieres decir?

Se oyó una leve risa al otro lado.

—¿Qué creéis que quiero decir? Todavía no me he decidido. ¿Andrea o Karoline? Os dejo que lo decidáis. Bastante generoso por mi parte, ¿verdad? Os dejo que participéis.

—N-no lo dirás en serio —intervino Silje.

—Vaya, también hay mujeres en la sala, qué bueno. ¿Quién eres?

—S-S-Silje Olsen —tartamudeó Silje.

Ya era plenamente consciente de la gravedad de la situación.

—¿Y qué piensas de todo esto, Silje Olsen? —preguntó la voz.

—¿Qué pienso de qué?

Se oyó la risita de nuevo.

—¿Se trata de una mujer? ¿Crees eso?

—Sí —contestó Silje cautelosamente.

Otra vez la risa.

—Sois tan ingenuos... Todo esto es muy sencillo. Es demasiado sencillo. La verdad es que me aburro. Me aburro. Esto es aburrido, me esperaba algo más de resistencia. Vamos, Mikkel, ¿tú también te has creído eso?

—Sí —contestó Mikkel tras pensar un momento.

—Venga, por favor, ¿tengo que ser mejor que todos los demás? Una mujer. Un jubilado ve a una mujer. ¿Y si fuera un travesti? ¿A alguien se le había ocurrido? ¿Y una vagabunda? Erik, ¿no era esa tu especialidad? ¿Qué crees que una vagabunda está dispuesta a hacer a cambio de dos mil coronas? ¿Se pondría una sudadera con capucha y aparecería en una calle de Skullerud en medio de la noche, con transporte de ida y vuelta incluido? ¿Crees que lo aceptaría? ¿Tú lo habrías aceptado si fueras vagabundo, Erik?

—O sea, que no eres una mujer. ¿Es eso lo que estás diciendo? —preguntó Erik intimidado.

—Por Dios, sois más tontos de lo que pensaba —concluyó la voz con frialdad—. Me esperaba algo más de vosotros. Pero da igual. Vamos a hacerlo de la siguiente manera: tenéis un minuto para decir un nombre. Andrea o Karoline. La que decidáis muere esta noche. La otra vivirá. Y volverá a su casa en menos de veinticuatro horas. Si no me decís nada, las dos mueren. A mí me da igual. Una muere. La otra vive. Vosotros decidís. ¿Han quedado claras las reglas del juego?

—¡No puedes hacer eso! —exclamó Grung.

—Os vuelvo a llamar dentro de un minuto. Buena suerte.

—N-n-no —tartamudeó Silje.

—Tic-tac —dijo la voz y colgó.

Lukas estaba en el cielo. Al menos tenía esa sensación. Llevaba muchos días esperando que llegase el momento de hacer este tercer viaje a la casa del bosque. Lux Domus («la Casa de la Luz») o, como al pastor Simon le gustaba llamarla, Porta Caeli («la Puerta del Cielo»). ¿Podía haber algo tan bello? ¿Porta Caeli? La Puerta del Cielo. Se había sentido entumecido desde primera hora de la mañana; ahora que por fin habían llegado y estaban tan cerca del cielo, le costaba quedarse quieto, pero se obligó. Estaba sentado tranquilamente en una silla de madera junto a la ventana mientras el pastor leía a los niños.

El propio pastor había recibido la misión de Dios. Tenía que construir este lugar. Una nueva arca. Esta vez no para animales, sino para los elegidos. Los iniciados. La Casa de la Luz. La Puerta del Cielo. Cuando llegara el día del Juicio Final, viajarían. Nadie más. Solo ellos. Cuarenta personas, ni una más. Había más arcas por el mundo, según le había contado Dios al pastor, pero no había querido decirle dónde estaban. Solo que existían, eso era suficiente; se encontrarían con el resto de los elegidos en el cielo, así que tarde o temprano se reunirían con ellos. En el cielo. El reino de Dios. Donde el agua limpia de los ríos era de un color azul verdoso y todo estaba hecho de oro, sobre una alfombra de radiantes nubes blancas. La eternidad. Los elegidos. Para siempre.

Lukas cerró los ojos y dejó que la voz del pastor entrase en él. La voz de Dios, eso era. Los niños, ellos eran los más importantes, eso había dicho Dios. Niños puros, esto era importante, niños que estaban purificados y preparados, abiertos, tal y como habían estado en el útero de su madre, no sucios como después de años de vida en este mundo. Tenían que estar limpios, había que purificarlos. Con fuego, si hacía falta. Las llamas del infierno. El pastor hablaba con voz suave y tranquila pero con decisión, como la misma mano de Dios, dura por fuera y blanda por dentro. Ahora la cabeza de Lukas estaba llena de agua. Ríos de agua fresca y pura que atravesaban bosques verdes y campos blancos delante de casas doradas.

—Hijos míos, quiero manifestarme ante vosotros para llevar a la gente de la oscuridad a la luz —dijo el pastor con voz suave—. Voy a enseñaros la realidad del infierno para que podáis arrepentiros y apartaros de los caminos del mal antes de que sea tarde. Yo, Jesucristo vuestro Señor, os sacaré las almas de vuestros cuerpos y las enviaré al infierno. También os daré visiones del cielo y muchas revelaciones.

El pastor se calló un momento y posó la mirada en su congregación. Le gustaba hacer eso. Miraba a todos a los ojos. Era importante. Para que todo el mundo pudiera ver que detrás de sus ojos estaban los ojos de Dios. Lukas abrió los suyos y sonrió. Su casa estaría al lado de la casa del pastor, el mismo Dios lo había dicho. No había muchos niños presentes, solamente ocho. El pastor había elegido personalmente a los ocho. Cinco niñas y tres niños. Todos estaban casi purificados, faltaban solo un par de

sesiones más con la amable voz del pastor y estarían preparados.

Lukas miró a su alrededor para ver si podía ver a la niña que era especial, la que se llamaba Rakel. Los niños se parecían mucho entre sí, intencionadamente. «Todos somos iguales ante Dios». Al final la encontró. Ojos azules y un montón de pecas. Les había causado algunos problemas. Lukas no entendía por qué el pastor montaba tanto jaleo solo por esa niña. ¿Qué era lo que la hacía tan especial? Si ella quería escaparse de la Casa de la Luz y pasar el resto de su vida en el infierno, adelante. ¿Para qué perder el tiempo con ella? ¿Acaso no había buenos candidatos para sustituirla en la parroquia?

No había expresado esta opinión en voz alta, claro está. El pastor siempre tenía razón. Para empezar, ¿cómo se le ocurría pensar diferente? Lukas negó con la cabeza ante su propia estupidez y volvió a cerrar los ojos. La voz del pastor entró en él otra vez. Cerró la boca con fuerza, como siempre, para que no se le escapara un pequeño gruñido.

—Una noche, mientras rezaba en mi casa, Jesucristo nuestro Señor vino a verme —continuó el pastor—. Llevaba varios días rezando con el Espíritu y de repente sentí cómo Dios entraba en mí. Su poder y su gloria llenaron toda la casa. Una potente luz iluminaba la habitación en la que estaba y tuve una sensación placentera, de felicidad plena. La luz llameaba en olas que rompían y se entremezclaban unas con otras. Fue una visión singular. Y el Señor comenzó a hablarme. Dijo: «Yo soy Jesucristo, tu Señor, y deseo ofrecerte una revelación para preparar a los santos para mi segunda venida y para ayudar a muchos a elegir el camino correcto. Los poderes de la oscuridad son reales y mis juicios son verdaderos. Hijo mío, quiero llevarte al infierno a través de mi Espíritu y quiero enseñarte muchas cosas que deseo que el mundo conozca. Quiero revelarme ante ti muchas veces, quiero sacar tu espíritu para llevarte al infierno». «Querido Señor, ¿qué quieres que haga?», me ofrecí yo. Todo mi ser deseaba invocar el nombre de Jesús en voz alta para mostrar mi agradecimiento por su presencia. Era el amor más bello, sosegado, placentero y poderoso que había sentido jamás. Alabanzas a Dios comenzaron a salir de mi boca. Quería darle mi vida entera para que la pudiera utilizar para salvar a otras personas de sus pecados. Sabía, por su Espíritu, que realmente era Jesús, el Hijo de Dios, quien estaba conmigo en la habitación. Jesús dijo: «Mira, hijo mío, mi Espíritu te llevará al infierno para que después puedas describirlo y así sacar a los condenados de la oscuridad y llevarlos a la luz del Evangelio de Jesucristo». Inmediatamente, mi alma fue sacada de mi cuerpo. Y así abandoné mi casa con Jesús y viajé con Él hacia el cielo.

El pastor se levantó y los niños hicieron lo mismo. Se pusieron en un círculo en medio del suelo. El pastor hizo una señal a Lukas para que se uniera a ellos. Lukas se levantó obediente de la silla y cogió a dos de los niños de las manos.

—Recemos —dijo el pastor y bajó la cabeza.

Poco después, toda la habitación estaba llena de murmullos.

—Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga a



nosotros tu reino. Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánoslo hoy y perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a quienes nos ofenden. Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal. Porque tuyo es el reino, el poder y la gloria por todos los siglos. Amén.

—Amén —coreó Lukas. Una vez más, no pudo reprimirse.

Porta Caeli, «la Puerta del Cielo». Y ahora estaban aquí. Ahora solo hacía falta prepararse para el día que llegaría en breve.

El pastor abrió la puerta y dejó salir a todos los niños. Excepto a Rakel. Siempre quería hablar un rato más con Rakel. ¿Tendría que ver con el cordero que se había alejado de su rebaño? Claro, eso era. El cordero y el rebaño. Una vez más, Lukas se sintió culpable por haber dudado de la decisión del pastor.

—Creo que Rakel necesita un poco de tiempo con Dios y conmigo —explicó el pastor haciendo un gesto a Lukas para que saliera de la habitación.

Lukas asintió con la cabeza sonriendo y se dirigió a la puerta.

—Lukas, por favor, encárgate de que nadie nos moleste.

—Por supuesto —contestó Lukas e inclinó la cabeza.

Cerró la puerta suavemente tras de sí. Fuera ya estaba oscureciendo, podía ver estrellas en el cielo. Esbozó una sonrisa ancha y sintió de nuevo el calor extenderse por sus venas. Allí era adonde iban. Al cielo. Casi no podía ni esperar a que llegara el momento. Tenía tantas ganas que le resultaba casi imposible explicarlo. Una punzante sensación constante, poderosa y maravillosa, que le daba vueltas por todo el cuerpo, desde el pelo hasta las puntas de los dedos y después hacia los pies. Ríos de aguas de color azul verdoso y casas de oro. ¿De verdad era posible ser tan afortunado como él?

Lukas cruzó las manos sobre el pecho, esbozó otra sonrisa de oreja a oreja y comenzó a tararear un nuevo salmo que acababa de aprender.

Fue, sin lugar a dudas, el minuto más largo de la vida de Mikkel Wold. Y también el más corto. El minuto más corto y el más largo. Fue como si el tiempo se hubiera parado. Y a la vez como si se escurriera entre sus dedos. El tiempo había entrado en otra dimensión. El tiempo no tenía sentido. Dedicaron los primeros cinco segundos solo a mirarse los unos a los otros. Mikkel miró a Silje, que tenía la boca abierta y los ojos tan desorbitados que parecía que acababa de ver un ovni. Silje, un miembro joven de la manada que buscaba el consuelo de los mayores, miraba desesperada a Grung, pero este no podía ayudarla. El redactor jefe, normalmente tan resolutivo, alternaba su atención entre el teléfono, que estaba sobre la mesa en el centro, y Mikkel Wold, quien a su vez estaba mirando a Erik Rønning.

Erik se había apagado. Había dejado de funcionar. No realizaba ningún movimiento ni mostraba ninguna expresión en la cara. Mantenía la pelota de goma apretada en una de sus manos. Tenía la boca entreabierta, algún comentario chistoso o burlón se había quedado a punto de salir y ahora estaba volviendo al interior de su cabeza. Ninguno de los cuatro movía un dedo. Estaban petrificados. En estado de shock. Esto fue lo que pasó durante los primeros cinco segundos.

En los siguientes quince segundos ocurrió justo lo contrario. Todos empezaron a hablar de repente, al mismo tiempo. Como cuatro niños en un túnel que acabaran de descubrir que viene un tren hacia ellos y no pueden salirse de las vías. Solo había un camino posible y todos sabían que la cosa acabaría mal, pero echaron a correr por instinto. Hablaron atropelladamente, soltando palabras al azar en el vacío de la habitación.

—Por Dios.

—Tenemos que elegir a una.

—Por Dios.

—¿Y si no fuera un farol?

—Creo que voy a vomitar.

—Joder, no se puede hacer esto así, sin más...

—¿Y si no elegimos una?

—Por Dios.

—Tenemos que elegir una.

—No podemos elegir una.

—No me lo creo.

—¿Grung?

—¿Mikkel?

—¿Qué vamos a hacer?

—No podemos quitarle la vida a una persona.

—Creo que tengo que vomitar. Me siento muy mal.

—Podemos salvar a una.

—¿Erik?

—¿Silje?

—¿Y qué pasa si no hacemos nada?

—Las dos mueren.

—No podemos quitarle la vida a una niña pequeña.

—Por Dios.

—Podemos salvar a una niña pequeña.

—Por Dios.

—¿Qué hacemos?

—Por Dios.

Ya habían pasado veinte segundos. El reloj del despacho no marcaba los segundos. Todavía indicaba las doce y dieciséis minutos. El reloj no servía. Le faltaban los segundos. Era lo único que necesitaban ahora mismo. Horas no, minutos tampoco, solo segundos. Dedicaron los siguientes diez segundos a averiguar cuánto tiempo había transcurrido. El pánico comenzó a extenderse por la pequeña habitación.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —Silje tenía la cara totalmente blanca—. ¿Cuánto tiempo nos queda?

Grung se había levantado y estaba con las manos apoyadas sobre la mesa.

—¿Alguien sabe cuánto tiempo queda?

Mikkel Wold miró su teléfono, luego el reloj de la pared, el que no mostraba los segundos y era inservible, podrían haber sido unos números cualesquiera puestos en la pared. Cuatro niños sobre las vías en el interior del túnel y ya podían sentir las vibraciones del tren que se acercaba hacia ellos a una velocidad extremadamente alta.

—¡No podemos entretenernos tratando de averiguar cuánto tiempo ha pasado!

Erik se había levantado y golpeó la mesa con el puño. Una vez. Dos veces. Tres veces.

—¡No podemos entretenernos tratando de averiguar cuánto tiempo ha pasado! — repitió.

Grung había movido las manos desde la mesa hasta la cabeza.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

Esta parte duró diez segundos. Ya habían pasado treinta.

—Ahora tenemos que pensar —gritó Erik—. No sirve de nada hablar todos a la vez.

—No podemos hablar todos a la vez —coreó Silje.

—¡Tenemos que tomar una decisión! —exclamó Mikkel Wold.

—¿Qué hacemos? —gritó Grung, todavía con las manos en la cabeza.

—Tranquilizaos todos —ordenó Erik.

—Ahora nos tranquilizamos —repitió Silje.

Ya habían pasado cuarenta segundos. Los últimos veinte segundos habían

parecido un minuto. O una hora. O un año entero. Las manecillas del reloj se habían parado a la vez que corrían descontroladamente. Erik fue el primero en decir algo sensato:

—Votemos.

—¿Qué?

—No digáis nada. El que quiera hacer algo que levante la mano.

Erik levantó la mano. Grung levantó la mano. Mikkel Wold levantó la mano sin saber muy bien por qué, se le subió instintivamente. Silje dejó la mano sobre la mesa.

Habían pasado cuarenta y nueve segundos.

—Tres contra uno.

—Pero... —objetó Silje, pero Erik no le hizo caso.

—Levantad la mano los que votáis por salvar a Karoline.

—Querrás decir matar a Andrea —chilló Silje.

—Levantad la mano —gritó Erik. Habían pasado cincuenta y tres segundos—. Levantad la mano si opináis que deberíamos salvar a Karoline —volvió a gritar, esta vez con desesperación.

El tren les estaba pisando los talones y esa era la única manera de salvarse. Había que pararlo o hacer que descarrilara.

Levantó la mano y miró a Grung. Este siguió su ejemplo y miró desesperadamente a Silje.

—No —sollozó Silje—. No, no, no.

Habían pasado cincuenta y siete segundos. Grung y Erik estaban de pie con las manos en alto. Ambos miraron a Mikkel Wold.

—¿Sí o no? —preguntó Erik a gritos.

Mikkel Wold trató de levantar la mano del regazo, pero no pudo. Pesaba tanto... Nunca antes había tenido un brazo tan pesado. No quería obedecerle. Su cabeza no sabía por qué.

Ya habían pasado cincuenta y nueve segundos.

—Vamos —aulló Erik—. ¿Salvamos a Karoline? ¿Sí o no?

—Sería matar a Andrea —sollozó Silje—. No podemos hacerlo.

—¿La levantas o no? —gritó Grung.

La mano que agitaba en el aire tenía mechones de pelo entre los dedos.

Mikkel Wold intentó una vez más levantar la mano, pero se le había quedado clavada.

Entonces sonó el teléfono en la mesa.

Todos se callaron. Había pasado un minuto. El teléfono volvió a sonar. Mikkel Wold se quedó mirándolo. No sabía dónde estaba. No lo podía ver claramente. Podría estar en otra habitación. En la luna. No sabía qué hacer. Al final fue Erik Rønning el que se inclinó y pulsó la pantalla.

—Hola de nuevo —dijo la voz metálica. Nadie se movía alrededor de la mesa redonda—. Qué tensión —comentó la voz—. ¿A qué conclusión habéis llegado?

Seguían sin pronunciar palabra.

—¿Estáis ahí? —preguntó la voz.

Silje miró a Grung, quien miró a Erik, quien miró a Mikkel Wold, quien se miró los dedos. La voz metálica rio fríamente.

—¿Os ha comido la lengua el gato? Estoy esperando una respuesta. El tiempo se acaba. Tictac.

Erik Rønning se aclaró la garganta.

—Hemos...

—¿Andrea? —preguntó la voz con frialdad—. ¿O Karoline? ¿Quién queréis que vuelva? Una niña muere, la otra niña vive. ¿Tan difícil es?

—Las dos viven —sollozó Silje de repente.

La voz metálica volvió a reírse.

—No, no, señorita Olsen. Así no son las reglas. Una vive y otra muere. Vosotros decidís quién vive y quién muere. Bastante bonito, ¿no? Poder decidir quién vive y quién muere. ¿No os sentís como Dios? ¿No es maravilloso ser Dios, Rønning?

Hubo un silencio total en la habitación. Los segundos se arrastraron lentamente. El cerebro de Mikkel Wold había dejado de funcionar. Silje se abrazaba con los dos brazos. Grung tenía las dos manos en el aire. Erik Rønning abrió la boca y estuvo a punto de decir algo.

—Bueno —dijo la fría voz—, entonces las dos. Una pena, claro está, pero, si eso es lo que queréis, yo no voy a estropearos el plan. Ha sido bonito jugar con vosotros.

—No —gritó Silje.

Intentó coger el teléfono con una mano en un último intento desesperado por conseguir que el ser metálico entrase en razón, pero era demasiado tarde.

La voz ya había desaparecido.

Mia Krüger estaba en la terraza de la oficina viendo cómo Munch arruinaba sus pulmones. Acababan de terminar la sesión informativa de la mañana y Munch estaba de un humor excepcionalmente desagradable.

—¿Será posible? —repitió una y otra vez frotándose los ojos.

Nadie del equipo había dormido mucho la última semana y Munch tenía pinta de ser el que menos había pegado ojo. Mia había esperado el momento oportuno para decir lo que debía decir. Tenía dudas. No estaba segura. Era solo una sensación. Una sensación que se había fortalecido a lo largo del día.

—¿Será posible? —repitió Munch y encendió un nuevo cigarrillo nada más acabar el anterior.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Mia y sacó una pastilla del bolsillo de la cazadora.

—¿Qué quieres decir? —dijo Munch clavando los ojos en ella. Enseguida volvió en sí y se dio cuenta de que estaba hablando con Mia. Su mirada se suavizó—. En todo —dijo y se frotó los ojos de nuevo—. Alguien ha tenido que verlas, ¿no? Dos niñas de seis años no pueden desaparecer así sin más.

—¿La recompensa tampoco ha dado resultados?

—Ni una mierda. Quinientas mil coronas. Alguien debería haber proporcionado alguna información.

—¿Y la van a doblar?

Munch asintió con la cabeza.

—Mañana se hará público. Así que solo podemos confiar en que funcione.

—O en que todos los chiflados que hay por ahí sueltos no nos bloqueen las líneas —dijo Mia.

—Es un riesgo que debemos correr —replicó Munch; suspiró y dio una larga calada al cigarrillo—. ¿Has conseguido hablar con Benjamin Bache?

Mia asintió con la cabeza.

—He quedado con él a las cuatro y media en el teatro. Solo tenía media hora. Al parecer, aparte de los ensayos de *Hamlet*, también actúa en una obra para niños, *Karius y Baktus*. ¿Te vienes?

Munch negó con la cabeza.

—No. Ocupate tú de eso. ¿Vive en el piso de su abuela? ¿Envían a esa casa las facturas del teléfono? Bueno, conoces el protocolo.

—Sí, tranquilo —respondió Mia.

—Pero hay que joderse —se quejó Munch—. Alguien ha tenido que ver algo. Han tenido que entrar y salir de un coche. O de una cabaña. O de un sótano. Tiene que alimentar a las niñas, ¿no? Alguien ha tenido que comprar grandes cantidades de comida. Alguien ha tenido que...

Munch se quedó mirando la punta de su cigarrillo.

—Si está bien planificado, dependemos de la suerte. Eso ya lo sabes —sentenció Mia tranquilamente.

—Y parece que está jodidamente bien planificado, ¿no? —replicó Munch con un suspiro.

—Por desgracia, sí —dijo Mia—. Quizá desde hace muchos años.

—Y sabemos lo que eso significa —concluyó Munch—. Las niñas no sobrevivirán si no las encontramos ya.

Mia no dijo nada. Se quedó mirando a la calle. De vez en cuando sentía envidia de la gente de ahí abajo. La gente normal que se ocupaba de su quiosco o compraba zapatos para sus hijos. La que no tenía que encargarse de este tipo de asuntos. Encontró otra pastilla en el bolsillo y se armó de valor.

—Hay algo que tengo que contarte —le dijo a Munch.

—Pues adelante —la animó Holger.

Mia hizo una pequeña pausa tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—¿Qué pasa? —preguntó Munch curioso.

—Creo que estás involucrado —soltó Mia.

—¿Qué quieres decir con que estoy involucrado?

—Creo que formas parte del plan.

—¿Qué cojones me estás diciendo, Mia?

Les interrumpió Gabriel Mørk, que, nervioso, asomaba la cabeza por la puerta de la terraza.

—Perdón, no quiero molestar, pero...

—¿Qué quieres? —preguntó Munch con rudeza.

—No, solo que... En fin, Mia, que he encontrado lo que me has pedido antes. ¿Qué quieres que haga con la información?

—Quiero que des todos los nombres a Kim y Ludvig y que les digas que los comparen con los del caso de Hønefoss. Tengo la sensación de que puede haber algo ahí.

—Ahora mismo —contestó el joven y cerró la puerta inmediatamente, sin ni siquiera mirar a Munch.

—¿Qué cojones querías decir con eso de que formo parte del plan? —preguntó Munch.

—Es lo que creo —contestó Mia—. Que esto va sobre ti.

—¿Sobre mí?

Mia asintió con la cabeza.

—Es lo que creo.

Fueron interrumpidos de nuevo, esta vez por una excitada Anette Goli, que ni siquiera se molestó en llamar a la puerta.

—Tienes que venir —le dijo a Munch.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos novedades importantes. Nos acaba de llamar un tal... —Miró una nota apuntada en un pólit que tenía en la mano—: Livold. Es abogado y representa al *Aftenposten*. Han hablado con el asesino.

—Joder —dijo Munch. Se levantó y apagó el cigarrillo—. ¿Cuándo?

—Varias veces, según parece. Hace unos días. La última vez ha sido esta mañana.

—¿Y nos avisan ahora? —Munch estaba furioso—. ¿Ahora? Jodidos idiotas.

—Al parecer han estado debatiendo el tema con un par de abogados.

—Qué payasos. ¿Dónde están?

—En el edificio de Correos. Nos están esperando. Tengo un coche preparado.

Munch se volvió hacia Mia.

—¿Te vienes?

Mia negó con la cabeza.

—He quedado con Benjamin Bache.

—Ya, claro.

Le echó una mirada extraña.

—Tenemos que hablar de esto luego, lo antes posible. No tengo ni idea de a qué te refieres.

—Te veo en el Justisen después —propuso Mia.

—Perfecto —contestó Munch y, a grandes zancadas, siguió a Anette al interior de la oficina.



Benjamin Bache estaba sentado en las escaleras del Teatro Nacional cuando llegó Mia. Parecía nervioso. No paraba de mirar el reloj y el móvil. Encendió un cigarrillo, repiqueteó con los dedos sobre la pierna y miró a su alrededor. Mia pensó que era como si quisiera que no le viera nadie. Se detuvo tras la estatua de Ibsen para observarlo un poco.

Lo había visto antes en algún sitio, pero tardó un rato en recordar dónde. Evidentemente no había sido en las revistas de cotilleo, porque no las leía; ni siquiera cuando iba al dentista tenía ánimo para hojear semejantes publicaciones. No es que tuviera nada en especial en su contra, simplemente lo que había en ellas no le interesaba. La habían tanteado un par de veces cuando todo el mundo hablaba de ella por su protagonismo en aquel escándalo, pero les había dicho que no, naturalmente. «La verdadera historia de Mia Krüger». El periodista que la había llamado se lo había planteado más o menos en esos términos. Si es que se podía calificar de periodistas a esa gente. ¿Cómo funcionaba eso? ¿Eras periodista en cuanto escribías sobre las tetas de otras personas o sobre dónde habían pasado sus vacaciones de Semana Santa? ¿No había reglas para regular eso? En todo caso, les había rechazado con educación a pesar de su oferta: «Unas vacaciones en la playa para ti y tu pareja. ¿Estás saliendo con alguien ahora?». Mia sonrió un poco para sus adentros y dio un mordisco a la manzana que se había comprado en un puesto de la calle. Vacaciones en la playa, vamos, hombre. ¿Eso era lo mejor que se les podía ocurrir? ¿Ese era el cebo? ¿Unas vacaciones en la playa por exponer su vida privada?

Benjamin Bache estaba con el cigarrillo colgando de la boca y un ojo cerrado mientras tecleaba algo en el móvil. Metió el móvil en el bolsillo, cogió el cigarrillo con la mano, repiqueteó con los dedos sobre la pierna una vez más antes de volver a sacar el móvil y teclear un poco más. De repente lo recordó. El festival de cine. *Sentimentalismo en la costa*. Allí lo había visto. Lo había visto en una película. En un papel de agente de policía. Se suponía que hacía de ella, bueno, quizá de ella no, pero de Kim o Curry, un agente de policía que no era el jefe, sino un miembro del equipo. Le había parecido incómodo en el papel. Mia se comió lo que quedaba de la manzana, tiró los restos en una papelería y se acercó a las escaleras.

Benjamin Bache se levantó al verla y fue a su encuentro con una ancha sonrisa.

—Hola, Mia, me alegro de verte —la saludó mientras le estrechaba la mano con firmeza.

—¿Qué tal? —dijo Mia, un poco sorprendida de que actuara como si la conociera.

Podría ser la forma de actuar en sus círculos sociales. «Nosotros, que salimos en la tele y en la prensa, somos del mismo equipo, formamos una comunidad y nos apoyamos mutuamente». No era en absoluto el estilo de Mia, pero actuó como si nada hubiera ocurrido.

—He reservado una mesa en el Theatercaféen, ¿te parece bien? —dijo Benjamin y apagó el cigarrillo.

—Bueno —contestó Mia sonriendo—, no creo que nos vaya a llevar mucho tiempo.

—Por mí entonces. —Benjamin le guiñó un ojo y le dio un golpecito en el brazo—. Necesito comer algo. He estado ensayando toda la mañana, luego tengo una obra infantil y esta noche más ensayos.

—Vaya —contestó Mia—. Yo ya he comido, pero puedo acompañarte mientras almuerzas.

—Me parece estupendo —dijo Benjamin con una sonrisa y le hizo una señal para que le acompañara al otro lado de la calle.

Naturalmente, Benjamin Bache se sabía el nombre de la camarera del Theatercaféen y conversó con ella durante todo el camino hasta la mesa reservada junto a la ventana. Incluso le presentó a Mia. La chica estaba visiblemente incómoda por tener que darle la mano a Mia y decirle su nombre. Mia volvió a sonreír para sus adentros: nombre por aquí, nombre por allá. Era una técnica para intimidar, naturalmente, pero no estaba segura de que Benjamin Bache fuera lo suficientemente espabilado para darse cuenta de ello. Podría ser la manera normal de hacer las cosas en su ambiente. Todo personal, guay, «ya nos conocemos», «estamos en el mismo equipo», «elígeme para este papel», «este es mi trabajo».

Este hombre era realmente agobiante. Mia esperaba que Susanne no hubiera sido tan estúpida como para caer en sus redes. Confiaba en que no fuese por él por quien había llorado. No parecía probable. Susanne tenía predilección por los hombres algo mayores, que se mostraran más respetuosos con ella. No este tipo de jovencuelos. No por nada, porque Mia estaba convencida de que Benjamin Bache podría interpretar el papel de hombre seguro y atento si tuviera que hacerlo. Ahora mismo estaba interpretando el papel de —¿cómo llamarlo?— chaval ingenuo.

—Bueno, tengo que admitir que me ha sorprendido tu llamada —dijo Benjamin después de pedir—. ¿De qué va todo esto?

Mia ocultó una sonrisa, había dicho casi exactamente lo mismo en la película que había visto de él.

—Es un asunto de protocolo, nada más que eso —explicó Mia y bebió un poco de agua.

—Dispara —le pidió Benjamin Bache. Se pasó una mano por el pelo y le guiñó un ojo. Era realmente agobiante.

Se prometió a sí misma que la próxima vez que viera a Susanne le pediría que se alejara de él.

—Va sobre tu abuela, Veronica Bache.

—¿Y bien? —preguntó Benjamin levantando las cejas.

—Porque era tu abuela, ¿verdad? Veronica Bache, calle Hansteensgate, 20. Falleció hace dos años.

—Correcto —le confirmó Benjamin.

—¿Vivió en esa dirección hasta su muerte?

—No, no —respondió Benjamin—. Estuvo muchos años en una residencia.

—¿La Residencia de Høvikveien?

—Sí, eso es. ¿A qué viene todo esto?

—¿Quién vive en la calle Hansteensgate, 20?

—Es mi piso. Llevo siete años viviendo allí.

—¿Desde que tu abuela se trasladó a la residencia?

—Sí.

—¿Has heredado el piso? ¿Está a tu nombre?

—No, está a nombre de mi padre. ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Por qué me estás preguntando todo esto, Mia?

Otra vez eso de llamarla por el nombre de pila. Casi le entraban ganas de comportarse igual de informal y decirle lo que pensaba realmente. Era una buena técnica, tendría que recordarla.

—Como te he comentado, no es más que un asunto de protocolo —dijo Mia tomándose otro sorbo de agua—. ¿En qué obra estás actuando?

—¿Cómo? Eh, *Hamlet* —dijo Benjamin Bache—. Todavía seguimos ensayando. Ahora estoy actuando en una obra para niños, pero también estamos ensayando otro proyecto muy excitante. Una dramaturga noruega nueva con muchísimo talento. Somos un grupo que nos hemos unido para ayudarla con un poco de buena voluntad, para que me entiendas. Es una obra cruda, realista, directamente de la calle.

—Entiendo —dijo Mia y asintió con la cabeza—. ¿A qué dirección le llegaba la correspondencia?

—¿A quién?

—A Veronica Bache.

—¿Por qué preguntas por su correspondencia?

—Quiero saber si le llegaba la correspondencia a la residencia o a tu casa.

Benjamin Bache parecía un poco confuso.

—Eh..., la mayor parte llegaba a la residencia. ¿A qué clase de correspondencia te refieres? Alguna sí que llegaba a mi casa, pero yo la reenviaba a la residencia o se la llevaba cuando iba a visitarla. ¿De qué tipo de correspondencia estamos hablando?

Mia encontró una nota en el bolsillo de su cazadora y se la pasó sobre el mantel blanco.

—¿Este era el número de su móvil?

Benjamin miró la nota y pareció aún más confuso, si eso era posible.

—Ahora no sé a qué te refieres.

—¿Este número era de ella?

—La abuela no tenía teléfono —contestó Benjamin—. Odiaba los móviles. Además, ¿para qué iba a querer un móvil? Todos tenían una línea privada en la residencia.

Mia volvió a coger la nota y se la metió en el bolsillo.

—Gracias —dijo levantándose—. Esto era todo lo que necesitaba saber. Gracias por tu tiempo.

—¿Esto era todo? —preguntó Benjamin Bache, que casi parecía un poco decepcionado.

—Bueno, algo más —dijo Mia sentándose otra vez—. ¿Quién recibió la herencia de tu abuela?

—Mi padre —contestó Benjamin.

—Nunca se habló de, en fin, cómo decirlo... ¿No legó parte de sus bienes a una parroquia?

Benjamin Bache se quedó un poco cortado. Se metió un palillo de dientes en la boca y miró por la ventana.

—¿Tengo que contestar a eso? —preguntó al final.

—No tienes ninguna obligación, naturalmente —contestó Mia dándole una palmadita en la mano—. Solo que estoy investigando un caso importante y, bueno, salió su nombre y, bueno, no debería decir esto, Benjamin, pero... —Se inclinó hacia él—. Estamos tan cerca de resolver este caso que, si me ayudas, puede que lo terminemos esta misma noche.

—¿Un caso importante?

Benjamin también se había inclinado hacia ella y estaba susurrando.

Mia asintió con la cabeza y se puso un dedo sobre la boca. Benjamin asintió. Enderezó la espalda otra vez y actuó, como actor que era, como si no hubiera pasado nada.

—Esto queda entre nosotros, ¿verdad? —dijo mirando a su alrededor.

—Claro que sí —susurró Mia.

Benjamin se aclaró la garganta un poco.

—Mi padre es un hombre muy orgulloso, así que si saliera esto, bueno...

—Esto queda entre tú y yo —aseguró Mia guiñándole un ojo.

—Llegamos a un acuerdo —explicó Benjamin rápidamente.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Ella había modificado el testamento justo antes de morir.

—¿Cuánto iba para la parroquia?

—Todo —jadeó Benjamin.

—Pero ¿conseguisteis pararlo?

Asintió con la cabeza.

—Mi padre fue a hablar con la gente de la parroquia. Amenazó con denunciarles. Propuso una cantidad y así se solucionó.

—¿Cuánto?

—Suficiente —murmuró Benjamin.

Mia escrutó la cara del joven actor durante un momento. Parecía sincero e inocente, pero era actor, a fin de cuentas. Había tenido acceso al teléfono de Veronica

Bache y acababa de decir que estaba ensayando la obra de *Hamlet*.

«¿Quién anda ahí?».

Pensó en la posibilidad de llevárselo a comisaría para realizar más interrogatorios, pero decidió que era mejor ponerle vigilancia. Así no tardarían en saber quién era Benjamin Bache realmente.

—Mil gracias —dijo Mia estrechándole la mano otra vez—. Has sido de gran ayuda.

Se levantó y se subió la cremallera de la cazadora de cuero.

—¿Ya está? ¿No quieres comer algo?

—No, muchas gracias. Nos vemos, Benjamin.

—Claro que sí, Mia. Claro que sí.

Mia se puso el gorro y salió del Theatercaféen con una sonrisa en la cara.

Tobias Iversen trató de hacerse pequeño mientras se arrastraba hacia el borde de la loma. Desde allí tenía una buena vista sobre la granja del bosque. Había montado la tienda oculta tras unos árboles, donde nadie lo podía ver, y allí había pasado la noche. En realidad quería haber vuelto a casa, pero después del encuentro con la chica de la falda gris tenía que quedarse allí. Rakel. Ese era su nombre. Le había escrito una nota pidiendo ayuda. En esas condiciones era mejor quedarse en el bosque que volver a la oscura casa donde nadie sonreía. Tobias solo tenía trece años, pero se sentía mucho mayor. Había sido mayor durante mucho tiempo. Había vivido cosas que un niño no debería haber vivido, pero ahora eso daba igual, aquí era dueño y señor de su propio destino.

Tobias se arrastró hasta el mismo borde y se llevó los prismáticos a los ojos. No había movimientos entre los edificios. No sabía muy bien qué hora era, pero no debía de ser muy tarde porque todavía no había amanecido por completo. Ahora podía ver todo mucho mejor, cosas que solo había atisbado la noche anterior. Estaban llevando a cabo diferentes proyectos de construcción, eso era evidente. Había materiales por todas partes, tablas de diferentes tamaños y sacos que podrían contener cemento, porque también había una hormigonera, un pequeño tractor y una pequeña excavadora. En total veía siete edificaciones en la granja, todas pintadas de blanco. Había un edificio principal, una pequeña iglesia con una cruz en la punta del tejado y dos construcciones de cristal —invernaderos, muy probablemente—, y luego otras tres casas, junto con un pequeño cobertizo. Tobias había estado en el mismo lugar la noche anterior, tumbado con los prismáticos, hasta que se hizo demasiado oscuro para ver nada. Había preparado un pequeño mapa de la zona, indicando la posición de todas las casas y los campos, los montones de arena, los depósitos de tablas más grandes y el portón. La alta valla por la que se habían pasado las notas circundaba toda la zona y solo había una puerta de entrada, según podía ver. La verja. No sabía si estaba echada la llave o no, pero se encontraba cerrada, eso sí que lo podía ver. La noche anterior había visto a un hombre abrirla. Había llegado un coche justo antes de que oscureciera. Un coche grande, podía ser un LandRover o un Honda CR. Tobias sabía un poco de coches. No tenía una gran afición, lo suyo eran las motos de diferentes cilindradas, sobre todo las que tenían ruedas de cross para ir por el campo. Pero sabía un poco.

Iban dos personas en el coche y las recibieron como si una fuera el rey o el primer ministro, o algo parecido. Un joven con el pelo corto y rubio, que era un sirviente, un guardaespaldas o algo así, porque había salido primero del coche para abrirla la puerta al otro, que era un hombre mayor con una espesa cabellera totalmente blanca y una especie de vara en la mano, casi como Gandalf en *El Señor de los Anillos*.

Toda la gente de la granja había salido de sus casas para recibir a los recién

llegados con todo tipo de reverencias y algunos se acercaron para saludar personalmente al hombre con abundante pelo blanco. Después, todos habían entrado en el edificio grande con la cruz en la punta. Luego había caído la noche y Tobias no había podido ver mucho más. Las ventanas de las casas estaban iluminadas, pero había algo delante de ellas, algo como cristal que no era cristal y no te permitía ver qué pasaba al otro lado. Tobias no sabía cómo se llamaba. Luego se había tomado las rebanadas de pan y se había calentado un poco de sopa en el infiernillo dentro de la tienda. Había tenido mucho cuidado, sabía que en realidad no se debería usar hornillos de gas en el interior de las tiendas, pero no quería encender ningún tipo de luz fuera, para que nadie le viera. Además, había visto en la tele que uno de los exploradores del polo lo había hecho, Børge Ousland. Había encendido el hornillo dentro de la tienda porque hacía demasiado frío fuera o quizá era por los osos polares o algo así. En cualquier caso, sí que se podía.

Al principio no había conseguido dormir. No había dejado de pensar en la chica. Era muy diferente en comparación con todas las chicas de su clase. Hoy en día no era tan fácil ser chica. Lo había dicho Emilie, la profesora de Lengua, cuando hablaron del tema una vez en clase, a propósito de que algunas de las chicas llevaban demasiada poca ropa. Emilie en toda la hora no había hablado de lengua ni de libros, sino que la había dedicado a hablar solo de ese tipo de cosas, que las chicas llevaban demasiado maquillaje, enseñaban demasiada barriga y llevaban los pantalones cortos demasiado cortos. Emilie había dicho que era importante recordar que solo tenían trece años, pero que las comprendía perfectamente, ya que todas las chicas de la tele que admiraban a menudo solo llevaban bragas y sujetador y unas medias de malla cuando cantaban. Después de eso habían impuesto unas reglas que decían lo que estaba bien y lo que estaba mal, y la cosa había mejorado, pero seguían llevando ropa muy distinta en comparación con la de Rakel.

«Ayúdame, por favor».

Parecía muy asustada. Asustada de verdad. No como cuando su hermano y él jugaban a los indios y tenían que cazar búfalos. Los búfalos no existían y ellos tampoco eran indios de verdad. Esto pasaba de verdad. Él era Tobias y ella era Rakel. Tenía miedo de verdad y él había venido para ayudarla. Tobias Iversen se metió una ramita en la boca y la masticó un poco mientras revisaba la zona con los prismáticos para ver si se había dejado algún detalle en el mapa que había confeccionado la noche anterior.

Tobias dirigió los prismáticos hacia la verja y la enfocó con la mayor precisión posible. La verja era grande y estaba hecha del mismo material que la valla, mallazo de alambre de acero o como se llamara. Tenía dos hojas y se abría hacia dentro. Parecía que había una cadena en el centro y probablemente también una cerradura. Tobias dejó los prismáticos entre el brezo y abrió el paquete de comida que llevaba en la cazadora. Quedaban dos rebanadas de pan, las había guardado de la noche anterior. Una con queso de cabra y otra con salami. Se tomó la de queso de cabra y bebió un

poco de la botella de agua que había llenado en un arroyo cuando subía la loma. Ahora tenía que planear algo, era importante. Primero debía hacerse una idea general de la zona, eso también lo había visto en alguna película sobre alguien que iba a robar un banco, o un casino, en Las Vegas. Tenían un montón de mapas y planes, y muchas reuniones para hablar de todo. Él tenía el mapa. Ahora solo le faltaba el plan.

Tobias estaba a punto de comerse la rebanada con salami cuando de repente ocurrió algo en la granja. Alargó la mano para buscar los prismáticos. Súbitamente se abrió una puerta y una figura salió corriendo. Una chica con una falda gris. Sintió cómo el corazón le daba un salto en el pecho. «Es Rakel». Estaba corriendo lo más rápido que podía hacia la valla, al lugar donde habían hablado el día anterior. Saltó, se tropezó con la falda y volvió a ponerse en pie. Se subió la falda para poder moverse con más soltura, pero aun así no avanzaba muy rápido. Justo detrás de ella venían corriendo cuatro, no, cinco hombres que habían salido por la misma puerta. Tobias sintió cómo se le aceleraba el corazón, casi no pudo ni sujetar los prismáticos con firmeza delante de los ojos. Rakel se giró, miró hacia atrás y se volvió a caer. Los hombres se aproximaban, ya estaban cerca de ella. Tobias pudo ver que estaban agitando las manos, gritando algo. Rakel consiguió llegar a la valla. Dio un salto y empezó a trepar, pero no era tan fácil como parecía. Los agujeros en el mallazo eran pequeños y la pesada falda tampoco facilitaba las cosas. Los hombres se acercaron con pasos agigantados. Al rato uno de ellos llegó y le agarró un pie. La arrastraron hacia abajo mientras ella daba patadas y aullaba, y luego se la llevaron entre todos de vuelta a la casa. Después, todo se quedó en silencio otra vez.

De repente, Tobias sintió frío. No por fuera, sino por dentro de la piel. La cabeza le daba vueltas y respiraba pesadamente, aunque no había hecho más que estar tumbado. «¿Qué narices está pasando en esta granja?». Se puso en pie rápidamente. No había tiempo para hacer planes. Tampoco había tiempo para recoger las cosas. Echó a correr hacia la tienda, donde cogió el cuchillo y el mapa que había dibujado. Después comenzó a acercarse sigilosamente a la granja.



Mia estaba en el Justisen pensando en pedir una cerveza, pero al final optó por una botella de agua Farris. Después de unos minutos llegó Holger. Se hundió en la silla enfrente de ella, tratando de recobrar el aliento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mia.

—El asesino se puso en contacto con el Aftenposten hace unos días. Llamó a un periodista que se llama Mikkel Wold. Tenía la voz distorsionada. Dio información sobre Karoline.

—¿Por qué no vinieron a hablar con nosotros?

—Porque son unos idiotas egoístas que solo quieren vender periódicos.

Munch estaba visiblemente irritado.

—¿Qué hacemos entonces?

—No estoy seguro —murmuró—. El abogado nos ha comunicado que no han cometido ninguna imprudencia ilegal y que no podemos acusarles de nada.

—Joder. Pero ¿al menos podemos traerlos y hablar con ellos? —dijo Mia.

—Mikkelson ha dicho que se lo pensará, pero que, en su opinión, el interrogatorio que ya les he hecho es suficiente.

—¿En serio?

—Putos políticos —maldijo Munch—. Solo piensan en cubrirse las espaldas para no perjudicar su carrera.

Pidió un sándwich de gambas y una Coca-Cola, y después se quitó la cazadora.

—¿Y qué te han dado?

—La conversación referida oralmente. Mañana me mandarán una transcripción.

—¿Nada útil?

—Nada que nos vaya a conducir a conclusiones relevantes —dijo Munch resignado mientras negaba con la cabeza—. ¿A ti qué te ha dicho Bache?

—Bingo —contestó Mia.

—¿Qué quieres decir?

—Pienso que estás involucrado.

Munch la miró con curiosidad.

—Sí, ya me he enterado, pero ¿qué quieres decir con eso?

—Creo que tiene que ver contigo.

Llegó la comida de Munch, quien se tomó un sorbo de Coca-Cola.

—Es un poco difícil explicarlo. Como ya te he dicho, es solo una sensación —continuó Mia.

—Inténtalo —la animó Munch.

—Vale —contestó Mia—. El asesino nos está señalando el caso de Hønefoss, el de la niña que desapareció. ¿Quién era el responsable de ese caso?

—Yo —respondió Munch.

—Correcto. Y *Hamlet* —añadió Mia—. ¿De qué va *Hamlet*?

—¿Del amor verdadero? —aventuró Munch.

—Eso es *Romeo y Julieta*. Vamos, Holger. ¿*Hamlet*?

—Tú eres la que estudiaste literatura, Mia.

—A tres clases repartidas entre dos cuatrimestres y ningún examen no lo llamaría estudiar —murmuró Mia.

—Shakespeare no es mi especialidad —insistió Munch.

—Vale, da igual. Venganza. *Hamlet* va sobre la venganza. Otras cosas también, claro está, pero ese es el tema principal.

—Vale. El bebé desaparece. La responsabilidad es mía. El sueco se ahorca. Archivamos el caso. El bebé sigue desaparecido. Muerto probablemente. El asesino nos dice que no fue el sueco.

—Rikke J. W.

—Eso es, y luego nos da la referencia de *Hamlet*. ¿Quieres decir que esto es algún tipo de acción de venganza?

—Algo así.

—Bien, ¿y qué? Vale, parte de lo que dices tiene sentido. El bebé desaparecido, vale. Mi responsabilidad, vale. *Hamlet* y venganza, vale. Pero ¿para qué matar a diez niñas? ¿Qué tiene que ver conmigo? Suena un poco vago, ¿no, Mia?

Mia bebió un sorbo de Farris y reflexionó un poco.

—La abuela de Benjamin Bache.

—Veronica Bache, ¿qué le pasa?

—Estuvo en la misma residencia que tu madre. ¿Qué piensas de eso?

Munch abrió los ojos de par en par.

—¿Estuvo allí? ¿Cómo lo sabes?

—Me he enterado antes. Ludvig está comprobando los nombres de todos los residentes y las personas vinculadas a la residencia para ver si hay alguna conexión con el caso de Hønefoss. No creo que Benjamin Bache sea nuestro hombre, pero no podemos olvidar que el teléfono de Veronica Bache fue usado para enviar los mensajes. ¿Lo hizo alguien de la residencia? ¿O simplemente nos quiere marear? Tengo que confesar que no estoy muy segura ahora mismo. He pedido a Ludvig que busque por ahí también.

—¿Y?

—Hasta ahora, nada. Además, la residencia no es la única conexión entre tu madre y Veronica Bache.

—¿Qué más hay?

—La parroquia.

—¿Bache pertenecía a esa parroquia?

—No solo eso. Quería donarles toda la herencia familiar.

—¿Qué?

—¿Te das cuenta? ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Buen trabajo, Mia —murmuró Munch—. Esto es bueno.

Se quedó ensimismado, tratando de reflexionar sobre lo que había oído.

—¿Por qué? —preguntó Mia.

—Sí, ¿por qué?

—No, no lo sé, pero ¿no te parece que hay demasiadas casualidades aquí? ¿Qué es lo que todo esto tiene en común?

—La parroquia.

—Así es.

—Pero... —empezó Munch, desconcertado.

—Lo sé, yo tampoco acabo de comprenderlo. Hay muchas cosas que sobran. Casi pienso que está hecho adrede para que nos perdamos. Un billón de callejones sin salida. Sé que esto suena mal, pero la verdad es que es un buen trabajo. Me refiero al del asesino. Yo lo habría hecho de la misma manera.

Munch la miró de reojo.

—Sabes lo que quiero decir. Si yo estuviera en su lugar. Símbolos por todas partes, el modus operandi que cambia, nosotros perdidos en la niebla, corriendo de un lado a otro. Es así como se juega al tenis, ¿verdad?

—¿Tenis?

—El que saca siempre tiene una ventaja. Siempre y cuando presiones al adversario lo suficiente para que solo consiga devolver la pelota, tú llevas el mando. Si no te equivocas, ganas.

—¿Así que el asesino es el que saca?

—Sí.

—No sé si termino de ver la conexión —dijo Munch y lanzó un suspiro—. ¿Tenis y asesinatos?

—Ah, sí que lo pillas, cabrón. El tema es que no quieres reconocer que se me ha ocurrido a mí. Prefieres que todas las ideas sean tuyas.

—Sí, soy un poco así. —Munch le guiñó un ojo, se comió el último trozo del sándwich de gambas y se quitó con la servilleta un poco de mayonesa que se le había quedado en la barba—. Tengo que fumar.

—Yo también tendré que empezar —comentó Mia suspirando—. En serio, estoy harta de tener que adaptar todas las conversaciones a tu adicción al tabaco.

—Disculpa —dijo Munch sin sentirlo, y se dirigió al patio por delante de ella.

—Lo sé, no hago más que parlotear buscando a tuestas —reflexionó Mia cuando estaban sentados bajo la estufa de gas—. Pero, joder, algo tenemos que hacer.

—Siempre podemos pelotear un poco —sugirió Munch con un guiño.

—Cierra la boca —le cortó Mia—. Vale, dejemos las analogías de los deportes, pero ya sabes a qué me refiero.

—El caos.

—Eso es.

—El caos lo describe mejor que el tenis.

—Bien, vale —dijo Mia—. Lo que quieras, llamémoslo caos.

—Hay mucha diferencia entre el caos y el tenis. El tenis es un deporte de precisión.

—¿Y esto no lo es?

Munch encendió otro cigarrillo.

—Hum, también es cierto.

—¿Ves? Entonces sí que tenía parte de razón, ¿no?

—Caos es mejor.

—Por Dios, eres como un crío.

—¿Cómo se roba un banco sin que nadie se dé cuenta?

—Volar un edificio en el otro extremo de la calle, ya lo sé —contestó Mia y lanzó un suspiro.

—Perdona —dijo Munch con una sonrisa mientras se frotaba los ojos—. Ha sido una semana muy larga. Hoy me he cabreado mogollón con el puñetero abogado. Es la leche, la gente nunca se responsabiliza de sus acciones. Bien, ¿cómo procedemos a partir de ahora?

—Eso era lo que yo te quería preguntar.

—¿La parroquia?

—Es evidente.

—¿Quedamos tú y yo mañana por la mañana?

—Hecho.

—¿Gabriel está en la oficina?

—Creo que sí.

—Envíale un mensaje. Dile que eche un vistazo a esa gente para que tengamos algo antes de ir. No recuerdo cómo se hacen llamar, pero andan por la calle Bogerudveien de Bøler.

—Vale —dijo Mia y sacó su teléfono.

—Por cierto —añadió Munch mientras encendía otro cigarrillo nada más apagar el anterior—, ¿qué es lo que has dicho antes?

—¿Lo del tenis?

—Sí, eso de que si sacas ganas.

—Si no te equivocas...

Los dos se callaron y se miraron.

—La teoría es buena, ¿no? —dijo Munch.

—Sin lugar a dudas —convino Mia.

—Hay que devolver la presión —propuso Munch.

—Voy a ver si se me ocurre algo —contestó Mia.

—Haz eso. Yo intentaré enterarme de quiénes son esos jodidos locos que quieren robarme el dinero.

Munch se levantó.

—¿Ya te vas?

—Esta noche me toca quedarme con Marion. La boda y todo eso. Tienen muchas cosas que preparar.

—Claro —dijo Mia—. Saluda a Miriam de mi parte.

—Lo haré.

Munch apagó el cigarrillo y se marchó. Mia pensó en tomarse una cerveza, pero consiguió reprimirse y pidió otra Farris. Sacó un bolígrafo y las hojas, que extendió por la mesa, tal y como solía hacer cuando necesitaba poner en orden sus ideas. En otra época siempre había visto todo muy claro y mucho más rápido. Cuando estaba en su mejor momento solo tenía que cerrar los ojos para ver todo dentro de su cabeza, pero hacía tiempo de eso. El incidente de Tryvann. Los meses en Hitra. Era como si los ojos estuvieran tapados con un velo. Una especie de niebla que envolvía las células del cerebro. Le habían dicho que descansara. Tenía que descansar mucho y durante mucho tiempo. No someterse a ningún tipo de presión. Su respuesta había sido la de anesthesiarse. Casi hasta morir. Y ahora estaba pagando el precio. Comenzó a escribir en las hojas que tenía delante. Intentó que el bolígrafo hiciera el trabajo por ella. Necesitaba encontrar un patrón en medio de todo ese caos. Casi le dolía el mero hecho de pensar. Había dos niñas muertas. Otras dos niñas desaparecidas. Era su responsabilidad. Munch. Sin lugar a dudas, tenía algo que ver con Munch. Estaba segura. ¿O no lo estaba? Lo que antaño había sido tan fácil ahora le parecía imposible. No debería haber aceptado la oferta de dejar la isla. Debería haber seguido con su plan.

«Ven, Mia, ven».

Apuntó los nombres en la hoja otra vez. Pauline. Johanne. Karoline. Andrea. Seis años. Habrían empezado el primer curso de primaria el año siguiente. Marcos 10:14. «Dejad que los niños se acerquen a mí». «Viajo sola». Cuerda de saltar. En los árboles. Ropa limpia. Cuerpos recién lavados. Shakespeare. *Hamlet*. Mochilas. Estaba empezando a verlo. Rikke J. W. Hønefoss. La niña que nunca fue encontrada. «Viajo sola».

«Ven, Pauline, ven.

»Ven, Johanne, ven.

»Ven, Karoline, ven.

»Ven, Andrea, ven».

Mia fue despertada bruscamente por la camarera que de repente estaba delante de ella. «Joder». Había estado muy cerca. Cerca de donde tenía que entrar. El lugar que llevaba tanto tiempo sin visitar.

—¿Quieres tomar algo más?

—Sí, tráeme una cerveza —murmuró Mia irritada—. Y un Ratzeputz. Dos Ratzeputz.

Necesitaba un poco de ayuda. Para volver a entrar al lugar donde necesitaba estar.

Mia Krüger estaba borracha, pero no podía dormir. Había bebido demasiado. Había bebido demasiado poco. La habitación del hotel parecía más fría y menos personal que habitualmente. Las sábanas limpias, que antes habían sido un aliado, se habían convertido en un enemigo. Había elegido la habitación porque no le recordaba a nadie que conociera, pero ahora echaba de menos su casa. Un hogar. Algo que tuviera que ver con ella. Algo seguro. Algo que encajara con su personalidad. Mikkelson quizá tuviera razón. Al fin y al cabo, posiblemente necesitara ir a hablar con un psicólogo. Tal vez necesitara tratamiento. Había estado al borde del precipicio durante mucho tiempo, luego había mejorado un poco, pero ahora estaba descendiendo otra vez.

Su cuerpo giraba en la gran cama. Tenía que agarrarse. No debería beber. Claro que no debería beber. En realidad, nadie debería beber. Había ido bien encaminada, ¿no? Había estado cerca de llegar a donde solía estar. En el interior, más allá de la superficie. Era su especialidad. Ver lo que nadie más veía. «No te presiones. Solo descansa. Viaja a algún sitio. Escóndete en una isla. Apaga el mundo. Tú ya has terminado». Pero, nada, la realidad tuvo que venir y llamar a la puerta. El mal tuvo que venir y molestar a toda costa. Ahora había coches donde habían estado las gaviotas. Farolas y luces de neón ocupaban el lugar de las estrellas. Ahora estaba sensible. Tenía la piel casi transparente. Ella, que había sido una chica tan dura. No debería beber. No debería beber para nada. Nadie debería beber.

Mia atravesó la habitación descalza y encontró sus pantalones en una silla. Las pastillas seguían en el bolsillo. Cogió una, volvió a la ventana y se la tragó con un sorbo de agua. Se quedó mirando los semáforos hasta que ya no pudo ver de dónde venían los colores. Volvió tambaleándose a la fría cama y apoyó la cabeza sobre la almohada.

Cuando sonó el teléfono acababa de quedarse dormida. Hizo todo lo posible por ignorarlo. Descansar. Actuar como si no pasara nada. El teléfono dejó de sonar. Nadie quería hablar con ella. El teléfono volvió a sonar. El teléfono dejó de sonar. Su pesado cuerpo sobre las sábanas blancas. La tercera vez que sonó el teléfono no fue capaz de ignorarlo.

—¿Mia?

Munch estaba al otro lado.

—¿Qué hora es? —murmuró Mia.

—Las cinco —respondió Munch.

—¿Qué pasa?

—Han encontrado a las niñas.

—¿Cómo?

—Te recogeré en la entrada del hotel. ¿Puedes estar preparada en diez minutos?

Tenemos un largo viaje por delante.

—Mierda —se le escapó a Mia—. Ya voy.

Tobias Iversen estaba tumbado tras un árbol esperando a que cayera la noche. Hacía tiempo que se había comido la última rebanada de pan y empezaba a tener hambre, pero ahora no podía volver a casa, tenía cosas más importantes que hacer. El plan había sido intentar forzar la verja, pero había resultado imposible. Estaba cerrada con una cadena y además se encontraba demasiado expuesta. El grupo de hombres había llevado a Rakel a una de las casas pequeñas y desde ese momento no se habían producido muchos movimientos en la granja. Un par de veces había salido gente de la iglesia para ir a los invernaderos, pero por lo demás no había visto a nadie. El lugar casi parecía abandonado. Era casi como un cementerio. El viento soplaba en los árboles encima de él. Tobias se abrochó mejor la cazadora y volvió a sacar los prismáticos. ¿Quizá debería irse a casa a pesar de todo? Para avisar a la policía. Había visto cómo la cogían. Eso no debía de estar permitido, ¿verdad? ¿O sí? No la habían hecho daño, solo se la habían llevado de allí. Una niña maleducada que no quería hacer caso. ¿Necesitaría la policía una orden de registro para intervenir en estos asuntos? En las películas americanas sí. Si no la tenían, no podían entrar en una casa a buscar nada. Tobias no sabía muy bien cómo funcionaba en Noruega, pero podría ser igual. Ahora ya no se sentía tan valiente. Todo había empezado como un juego. Solo quería echar un vistazo. Una pequeña expedición. En ningún momento se había imaginado que pudiera ver a alguien que necesitara ayuda. Pensó en su hermano pequeño, que ya habría vuelto a casa y se preguntaría dónde estaba él. Pensó en su madre y en su padrastro, que no sabrían qué contestar. No le gustaba la idea de que su hermano estuviera en casa sin él. Pensó en la posibilidad de volver. No conocía a esa chica. Podría ser simplemente una chica mala. Como Elin, la chica que había ido a su clase el año anterior, la que se había metido en el despacho del director a robar dinero y había mordido en la mano a uno de los profesores cuando la había pillado fumando en el patio durante el recreo. También ella le había parecido muy buena, al menos a él, pero la habían expulsado y desde entonces nadie la había vuelto a ver. Podía ser algo parecido. Quizá estuviera inventándose películas en la cabeza. Su madre se lo decía a menudo, tenía que bajar de las nubes. No era bueno. Soñar despierto no era bueno. Ahora empezaba a bajar la temperatura. Se suponía que había llegado la primavera, pero no era verdad, o por lo menos no por la noche. Se arrepintió de no haber traído todas sus cosas. La tienda, el saco de dormir y la mochila seguían en la loma, en el lugar donde había acampado. Tampoco se había traído la linterna. Qué estupidez. «¿Dónde tienes la cabeza? —le decía su madre a menudo—. ¿Hay algo ahí dentro?». Se avergonzaba un poco de sí mismo. Qué estupidez. Pronto estaría demasiado oscuro como para ir a buscar sus cosas. Demasiado oscuro para encontrar el camino a través del bosque. Si se iba ahora, todavía le daría tiempo. Por lo menos de recoger sus cosas. Encontraría el camino a casa con la linterna. Sí, sería lo mejor.



Recoger sus cosas. Volver a casa. Junto a su hermano pequeño. Tobias se levantó y sacó la cabeza de su escondite justo cuando se abrió una puerta. Se llevó los prismáticos a los ojos y se quedó quieto. Dos hombres salían de una de las casas, con alguien entre ellos. «Rakel». Era ella. Llevaba algo sobre la cabeza. Le habían puesto una capucha. Los dos hombres la sujetaban de los brazos, uno a cada lado, y la llevaban a rastras. Pasaron por detrás de la iglesia y volvieron a salir un poco más adelante. Tobias notó cómo se le aceleraba el corazón. No podía creer lo que estaban viendo sus ojos. Era como en una película. La estaban tratando como a una prisionera. Le habían atado las manos y le habían puesto una capucha en la cabeza. Los dos hombres continuaron arrastrándola en dirección a su anterior escondite. Pasaron el tractor y el pequeño cobertizo. ¿Y ahora qué? Tobias se armó de valor y se acercó aún más a la valla. Los dos hombres se habían parado. Uno de ellos se agachó e hizo algo que Tobias no pudo ver. De repente ella ya no estaba. Había desaparecido. Ahora solo quedaban los dos hombres, que ya volvían hacia la casa.

Tobias tomó rápidamente una decisión. En realidad había pensado esperar hasta que oscureciera totalmente, pero no había tiempo que perder. Se acercó sigilosamente a la valla y comenzó a trepar por ella. No se podían hacer estas cosas a la gente. No estaba permitido ser malo, independientemente de lo que ella hubiera hecho. Ningún adulto podía hacer esto. Ya había recuperado un poco de valor. Estaba enfadado. Se agarró al mallazo con los dedos metidos en los agujeros. Consiguió introducir la punta de los pies y, casi sin darse cuenta, ya había trepado la alta valla y estaba al otro lado. Se quedó sentado, tratando de recobrar el aliento mientras miraba a su alrededor. El patio estaba tranquilo otra vez. El suelo estaba frío y húmedo bajo su cuerpo. ¿Adónde había ido a parar Rakel? Se la habían llevado a un lugar en medio del patio y había desaparecido. Tobias debería haber tenido miedo, pero ya no sentía nada. Únicamente enfado. Estaba enfadado con todos los mayores que ponían las manos encima de sus hijos. Los niños deberían ser libres. Para jugar. No tener miedo. No estar en la cocina con la cabeza agachada. Dolía oír que eras estúpido. Dolía que te apretaran el brazo. Dolía no poder contestar por miedo a lo que pasara con tu hermano pequeño si decías algo inapropiado. Tobias se agachó y reptó por el patio. Uno de los hombres se había agachado a unos cien metros de donde él se encontraba. Entonces ella había desaparecido. ¿Por qué los mayores tenían hijos si no querían tratarlos bien? Un día, después de clase de Lengua, Emilie le había preguntado cómo se había hecho las marcas que tenía en el cuello. Por qué tenía los brazos azules. «Me lo puedes contar», le había dicho. Le había tratado muy bien, le acarició el hombro. «Me lo puedes contar, no es peligroso». Pero no había dicho nada. No era culpa de su profesora. Solo quería ayudarlo. Pero ¿qué sabía ella de cómo era su vida? ¿Estaría con él cuando llegara a casa? ¿Estaría cuando se enteraran de que se había chivado? No, eso no haría más que empeorar la situación. Todo sería peor, sabía de sobra qué pasaría. Había que aguantar. Resistir. Procurar que no trataran de la misma manera a su hermano pequeño. Aceptar los insultos. «¿Hay algo ahí dentro? ¿Estás mal del

coco?».

Tobias se agachó sobre la hierba mojada, haciéndose lo más pequeño que pudo. Se le mojaban las rodillas, pero daba igual. Podía aguantarlo. Era un chico duro. Lo único que hacía falta era cerrar la boca, nada más. No contestar, eso solo empeoraba las cosas. Había que asentir. Agachar la cabeza. Decir que sí. No tenía miedo. Ya no tenía miedo. Le habían puesto una capucha sobre la cabeza. Estaba prohibido. Los mayores no tenían permiso para hacer esas cosas a los niños. Gateó cautelosamente hacia delante, parando cada cierto tiempo para comprobar que todo estaba tranquilo, que no se abría ninguna puerta, que nadie le había descubierto. Solo le faltaban cinco años para cumplir dieciocho. Cuando cumpliera dieciocho años podría tomar sus propias decisiones. Podría irse a vivir solo, tal vez encontrar un trabajo, quizá pudiera llevarse a su hermano pequeño aunque solo tuviera doce años.

«¿Va todo bien en casa, Tobias? ¿Puedes decirle a tu madre que tiene que venir a hablar conmigo? Quiero hablar con ella. Lleva mucho tiempo sin venir a las reuniones y es importante que venga. ¿Se lo puedes decir? ¿Te has hecho daño en la mano? ¿Qué te ha pasado en la oreja? ¿Hay algo que pueda hacer por ti, Tobias? Puedes confiar en mí, ya lo sabes, ¿no?».

Tobias había llegado al lugar donde había desaparecido Rakel. Ya estaba oscuro. La iglesia se elevaba hacia el cielo, pinchando la luna y las nubes con su aguja. Casi como en una película de terror antigua. Una de Frankenstein o de Drácula, o una de esas. En realidad habría debido tener miedo, pero no era el caso. Estaba enfadado. La había visto bajo la capucha blanca. Ellos eran mayores y ella, una niña. No estaba permitido portarse mal con los niños. Tobias se arrepintió una vez más de no haber traído la linterna. Casi no podía ver el suelo bajo sus pies. La luna iluminaba un poco, pero solo salía de vez en cuando unos pocos segundos. No era estúpido. Ella no podía desaparecer sin más. Tenía que haber un agujero en el suelo, en algún sitio. Una trampilla. Algo. ¿Qué clase de adultos meten a una niña en un agujero en el suelo?

Tobias se agachó y comenzó a palpar el suelo a su alrededor. De repente se encendió una luz en el interior de la iglesia. Tobias siguió su instinto y se tiró al suelo. Se quedó tendido sobre el suelo mojado. Notó el olor a tierra y hierba. Se quedó así durante un rato, pero no salió nadie. Se armó de valor y se volvió a poner de rodillas. La luz de las ventanas le ayudaba a ver mejor. Una trampilla en el suelo. Eso era lo que estaba buscando. Nadie desaparece sin más.

No tardó mucho en encontrarla. Era nueva y estaba hecha con unas tablas claras, unidas entre sí. Podría medir un metro por un metro. Una pequeña trampilla que llevaba a un espacio subterráneo. Estaba cerrada con un candado. Era de color dorado, no muy grande, como el que usaba el profesor de Gimnasia en la taquilla para que nadie cogiera los balones de fútbol sin permiso. Miró a su alrededor otra vez. No había nadie. Ahora se oían voces dentro de la iglesia; canciones, alguien estaba cantando allí dentro. Estaban a lo suyo. Cantando. A Dios o lo que fuera. No sabían que él estaba ahí. Que había alguien que quería ayudarla. Tenía que forzar el candado.

Liberarla. Tobias sonrió para sus adentros. El profesor de Gimnasia nunca había entendido cómo desaparecían los balones de fútbol. No sabía lo fácil que era forzar un candado. Tobias lo había hecho muchas veces. Casi todos los chicos de su clase sabían forzar un candado con una ganzúa. Era más fácil que copiar en un examen. Habían fabricado ganzúas en clase de Manualidades, mientras el profesor salía a fumar. Todo lo que hacía falta era un trozo de metal, una lima para las uñas de las que usaban las chicas era ideal. Se recortaba la punta con unos alicates y después se limaba hasta rebajar el extremo a un grosor mínimo. Un poco complicado sí que era, claro, te lo tenía que enseñar alguien, pero una vez aprendido no lo olvidabas. Tobias sacó sus llaves del bolsillo con cremallera de la cazadora y buscó la ganzúa. Había que sujetar el candado de tal modo que la parte más ancha de la apertura quedara mirando a la derecha. Luego metías la ganzúa y apretabas el extremo hacia la izquierda hasta notar que tocaba el metal por dentro. Zas, tirabas del candado apretando y girándolo con fuerza hacia la derecha. Tobias oyó el clic de la cerradura cuando se abrió. Lo quitó y levantó la pesada trampa. Una escalera. Una larga escalera que bajaba por un agujero. Asomó la cabeza por el agujero y susurró suavemente:

—Hola. Rakel, ¿estás aquí?

Munch ya estaba esperando delante del hotel cuando Mia salió. Se metió en el Audi negro e intentó que su cuerpo despertara. La pastilla que se había tomado todavía estaba haciendo efecto y se sentía adormilada y espesa. Tampoco parecía que Munch hubiera dormido mucho. Llevaba la misma ropa que la noche anterior. Una americana de pana marrón con coderas de piel y una camisa con manchas. Tenía bolsas bajo los ojos y profundas arrugas en la frente. Mia se compadeció de él. Necesitaba a alguien que le hiciera compañía. Una mujer en su vida. Alguien que cuidara de él, de la misma manera que él cuidaba de toda la gente a su alrededor.

—¿Qué es lo que tenemos? —preguntó Mia.

—El castillo de Isengran.

—¿Dónde está eso?

—En Fredrikstad.

Mia se sobresaltó. Las otras dos niñas habían sido encontradas cerca de Oslo. En el bosque. El asesino había vuelto a cambiar su modus operandi.

—¿Quién las ha encontrado?

—Dos estudiantes —respondió Munch con un suspiro—. Al parecer esa zona está cerrada, pero se habían colado para un poco de ñaca-ñaca o qué sé yo.

—¿Quién está allí?

—La policía municipal. Curry y Anette van de camino, llegarán enseguida.

Mia miró el reloj del salpicadero. Las 05.15. Todavía no había amanecido.

—¿Y qué tenemos hasta ahora?

—Las dos niñas estaban en el suelo. Una a cada lado de un poste.

—¿Un poste?

Munch asintió con la cabeza.

—¿Qué clase de poste?

—Un poste de madera. Con una cabeza de cerdo clavada.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que acabo de decir. Las niñas estaban sobre la hierba, una a cada lado de un poste con una cabeza de cerdo clavada en la punta.

—¿Una cabeza de cerdo de verdad?

Munch asintió con la cabeza otra vez.

—Por Dios —dijo Mia con un suspiro.

—¿Qué crees que significa?

Munch encendió la calefacción y tomó la salida de la ciudad por el túnel de la plaza de Rådhusplassen.

—¿Una cabeza de cerdo clavada en un poste?

—Sí.

—No es fácil saberlo —contestó Mia.

El calor del coche le estaba dando sueño. Echaba en falta su café de por la mañana, pero no quería pedirle a Munch que parase.

—Algo tiene que significar, ¿no?

—*El señor de las moscas* —dijo Mia en voz baja.

—¿Qué?

—Es de un libro. *El señor de las moscas*. Unos críos naufragan en una isla desierta; solos, sin adultos. Piensan que vive un monstruo en la isla. Clavan una cabeza de cerdo en un poste, como un sacrificio.

—Por Dios —dijo Munch y soltó un suspiro—. Nosotros somos el monstruo, ¿es eso?

—Bien podría ser así.

—Hay una bolsita de Fisherman's Friend por ahí —dijo Munch y señaló la guantera.

—¿Y qué?

—Necesitas una —dijo Munch y tomó la salida de la carretera a Drammen.

Mia sintió una punzada de irritación, pero se le pasó enseguida. Abrió la guantera y cogió la bolsita de pastillas para la garganta Fisherman's Friend. Cogió dos y se metió la bolsita en el bolsillo de la cazadora de cuero.

—¿Por qué narices en Fredrikstad? —murmuró Munch—. No encaja con el resto. Además, ¿tan abiertamente?

—Somos demasiado lerdos —dijo Mia y sacó el teléfono.

—¿Qué quieres decir?

—El asesino quiere mostrarnos que nuestro trabajo es demasiado pobre.

—Por Dios —exclamó Munch suspirando.

Mia encontró a Gabriel Mørk en su lista de contactos.

—¿Sí?

—Buenas, soy Mia. ¿Estás en el trabajo?

—Pues sí —contestó Gabriel y lanzó un suspiro.

—¿Puedes ver qué encuentras sobre el castillo de Isengran en Fredrikstad?

—¿Ahora?

—Sí. Munch y yo estamos de camino. Han encontrado a las niñas.

—Sí, ya me he enterado.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Mia podía oír cómo Gabriel pasaba los dedos por el teclado.

—¿Encuentras algo?

—¿Qué estamos buscando?

—Cualquier cosa.

—Vamos a ver —dijo el joven y reprimió un bostezo—. El castillo de Isengran. Una fortaleza en una pequeña isla de Fredrikstad. Divide la desembocadura del Glommas en dos. Construido a finales del siglo XIII por el *jarl*<sup>[7]</sup> de Borgsyssel, si eso le dice algo a alguien. Construido de madera y piedra. Destruído en 1287 por algún

rey. Construyeron una nueva fortaleza en el siglo XVIII. Peter Wessel Tordenskiold lo utilizó como base durante la Gran Guerra del Norte, a saber qué es eso. El nombre de Isengran significa, bueno, parece que los estudiosos no terminan de ponerse de acuerdo, pero puede derivar de *île grande* en francés, «la gran isla». ¿Te sirve de algo esto?

—En realidad no —dijo Mia—. ¿Hay algo más? Algo actual. ¿Para qué se usa hoy en día?

—Espera un momento.

Mia dejó el móvil sobre el hombro y se tomó otra pastilla para la garganta. Todavía notaba el sabor a alcohol al fondo de la cavidad bucal.

—No encuentro mucho más. Fotos de bodas sacadas en el castillo de Isengran. Una excursión para jubilados.

—¿Eso es todo?

—Sí. No, espera, aquí hay algo.

Volvió el silencio.

—¿Qué tienes?

—No sé si es importante o no, pero en 2013 van a levantar un monumento allí. No en el castillo, sino en el paseo marítimo de enfrente.

—¿Qué clase de monumento?

—Se llama *Las madres de Munch*. Una estatua de bronce de la madre y la tía de Edvard Munch.

—Claro —murmuró Mia.

—¿Te ha servido de algo?

—Por supuesto, Gabriel, muchas gracias.

Estuvo a punto de colgar, pero Gabriel habló de nuevo:

—¿Está por ahí Munch?

—Sí.

—¿Qué tal está de ánimo?

—Regular, ¿por qué?

—¿Me pasas con él?

—Vale.

Mia le pasó el teléfono a Munch.

—Sí, aquí Munch.

*Las madres de Munch*. Así que al final tenía razón.

—Sí, comprendo —dijo Munch al teléfono—. Bueno, no te vuelvas loco, es un asunto personal y tenemos otras prioridades. ¿Cómo? Sí, estas cosas pueden volverte majara, pero yo... ¿Qué? Sí, me lo envió una amiga de internet. De Suecia. ¿Cómo? Se hace llamar margrete\_08. Pero no te vuelvas loco. Sí, sí, lo sé. Hablamos luego.

Munch sonrió levemente y devolvió el teléfono a Mia.

—¿De qué hablabais?

—Nada especial, solo un asunto privado.

—Es bueno —dijo Mia.

—¿Quién? ¿Gabriel? Sí, sin lugar a dudas. Me gusta. Me alegro de haber acertado esta vez.

Mia se tomó otra pastilla para la garganta y bajó la ventanilla un poco.

—¿Ha conseguido algo sobre el castillo de Isengran?

—Desde luego —dijo Mia.

Refirió lo que Gabriel acababa de contarle.

—Mierda —murmuró Munch—. ¿Así que esto tiene que ver conmigo? ¿Esas niñas han muerto por mi culpa?

Munch cerró los ojos y dio un golpe al volante.

—No lo sabemos seguro —replicó Mia—. ¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar?

—Hora y media —calculó Munch.

—Creo que voy a dormir un poco —comentó Mia.

—Haces bien —dijo Munch y asintió con la cabeza—. Duerme un poco por mí también.

El sol ya estaba saliendo cuando llegaron a la zona acordonada por la policía. Munch enseñó su placa y un joven policía con el pelo revuelto, con pinta de haberse despertado hacía un momento, les enseñó el camino. Aparcaron el coche delante de una pequeña casa roja con un cartel en el que ponía: «Café Galeien». Curry salió a su encuentro y les mostró el camino por la antigua muralla de piedra. Mia atisbó el paseo marítimo al otro lado del agua, donde iban a colocar la estatua de bronce. La madre y la tía de Edvard Munch. Laura Cathrine Munch y Karen Bjølstad. Mia sabía mucho sobre Munch. La mayoría de la gente de Åsgårdstrand sabía bastante. La gente del pueblo siempre se había sentido orgullosa de que Munch viviera allí. Aunque en su época las damas de la alta sociedad le habían dado la espalda al sencillo pintor. «Lo típico —pensó Mia mientras se acercaba a la tienda de plástico blanco que los técnicos habían montado—. Entonces lo odiaban, pero eso ya está olvidado». ¿Pasaba lo mismo con todos los grandes artistas en estas tierras? ¿Tenían que morir para que la gente pudiera empezar a apreciarlos? Se dio cuenta de que esa idea no era suya. Era de su madre. El arte y la literatura siempre habían sido importantes en su casa cuando era pequeña. A menudo se sentaba junto a la mesa de la cocina y escuchaba hablar a su madre. A veces era como si les diera una clase. Sigrid y ella eran las alumnas, cada una sentada delante de un plato de copos de avena, y su madre, Eva, hacía las veces de profesora entusiasta.

Curry estaba sorprendentemente despierto y no dejó de hablar durante todo el camino hasta la tienda. El experimentado policía podía parecer frío y duro a primera vista, por su cabeza rapada y su cuerpo musculoso, pero Mia no se dejaba engañar por las apariencias. Curry era muy habilidoso y tenía un gran corazón, aunque se pareciera y se comportara como un bulldog.

—Dos estudiantes. Novios. Iban al instituto de Glemmen. Estaban bastante afectados, así que les hemos enviado a casa.

—¿Y no tenían nada que ver con esto? —preguntó Munch.

—No, no, apenas podían pronunciar palabra. Nunca había visto dos estudiantes tan sobrios en toda mi vida. Lo que vieron les debió de sacar todo el alcohol del cuerpo.

—¿El equipo local ha aportado alguna observación? —preguntó Mia.

—Todavía no —contestó Curry—. La policía de Fredrikstad está tomando declaraciones a la gente de la zona en estos momentos. Pero no creo que saquemos nada.

—¿Por? —quiso saber Mia.

—¿Lo preguntas en serio? —Curry le echó una sonrisa retorcida—. Esto no es precisamente el trabajo de un aficionado.

Llegaron a la tienda justo cuando salía un hombre con un mono blanco de



plástico. Mia se sorprendió al ver una cara conocida. Había trabajado varias veces con el forense Ernst Hugo Vik, pero pensaba que se había jubilado hacía tiempo.

—Munch, Mia —los saludó Vik inclinando la cabeza hacia ellos cuando llegaron.

—Hola, Ernst —dijo Munch—. ¿Te han sacado de Oslo solo para esto?

—No —contestó Vik—. Me había escondido en la cabaña para estar un poco tranquilo, pero no ha funcionado.

—¿Qué tenemos? —preguntó Mia.

Vik se quitó el gorro de plástico blanco y los guantes. Encendió un cigarrillo y sacudió los pies para quitarse un poco de tierra de las botas.

—No llevan aquí mucho tiempo. Diría que como máximo una hora antes de ser descubiertas.

—¿Y la hora de la muerte?

—La misma —respondió Vik suspirando.

—¿Han sido asesinadas aquí mismo?

—Todo parece indicar que sí —corroboró el viejo—. Pero no lo puedo afirmar con seguridad hasta que no estén encima de la mesa. ¿De qué va esto, Munch? Tengo que confesar que es una de las cosas más raras que he visto nunca. Es un asunto crudo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mia.

—Bueno —dijo Vik dando otra calada al cigarrillo—, ¿qué te puedo contar? Para ser un asesinato ritual, resulta muy limpio. Las niñas arregladas y lavadas. Decoradas. Mochilas escolares. ¿Y luego esta cabeza de cerdo? En fin, a saber. Tendréis que echar un vistazo por vuestra cuenta. Tengo que tomarme una pausa.

El viejo se metió los guantes en los bolsillos y echó a andar hacia el aparcamiento. Munch y Mia se pusieron los monos blancos que les habían preparado y entraron en la tienda.

Karoline Mykle estaba tendida en el suelo con las manos cruzadas sobre el pecho. Llevaba un vestido amarillo de muñeca. La mochila estaba colocada a sus pies. Andrea Lyng se hallaba a tan solo unos metros de distancia, también con las manos cruzadas sobre el pecho y la mochila junto a los zapatos blancos. Las dos llevaban el mismo cartel alrededor del cuello que Pauline y Johanne. «Viajo sola». La escena era casi religiosa, con la grotesca cabeza del cerdo colocada entre ellas. Mia Krüger se puso los guantes y se agachó junto a Andrea. Levantó la pequeña mano blanca y estudió las uñas.

—Tres —dijo asintiendo con la cabeza.

Colocó la mano cuidadosamente sobre la hierba y se acercó a Karoline.

—Cuatro.

En ese mismo momento, comenzó a sonar el móvil de Munch. Miró la pantalla, pero no contestó. El teléfono sonó una vez más.

—Me cago en la puta —dijo pulsando el botón rojo.

—Esa lengua —le reprendió Mia. Hizo un gesto con la cabeza señalando a las

niñas y volvió a levantarse.

—Disculpa —dijo Munch y al mismo tiempo sonó el teléfono por tercera vez. Volvió a pulsar el botón rojo y casi enseguida comenzó a sonar el teléfono de Mia. Vio el nombre de Gabriel en la pantalla.

—¿Gabriel? —preguntó Munch en voz baja.

Mia asintió con la cabeza y rechazó la llamada.

—¿Ha sido él quien te ha llamado a ti también?

Munch asintió a la vez que volvía a sonar el móvil de Mia. Salió de la tienda antes de contestar.

—Más vale que sea algo importante —le espetó Mia.

Gabriel parecía aturdido y respiraba pesadamente.

—Tengo que hablar con Munch —jadeó.

—Está ocupado, ¿qué quieres?

—He conseguido descifrar el mensaje —balbuceó Gabriel.

—¿Qué clase de mensaje?

—Le enviaron un e-mail. Un problema. Un mensaje codificado. De margrete\_08. Lo he descifrado. Código Groenfeld. Lo he resuelto.

—¿Y no puede esperar? —dijo Mia suspirando.

—No, bajo ningún concepto. —El joven hacker casi estaba gritando—. Tienes que decírselo. Ahora mismo.

—¿Y qué le digo? ¿Cuál es el mensaje?

Gabriel se quedó callado un momento, parecía que no se atrevía a contar lo que había descubierto.

—¿Gabriel? —dijo Mia impaciente.

—«Toc, toc, la pequeña Marion = 5».

—¿Qué?

—«Toc, toc, la pequeña Marion es la número cinco».

—Mierda —exclamó Mia y entró corriendo en la tienda en busca de Holger Munch.



Miriam Munch estaba en el asiento trasero del Audi de su padre tratando de controlar sus sentimientos. Llevaba un gorro tan bien calado que le tapaba las orejas, además de unas gafas de sol, según las instrucciones de su padre. Marion estaba tumbada en el asiento a su lado, acurrucada debajo de una manta que tapaba completamente a la niña. Miriam casi no se había enterado cuando su padre la había llamado en mitad de la noche hacía unos días pidiéndole que cerrase todas las puertas con llave. No debía abrir la puerta a nadie. Y debía mantener a Marion alejada de la guardería.

—¿Qué quieres decir con alejada de la guardería?

—Por Dios, Miriam, ¡haz lo que te digo!

Naturalmente, había tenido sus sospechas. Miriam Munch no era tonta. Al contrario. Miriam Munch siempre había sido una de las chicas más listas de la clase. Desde que era pequeña, lo que a sus compañeros les costaba trabajo a ella le había parecido increíblemente sencillo. Los ríos de Asia. Las capitales de Sudamérica. Las fracciones. El álgebra. El inglés. La lengua. Había aprendido rápidamente a no decir en voz alta todo lo que sabía, a no sacar el mejor resultado en todos los exámenes, a no levantar la mano demasiado. Tenía inteligencia social. Quería tener amigos. No quería parecer la más lista.

Claro que se le había ocurrido. A fin de cuentas, Marion empezaba el primer curso en el colegio ese año. Además, su padre era el jefe de la investigación del caso. No era tonta. Pero sí cabezona. No se iba a dejar amedrentar por nadie. Su vida no iba a verse afectada por unos crímenes. Naturalmente, había tomado algunas medidas preventivas, ¿quién no? La acompañaba y la traía personalmente. Dos veces no la había dejado ir a fiestas de cumpleaños, a pesar del desconsuelo de la niña. Ella misma había tomado la iniciativa de organizar una reunión en la guardería con los empleados y los padres de las niñas que iban a empezar el primer curso en otoño. Algunos de esos padres se habían tomado vacaciones por miedo a enviar a las niñas a la guardería. Unos decían que la guardería debería cerrar, otros querían estar con sus hijos y en cierto momento el debate se había acalorado hasta volverse violento, pero Miriam había conseguido calmar a la gente. Había explicado que debían seguir con sus vidas con normalidad. Sobre todo pensando en las niñas. Pero en el interior de Miriam no se había callado la vocecita malvada que le decía: «Tal vez tú sí que deberías tener más cuidado. Tú eres la que más tienes que temer». Y ahora había pasado.

Miriam envolvió a su hija con la manta. Estaba profundamente dormida. Fuera estaba oscuro y el Audi negro rodaba lentamente por unas calles casi vacías. Miriam Munch no tenía miedo, pero sí se sentía preocupada. Y triste. Y frustrada. E irritada. Y furiosa.

—¿Estáis bien?

Mia Krüger se giró para mirarla. Todavía no le habían contado por qué tenían que trasladarla de un lado a otro de esa manera, la tercera vez en dos días, pero en realidad ya lo sabía.

—Todo bien —dijo Miriam—. ¿Adónde vamos esta vez?

—A un piso de la policía —le explicó su padre y la miró por el espejo retrovisor.

—¿No crees que ya ha llegado el momento de que me digas qué es lo que está pasando? —preguntó Miriam. Intentó parecer severa, pero estaba demasiado agotada. Llevaba varios días casi sin dormir.

—Es por tu propio bien —le dijo su padre y la miró por el retrovisor otra vez.

—¿El asesino la ha amenazado? ¿Estáis haciendo esto solo como medida preventiva? Tengo derecho a saber qué está pasando, ¿verdad?

—Estaréis seguras siempre y cuando hagáis lo que yo os diga —sentenció su padre saltándose un semáforo en rojo.

Sabía que cuando su padre había tomado una decisión no había vuelta atrás, así que no volvió a preguntar. De repente se sintió como si tuviera catorce años. Por aquel entonces, él había sido terriblemente estricto, pero se había ablandado con los años. En esa época no se podía hablar con él. «No, Miriam, no puedes llevar esa ropa al colegio, esa falda es demasiado corta». «No, Miriam, a las diez tienes que estar de vuelta en casa». «No, Miriam, no me gusta que estés con ese Robert; no creo que sea una buena compañía». Una vida de adolescente controlada hasta el más mínimo detalle por un padre policía paranoico. La había ayudado socialmente, eso sí. A la gente con dificultades en casa se la trataba mejor en el grupo de amigas de su clase. Además, siempre había maneras de engañar a los padres, aunque fueran policías. Al final, su padre apenas se había dejado ver por casa, así que desaparecieron los problemas. Y la madre también había estado ausente. A veces se preguntaba cómo los padres, personas adultas, podían ser tan inocentes como para pensar que sus hijos no se daban cuenta de lo que estaba pasando. Miriam se había enterado de lo de Rolf mucho tiempo antes de que se desatara el infierno en su casa. Su madre, que tenía unas rutinas tan estrictas que no hacía falta ni mirar el reloj para saber qué hora era, ¿de repente tenía que quedar «con una amiga»? ¿De pronto recibía un montón de llamadas que eran «de alguien que se había equivocado»? Por favor.

—¿Está dormida?

Mia Krüger volvió a girarse y miró a Marion, que seguía acurrucada debajo de la manta.

Miriam asintió con la cabeza. Mia le caía bien. Siempre le había caído bien. Había algo en ella. Era carismática. Irradiaba algo bonito. A veces podía parecer un poco distante y extraña, pero nunca con Miriam. Mia le recordaba un poco a ella misma, tal vez fuera por eso por lo que le caía tan bien. Era inteligente y fuerte, pero también bastante vulnerable.

—Tu padre recibió un mensaje codificado a través de una página web —le

explicó Mia.

—¡Mia! —exclamó Munch, pero Mia no le hizo caso.

—Esa persona aseguraba ser una experta en matemáticas de Suecia llamada Margrete. Cuando desciframos el código, el mensaje resultó ser una amenaza directa a Marion.

Miriam vio cómo la cara de su padre se ponía cada vez más roja.

—¿En serio? —preguntó Miriam. A ella misma le sorprendía sentir más curiosidad que miedo—. ¿Y cuánto tiempo estuviste en contacto con ella? En esa página web, quiero decir.

Su padre no contestó. Tenía las mandíbulas apretadas y los nudillos de las manos, que agarraban el volante, estaban blancos.

—Casi dos años —le explicó Mia.

—¿Dos años? ¿Dos años? —Miriam no daba crédito a lo que estaba oyendo—. ¿Has estado en contacto con esa persona durante dos años? Papá, ¿es verdad? ¿Has estado comunicándote con esa persona durante dos años sin saber que era el asesino?

Su padre seguía sin contestar. Ya tenía la cara roja como un tomate y estaba pisando fuerte el acelerador.

—No podía saberlo —le explicó Mia—. Todos eran anónimos en esa página. Podría haber sido cualquier persona.

—Ya basta, Mia —ordenó Munch tajante.

—¿Qué? —replicó Mia—. Puede que Miriam sepa algo. Si has estado en contacto con el asesino durante años, es posible que se haya comunicado con ella también. Tenemos que saberlo, ¿no?

Munch frenó de golpe y detuvo el coche junto a la acera.

—Quédate aquí —le dijo con voz seria a Miriam a través del espejo—. Y tú sal.

—Vamos, Holger —se quejó Mia.

—Sal. Sal del coche.

Mia se quitó el cinturón de seguridad y salió del Audi a regañadientes. Holger abrió su puerta y siguió a Mia hasta la acera. Miriam no pudo oír lo que decían, pero estaba claro que su padre se había enfadado mucho. Hacía aspavientos y casi le salía espuma por la boca. Vio que Mia intentaba decir algo, pero su padre no le dejó. Gesticulaba con las manos muy cerca de la cara de Mia y por un momento Miriam pensó que le iba a dar una torta. Su padre soltó una larga retahíla y al final Mia dejó de hablar. Se limitó a asentir con la cabeza. Después los dos policías volvieron a entrar en el coche. Reanudaron el viaje lentamente, pero ya nadie hablaba. El ambiente en el coche era un poco opresivo. Miriam pensó que sería mejor mantener la boca cerrada. ¿Dos años? ¿Su padre había estado en contacto con el asesino durante tanto tiempo? No era de extrañar que estuviera tan enfadado. Alguien le había estado engañando. Y ahora había cuatro niñas muertas. ¿Marion era la número cinco? ¿Ese era el mensaje? ¿Por eso habían ido a buscarla tan de repente? Miriam tapó mejor a su hija con la manta y le pasó una mano por el pelo, mientras el Audi

negro seguía recorriendo las calles nocturnas rumbo a un escondite secreto que ni sabía dónde se hallaba.

Mia estaba en la acera delante del bloque de pisos gris en el lado oeste de la ciudad. Tenía la sensación de que alguien la estaba mirando. No era la primera vez que se lo parecía. Desde que había llegado a la ciudad había tenido la desagradable sensación de que alguien la estaba observando. Lo había achacado a su paranoia. Bastante normal para una persona de su edad. Lo importante era no dejar que se apoderase de ti. No estaba nerviosa, no era eso, pero, joder, aun así... Miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Las calles parecían tranquilas.

Habían trasladado a las chicas a un piso limpio de Frogner. Limpio en el sentido de no registrado. No constaba en los registros oficiales. La noche anterior habían tenido a las chicas encerradas en un piso más al este, pero Munch no se había sentido seguro allí y había preferido moverlas. El piso que ahora usaban estaba reservado para políticos y altos dignatarios que necesitaban privacidad cuando venían de visita, pero Munch había aprovechado sus contactos sin hacer demasiado ruido. Cuanta menos gente lo supiera, mejor. Estaba empezando a ponerse realmente paranoico. Mia lo comprendía perfectamente.

Encontró una pastilla en el bolsillo y miró a izquierda y derecha. No había nadie en la calle. Ni siquiera un coche. Ni un vehículo de mensajería. Estaba totalmente sola y bastante segura de que nadie había visto a las chicas entrar en el piso.

Unos minutos más tarde, Munch salió a la calle. Encendió un cigarrillo y se pasó la mano por el pelo.

—Perdona —le dijo Mia.

—Nada, joder, ha sido culpa mía —contestó Munch—. Simplemente que, bueno, ya sabes cómo soy.

—No te lles un mal rato —le tranquilizó Mia.

—¿Estamos solos?

—Creo que sí. No he visto a nadie. ¿Todo bien ahí arriba?

Munch dio una profunda calada al cigarrillo y miró hacia el cuarto piso.

—Sí, muy bien. Miriam está cabreada conmigo, aunque lo comprendo. Solo espero que entienda que lo hago para ayudarla.

—Claro que lo entiende —le calmó Mia—. Han pasado muchas cosas, eso es todo. Te lo agradecerá cuando todo termine.

—Bueno, no estés tan segura. Tengo que decirle que no puede casarse.

—¿Vas a cancelar la boda?

—Naturalmente.

—Es una medida bastante radical —dijo Mia.

—Imagínate cien personas en la misma iglesia. Todas relacionadas conmigo de alguna manera. No podemos permitirlo —argumentó Munch.

«Es un juego, ¿verdad? Está jugando con nosotros. Juega con nosotros. ¿Cuál es



la mejor manera de robar un banco? Volar un edificio en la misma calle». El asesino, o la asesina, sabía perfectamente lo que hacía. Esto era más preocupante que cuatro niñas. Más que diez niñas. Alguien había seguido a Munch durante varios años. Y sabía perfectamente cuál era su punto más sensible. Cómo crear la máxima confusión posible. El caos. El miedo. Mia no había dormido más que cuatro horas en los últimos tres días y el cansancio estaba empezando a afectarla, lo notaba. Le costaba pensar con claridad.

—¿Quién está en la oficina? —preguntó Munch cuando ya estaban sentados en el coche.

—Ludvig, Gabriel y Curry, creo —respondió Mia.

—Mikkelson quiere quitarme del caso —dijo Munch y encendió otro pitillo sin abrir la ventanilla.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Qué habrías hecho tú? —La miró con los ojos apagados.

—Te habría quitado —contestó Mia.

—Claro —dijo Munch y tomó la salida hacia la calle Mariboegate.

—¿Y tú qué piensas?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, es una pregunta lógica. Estamos trabajando en un caso extremadamente duro. El asesino ha ido a por ti a nivel personal. ¿Eres capaz de mantener la objetividad? ¿Puedes aparcar tus sentimientos? No lo creo.

—¿De qué lado estás? —bufó Munch.

—Del tuyo, naturalmente —aseguró Mia—. Pero sé que esa pregunta va a salir.

—Ahora es un asunto personal —dijo Munch con los ojos entornados—. Nadie va a por mi familia sin pagar por ello.

—¿Lo ves?

—¿Qué?

—Un comentario así delante de Mikkelson y adiós. —Mia se pasó el dedo por el cuello a modo de ilustración.

—Ja —replicó Munch—. ¿A quién pondrían?

—A Wenngård.

—Sí, ya.

—A Klokkervold.

—Joder, Mia. ¿En qué equipo juegas?

—Te lo tengo que decir, Holger. Hay más gente. Puedes ser sustituido.

Munch reflexionó un poco antes de contestar.

—¿Tú qué habrías hecho? Si esto fuera contra alguien de tu familia.

—Lo sabes de sobra.

—Es verdad. Así que dejemos el tema.

—¿No deberías dormir un poco?

—Seguramente, pero no puedo —contestó Munch suspirando y por fin bajó la

ventanilla—. Envía un mensaje a todos. En la oficina en una hora. El que no esté puede buscarse otro trabajo. Tenemos que volver a sacar todo. Vamos a buscar debajo de cada piedra hasta que demos con ese puto bicho, aunque sea lo último que haga.

Mia asintió con la cabeza y sacó el teléfono.

—¿Qué tenemos? —preguntó Munch cuando todos estaban reunidos en la sala—. Y no me digáis que no tenéis nada, porque eso no es posible. Alguien ha tenido que ver algo ahí fuera. Sé que todos habéis trabajado a destajo, pero a partir de ahora vamos a doblar el esfuerzo. ¿Quién quiere empezar? ¿Ludvig?

Mia miró a su alrededor. Un puñado de caras cansadas la estaban mirando, casi resultaba doloroso verlo; todo el mundo había echado una cantidad impresionante de horas la última semana, pero seguían sin tener casi nada. Curry llevaba barba. Gabriel Mørk tenía la cara blanca y unas grandes bolsas bajo los ojos.

—Hemos cruzado los datos de todos los nombres de la Residencia de Høvikveien con el caso de Hønefoss. Hasta ahora no hemos encontrado nada, pero todavía nos queda un poco por comprobar.

—Seguid con ello, puede haber algo ahí —dijo Munch—. ¿Más cosas?

—Busqué información sobre aquella parroquia que me comentaste —dijo Gabriel.

Munch lanzó una rápida mirada a Mia, quien se encogió de hombros y asintió con la cabeza. No habían hecho los deberes con esa parroquia. Habían empezado demasiado tarde. Estaban llegando a algo, pero entonces había salido lo de las niñas en Isengran y poco después habían descubierto la amenaza contra Marion.

—¿Qué has encontrado?

—Sorprendentemente poco —dijo Gabriel—. Se hacen llamar la Iglesia de Matusalén, pero no he encontrado ninguna asociación ni organización religiosa registrada bajo ese nombre. No tienen página web ni nada semejante, parece que no han entrado en la era digital o, si no, lo han evitado intencionadamente, no lo sé.

—¿Eso es todo lo que tienes?

—No, hay una persona que está empadronada en la misma dirección.

Gabriel repasó sus notas.

—Un tal Lukas Walner. Miré lo que había sobre él, pero no lo he encontrado en ningún otro sitio.

—Vale —dijo Munch rascándose la barba—. He estado allí varias veces y, que yo recuerde, había por lo menos dos personas. Un tipo mayor con el pelo blanco y un hombre rubio con el pelo corto de veintitantos años. Tenemos que investigar eso más a fondo y hay que hacerlo rápido. El asesino nos ha despistado y tenemos que volver al camino correcto. Mi madre suele ir a reuniones allí, así que voy a ver qué le puedo sacar, ¿vale?

—Me pongo en cuanto terminemos aquí —dijo Gabriel.

—Bien —contestó Munch y volvió a mirar a los reunidos—. ¿Más cosas?

—Hemos estado vigilando a Benjamin Bache, pero hasta ahora no hay indicios de que esté involucrado —informó Kyrre.

—Vale —dijo Munch—. Ahora tenemos recursos, así que seguiremos vigilándolo hasta que estemos completamente seguros. ¿Qué más?

—He rastreado la cuenta de margrete\_08 —dijo Gabriel—. Es una dirección de Hotmail creada el... —consultó el iPad que tenía delante—, el 2 de marzo de 2010. Unos días antes de que te enviase el primer e-mail, ¿correcto?

Gabriel miró a Munch, que pareció avergonzarse un poco. No solo estaba el nombre de su madre metido en la investigación, también había estado en contacto con el asesino. En su vida privada. Y se había dejado engañar. Mia lo conocía tan bien que sabía qué estaba ocurriendo al otro lado de su ceño fruncido. Vio que estaba intentando recomponerse. No causar la impresión de que se lo estaba tomando como algo personal delante del resto del equipo.

—Correcto —dijo Munch.

—La cuenta solo ha sido usada para mandarte mensajes a ti. Han sido enviados desde tres direcciones IP diferentes.

—En noruego, por favor —apuntó Curry bostezando.

—Direcciones IP. Direcciones de Internet Protocol. Todos los aparatos conectados a internet tienen su propia dirección, que dice dónde está. El país, la provincia, el proveedor de banda ancha.

—¿La posición exacta? —preguntó Munch.

—Sí. —Gabriel asintió con la cabeza y volvió a consultar sus papeles—. Como decía, ha sido usada desde tres direcciones diferentes. Todas de un Burger King. En la calle Karl Johan, en el estadio de Ullevål y en la Estación Central de Oslo. Es un portátil. Imposible localizarlo, a decir verdad. Lo he buscado, pero no responde, así que no creo que esté conectado. Lo más probable es que su dueño lo haya tirado, que es lo que yo habría hecho.

—¿Los Burger King tienen internet? —preguntó Curry.

—Nos han llegado casi dos mil avisos —informó Anette sin hacer caso a su cansado colega—. La mayoría relacionados con el retrato robot de la mujer de Skullerud. Siento tener que decirlo, pero hasta ahora no nos ha llegado nada que podamos utilizar. El retrato es demasiado vago, se parece a demasiada gente. En cuanto a la recompensa, bueno, ya sabéis qué es lo que suele pasar. Muchísima gente con ganas de obtener un millón de coronas tiene una vecina sospechosa.

Munch se pasó la mano por la barba.

—¿Y el modus operandi?

Kyrre se limitó a negar con la cabeza.

—Joder, ¡vamos! ¡Algo debemos tener! ¡Alguien ha tenido que ver u oír algo!

Mia lanzó una mirada severa a Munch. «Cálmate». Sabía que, aunque el equipo era sólido, en esta profesión siempre había alguien que quería trepar. Mikkelson estaría en contacto directo con varios de ellos.

Mia se aclaró la garganta y se levantó. Se acercó a la pizarra para desviar la atención de Munch.

—No sé si todo el mundo está al tanto de cada detalle, así que voy a repasar todo desde el principio. No solo los datos concretos, algunas cosas son intuiciones que tengo en la cabeza y quiero que me ayudéis, quiero saber qué pensáis, opináis, sentís. No hay nada demasiado estúpido, todo nos puede ayudar, ¿vale?

Mia miró a su alrededor. Todos seguían callados. Los ojos de todo el mundo estaban clavados en ella.

—Esta es la historia tal y como yo la veo. En 2006, alguien robó un bebé del hospital de Hønefoss. Hay dos razones fundamentales para robar un bebé. Una es para pedir un rescate, pero, como nadie dijo nada al respecto, podemos tachar eso. La otra razón es que alguien realmente quiera tener un bebé. ¿Vale? Esa es la opción más probable para mí. Siempre he pensado, o más bien he sentido, que fue una mujer quien lo hizo. Una mujer quiere tener un bebé. Imaginemos el siguiente escenario. Esta mujer tiene acceso a la maternidad. Tal y como pudimos comprobar por aquel entonces, resulta mucho más fácil robar un bebé de lo que uno piensa. Sobre todo un bebé que no tiene padres. Vale, digamos que esta mujer roba el bebé. Se monta un follón impresionante, claro, todo el mundo sale a buscarlo, los medios de comunicación, nosotros, todos. Nadie aguanta tanta presión. La mujer encuentra un cabeza de turco, Joachim Wicklund. Se ahorca en el momento preciso. Resulta oportuno para todo el mundo. ¿Y qué muestra el informe forense? En efecto. No se le hizo la autopsia. Se había ahorcado. Había confesado. Caso resuelto. Carpetazo y a seguir con otro tema.

Hizo una pausa para recobrar el aliento y bebió un sorbo de agua mineral Farris. No había preparado ningún discurso y ahora hablaba tanto para sí misma como para el resto del equipo.

—Se me ocurre que, si se hubiera realizado una autopsia concienzuda, probablemente habríamos encontrado un pinchazo de aguja en el cuello del sueco. Muy oportuno e inteligente, ¿verdad? Una sobredosis de algún anestésico en el cuello, justo debajo de la cuerda, muy difícil de encontrar si no hay sospechas de asesinato. Bueno, esa es una teoría. Total, que tenemos a una mujer. Con un bebé. Que sabe poner inyecciones. Y con acceso a anestésicos.

—¿Una enfermera? —preguntó Ludvig.

—Muy posiblemente —coincidió Mia y continuó—: Pero entre los enfermeros de Hønefoss no había ningún sospechoso. Bien, entonces tenemos a una mujer que ha robado un bebé. Y todos contentos. Los medios de comunicación ya no escriben nada. Nosotros nos hemos rendido. Pero luego algo va mal. El bebé tal vez muera. El bebé muere y la mujer la emprende con nosotros. Es nuestra culpa que el bebé haya muerto. Deberíamos haberlo encontrado. Deberíamos haber salvado al bebé. Y Munch es la persona responsable. Así que decide vengarse con Munch.

Mia se aclaró la garganta y bebió otro sorbo de Farris. Ahora había un silencio total en la sala. Todos sabían de lo que era capaz Mia. Nadie quería interrumpirla ahora que había empezado.

—Esta mujer es realmente inteligente —continuó Mia—. Incluso puede llegar a parecer un poco bipolar. En su opinión, es correcto robar un bebé y no le importa matar a gente. A ella le parece moralmente correcto, así que esta mujer ha tenido que vivir algo, algo que... —No acababa de encontrar las palabras—. Bueno, no sé exactamente qué, porque podrían ser muchas cosas. Tiene la cabeza despejada y confusa al mismo tiempo. En todo caso, no ve el mundo de la misma manera que nosotros. Quería muchísimo a ese bebé que ahora está muerto. Tal vez. El bebé habría empezado el primer curso del colegio este año. Ahora el bebé está muerto. Creo que es así como lo ve. «Viajo sola». El cartel. Las niñas se van de viaje. Sí, es un viaje. Marcos 10:14, «Dejad que los niños se acerquen a mí». Las niñas viajarán al cielo.

Mia estaba hablando cada vez más consigo misma. Ya empezaban a desatarse los nudos que había en su cabeza. Todo lo que había estado escondido en las sombras de su mente.

—A la mujer le encanta cuidar a las niñas. Quiere protegerlas. Las lava y las arregla. No deben sufrir. Así que dos cosas. —Mia tosió un poco. Ahora estaba realmente cansada, pero tenía que seguir a toda costa—. Dos cosas. Esto es lo que resultaba tan extraño. Todo el caos, todas las señales, al principio no lo entendía. Tantas trampas, tantas pistas y, bueno, al principio no lo entendía, pero creo que se trata de dos cosas. La primera, las niñas. El bebé no debe estar solo. Ah. Sí, sí, eso. El bebé ha muerto por su culpa. Ella fue la culpable. Y ahora quiere arreglarlo. Quiere que tenga amigas. Pero en realidad la culpa era nuestra. Deberíamos haberla detenido. Joder, he perdido el hilo.

—Dos cosas —apuntó Curry con amabilidad.

—Sí, gracias. Dos cosas. Una: mata a las niñas para que el bebé, que ahora tiene seis años, no tenga que estar solo en el cielo. La segunda: va a por Munch. Perdón, eso ha sido muy explícito. Pero es por eso por lo que todo resultaba tan confuso. Por eso hemos estado tan despistados. Tenemos que mirar las dos cosas por separado, aunque ella mezcle los dos móviles para confundirnos. Uno: mata a las niñas para que la niña que robó no tenga que estar sola en el cielo. Dos: quiere a toda costa vengarse de la policía. Va a por Munch. Por un lado, ella ha matado al bebé, pero culpa a Munch. Pienso...

Mia Krüger ya estaba totalmente agotada. Solo conseguía continuar realizando un gran esfuerzo.

—¿Qué piensas, Mia? —preguntó Munch, tratando de apoyarla.

—Quiere que la pillemos —apuntó Anette.

—¿Qué quieres decir? —dijo Munch.

—Quiere que la pillemos —continuó Anette—. Nos muestra lo que está haciendo. Rikke J. W. Las niñas del castillo. Las llamadas a los periodistas. Quiere que la pillemos, ¿verdad, Mia?

Mia asintió con la cabeza.

—Coincido contigo. Buena conclusión. Quiere que la pillemos. Está un poco

inquieta. Nos muestra cada vez más cosas. También quiere subir. Subir al cielo. Quiere volver a estar con el bebé. Quiere...

Mia ya no podía más. Se sentó sobre el escritorio agotada, tratando de recobrar el aliento. Munch se acercó a ella y le puso una mano sobre el hombro.

—¿Estás bien?

Mia asintió con la cabeza en silencio.

—Joder, esto ya parece otra cosa —dijo Munch y se giró hacia el resto—. Muy bien. Una mujer. Apostaría por ello. Para mí, esto funciona. Entonces, ¿qué mujeres tenemos apuntadas?

—La mujer con los ojos de diferente color —señaló Ludvig.

—¿Alguien de la parroquia? —apuntó Curry.

—Las empleadas de la Residencia de Høvikveien —añadió Gabriel.

Mia miró a Ludvig Grønlie.

—¿Hay algo? ¿Alguna conexión? ¿El teléfono de Veronica Bache?

—Desgraciadamente, todavía nada; aún estoy en ello —respondió Grønlie.

—Joder, estoy espesa —dijo Mia de repente.

—¿Qué pasa?

—Charlie. Charlie Brun.

—¿Quién? —preguntó Munch.

—Un amigo. Lleva un club para transexuales en Tøyen. Fue él quien me habló de ella. La de los ojos de diferente color. La había visto varias veces. Joder, qué espesa estoy.

—Traedlo —dijo Munch—. Tenemos que encontrar a esa mujer. Quién sabe, puede que sea la del retrato robot, la que vio nuestro testigo ocular en Skullerud. Puede que sea algo rebuscado, pero no perdemos nada por intentarlo. Pondremos a este Charlie frente a toda la gente que tenemos apuntada, todas las mujeres que hayan podido pagar las facturas de teléfono de Veronica Bache después de su muerte, todas las empleadas de la residencia y todas las mujeres que tengan algo que ver con esa parroquia. Y, si la identifica, tened al jubilado listo para comprobar si se trata de la misma persona.

Al salir por la puerta, Anette interceptó a Mia.

—¿Estás segura de esto? —preguntó en voz baja.

—¿De qué?

—De todo este planteamiento. ¿No crees que a Munch esto le toca demasiado de cerca? Me refiero a que tiene a su nieta amenazada y a su madre involucrada. ¿No crees que debería tomarse un descanso? ¿Dejar que alguna otra persona se encargue de esto?

—Holger sabe lo que hace —respondió Mia lacónicamente.

—Eso espero —dijo Anette.

—¿Qué te parece? —preguntó Charlie dándose media vuelta delante de Mia en el dormitorio.

Había elegido una antigua falda de abuela estampada con motivos florales, botas resplandecientes de color plata que le llegaban hasta las rodillas y una boa verde.

—¿No tienes un jersey y un par de pantalones normales? —preguntó Mia y soltó un suspiro.

—Por Dios, Mia, te estás cargando la libertad de expresión. Soy artista, una obra de arte andante, ¿no te habías enterado?

Charlie repasó su armario y montó un largo numerito, quejándose de lo difícil que era su vida.

—Vale, vale, Charlie, te entiendo.

—¡Lo tengo! —Charlie se giró con una gran sonrisa en la cara—. Mister Freud.

—¿Mister quién?

Charlie dio palmas y se puso a saltar en el suelo como una niña pequeña.

—Mister Freud. Hace mucho tiempo que no lo saco. Salió en el espectáculo *Me va la marcha* en 2004. Ya sabes, el club de intercambio de parejas y la asociación de personas transexuales organizaron varios...

—No me cuentes más —dijo Mia—. No necesito saber todo lo que haces en tu vida privada. Saca a mister Freud ya, tenemos prisa.

Charlie sacó una gran funda para ropa del armario y entró en el baño. Volvió vestido de auténtico galán, con un traje negro, una corbata rosa y unos zapatos de charol. Parecía una mezcla entre James Bond y Egon Olsen.

—¿Qué te parece?

Charlie sonrió y giró sobre sí mismo.

—Es genial —le dijo Mia.

—¿Ya soy lo suficientemente masculino?

—Muy masculino. Las señoras de la residencia van a tirarte rosas.

—¿Tú crees? —preguntó Charlie con una risita.

—Por supuesto —afirmó Mia sonriendo—. Venga, vámonos.

Charlie la siguió hasta el coche que esperaba en la calle. Camino de Høvik, Mia se preguntó si debería explicarle a Charlie que no se trataba de un show, sino simplemente de mirar unas fotos del archivo de los empleados; pero al final no dijo nada. Habían llamado con antelación, afortunadamente tenían la foto de todo el mundo. Los nuevos protocolos de seguridad obligaban a que todos los empleados estuvieran identificados con una fotografía, lo cual facilitaba el trabajo.

Holger Munch estaba esperando en la calle delante de la residencia cuando llegaron.

Charlie hizo una reverencia y le estrechó educadamente la mano.



—Encantado de conocerle —dijo Munch y sonrió un poco—. Me gusta su traje.

—Gracias —dijo Charlie con otra reverencia.

—¿Le ha explicado Mia lo que vamos a hacer?

—Soy un agente secreto, ¿no es así? —dijo Charlie guiñando un ojo.

—Sí, efectivamente. Lo que queremos que haga por nosotros es repasar unas fotos en un ordenador para ver si reconoce a la amiga de Roger Bakken.

—No hay problema —asintió Charlie riéndose.

—Tenía cada ojo de un color diferente, ¿verdad?

—Sí —asintió Charlie—. Uno marrón y otro azul. Sabía que tenía algo de misterioso.

—Bueno, eso no lo sabemos —aclaró Munch—. Queremos encontrarla y hablar con ella, eso es todo.

—Comprendo —dijo Charlie con un nuevo guiño—. Asuntos policiales de la máxima confidencialidad.

En ese momento se abrió la puerta y apareció la mujer con la que Holger había hablado en las escaleras la última vez que habían ido.

—Esta es Karen Nylund —la presentó Holger.

La mujer, que tenía treinta y tantos años, era delgada, con el pelo largo de color rubio tirando a rojizo y una agradable sonrisa. Charlie inclinó la cabeza y le estrechó la mano.

—Te presento a Charlie, nos va a ayudar con esto. Y esta es Mia, una colega.

Mia estrechó la mano de Karen.

—Encantada —dijo Karen con una sonrisa—. He intentado localizar a Karianne pero no coge el teléfono. Es un poco estricta con estas cosas. Cuando no trabaja, no trabaja.

Mia no preguntó, pero dio por supuesto que Karianne era la encargada de la residencia.

—Pero ¿sí que podemos echar un vistazo? —preguntó Holger.

—Sí, entiendo que no hay problema —contestó Karen—. Me alegro de poder ayudar.

Mia seguía sin decir nada. Había estado algo preocupada por los trámites que deberían seguir. Necesitaban un permiso y eso normalmente llevaba un tiempo, pero Holger lo había arreglado de otra manera, porque conocía a la gente de la residencia.

—Bien —dijo Holger—. ¿Entramos entonces?

Siguieron a Karen al interior de la residencia y entraron en un despacho. Charlie se pavoneaba como un pavo real mientras atravesaban los pasillos, haciendo refinadas reverencias a diestro y siniestro.

—Ya hemos llegado —anunció Karen señalando un ordenador que estaba sobre una mesa.

De repente pareció un poco insegura.

—Es un ordenador común para uso de todos los empleados. Aunque los

residentes no tienen acceso a él, supongo que podéis mirarlo, ¿no? Supongo que como sois de la policía...

Karen miró a Holger, que asintió con la cabeza para tranquilizarla. Mia ocultó una leve sonrisa.

—No hay ningún problema, Karen —dijo dándole una palmadita suave en el hombro—. Yo me responsabilizo, así que no tienes que preocuparte por nada.

—Vale, perfecto —contestó Karen con una sonrisa—. Lo decía porque, bueno, Karianne a veces puede ser un poco estricta; aunque por lo demás es una jefa muy buena, muy maja.

Añadió lo último precipitadamente, como si no quisiera que la pillaran hablando mal de nadie.

—Te repito que yo me responsabilizo —afirmó Munch y acercó otra silla a la pantalla para que Charlie pudiera sentarse.

—¿Quieres que me quede aquí? —preguntó Karen.

—Sí, si puedes te lo agradecería. Por si tuviéramos alguna duda.

—Sin problemas —dijo Karen—. Luego tenemos que servir la comida, pero todavía falta un rato.

—Genial —contestó Holger, tomando asiento en la silla al lado de Charlie.

Cogió el ratón y pinchó en el documento que Karen les había abierto.

—¿Vamos bajando conforme avanzamos?

—Sí, usa las teclas de las flechas —dijo Karen con una sonrisa señalando el teclado.

Holger pulsó la flecha y salió la primera foto. Se llamaba Birgitte Lundamo.

—No —dijo Charlie mirando atentamente para demostrar que se tomaba la tarea en serio.

Holger volvió a pulsar la tecla. Esta vez salió una fotografía de alguien que se llamaba Guro Olsen.

—No —dijo Charlie otra vez.

—¿Cuántos empleados hay? —preguntó Mia.

—Tenemos cincuenta y ocho residentes y en total somos veintidós..., no, veintitrés empleados. Algunos con jornada completa y otros a media jornada. Luego tenemos una lista para las sustituciones de la que tiramos cuando alguien se pone enfermo o hace falta.

—¿Y todos están en este archivo?

—Tenemos información de todos, sí —contestó Karen sonriendo.

—No —repitió Charlie.

Holger Munch volvió a pulsar una tecla. Esta vez apareció Malin Stoltz en la pantalla.

—Es ella —dijo Charlie.

—¿Estás seguro? —le preguntó Mia.

—No tengo ninguna duda —confirmó Charlie.

—No tiene los ojos de diferente color.

—Es ella —repitió Charlie sin dudarlo.

Mia maldijo en voz baja. Había estado con esa mujer. Era la chica con el pelo largo de color negro azabache con la que había hablado la primera vez que había ido a la residencia mientras esperaba a Holger.

—¿La conoces, Karen?

—Sí, claro —respondió Karen, que por primera vez parecía un poco asustada—. ¿Qué ha hecho?

—Es pronto para decir nada —le explicó Holger mientras apuntaba la dirección que salía en la pantalla.

—¿La conoces bien? —insistió Mia.

—Muy bien —aseguró Karen—. Bueno, del trabajo nada más. Es muy trabajadora. A todos los residentes les cae bien.

—¿Has estado en su casa alguna vez?

—No, eso no. ¿No podéis contarme por qué queréis hablar con ella? Esto me..., bueno, me asusta un poco. —Lo dijo mirando a Munch, que se levantó para tranquilizarla.

—Es solo una testigo, Karen.

—Buf —resopló Karen negando con la cabeza.

—Una testigo nada más.

—¿Ya tenemos la dirección? —preguntó Mia.

Munch asintió con la cabeza por encima del hombro de la mujer y le pasó la nota. Hizo un gesto a Mia para que saliera fuera a llamar, porque no quería poner aún más nerviosa a Karen.

Charlie seguía en la silla. Parecía un poco decepcionado.

—¿Esto es todo?

—Sí, es todo —dijo Munch—. Lo has hecho muy bien, Charlie.

—Buen trabajo, Charlie —repitió Mia y salió apresuradamente a las escaleras para llamar a Curry.

—¿Sí?

—Tenemos un nombre y una dirección —dijo Mia. Casi no podía ocultar su excitación—. Malin Stoltz. Nacida en 1977. Pelo largo de color negro azabache. Alrededor de uno setenta, y unos sesenta y cinco kilos de peso.

Le dio la dirección que estaba apuntada en la nota.

—¿Es ella? —preguntó Curry.

—Sí, la ha identificado enseguida.

Oyó cómo Curry daba órdenes a gritos a la gente de la oficina antes de volver a dirigirse a ella:

—Ya estamos de camino. Nos vemos allí.

Mia colgó y sacó una pastilla del bolsillo. Había hablado con ella. Había estado justo a su lado. No se había dado cuenta para nada. Tenía los ojos azules. Lentillas

probablemente. Joder, ¿cómo podía ser tan lerda?

Charlie salió a las escaleras seguido de cerca por Munch y Karen, quien todavía parecía bastante aturdida.

—Te llamo —prometió Munch estrechándole la mano a Karen.

—Gracias por tu ayuda, Karen —le dijo Mia.

—No hay de qué —contestó la mujer pelirroja y trató de sonreír, sin conseguirlo del todo.

—¿Esto ha sido todo? —insistió Charlie una vez más, visiblemente decepcionado.

—Buen trabajo, Charlie —repitió Mia.

Munch se despidió de la enfermera de nuevo y se dirigió al coche con pasos apresurados.

—¿Bajas conmigo, Mia?

—Sí —asintió Mia y echó a andar tras él.

—¿Y yo qué? —preguntó Charlie con un gesto resignado.

—Él te llevará a casa —dijo Mia señalando al policía que les había traído.

—¿Ni siquiera vamos a tomar un café?

—La próxima vez —prometió Mia y entró en el coche.

Munch pisó el acelerador y salieron a la calle Høvikveien quemando ruedas.

Malin Stoltz había dormido mal. Había tenido un sueño muy extraño. Un ángel había venido a buscarla. Todo había terminado. Había pensado que no tenía por qué seguir con esto, o lo había soñado, porque no estaba muy claro qué había sido su yo soñado y qué su yo real. En todo caso, el ángel había venido. Un maravilloso ángel femenino blanco. El ángel le había tendido la mano y le había dicho que le siguiera. Que ya podía abandonar la tierra. Que ya no tenía por qué hacer esto. Y Malin Stoltz se había alegrado mucho. Se había alegrado tanto que se había despertado y luego no había podido volverse a dormir. Hoy tenía los ojos de dos colores diferentes. Uno marrón y el otro azul. Justo así era ella. En realidad. De pequeña se habían burlado de ella por eso. La habían tildado de sucia y rara. Solo los gatos tenían ojos de diferente color. Una gata estúpida. Además no era una gata bonita; no, era una gata de pueblo. Una de esas que se van quedando sin pelo porque contraen enfermedades. Sin embargo, el médico le había dicho que era algo muy común. Heterocromía. No, no era habitual. No era frecuente, pero tampoco tan raro como muchos pensaban. El médico le había explicado que era por culpa de sus genes. No, «culpa» no era la palabra adecuada. Si los genes cambian al principio de la gestación, si por ejemplo surge una mutación, un gen que predispone ojos azules puede surgir en un individuo que estaba predestinado a tener los ojos marrones. Una mutación. Era una mutante. El médico le había dicho que era una mutante. Una mutante con los ojos de dos colores diferentes, que por eso no era ella misma. Debería ser otra persona. Eso le había dicho el médico. ¿O lo había leído en algún sitio? El médico no había dicho nada. Lo había leído en internet. Y en la revista científica de divulgación que el médico tenía en su despacho. Cuando le hizo las pruebas para ver si podía tener hijos o no. El médico le había explicado que no podía tener hijos porque era una mutante. En realidad no debería ser ella, sino otra persona. Aunque también era verdad que algunos artistas tenían los ojos de diferente color. Dan Aykroyd. David Bowie. Jane Seymour. Christopher Walken. Ninguno de ellos necesitaba ser otra persona, aunque algunos también habían cambiado de nombre. Malin Stoltz había soñado que un ángel la venía a buscar, que no tenía por qué seguir haciendo esto, y se había alegrado tanto que se había despertado. Después no había podido volver a dormirse. Se había pasado varias horas delante del espejo del baño. El médico le había dado pastillas. Le había dicho que no era normal. Que era una mutante y que tenía que tomar esas pastillas. A Malin no le gustaban las pastillas. Las tomaba pocas veces, solo cuando tenía voces en la cabeza, pero no con la frecuencia necesaria para llegar a ser normal.

Malin Stoltz estaba frente a los fogones. Tenía hambre. Llevaba mucho tiempo sin comer y había dormido mal. También se le había olvidado comprar huevos, y eso que lo había apuntado en la lista el día anterior. A Malin Stoltz se le daba bien fingir. Se le daba bien ser alguien diferente a ella misma. Siempre que fuera alguien

diferente, todo iba bien. No resultaba difícil conseguir trabajos. Siempre y cuando no fuera ella misma. Volvió a entrar en el baño, pero no recordó por qué había ido, así que volvió a la cocina y abrió el frigorífico. El reloj de la pantalla del horno indicaba que eran las ocho. Hoy no le tocaba trabajar, lo cual le convenía, porque había dormido mal.

Malin Stoltz decidió vestirse para ir al supermercado. Ir al supermercado era fácil, con tal de encontrar la ropa adecuada. El supermercado abría temprano. Era fácil comprar huevos. Era fácil comprar huevos si te acordabas de colocarlos en la cesta, pagarlos y llevarlos a casa en la bolsa. Malin Stoltz entró en el dormitorio a buscar su ropa, pero cuando abrió la puerta del armario se dio cuenta de que estaba lleno de productos lácteos. Leche, mantequilla, nata. Cerró la puerta otra vez y descubrió que estaba en el supermercado. Olía a rancio. Era muy temprano y la gente había dormido mal, por eso olía así. Malin Stoltz había soñado que un ángel la había ido a recoger. Le había dicho que ya no hacía falta que permaneciera en la tierra, pero ahora estaba en el supermercado e iba a comprar huevos porque tenía hambre. No todos los días eran iguales. Era posible hacer cosas para mejorarlos. Ser otra, eso siempre ayudaba. Ser una misma costaba más, como hoy, pero no le quedaba otra opción porque tenía el día libre y sentía hambre. Hacía mucho que no libraba. Se había portado bien, había trabajado mucho, había sido Malin Stoltz, educada, normal y con los dos ojos del mismo color. Muy pronto ya no sería Malin Stoltz, sería otra persona, y se alegraba de ello.

Encontró el sitio donde estaban los huevos. Metió cuatro docenas en la cesta. La cesta era azul, eso sí que lo podía ver. Si cerraba el ojo marrón. Sin embargo, si cerraba el ojo azul, la cesta era marrón. No era así, pero todo era posible si fingías. Cuatro huevos por doce son cuarenta y ocho. Trató de recordar qué más cosas había en la lista, pero no lo consiguió. Sí, pan. Se dirigió a la sección de panadería y eligió un pan de trigo. Todavía olía a rancio en el supermercado y tuvo que taparse la nariz. Costaba trabajo llevar la cesta de los huevos con una mano. El chico de la caja también olía a rancio. Había dormido mal, por eso olía. Tenía dinero en la tarjeta. Ponía «Tarjeta aceptada» cuando la metió. Ahora empezaba a oler mal de verdad en el supermercado. Le dio el tiempo justo para meter los huevos en la bolsa y salir al aire fresco de la calle antes de que el supermercado se pudriera por completo detrás de ella. Se sentó en las escaleras un momento, hasta que el aire volvió a purificarse. Luego cogió la bolsa con la mano izquierda y comenzó a caminar hacia casa.

Munch acababa de aparcar el coche a cierta distancia del bloque de pisos, en un sitio desde el que se veía el portal, cuando sonó el teléfono de Mia.

—¿Sí?

—Soy Curry.

—¿Está en casa?

—No, no contesta nadie. Estábamos esperándoos, ¿nos veis?

Mia miró a la calle y localizó el Audi negro.

—Sí.

—¿Qué hacemos entonces?

Mia miró a Munch.

—¿Entramos?

Munch negó con la cabeza.

—No debemos olvidar que no sabemos si esta mujer ha hecho algo o no. Lo único que sabemos es que era amiga de Roger Bakken y que podría haber tenido acceso al teléfono de Veronica Bache. Hay que andar con pies de plomo.

—No, esperamos un poco —dijo Mia al teléfono—. ¿Tenemos unidades en todas las calles?

—Sí.

—Que entre Kim —ordenó Munch en voz baja.

—Que entre Kim —repitió Mia al teléfono—. A ver si le abre algún vecino.

—De acuerdo —contestó Curry.

En ese momento la puerta trasera del Audi se abrió y vieron a Kim acercarse al portal. Pulsó un par de timbres antes de que se abriera la puerta y entró.

—Ha entrado —informó Curry.

—Ya lo he visto —dijo Mia.

Habían hecho eso muchas veces. Tanto en simulacros como en situaciones reales. Uno o dos hombres dentro y el resto fuera, en coches y a pie. Alguien golpeó la ventanilla de Mia. Ella la bajó y Kyrre le entregó un pequeño bolso y volvió a desaparecer. Mia abrió el bolso y le pasó unos auriculares a Munch.

—Tenemos conexión —dijo Mia y colgó—. Kim, ¿estás ahí?

—Estoy aquí.

—¿Qué hay dentro?

—Puerta de acceso al sótano. Ascensor. Escaleras.

—Sube por las escaleras hasta el tercer piso —ordenó Munch.

—Vale.

Esperaron en tensión hasta que Kim volvió a hablar.

—Ya estoy.

—¿Es una puerta normal?

—Pone «M. Stoltz» —contestó Kim.

—Llama.

Esperaron unos segundos más.

—No contesta nadie. ¿Entro?

Mia y Munch se miraron.

—Sí —dijo Munch.

Mia se dio cuenta de que estaba pensando en lo que había dicho Anette. Sobre si Munch estaba demasiado involucrado. Sobre si era capaz de tomar las decisiones correctas.

—Estoy dentro —informó Kim.

—¿Qué tienes?

Hubo un momento de silencio.

—¡Por Dios! —exclamó Kim.

—¿Qué tienes? —repitió Munch, esta vez más alto.

—Esto es demasiado... Será mejor que lo veáis con vuestros propios ojos.

—¡¿Qué es lo que tienes?! —preguntó Munch, esta vez a gritos; pero Kim ya no contestó.



Malin Stoltz se despertó de repente y se dio cuenta de que llevaba una bolsa de plástico en la mano. Había ido al supermercado. Ni siquiera se acordaba de que había salido de casa. Miró a su alrededor. Estaba en la calle. Lo último que recordaba era que había tenido un sueño muy extraño. Un ángel había ido a recogerla. No iba a tener que permanecer más tiempo aquí, todo había salido según el plan; pero no recordaba mucho más de lo que había pasado después de eso. Abrió la bolsa y miró dentro. Cuatro cajas de huevos y pan. Por Dios.

No era la primera vez que pasaba, pero se asustaba cada vez que ocurría. Una vez se había despertado en el tranvía. En otra ocasión había entrado en la piscina de Tøyenbadet. Respiró hondo y se sentó en un banco. Quizá debería ir al médico otra vez. Odiaba ir al médico, pero quizá había llegado el momento. Estas pérdidas de conocimiento habían sido más frecuentes últimamente, sobre todo los días que no trabajaba. Mientras estaba en el trabajo todo iba bien, el problema era cuando tenía que estar en casa. Ser ella misma. Eso era lo más difícil. Se alegraba de que todo hubiera terminado. Ya faltaba poco. Pronto podría descansar. En breve no tendría que seguir siendo Malin Stoltz. Ni Maiken Storvik. Ni Marit Stoltenberg. Trató de recordar el camino de vuelta a casa, pero las imágenes se deslizaban en su cabeza. Intentó concentrarse en la bolsa. Tocó el plástico. Era real, ¿verdad? ¿Estaba aquí? Sí, eso parecía. Miró su ropa. Dos zapatos iguales. Muy bien. El pantalón. Genial. Una camiseta con un jersey fino encima. Lo había hecho muy bien. No había salido sin ropa. Se había vestido medianamente bien. Tenía un poco de frío, eso era lo único, pero por lo menos llevaba ropa. Se frotó el cuerpo con las manos e intentó una vez más recordar cómo se llegaba a su piso desde el banco en el que estaba sentada. Miró la bolsa otra vez. «Rema». Había ido al supermercado Rema. Y desde el Rema tenía que pasar por la pizzería. Se giró y vio el anuncio de neón de la esquina. «Pizzeria Milano». Desde allí se sabía el camino. Más o menos. Se levantó rápidamente del banco y cruzó la calle. Ya tenía frío. Debía volver a casa lo más rápido posible. No quería resfriarse. Si se constipaba no podía trabajar, las normas eran estrictas. Los ancianos eran demasiado vulnerables. No se permitían las bacterias en la residencia. Llegó a la pizzería y se quedó inmóvil un momento buscando la siguiente pista para orientarse. Una calle de dirección única. Había que caminar en contra del sentido del tráfico. Entrar por donde estaba la señal roja con la línea blanca. Encontró la señal y echó a andar hacia ella, pero de repente se detuvo.

Algo no encajaba. Algo no estaba bien. La calle era diferente de lo habitual. No solía ser así por la mañana. No debería haber gente parada en el parque. No debería haber gente sentada en coches, esperando y mirando a su alrededor. Al principio su cerebro iba lento. Muy lento. Luego, de repente, se dio cuenta.

Soltó la bolsa del Rema, que cayó en el asfalto, se dio media vuelta y echó a

correr por la calle.

Sarah Kiese estaba frente a un edificio de ladrillo en la calle Mariboegate esperando a alguien que se llamaba Anette. Había intentado llamar varios días, pero la línea estaba todo el rato ocupada.

«Ha llamado al teléfono de atención al ciudadano de la policía de Oslo. En estos momentos todas nuestras líneas están ocupadas. Espere un momento y se le atenderá en breve».

Al final la habían atendido. Llevaba tres días intentándolo y la última vez había esperado más de cuarenta minutos. No se había rendido, había esperado con paciencia y al final la habían atendido. Pensaba que le respondería por teléfono una voz amable, pero no fue así. Aquella mujer parecía enfadada. Casi como si le dijera: «¿Y ahora qué quieres?». Sarah Kiese tuvo la leve sensación de haber hecho algo mal. Como si aquella mujer sospechara que llamaba por el dinero, pero no era así. No le importaba el dinero. «Un millón de coronas para la persona que aporte información que lleve a la resolución del caso». Cuando leyó lo de la recompensa en la prensa fue cuando empezó a darse cuenta.

Su marido había muerto hacía casi un año. Había caído casi cincuenta metros desde un edificio en construcción sin medidas de seguridad adecuadas. Sarah Kiese se alegraba de que estuviera muerto. Había sido un marido horrible. Había estado a punto de arruinarle la vida. No quería tener nada que ver con él. Ni siquiera había ido al funeral. El olor a otras mujeres. El dinero que desaparecía de su cartera, de la maceta que estaba encima del frigorífico, el que usaba para pagar las facturas. La decepción en los ojos de su hija cuando, por una vez que venía a casa, no quería jugar ni hablar con ella. Una memoria USB del abogado que contenía un vídeo con muchas interferencias. Mostraba algo que había construido. Una cámara subterránea. Lo había olvidado. Lo había apartado de su mente. Ahora tenía su propia vida. Se había comprado un piso nuevo. Estaba feliz por primera vez en mucho tiempo, tanto que no recordaba la última ocasión en la que se había sentido así. Y ahora ese vídeo, otra vez. El vídeo de la memoria USB. El vídeo que había borrado. Había una recompensa de un millón de coronas. Tal vez hubiera mentido a la mujer malhumorada por teléfono. Tal vez fuera por eso por lo que había llamado. En todo caso, fue eso lo que le hizo reaccionar. Parecía que su marido estaba asustado de verdad. Él, que normalmente quería parecer tan duro. Le temblaba la voz. Había dicho que ella debía ir a la policía si le pasaba algo. Había construido una cámara subterránea en algún lugar perdido. Con un ascensor para la comida y un ventilador, bajo tierra. Había borrado el vídeo. No quería tener nada que ver con él. Le escocía el cuerpo cuando pensaba en él. Le entraban ganas de vomitar. No podía estar ya más en su cabeza ni en su cuerpo, así que lo había borrado y todo había desaparecido. Hasta que leyó los periódicos una semana antes. Un millón de coronas de recompensa para la persona

que aportara datos que llevaran a la resolución del caso. Pauline, Johanne, Andrea y Karoline. Y de repente se dio cuenta.

Su marido había construido la cámara donde las niñas habían estado encerradas.

Sarah Kiese sacó un chicle del bolso y miró a su alrededor. Solo le habían dicho que esperase en la calle. Ella creía que las oficinas centrales de la policía estaban en Grønland, pero parecía que no era así. O quizá sí, solo que había varias comisarías. De repente se abrió una puerta y una mujer alta con el pelo rubio y muchas pecas se acercó a ella.

—¿Sarah Kiese?

—¿Sí?

—Hola, soy Anette —se presentó la policía mientras le mostraba su tarjeta de identificación.

—Siento no haber llamado antes —se disculpó Sarah—. Las líneas estaban siempre ocupadas y, bueno, mi marido y yo no teníamos muy buena relación. En fin...

—No se preocupe —la tranquilizó la policía pecosa—. Me alegro de que haya venido. ¿Ha traído el ordenador que mencionó?

—Sí —contestó Sarah Kiese señalando el bolso.

—Muy bien. Acompañeme, por favor.

La policía llamada Anette la acompañó hasta una puerta del viejo edificio de ladrillo y acercó su tarjeta al lector. Subieron en silencio en el ascensor. La mujer llamada Anette era mucho más amable que la otra con la que había hablado por teléfono. Sarah se alegraba de eso. Creía que quizá fueran a reñirla. Por haber informado tan tarde. La habían reñido tanto a lo largo de la vida... Demasiado como para aguantar más.

—Sígame —dijo Anette con una sonrisa y comenzó a andar delante de Sarah por un pasillo.

Llegaron a otra puerta, que estaba cerrada con llave, y Anette pasó su tarjeta por otro lector. La puerta se abrió y entraron en un gran espacio diáfano de oficinas modernas. Había una frenética actividad allí dentro, con gente corriendo de un lado a otro. Los teléfonos no paraban de sonar.

—Por aquí —le indicó la policía pecosa con un gesto para que entrase en un despacho que estaba detrás de una pared de cristal.

Un joven con el pelo corto despeinado estaba sentado, de espaldas a ellas, mirando un montón de pantallas. Casi parecía una película, con pantallas, cajas, cables y pequeños diodos que parpadeaban y un montón de tecnología moderna por todas partes.

—Este es Gabriel Mørk —le explicó Anette—. Gabriel, te presento a Sarah Kiese.

El joven se levantó y le estrechó la mano.

—Hola, Sarah.

—Hola —le saludó Sarah.

—Siéntese, por favor —le pidió Anette sentándose en una de las sillas—. ¿Podría contarnos todo otra vez?

—Bien —dijo Sarah con voz débil.

Les explicó brevemente lo que había ocurrido. La muerte de su marido. El abogado. La memoria USB. El vídeo. La cámara que había construido. El miedo que había mostrado. La idea de que pudiera tener algo que ver con las niñas.

—¿Y borró el vídeo del ordenador? —preguntó el joven.

Sarah asintió con la cabeza.

—¿He sido muy tonta?

—No, habría sido mejor no hacerlo, pero ya lo sacaremos. ¿Ha traído el ordenador?

Sarah Kiese sacó el ordenador de su bolso y se lo pasó al joven.

—Supongo que no tiene la memoria USB.

—No, la tiré a la basura.

—Je, je. Bueno, entonces no la podré localizar —bromeó el joven guiñándole un ojo.

Sarah sonrió levemente. Eran muy amables allí. Se sentía aliviada. Había temido que fueran demasiado serios y la riñeran, como la mujer del teléfono.

—Me gustaría tomarle declaración por escrito. No le importa, ¿verdad? —le dijo Anette.

—No —respondió Sarah.

—¿Quiere tomar un café?

—Sí, por favor. Me encantaría.

La agente de policía pecosa sonrió y salió de la habitación.

Tras la oración de la mañana, el pastor Simon se había acercado a Lukas y le había dicho que ese día lo iban a pasar juntos, solos ellos dos. Lukas no daba crédito a lo que acababa de oír. ¿Juntos? ¿Solos ellos dos? Había sentido un calor por dentro. Lukas siempre estaba cerca del pastor Simon, pero este siempre estaba ocupado con esto o lo otro, normalmente hablando con Dios o predicando la Palabra a los pecadores necesitados, y a Lukas habitualmente le tocaba realizar otras tareas importantes, como por ejemplo limpiar los suelos, lavar la ropa o procurar que el pastor tuviera las sábanas limpias. Unos años antes, una noche el pastor le había dicho que lo consideraba la persona más cercana a él, su mano derecha, y desde entonces Lukas había crecido, caminaba con la espalda erguida y había seguido al lado del pastor con la cabeza alta. Pero si había algo que echaba en falta —no es que quisiera quejarse del pastor, para nada, ni se le ocurriría—, pero si pudiera echar en falta algo, era que deseaba estar a la misma altura que el pastor en cuestiones espirituales también.

Y era eso lo que había querido decir el pastor hoy. Lukas lo había visto en sus ojos. «Hoy estaremos juntos, Lukas, solos tú y yo». Eso era lo que había querido decir. Hoy sería iniciado. Hoy aprendería los secretos y oiría la voz de Dios. Estaba seguro. Habían salido en coche de la granja, de Porta Caeli, después de la oración de la mañana y el desayuno. Qué bien cocinaban las mujeres de la granja. Lukas estaba orgulloso de que el pastor Simon hubiera elegido unas mujeres tan buenas. Quince mujeres que obedecían la Palabra de Dios, que sabían cocinar, limpiar la casa, lavar la ropa y trabajar con el cuerpo. Era ese tipo de mujeres las que iban a necesitar en el cielo. No esas mujeres egocéntricas que no hacían más que ver la tele, maquillarse como putas y exigir a los hombres que trabajaran por ellas.

Lukas arrancó el coche y salió por entre los postes de la verja. Dios les había dado buen tiempo, el sol estaba alto en el cielo y cada vez se encontraba más seguro de que hoy iba a ser el día. Hoy sería iniciado. Eso sí, ya sabía un poco. El pastor le había contado unas cuantas cosas y además había escuchado al pastor hablar con Dios en varias ocasiones. A Lukas le había entrado cargo de conciencia por haber escuchado sin permiso, pero no había podido reprimirse. El pastor hablaba a menudo con Dios en su habitación. Lukas siempre aprovechaba para limpiar el suelo delante de la puerta del despacho cuando oía voces al otro lado. De modo que podía estar de rodillas fregando el suelo a la vez que se dejaba llenar por la Palabra de Dios, sin hacer nada malo. El pastor había pagado las clases de la autoescuela para que Lukas pudiera sacarse el carné de conducir. De la misma manera que había pagado todo lo demás que tenía Lukas. Un traje negro para ocasiones especiales. Un traje blanco para las oraciones. Tres pares de zapatos. Una bicicleta. Y la comida, claro está, y la habitación en la buhardilla de la casa de la parroquia. El pastor era rico. Dios le había

dado dinero. El pastor Simon no era de esos que no creían en el dinero. Había mucha gente que lo decía, que no hacía falta dinero si creías en Dios, pero el pastor era más listo que todo eso. «En el cielo no hace falta dinero, allí cuidarán de nosotros, pero en este mundo las reglas funcionan de forma diferente». Lukas no leía los periódicos ni veía la tele, pero sabía de sobra que este mundo se movía gracias al dinero. Algunos eran pobres y otros ricos. Los pobres frecuentemente eran personas que habían sido castigadas por Dios. Podía haber muchas razones para que les castigase. Podían ser homosexuales, drogadictos o prostitutas, o podían haber hablado mal de Dios o de Jesús o de sus padres. Algunas veces Dios castigaba a países o continentes enteros. Normalmente lo hacía a través de inundaciones, sequías u otras miserias, pero el castigo más frecuente consistía en privarles de dinero. Lukas sabía de sobra que todas las personas ricas no habían recibido el dinero de Dios. Algunos se lo habían robado a Dios. Era muy fácil saber quiénes eran. Todo el dinero pertenecía a Dios y, si alguien tenía demasiado y no lo había recibido de Dios, lo cual no era el caso del pastor Simon, entonces lo había conseguido mediante el engaño y sería castigado por ello.

Lukas llevó el coche por el camino que el pastor Simon le indicaba. No estaban volviendo a la parroquia, no, porque iban en sentido opuesto, hacia el interior del bosque, a un pequeño estanque. Lukas aparcó el coche y siguió al pastor hasta un banco que estaba junto a la orilla. Miró de reojo al pastor. Su voluminoso cabello blanco era como una antena, lo había pensado muchas veces. Una especie de antena de ángel que le ponía en contacto directo con Dios. El sol ya había alcanzado el cenit del cielo azul y brillababa justo detrás de la cabeza del pastor. Sentía pinchazos en la piel. Un cosquilleo en los dedos. Lukas apenas conseguía mantenerse quieto. Su sonrisa era tan ancha que le ocupaba toda la cara.

—¿Ves al demonio en el agua? —preguntó el pastor señalando con el dedo.

Lukas miró al agua del estanque, pero no vio nada. El agua estaba oscura y tranquila, no había ni un movimiento en la superficie. Podía oír a los pájaros cantar en el bosque alrededor de ellos. No había ni rastro de la presencia del demonio en ningún sitio.

—¿Dónde? —preguntó Lukas entornando los ojos.

No quería decir que no lo veía, porque parecería demasiado estúpido. Podía tratarse de una prueba. Una prueba para ver si estaba preparado para la iniciación.

—Allí —dijo el pastor y señaló hacia el estanque otra vez.

Lukas todavía no veía nada. No quería mentir, pero tampoco quería decir que no lo veía, así que lo intentó con todas sus fuerzas. Miró fijamente una y otra vez, entornando los ojos con la esperanza de que el demonio apareciera, pero no ocurrió nada.

—No lo ves, ¿verdad? —dijo el pastor al final.

—No —reconoció Lukas avergonzado agachando la cabeza.

—¿Quieres verlo?

Lukas se había esperado que le riñera por no ver adecuadamente. El pastor a veces hacía eso con la gente que no estaba lo suficientemente cerca de Dios, pero no levantó la voz. Siguió hablando tranquilamente.

—Te creo, Lukas —dijo el pastor con voz suave y amable—. Pero no podemos llevarnos a una persona que no es capaz de ver al demonio, porque si no puedes ver al diablo tampoco puedes ver a Dios.

Lukas agachó la cabeza aún más y asintió en silencio.

—Pero quieres venir al cielo, ¿verdad?

—Claro que sí —murmuró Lukas.

—¿Quieres que te lo enseñe? —preguntó sonriendo el pastor.

—¿El qué?

—Al demonio —susurró el pastor.

Lukas sintió alegría y miedo al mismo tiempo. Claro que quería que el pastor le enseñara, que le dejara ver, pero al mismo tiempo se acordaba de todo lo que le habían contado del demonio y no sabía si estaba completamente preparado para enfrentarse a él.

—Quítate la ropa y entra en el agua —dijo el pastor con voz tranquila.

Lukas se sobresaltó un poco. No hacía calor. Casi había llegado la primavera, los árboles que les rodeaban tenían unas hojas verdes preciosas, pero el aire todavía estaba muy frío. El agua también estaría terriblemente fría.

—¿Y bien? —dijo el pastor frunciendo el ceño.

Lukas se levantó lentamente y empezó a desvestirse. Poco después estaba desnudo delante del pastor. Su delgado cuerpo blanco tiritaba un poco con el aire frío. El pastor lo contempló durante mucho tiempo sin decir nada. Lo miró desde los pies hasta la cabeza. Lukas sintió una imperiosa necesidad de taparse un poco, se sentía bastante incómodo, pero sabía que eso formaba parte de la iniciación. Tenía que pasar por ello para poder alcanzar un nivel más alto y por eso había que aguantar también aquello aunque resultase un poco desagradable.

—Ahora puedes meterte en el agua —ordenó el pastor Simon señalando con el dedo.

Lukas asintió con la cabeza y se acercó a la orilla. Metió el dedo de un pie, pero lo sacó rápidamente. El agua estaba helada. Un gran pájaro se alzó desde una rama y echó a volar hacia el cielo. Lukas se abrazó a sí mismo, deseaba poder volar también él. Entonces volaría directamente hasta Dios y se quedaría allí para siempre. No porque no quisiera ir con el Arca. Claro que quería ir con el Arca, a fin de cuentas eran los elegidos de Dios en la tierra, pero si pudiera volar no tendría que hacer cosas como esta para ir con ellos. Levantó los ojos y miró al pastor, que estaba inmóvil como una estatua en el banco. Lukas tomó una rápida decisión y entró en el agua helada. Sintió dolor. Parecía que estaba envuelto en cubitos de hielo. Deseaba preguntarle al pastor cuánto tenía que andar, pero este no dijo nada. Se había levantado del banco y estaba de pie junto a la orilla, a tan solo unos metros de



distancia, con el sol todavía como un halo alrededor de su voluminoso pelo blanco.

—¿Ves al demonio? —preguntó el pastor otra vez.

—No-no-no lo veo —tartamudeó Lukas.

Se obligó a adentrarse más en el estanque y sintió el agua helada alrededor de las partes secretas de su cuerpo, dio otro paso más hasta que el agua le llegó a la cintura.

—¿Ahora lo ves? —volvió a preguntar el pastor.

La voz ya no era tan suave como antes, resultaba más fría, como el hielo, como el agua. Lukas casi no podía ni sentir el cuerpo, parecía que se había desvanecido. Lukas agachó la cabeza y negó con ella. Se sentía tremendamente inútil. No veía al demonio. No veía nada. ¿Al final no iba a merecerse subir al cielo después de todo? ¿Al final tendría que quedarse en este mundo junto con las putas y los ladrones, ardiendo lentamente hasta que la carne le escociera y se desprendiera de los huesos, mientras los otros eran llevados al reino eterno de Dios?

Súbitamente, el pastor se puso en movimiento, entró en el agua a grandes zancadas y de pronto Lukas sintió una mano dura y fría en la nuca. Intentó oponer resistencia, pero el pastor era demasiado fuerte. Le obligó a agachar la cabeza y al momento estaba bajo el agua. Su cabeza estaba bajo el agua y no podía respirar. A Lukas le entró pánico e hizo aspavientos con los brazos. Necesitaba aire. Pero el pastor no lo soltaba. Siguió empujando a Lukas hacia abajo.

—¡Mira al demonio! —gritó el pastor desde arriba.

Lukas abrió los ojos y de repente se le relajó el cuerpo. Ahora iba a morir. Eso fue lo que sintió. Había llegado su hora de morir. Por eso el pastor lo había llevado al bosque. A este estanque. No para ser iniciado, sino para morir. Lukas intentó por última vez liberarse de las manos del pastor, pero no hubo manera. El pastor no cejaba. Su mano era sobrehumana, como una pesada zarpa de hierro. A Lukas se le oscureció la vista poco a poco. Sus pulmones pedían aire a gritos, pero no pudo zafarse. Estaba sumergido en el agua. Le habían privado de la posibilidad de decidir su propio destino. De moverse. De respirar. Ahora el agua ni siquiera parecía fría. Ahora estaba caliente. Su cuerpo estaba entrando en calor. Podía ver sus dedos moverse levemente a lo lejos. El pastor no paraba de gritar, pero Lukas no podía oír lo que decía. No sabía cuánto tiempo llevaba bajo el agua, porque el tiempo ya no se medía en segundos, era tan solo la eternidad. Ahora le tocaba morir, había llegado su hora. No tenía sentido luchar.

De repente, su cabeza fue sacada bruscamente del agua y volvió al frío aire primaveral. Lukas tosió y vomitó, salieron restos del desayuno de su boca y parecía que los pulmones le iban a reventar. El pastor lo arrastró del cuello hasta la orilla. Lukas se quedó tumbado tratando de recobrar el aliento. No podía sentir el cuerpo.

El pastor se arrodilló a su lado y le acarició el pelo mojado. Lukas lo miró con los ojos desorbitados por el shock.

—¿Has visto al demonio? —preguntó el pastor con una sonrisa.

Lukas asintió con la cabeza. Siguió asintiendo hasta que pareció que se le iba a

romper el cuello.

—Muy bien —dijo el pastor sonriendo mientras le acariciaba la mejilla lentamente—. Entonces estás preparado.

Cuando Mia Krüger entró en el piso de Malin Stoltz comprendió por qué Kim había reaccionado como lo había hecho.

—Nunca había visto tantos espejos —comentó Kim, todavía perplejo—. ¿Ahora comprendes por qué me he sobresaltado al entrar?

Mia asintió con la cabeza. El piso de Malin Stoltz parecía un laberinto de espejos de un parque de atracciones. Había espejos por todas partes. Cada centímetro del piso estaba cubierto de espejos. Todas las paredes, en todas las habitaciones.

Habían esperado en la calle durante una hora, pero no había aparecido nadie. Munch había tomado la decisión de entrar. Mia no estaba totalmente de acuerdo, pero no había dicho nada. Él era el jefe. Por ella, habrían esperado un poco más. Habría sido lo mejor. Ahora se habían mostrado. Munch había pedido un equipo completo para registrar todo el piso. Toda la zona irradiaba la presencia policial a varios kilómetros de distancia, ahora no volvería nunca. Mia lo sabía y Munch también. Aun así, esa había sido la decisión que había tomado. ¿Al final Anette iba a tener razón? ¿Munch estaba demasiado involucrado? Con Miriam y Marion escondidas en un piso franco de Frogner. Y su madre vinculada a aquella parroquia.

—¿Habías visto alguna vez algo parecido? —preguntó Kim.

Mia negó con la cabeza. Nunca había visto nada parecido. Mirase donde mirase, se veía a sí misma. Tuvo una fuerte sensación de malestar. No había ningún sitio para descansar la vista, no se podía escapar. Parecía cansada. No se parecía a sí misma. El alcohol y las pastillas habían dejado huella tanto en su piel como en sus ojos, que normalmente eran tan azules. Mia no era para nada vanidosa, pero no le gustaba lo que estaba viendo. Además, se les había escapado Malin Stoltz.

Munch entró en la cocina. Tampoco él parecía muy contento. Suspiró profundamente y se quedó indeciso delante del frigorífico, que estaba forrado con un espejo. Era evidente que no estaba demasiado acostumbrado a ponerse delante de un espejo. Mia vio que estaba mirándose. Se preguntó qué andaría pensando.

—He cursado una orden de arresto —explicó Munch después de un rato—. Tenemos gente en el aeropuerto de Gardermoen, la Estación Central y el aeropuerto de Torp, y también dispondremos de coches donde haga falta, pero tengo la sensación de que nos ha vuelto a engañar.

Munch se rascó la barba un poco y se miró la cara en el espejo.

—¿Qué cojones es esto, Mia?

Mia se encogió de hombros. Sabía que los otros confiaban siempre en ella para explicar ese tipo de cosas, pero ahora mismo no se le ocurría nada. ¿Un piso lleno de espejos? ¿A quién le podía gustar mirarse continuamente? ¿Una persona que tenía miedo a desaparecer? ¿Alguien que tenía que verse todo el tiempo para saber que existía? Le rondaban algunas ideas vagas que no terminaban de materializarse. Estaba

demasiado cansada. Reprimió un bostezo. Ahora sí que debía intentar dormir un poco. Se veía claramente, desde cualquier punto de vista, que necesitaba descansar.

El jefe del equipo de registro, un hombre de baja estatura de más de cincuenta años cuyo nombre Mia no recordaba, entró por la puerta.

—¿Tenéis algo? —preguntó Munch esperanzado.

—Nada —dijo el hombre bajo.

—¿Qué habéis encontrado?

—Eso es lo que digo, que no tenemos nada. No hay nada aquí. No hay objetos personales. No hay notas escritas a mano. No hay periódicos. No hay plantas. Solo un poco de ropa en el armario y algo de maquillaje en el baño. Es como si no viviera aquí.

De repente a Mia le vino a la cabeza un *flashback* de su casa de Hitra. Ella había hecho lo mismo. Nada de objetos personales. Solo ropa, alcohol, pastillas y una cafetera. Ahora le parecía que aquello pertenecía a un pasado muy lejano. Un recuerdo borroso a pesar de que solo habían transcurrido tres semanas desde que brindó al cielo por última vez, preparada para desaparecer.

«Ven, Mia, ven».

—No vive aquí —afirmó Mia.

—¿Cómo? —se extrañó Munch.

Mia empezó a sentirse realmente cansada, pero hizo de tripas corazón.

—No vive aquí. Malin Stoltz vive aquí, pero no es ella. Ella vive en otro lugar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kim—. ¿Ella no es Malin Stoltz?

—No tenemos a ninguna Malin Stoltz registrada en ningún sitio. Es un nombre falso —aseguró Munch enfadado.

—¿Dónde vive entonces? —preguntó Kim.

—En otro sitio. Vámonos —contestó Munch con brusquedad.

Evidentemente, él también estaba cansado ahora.

—Aquí no hay ningún sitio para esconder a las niñas —explicó Mia.

Se sentó sobre la mesa. Estaba tan cansada que ya no podía mantenerse en pie. Los ojos le escocían. Tenía que salir de ese piso inmediatamente, antes de que todos esos espejos acabaran con ella.

—Malin Stoltz vive aquí. Pero ella no es Malin Stoltz. Tiene sus objetos privados en otro sitio. Donde es ella misma. Y donde ha escondido a las niñas. Una cabaña o una casa aislada. Puedes avisar a los aeropuertos de Gardermoen y Torp para que levanten los controles. No va a salir del país.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Munch.

—Porque le gusta estar en casa —contestó Mia suspirando—. No me preguntes por qué.

—Los mantendremos hasta esta noche —dijo Munch—. Y tenemos que volver a la residencia. Alguien tiene que saber algo sobre Malin allí.

Se giró hacia Kim.

—¿Te encargas? Quiero que hables con todos los empleados.

Kim asintió con la cabeza.

—Tengo que dormir un poco —murmuró Mia.

—Vete a casa, te mantendré informada.

—Tú también deberías descansar un poco.

—No te preocupes por mí —replicó Munch irritado.

—Entonces, ¿recogemos todo? —preguntó el hombre bajo.

—No —contestó Mia.

—¿Por qué no?

—Falta algo. Tiene que haber un sitio donde esconda sus cosas.

—Hemos buscado por todas partes —dijo el hombre bajo visiblemente molesto por el comentario, pues daba a entender que no realizaban bien su trabajo.

Mia no tenía fuerzas para hablar con diplomacia, estaba demasiado cansada.

—Las lentillas —dijo.

—¿Qué?

—Las lentillas. Usa lentillas. Si ha dejado el maquillaje y la ropa, también se habrá dejado las lentillas.

—¿Cómo sabes que usa lentillas? —preguntó el policía bajo.

Mia ya se estaba hartando de él.

—La he visto con los ojos azules. Alguien la ha visto con los ojos de diferente color. Tiene que haber unas lentillas por aquí. Si las ha escondido, posiblemente encontremos algo más también.

—Pero ya hemos buscado... —argumentó el hombre bajo.

—Pues buscad más —ordenó Munch.

—Pero ¿dónde?

—Las lentillas se guardan en un lugar fresco —razonó Mia—. Comprueba los espejos.

—Pero...

—Empieza por el baño —continuó Mia—. Es el lugar donde se guardan normalmente, ¿no? Comprueba los espejos, venga, compruébalos ya, joder.

Mia se levantó y perdió el conocimiento un momento. Se le doblaron las piernas. Afortunadamente, Kim la agarró antes de que cayera al suelo.

—¡Mia!

—Mia, ¿estás bien?

Mia recuperó el conocimiento y se puso en pie. No le gustaba mostrarse débil. No delante de sus colegas. «Mierda».

—Estoy bien. Solo necesito dormir un poco y comer algo. Me llamáis, ¿vale?

Salió por la puerta con las piernas temblorosas y se sintió mucho mejor nada más salir a las escaleras. Un piso lleno de espejos. Todas las paredes cubiertas, desde el suelo hasta el techo, de espejos y nada más. ¿Quién coño podía vivir así?

Mia Krüger bajó por las escaleras con pasos tambaleantes y pidió a uno de los

policías que la llevara a casa. Bueno, a casa... ¿Qué clase de casa era esa? No era una casa. No tenía casa. Vivía en la habitación de un hotel de Oslo, guardaba sus cosas en un almacén y era propietaria de una casa en Hitra. Así era ella. No era nadie. Por eso le había dolido tanto verse a sí misma reflejada en todos esos espejos.

Cayó redonda sobre la cama y se quedó dormida con la ropa puesta.

—Mamá, ¿qué haces?

Marion Munch miró a su madre, que estaba sentada en el sofá junto a la ventana. A Miriam le habían dicho que no moviera las cortinas nunca, pero ya no aguantaba más. Tenía que mirar, aunque solo fuera para comprobar que el mundo seguía existiendo ahí fuera.

—Estoy echando un vistazo, nada más. ¿Por qué te has levantado?

Marion se acercó a su madre y se sentó en su regazo.

—No puedo dormir.

—Tienes que dormir, ya lo sabes —dijo Miriam Munch y acarició con la mano el pelo de su hija.

—Ya, pero no puedo dormir si no estoy dormida, ¿verdad? —dijo la niña y ladeó la cabeza un poco.

—Se dice «si no me duermo», ¿sabes? —la corrigió Miriam con una leve sonrisa.

Últimamente Marion se había convertido en algo parecido a una quejica precoz. Miriam también era así de pequeña, según le habían contado. Cabezona y muy particular. Madura para su edad. Suspiró y volvió a correr las cortinas. Había olvidado gran parte de su infancia. Después del divorcio, una parte de ella había desaparecido. Como si no hubiera ocurrido nunca. Sus padres se divorciaron. Recordaba que entonces tenía quince años y le habían empezado a entrar dudas. Había pensado: «Han estado mintiendo todo este tiempo». Pero eso había ocurrido hacía mucho. Se había enfadado. Considerablemente. Sobre todo con su padre. Holger Munch, el investigador de Homicidios. Antes siempre había estado muy orgullosa de él. «Mi padre es policía. Meterá a tu padre en la cárcel si hace algo malo». Pero le había hecho daño. Había obligado a su madre a buscarse otro hombre. Un hombre con el que Miriam en realidad no tenía relación. Ahora era mayor, claro está, pero esa sensación seguía presente. Habían estado tan cercanos... Los dos. Ella y su padre. En realidad le habría gustado pasar página hacía tiempo. Darle un abrazo y decir: «Lo siento, papá, siento haber sido tan dura contigo». Pero no podía. Por cabezona y particular. Pero ya había llegado el momento de hacerlo. Pronto. Se lo diría pronto.

—Venga, di, mamá.

—Vale, Marion. Ahora tienes que subir a tu habitación y dormir. ¿Puedes hacer eso?

—Es tan difícil... —dijo la pequeña niña rubia—. Pienso tanto en que DracuLaura y Frankie Stein están solos en casa... —Las muñecas que su padre había comprado a Marion hacía poco.

—Bueno, estarán bien.

—¿Cómo lo sabes?

—He hablado con papá hace un rato y me ha dicho que los dos estaban bien. Le habían pedido que te lo contara.

Marion sonrió levemente.

—Ahora sí que te estás inventando historias, mamá.

—Yo no, ¿por qué lo dices? —replicó Miriam sonriente.

—Porque no saben hablar.

—¡Si hablan contigo cuando juegas con ellos!

—Mamá, lo hago con mi voz. ¿No te habías dado cuenta?

—¿De verdad? —preguntó Miriam con un tono de sorpresa—. ¿Con tu voz? Pensaba que sabían hablar.

Marion se rio un poco.

—A veces eres demasiado ingenua, mamá.

—¿Ingenua yo?

—Sí, tú.

—¿Y sueles engañarme a menudo?

—Sí, algunas veces.

Marion estiró la mano en busca de la manta que estaba en el sofá y se envolvió con ella. Apoyó la cabeza en el pecho de su madre. Miriam sentía sus pequeños latidos a través del jersey.

—Entonces, ¿cuándo engañas a mamá?

—Cuando te digo que me he lavado los dientes.

—¿Y no lo has hecho?

—Sí, pero no muy bien.

—Así que cuando te pregunto si te has lavado los dientes bien me dices que sí, pero no es verdad.

—No —dijo la niña con una risita.

—¿Y cómo te los lavas entonces?

—Bueno, solo medio bien.

Miriam volvió a sonreír y pasó la mano por el pelo de su hija otra vez.

—Creo que ha llegado el momento de cortarte el pelo.

—¿En la peluquería?

Miriam asintió con la cabeza.

—¡Sí que quiero! ¿Podemos ir mañana?

—No, mañana no. Cuando volvamos a casa.

—¿Y cuándo volveremos? —Marion le lanzó una mirada casi suplicante.

—No lo sé, cariño. Cuando el abuelo nos diga que podemos.

—¿Nos van a dar una casa nueva cuando volvamos?

Miriam miró inquisitivamente a su hija.

—¿Qué quieres decir?

—En plan ¡mueve el autobús!

—¿Mover el autobús? ¿De qué estás hablando, Marion?



—Ya sabes, en la tele, cuando la gente tiene una casa demasiado vieja les envían fuera mientras hacen una casa nueva y luego vuelven, y ya llega el autobús y todo el mundo grita: «¡Mueve el autobús!». Cuando vuelven hay una casa nueva muy bonita y todo el mundo empieza a gritar y a llorar. A mí me gustaría tener una casa totalmente rosa con una cama doselada. ¿Puedo tener eso?

—¿Te refieres a una cama con dosel?

—¿Sí?

—Ya veremos. ¿Dónde has visto ese programa?

—En casa del abuelo.

—¿El abuelo y tú habéis visto *Reconstrucción total*?

—No sé cómo se llama, mamá.

Miriam había dejado claro qué programas podía ver Marion y cuáles no cuando iba a casa de su abuelo, pero al parecer esas normas habían caído en saco roto. ¿Su padre solía ver ese tipo de programas? Le costaba imaginárselo.

—¿Has visto más programas con el abuelo?

—No puedo contártelo.

—¿Por qué no?

—Es que eso de tomar Coca-Cola y ver la tele es nuestro secreto, ¿entiendes, mamá? Del abuelo y mío. Y los secretos no se pueden contar, lo dice la ley.

—Es verdad, claro, entonces no puedes decir nada.

Marion frotó la cara contra su cuello y cerró los ojos. Se acercó el pulgar a la boca, pero se detuvo y volvió a bajar la mano hasta la barriga. «Buena chica». Llevaban mucho tiempo intentando que dejara de chuparse el dedo. No había sido tan fácil. Pero ahora parecía que lo había conseguido. Miriam la arropó mejor con la manta y la abrazó con más fuerza.

—Una cosa, mamá.

—¿No ibas a dormir?

—No puedo dormir si estoy hablando —explicó Marion con el mismo tono precoz de antes.

—Ya, claro —contestó Miriam riendo.

Había sido una estupidez. Reírse. Responder. Solo le daba pie a que continuara, pero no podía reprimirse. A decir verdad, agradecía que su hija estuviera despierta. El piso estaba vacío y silencioso cuando dormía.

—¿Qué querías preguntarme?

—¿Por qué papá no está aquí?

Miriam no sabía muy bien qué contestar. Johannes no sabía dónde estaban. Por razones de seguridad. Si alguien era capaz de colgar niñas de los árboles, seguramente también sería capaz de sacarle dónde se habían escondido. Johannes. Pensó en él con cariño. Holger había sido increíblemente estricto. Había anulado la boda y, a pesar de sus insistentes argumentos en contra, al final se había rendido. Sus sentimientos decían una cosa y la razón otra. Ahora no podían llenar una iglesia de

familiares y amigos. No sería razonable. No convendría a nadie. No desde que Marion se había convertido en la número 5.

«Toc, toc, la pequeña Marion es la número cinco».

Su padre se había enfadado mucho con Mia, pero Miriam le agradecía que se lo hubiera contado. Prefería saber de qué iba la cosa y no permanecer en la ignorancia.

—¿Por qué no contestas, mamá?

—Papá está trabajando, pero te quiere mucho; me ha pedido que te lo dijera.

—¿Has hablado con él por teléfono?

—Sí, antes.

—¿Y por qué no me has dejado hablar?

—Porque estabas dormida.

—Pero ¡si no estaba dormida!

—Yo creía que estabas dormida.

—Eso no es lo mismo, mamá. La próxima vez tienes que mirar. ¡Esto es el colmo!

Miriam volvió a sonreír.

—Lo haré, cariño. Lo haré.

—Bien —dijo Marion.

La pequeña se quitó la manta y se levantó.

—Creo que me voy a ir a la cama.

—De acuerdo, Marion. ¿Quieres que te acompañe a la habitación?

—No soy un bebé —contestó Marion con una mueca—. Sé dónde está.

Miriam sonrió levemente.

—Eres muy espabilada. Ven, dame un abrazo de buenas noches.

La niña se inclinó hacia delante y le dio un largo abrazo a su madre.

—Recuerda que quiero que mi habitación sea rosa con una cama doselada.  
¡Mueve el autobús!

—Se lo diré —prometió Miriam y besó a su hija en la mejilla.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

La niña trotó vestida con su camisón y subió corriendo por las escaleras. Miriam se levantó del sofá y entró en la cocina a prepararse una taza de té. Oyó el aviso de que había llegado un nuevo mensaje a su móvil y volvió a atravesar la habitación para ver quién era.

Perdona, Miriam, pero vamos a tener que moveros otra vez esta noche. Ha pasado algo, te lo explico luego. Voy a enviar a alguien para recogeros. ¿Vale?

M.

¿Tenía que ser ahora? Marion acababa de acostarse. En fin, no pesaba tanto, siempre podía llevarla en brazos. Había pasado algo, pero ¿qué era? Contestó al mensaje:

Ok :)

Salió al pasillo y sacó la maleta. No había traído tantas cosas. Un par de mudas para las dos. Un neceser. Únicamente lo indispensable. Solo tardó diez minutos en hacer la maleta. Fue a buscar la taza de té a la cocina y se sentó en el sofá otra vez. Se preguntaba adónde irían. El primer piso había sido pequeño, no tenía tele, era solo una habitación y eso la había agobiado un poco, le resultaba claustrofóbico. Este era mucho más grande y tenía una decoración de lujo. Se usaba cuando venían visitantes importantes que no querían ser vistos. Muy anónimo, perfecto para mantener alejados a los periodistas curiosos. Como ella. ¿Había sido por eso por lo que había dejado la carrera de Periodismo? ¿Porque no era lo suficientemente bueno ser periodista? ¿Porque prefería hacer algo más útil? ¿Ayudar a la gente? No, no era por eso.

Desde luego, ser periodista era suficientemente bueno, no sabía de dónde se había sacado eso. Había periodistas y periodistas, igual que había profesores y políticos de todo tipo. Algunos periodistas escribían sobre los famosos. Otros periodistas revelaban injusticias. Miriam quería ser una de estos. Luchar por algo. Servirse de su trabajo para informar a la gente en lugar de atontarla con listas sobre quién es el mejor vestido o qué comen los famosos en Navidad.

Acababa de terminarse el té cuando llamaron al timbre del portal. Miriam se levantó de un salto y habló por el interfono.

—¿Hola?

—Hola, ¿estás lista?

—Sí, estoy lista. Sube.

Pulsó el botón para abrir la puerta y se calzó los zapatos. Llevó la maleta a la entrada y se puso la cazadora. Esperaba que Marion no se despertara durante el viaje. Podría enfadarse, quizá no se volvería a dormir.

Llamaron a la puerta suavemente. No usaron el timbre. «Un agente espabilado — pensó Miriam—, sabe que hay una niña dormida en la casa». Fue a abrir la puerta. Había una persona enfrente. Llevaba una especie de máscara. Y una peluca. No tuvo tiempo de reaccionar. Esa persona le puso un trapo en la cara. Oyó que decía:

—Hasta mañana.

Después perdió el conocimiento.

Mia Krüger estaba sentada junto a la ventana del Kaffebrenneriet intentando mantenerse despierta. Se había quedado dormida inmediatamente en la cama del hotel, pero había dejado puesta la alarma. Su sentido de la responsabilidad no le había permitido más que un par de horas de sueño, pero su cuerpo no estaba de acuerdo y solo quería regresar a la cama, meterse bajo el edredón y volver a los sueños.

Reprimió un bostezo y marcó el número de Kim Kolsø.

—¿Sí?

—¿Hemos obtenido algo de los empleados de la residencia?

—No —contestó suspirando—. Al parecer nadie se ha relacionado mucho con ella. Por lo que se ve, Malin Stoltz se mantenía bastante al margen.

—¿Sigues ahí arriba?

—No, ya estamos bajando al centro. Tenemos que localizar a los empleados que no han ido a trabajar hoy. A ver si sacamos algo de ellos.

—Me mantienes informada, ¿vale?

—Claro.

Mia reprimió otro bostezo y se levantó para pedir un café más. Era la única manera de arrancar. El café. Mucho café. Para volver a colocar la cabeza en su sitio. Para poner el cuerpo en marcha. Había soñado con un laberinto de espejos. No encontraba la salida, se sentía totalmente confusa y atrapada. Esa sensación seguía muy presente dentro de ella. Pidió un espresso doble y estaba a punto de llevárselo de vuelta a su sitio junto a la ventana cuando se percató de la presencia de dos mujeres que mantenían una conversación íntima, aunque en voz bastante alta, en una mesa junto al mostrador.

No podía evitar oír lo que estaban diciendo.

—Así que probamos con todo, pero no hubo manera —explicó una.

—Vaya, ¿es tu marido o tú quien no puede? —preguntó la otra.

—Nunca lo hemos sabido —reconoció la primera.

—Tuvo que ser terrible —comentó la otra.

—Sí, si no hubiera sido por el grupo de apoyo, nunca lo habría superado. Y él simplemente no quería hablar del tema —dijo la primera.

—¿Así que ahora estáis pensando en adoptar? —preguntó la otra.

—Tengo muchas ganas, pero él, bueno, creo que no quiere. Tampoco consigo sacarle el tema.

—Qué faena. Pero ayudar a un niño que no tiene padres es bueno para todos los implicados, ¿no? Todo el mundo gana.

—Sí, eso es lo que yo intento explicarle, pero...

—Perdonen —dijo Mia acercándose a ellas—. No quiero molestar, de verdad, pero no he podido evitar escuchar lo que estaban diciendo.

Las dos mujeres la miraron.

—¿Un grupo de apoyo? —preguntó Mia—. ¿A qué clase de grupo se referían?

La primera mujer parecía un poco ofendida, pero aun así contestó:

—Un grupo de apoyo para mujeres que no pueden tener hijos. ¿Por qué lo pregunta?

—Una amiga mía... —empezó a decir Mia, pero cambió de idea—. Yo..., desgraciadamente, no puedo tener hijos.

—¡Vaya! —exclamó la primera mujer y cambió de actitud. Ya no estaba ofendida, Mia era del club, eran del mismo equipo.

—¿Ese grupo está aquí, en Oslo? —continuó preguntando Mia.

—Sí, en Bøler —contestó la mujer asintiendo con la cabeza.

—¿Hay muchos grupos de esos? —preguntó Mia curiosa.

—Sí, hay por todas partes.

—Muchas gracias —dijo Mia—. Probaré en uno.

—No hay de qué —contestó la mujer—. ¿Ha pensado en adoptar?

—Lo estoy pensando —dijo Mia mientras recogía su café del mostrador—. Mil gracias.

—Tenemos que estar unidas —afirmó la mujer y le guiñó un ojo.

—Eso está claro.

Mia le devolvió el gesto y estaba regresando a su mesa con la taza de café en la mano cuando comenzó a sonar su teléfono.

—Sí.

—Soy Ludvig, ¿te pillo en mal momento?

—No.

—He encontrado algo. Relacionado con la parroquia.

—¿Qué es?

—Los tenemos en los archivos. Desde hace unos años. Un aviso remitido por el Centro de Ancianos Hvelven, de Hønefoss.

—¿Y bien?

—Parece que esta parroquia ha hecho lo mismo antes: recibir herencias de personas mayores.

—¿En Hønefoss?

—Sí, tres casos. Todos cerrados, resueltos mediante acuerdos.

El Centro de Ancianos de Hønefoss. La Residencia de Høvikveien. Tenía que haber una conexión.

—¿Puedes conseguirme las listas de los empleados de esa época?

—Me van a llegar enseguida —respondió Ludvig.

—¿Podrías buscarme otra cosa?

—Dime.

—Mira a ver si había un grupo de apoyo para parejas que no podían tener hijos en Hønefoss cuando el bebé desapareció del hospital.

—Sin problemas. Lo haré mañana a primera hora, cuando vuelvan a abrir las oficinas.

—Genial. ¿Tenemos algo nuevo sobre Malin Stoltz?

—Seguimos sin tener rastro de ella.

—La encontraremos.

—Si alguien lo puede hacer, eres tú —aseguró Ludvig.

—Gracias, Ludvig.

—De nada.

—Nos vemos mañana.

—Sí, hasta mañana.

Mia colgó, se bebió el resto del café de un trago, se puso la cazadora de cuero y salió del local con una sonrisa en la cara.

De camino a la parroquia de Bøler, Mia Krüger no podía evitar sentir pena por Holger Munch, que estaba sentado a su lado. Habían trabajado juntos en innumerables casos, pero no recordaba haberle visto tan cansado nunca antes. Permanecía callado tras el volante, con un cigarrillo colgando de la comisura de los labios. Miraba a través del parabrisas con unos ojos vacíos, casi rendidos. Las preocupaciones pesaban sobre el inspector, alterando su tranquilidad habitual. Este caso le había obligado a involucrarse a nivel personal como nunca lo había hecho antes. Porque estaba personalmente involucrado. Habían amenazado a la pequeña Marion. Malin Stoltz había conseguido sacar de quicio a Holger Munch hasta el punto de enturbiarle el juicio.

—¿No hay nada de la residencia? —preguntó Mia con calma.

Munch negó vehementemente con la cabeza.

—Parece que Malin Stoltz ha llevado dos vidas —dijo—. La gente ha tenido contacto con ella en el trabajo, pero en su tiempo libre no se relacionaba con nadie.

—¿Has podido hablar con tu madre?

Mia sabía que era una pregunta incómoda, pero tenía que hacerla. A fin de cuentas, ahora había otras prioridades.

Munch asintió con la cabeza.

—El hombre que encabeza la parroquia es un pastor llamado Simon.

Mia notó que a Munch le costaba hasta pronunciar el nombre. Desde luego, le habían sacado de sus casillas. Quizá Anette tuviera razón después de todo. Quizá debieran relevarle del caso. Ahora mismo ella se inclinaba por esa solución.

—¿Eso es todo? ¿No tiene apellido?

Munch suspiró y negó con la cabeza.

—El pastor Simon, eso es todo. Le he pedido a Gabriel que intente encontrar algo sobre él.

—¿Y Lukas Walner? ¿Sabe tu madre quién es?

Munch asintió con la cabeza.

—Parece que es el asistente del Simon ese.

—¿Y tú los has visto a los dos?

Mia sabía que esa tampoco era una pregunta que Munch quisiera contestar, pero tenía que formularla.

—Desde lejos, sí —contestó Munch lacónicamente y bajó la ventanilla.

Tiró la colilla y encendió otro cigarrillo cuando ya estaban llegando al edificio blanco de la parroquia. Si Mia no hubiera sabido que ese era el sitio, no habría creído que fuera lo que buscaban. En el exterior no había nada que indicase que se trataba de un recinto religioso, parecía más bien una sede de scouts o un pequeño y discreto edificio público. Solo cuando abrieron la verja y se acercaron a la puerta pudo

comprobar que habían llegado al sitio correcto. En una pequeña placa junto a la entrada ponía: «Iglesia de Matusalén»; encima de la placa había una pequeña cruz. El edificio parecía vacío, abandonado. La puerta estaba cerrada con llave y no había señales de actividad en ningún sitio.

Munch bajó las escaleras y se encaminó a la parte trasera del edificio por un camino de grava. Mia estaba a punto de seguirlo cuando su teléfono comenzó a sonar. En un primer momento pensó en no contestar. En el estado en el que se encontraba Munch, prefería no perderlo de vista, pero, teniendo en cuenta el nivel de alerta de la unidad, se sintió obligada a coger el teléfono. Vio cómo la espalda de Munch, cubierta por la trenca, desaparecía tras la esquina y pulsó el botón verde.

—¿Sí?

—Con Mia Krüger, por favor.

La voz era desconocida.

—Sí, ¿con quién hablo?

—No es fácil localizarte —dijo la voz suspirando.

—Bueno, ¿quién eres? —volvió a preguntar Mia.

—Siento molestarte —dijo el hombre al otro lado de la línea—. Llevo un buen rato intentando hablar contigo, pero, como te decía antes, no resulta fácil encontrarte.

Mia avanzó tras Munch y dobló la esquina. El inspector estaba mirando por una ventana.

—¿De qué se trata? —preguntó Mia impaciente.

—Me llamo Albert Wold —continuó el hombre—. Soy el asistente de la iglesia de Borre.

La iglesia de Borre. La del cementerio donde estaba enterrada toda su familia.

—¿Y bien? —preguntó Mia.

—Bueno, siento molestarte... —repitió el asistente.

—¿Ha pasado algo?

Munch se alejó de la ventana y dobló la siguiente esquina del edificio blanco de la parroquia.

—Pues sí. Lo descubrimos hace una semana. Es algo muy extraño; no sabíamos qué hacer, aparte de ponernos en contacto contigo, claro.

—¿Y qué es lo que ha pasado?

Mia siguió a Munch y lo encontró delante de una ventana en la parte de atrás.

—Ha habido una profanación —continuó el asistente.

—¿Qué? —preguntó Mia—. ¿De qué tipo?

—Bueno, eso es lo que resulta tan extraño —respondió el asistente—. Parece que la única tumba que han tocado es la de tu hermana.

Mia Krüger se detuvo en seco y se olvidó por completo de vigilar lo que hacía su colega.

—¿La tumba de Sigrid?

—Sí, desgraciadamente —se lamentó el asistente—. No hemos encontrado más



señales de que hayan profanado otras tumbas.

—¿De qué tipo de profanación se trata?

—No sé muy bien cómo decirlo —continuó el hombre—. Me parece que todo esto es, bueno, bastante desagradable. Alguien ha tachado el nombre de tu hermana.

—¿Tachado? ¿A qué te refieres?

—Con un aerosol. Primero pensamos que era un acto vandálico sin más, eso pasa a veces con tantos jóvenes difíciles que andan por ahí, pero no tardamos en descubrir que esto era algo diferente; eso era lo que resultaba tan extraño.

Mia buscó a Munch con la mirada, pero no lo vio en ningún sitio.

—¿Qué quieres decir con «algo diferente»?

—Ahora es tu nombre el que figura en la lápida.

—¿Qué?

—Alguien ha tachado el nombre de Sigrid y ha escrito «Mia».

Una repentina sensación de malestar atravesó el cuerpo de Mia Krüger. En ese momento vio cómo Munch aparecía por una esquina del edificio. Le hizo una señal con la mano para indicarle que debían volver al coche.

—¿Puedes pasarte un momento por aquí? —preguntó el asistente.

Munch señaló su reloj y la apremió enfadado mientras se encaminaba al Audi.

—Intentaré pasarme cuanto antes —dijo Mia y colgó.

—¿Qué hacías? —preguntó Munch—. Este sitio parece abandonado. Vamos a tener que emitir una orden de arresto contra el Lukas ese y el pastor.

—¿Qué? —preguntó Mia, ausente.

«Alguien ha profanado la tumba de Sigrid».

—Tenemos que emitir una orden de arresto —repitió Munch, esta vez con tono irritado—. Tenemos que encontrar a esos idiotas y llevarlos a una sala de interrogatorios.

Munch arrancó el coche y bajaron por la calle Bogerudveien otra vez. Mia estaba preguntándose si debería comentarle a Munch lo de la conversación que acababa de tener cuando sonó el teléfono de él. La conversación duró menos de diez segundos. Cuando volvió a colgar, su cara estaba aún más blanca que un momento antes.

—¿Qué? —preguntó Mia preocupada.

Munch casi no podía ni hablar. Solo consiguió balbucear unas pocas palabras entre sus labios.

—Llamaban de la residencia. Mi madre ha sufrido una indisposición. Tengo que ir ahora mismo.

—¡Mierda! —exclamó Mia.

—Te dejo en el centro. Encárgate de la orden de arresto.

—De acuerdo —dijo Mia.

Trató de encontrar las palabras adecuadas para expresar su apoyo y comprensión, pero no se le ocurría nada. Munch encendió la sirena, pisó el acelerador y se dirigieron al centro a gran velocidad.



Emilie Isaksen subía en su coche por la carretera de Ringvoll. Llevaba poco tiempo en la zona, no hacía más de un año que vivía en Hønefoss, y de repente se le ocurrió que quizá hubiera sido más rápido ir por la carretera de Hadeland y tomar la salida de la antigua carretera de Ringvoll. Ese era su destino. Emilie Isaksen era profesora de Lengua y tenía varios alumnos que vivían en esa zona, a unos kilómetros de la ciudad. Metió segunda y tomó la salida de Gjermundbo.

Emilie Isaksen sabía desde el bachillerato que iba a ser profesora. Había conseguido un trabajo nada más terminar los estudios de Magisterio y le había gustado desde el primer día. Varios de los profesores del instituto habían hablado con ella cuando empezó y le habían dado consejos bien intencionados. Decían que era importante que se cuidase a sí misma, que no se llevase demasiado trabajo a casa, que no entablase relaciones demasiado cercanas con los niños. Pero esa no era su manera de hacer las cosas. Por eso estaba en el coche ahora.

«Tobias Iversen».

Se había fijado en él ya en la primera clase, era un chico guapo y un poco delgado, y parecía espabilado. Pero le pasaba algo. Algo que Emilie no era capaz de definir del todo. Era un chico popular en la clase, no era eso. Era otra cosa. No se había enterado desde el principio, pero fue dándose cuenta poco a poco. La madre nunca acudía a las reuniones en el instituto. El padrastro tampoco. No contestaban a las cartas. No cogían el teléfono. Simplemente, no había manera de ponerse en contacto con ellos. Fue entonces cuando empezó a fijarse en los moratones. En la cara. En las manos. No le daba Gimnasia, así que no sabía cómo tenía el resto del cuerpo, pero sospechaba que había más. Había hablado un poco con el profesor de Gimnasia, pero él era de la vieja escuela. Los chicos se caen y se hacen daño. Sobre todo los chicos de segundo de secundaria. ¿Adónde quería ir a parar? Ella había intentado hacer algunas preguntas cautelosas al chico. ¿Estaba bien? ¿Qué tal en casa? Tobias no había querido hablar de ello. Pero lo había visto en sus ojos. Algo no iba bien. Puede que otro profesor hubiera pasado del tema con tal de no involucrarse, ya que había que respetar la vida privada de los alumnos y todo eso, pero Emilie Isaksen no era así.

Ahora Tobias llevaba más de una semana sin acudir a clase. Había intentado llamar a su casa, pero nadie había contestado. Había preguntado por ahí, con cautela, y había descubierto que su hermano tampoco había ido a clase. Primero había hablado con el psicólogo de servicios sociales. No le había dado ningún nombre, pero había hecho unas cuantas preguntas. ¿Qué se hacía con este tipo de casos? ¿Cuál era el protocolo? Le habían dado unas respuestas bastante vagas, nadie había podido decirle exactamente qué pasos seguir. Si no había pruebas, había que andar con pies de plomo. Emilie Isaksen había oído todo eso antes, pero no quería dejarlo pasar.

¿Qué daño podría hacer? Solo quería llevarle los deberes a su casa. Hablar un poco con su madre. Quedar para una reunión en el instituto. La podían hacer allí mismo si a su madre le resultaba difícil salir de casa. Era poco ortodoxo, puede que sí, pero había llegado a la conclusión de que no podía causar ningún daño. Iba a actuar con educación. No iba a acusar a nadie de nada. Solo quería ayudar. Lo más probable era que no pasara nada. Podían haberse ido de vacaciones sin avisar en el instituto. Tal vez los dos chicos estaban enfermos; mucha gente del instituto, tanto profesores como alumnos, estaba ahora con la gripe de primavera. Podía haber muchas razones.

Siguió por la antigua carretera de Ringvoll hasta encontrar la calle. Aunque «calle» no era la palabra adecuada, porque era un camino que se adentraba aún más en el bosque. Un buzón junto a la carretera donde ponía «Iversen, Frank». Decidió aparcar allí y caminar el último trecho hasta la casa. La casa era pequeña y estaba pintada de rojo. Había algunos cobertizos alrededor, podría haber sido una pequeña granja en otra época, hacía tiempo. Ahora era más bien un lugar donde se acumulaba la basura. En el patio había varios coches destartalados y montones de, bueno, lo que ella llamaría desechos, por aquí y por allá. Se acercó a la puerta de entrada y llamó. No hubo respuesta. Llamó otra vez y se oyeron unos pasitos al otro lado. La puerta se abrió y apareció una pequeña cara sucia.

—Hola —dijo el niño pequeño.

—Hola —contestó Emilie agachándose para no parecer tan grande—. ¿Tú eres Torben?

El niño pequeño asintió con la cabeza. Tenía restos de mermelada en la cara y sus manos estaban sucias.

—Yo soy Emilie. Soy la profesora de Tobias, ¿has oído hablar de mí?

El niño asintió con la cabeza otra vez.

—Le caes bien —confesó Torben rascándose la cabeza un poco.

—Qué bien. Oye, quería saber dónde está Tobias. ¿Está en casa?

—No —contestó el niño pequeño.

—¿Y tu madre está en casa? O tu padrastro.

—No —respondió el niño de nuevo.

Emilie se dio cuenta de que estaba a punto de llorar.

—¿Estás solo en casa entonces?

El niño asintió con la cabeza.

—Se ha acabado la comida —declaró con voz triste.

—¿Y cuánto tiempo llevas solo en casa?

—No lo sé.

—¿Cuántas noches han pasado? ¿Cuántas veces ha estado oscuro?

El niño pequeño reflexionó un poco.

—Seis o siete —contestó.

Emilie Isaksen se sintió furiosa por dentro, pero no lo mostró.

—¿Tienes alguna idea de dónde puede estar Tobias?

El niño asintió con la cabeza.

—Está donde las chicas cristianas.

—¿Dónde está eso?

—En el bosque, junto al lago de Litjønna. Solemos matar búfalos por ahí. Soy muy bueno cazando.

—Anda, qué bien. Seguro que es muy divertido. Por cierto, ¿cómo sabes que anda por ahí?

—Porque escribí una nota y la dejé en el lugar secreto.

—¿Tenéis un lugar secreto?

El niño sonrió un poco.

—Sí, solo lo sabemos nosotros.

—Qué bien. ¿Me enseñas la nota?

—Sí, claro. ¿Quieres entrar?

Emilie pensó un poco. No tenía permiso. No podía entrar en casa de alguien sin permiso. Miró a su alrededor. No había nadie. El niño llevaba casi una semana solo en casa y no tenía comida. Tenía que haber un límite para esa norma.

—Encantada —contestó Emilie Isaksen con una sonrisa y acompañó al niño dentro.

Holger Munch estaba delante de la puerta de la habitación de su madre en la Residencia de Høvikveien. Le costaba ver con claridad. Su vida había sido intensa últimamente, demasiado intensa. La amenaza a Marion. El piso donde tuvieron que esconderse. Habían encontrado a Malin Stoltz. Habían perdido la pista de Malin Stoltz. Mikkelson lo había llamado unas cuantas veces. Todavía no había contestado. Holger Munch se sentó en una silla y estiró las piernas. De repente notó el olor a algo desagradable y descubrió, perplejo, que el olor emanaba de su propia persona. Había dormido un poco en la silla de su despacho. No se había afeitado ni se había cambiado de ropa. Se frotó la cara y tuvo que luchar para mantener los ojos abiertos. Afortunadamente había tenido dinero suficiente para ingresar a su madre en esta residencia. Tenían a su disposición personal médico para cualquier emergencia, su madre ni siquiera había tenido que salir de la habitación. Estaba bien. Al final no había sido algo tan serio como parecía a primera vista.

«Afortunadamente».

Holger Munch sacó su teléfono y llamó a Miriam, pero por alguna razón no contestó. Negó con la cabeza y lo intentó una vez más, con el mismo resultado. Típico. Era una mujer muy cabezona. Le había prometido que se pasaría con más comida, ropa nueva y algunos juegos para Marion, pero había tenido que ir a la residencia. Le envió un mensaje pidiéndole que lo llamara y devolvió el teléfono al bolsillo de la trenca. Hacía calor en el pasillo. Notaba que le costaba respirar. Debería haberse quitado la trenca, pero apestaba. Se levantó y entró en uno de los baños. Metió la boca bajo el grifo y bebió un poco de agua. Se observó a sí mismo reflejado en el espejo y no le gustó lo que veía. Parecía terriblemente cansado. El piso de Malin Stoltz estaba tapizado de espejos. Desde el suelo hasta el techo. Nunca había visto nada parecido. ¿Quién podía vivir en un piso así? A los cinco minutos ya se había sentido agobiado.

Malin. Miriam. Marion. Mikkelson. Munch. Había muchas emes. Trató de ponerse en el lugar de Mia por un momento. ¿Solo había nombres que empezaban por «M»? ¿Eso podía significar algo? Salió al pasillo y se sentó en la silla otra vez. ¿Solo nombres que empezaban por «M»? Sería para despistarles. Mikkelson tal vez tuviera razón después de todo. Quizá debería retirarse. Dejar que otra persona se hiciera cargo del caso. Su cabeza no funcionaba como debería. No le gustaba admitirlo, pero les tenía controlados. Malin Stoltz. Si ese era su auténtico nombre. Le había dado donde más le dolía, metiéndose en su vida privada, descolocándolos. Descolocándolo. Ya no podía pensar con claridad. No era capaz de diferenciar entre los sentimientos y la razón. Pensó en salir a las escaleras y fumarse un pitillo, pero optó por tomarse una pastilla de Fisherman's Friend. Cuatro niñas muertas y toda su familia bajo presión. Ahora por lo menos tenían a una sospechosa. Y de momento no

habían desaparecido más niñas. Eso era algo, desde luego. «Pronto terminará —pensó mientras se acomodaba en la silla—. La encontraremos y se acabó». No era totalmente consciente, pero los párpados se le cerraban poco a poco. No se dio cuenta hasta que se abrió la puerta y el médico salió junto a Karen, que era quien le había llamado.

Munch se levantó rápidamente.

—¿Cómo está?

—Está bien —respondió el médico—. Lo digo en serio, no he encontrado síntomas de ningún tipo. Estaba un poco cansada, eso es todo. Quizá se haya levantado demasiado rápido de la cama, puede haber muchas razones, pero nada que deba preocuparnos. Está muy bien.

Munch respiró aliviado.

—¿La puedo ver?

—Le he dado algo para que duerma, así que lo mejor será que descanse un poco. Quizá esta tarde, ¿de acuerdo?

—Gracias —dijo Munch asintiendo con la cabeza y le estrechó la mano al médico.

—¿Quién más? —preguntó el médico volviéndose hacia Karen.

—Torkel Binde —dijo Karen—. Se queja de sus medicinas. Está al fondo del pasillo. Le mostraré la habitación.

Karen sonrió con cariño a Munch y acompañó al médico por el pasillo. Munch se levantó y salió a las escaleras. Encendió un cigarrillo y llamó a Gabriel Mørk.

—¿Sí?

—Soy Holger.

—¿Dónde estás?

—En la residencia, he tenido que venir por un asunto personal. ¿Cómo lo llevas?

—He encontrado el vídeo del ordenador que trajo Sarah Kiese. Está un poco estropeado, sobre todo el sonido, pero tengo un amigo a quien se le dan muy bien estas cosas. ¿Puedo involucrarlo?

—Adelante —respondió Munch.

—Lo llamo ahora mismo —dijo Gabriel.

Munch colgó y llamó a Mia. No contestó. Llamó una vez más, pero seguía sin contestar. «¿Qué pasa con todas esas chicas cabezonas?», pensó y le envió un mensaje también a ella.

¡Llámame!

Marcó el número de Ludvig, que contestó.

—¿Sí?

—Soy Munch, ¿puedes hacerme un favor?

—Por supuesto.

—¿Puedes enviar a alguien al piso de Frogner? Quiero llevarles unas cosas a

Miriam y Marion.

—Claro, ¿qué necesitan?

—Te envió un mensaje con la lista. Manda a alguien en quien confíes, ¿vale?

—Ningún problema —contestó Ludvig.

—Bueno, y...

—¿Sí?

De repente Munch olvidó lo que iba a decir. Se frotó los ojos. Tenía que descansar un poco ya, esto no era razonable.

—Sí, ¿qué tenemos sobre Malin Stoltz?

—Sigue desaparecida, no hay nada. Ni en el aeropuerto de Gardemoen ni en la Estación Central de Oslo. En fin, ¿quieres que mantengamos el despliegue o no?

Munch pensó en lo que había dicho Mia. Que no iba a huir. Que quería volver a casa. «Un piso lleno de espejos». Sintió un leve escalofrío, casi no quería reconocerlo, pero eso le había afectado.

—Sí, que se retiren. ¿Te ocupas tú?

—De acuerdo —contestó Ludvig.

—¿Habéis emitido la orden de arresto de esos dos de la parroquia?

—Sí, ya está —aseguró Ludvig.

—Bien.

Munch colgó, tiró la colilla y estaba a punto de encender otro cigarrillo cuando Karen salió a las escaleras.

—¿Todo bien, Holger? —La mujer pelirroja lo miró preocupada.

—Hola, Karen. Sí, todo bien.

—A mí me parece que no estás del todo bien. Bueno, no por nada, pero ¿no crees que deberías descansar un poco?

Bajó al aparcamiento, donde estaba Holger. Se detuvo cerca de él. Podía oler su perfume. Tuvo una sensación extraña que no fue capaz de interpretar. Al final se dio cuenta de qué era. Ella se preocupaba. Lo cuidaba. Hacía mucho tiempo que eso no pasaba. Normalmente era él, Holger Munch, quien se ocupaba de los demás.

—¿Estás preocupado por algo? —preguntó Karen.

—Siempre hay algo —contestó Munch con una sonrisa irónica y tosió un poco.

—¿Qué tal si te tomas una hora libre?

—¿Qué quieres decir?

—Ven —dijo Karen y le agarró de la manga de la trenca.

—¿Adónde vamos?

—Chist —susurró Karen.

Se lo llevó por las escaleras hasta el interior de la residencia, cruzó uno de los pasillos y entró en una habitación que estaba vacía.

—No tengo tiempo para esto —dijo Munch, pero Karen se puso un dedo sobre la boca.

—¿Ves esa cama?



Señaló una cama recién hecha que estaba debajo de la ventana. Munch asintió con la cabeza.

—¿Y esa puerta?

Munch volvió a asentir con la cabeza.

—Te propongo que te des una ducha. Y luego te echas a dormir un poco. Yo te despertaré dentro de una hora. Nadie te va a molestar aquí.

—No, yo no...

—Para ser sincera, necesitas las dos cosas —dijo Karen frunciendo la nariz un poco—. Encontrarás una toalla en el baño.

—Una hora, ¿vale?

La enfermera le dio un abrazo, le guiñó un ojo y salió de la habitación.

«Me vendrá bien cerrar los ojos una horita. Será bueno para mi cabeza. Para mi cuerpo. Para todo el mundo».

Munch envió un mensaje breve a Ludvig con información sobre lo que necesitaban Miriam y Marion en el piso, pasó de la ducha, se tumbó sobre la cama con la ropa puesta y cerró los ojos.

Marion Munch se despertó sin saber dónde estaba. Normalmente se despertaba siempre en su casa, pero en los últimos días eso no había pasado. Últimamente se había despertado en lugares extraños. En un apartamento. Y en un piso grande. Ahora estaba en otro sitio.

—¿Mamá? —llamó en voz baja, pero nadie contestó.

Se incorporó en la cama y miró a su alrededor. La habitación era bastante bonita. Era la habitación de un niño, eso estaba claro. Los otros sitios habían sido para mayores, no tenían juegos ni cosas de niños, ni nada parecido.

—¿Mamá? —dijo otra vez mientras se levantaba y comenzó a mirar a su alrededor.

Las paredes eran blancas. Muy blancas, tan blancas que casi tenía que taparse los ojos, y no había ventanas en la habitación. A Marion el niño que vivía allí le daba un poco de pena. No tenía ventanas, eso no podía ser bueno. Desde su habitación en Sagene podía ver muchas cosas interesantes. Coches, gente divertida y cualquier cosa. El niño que vivía aquí no podía ver nada. La otra cosa rara era que tampoco había puertas.

En una esquina había un escritorio. Con una lámpara. Y un cuaderno y algunos colores. Su madre le había dicho que ella también tendría una mesa de esas cuando empezaran las clases, y no faltaba mucho para eso. Solo faltaban..., bueno, no faltaba mucho. En una de las paredes colgaban pequeñas placas con letras. En una ponía «A» y al lado había una imagen de un ala. En la segunda ponía «B» y tenía una imagen de una banana. La siguiente letra no se la sabía, o sí, era la «C», ahora se acordaba. Además reconoció el fresco de la imagen, era el que a su madre no le gustaba pero que el abuelo le dejaba beber: Coca-Cola. No sabía leer mucho, solo un poco, pero algunas palabras sí que las sabía: «balón», «coche», «pez», «rana». Y su madre le había enseñado aquella canción, la canción del abecedario, que era bastante divertida y con ella aprendías las letras. El alfabeto. Sí que sabía cómo se llamaba. Su madre había insistido mucho para que aprendiera a leer, y sí que quería hacerlo, pero luego había pensado en lo que diría la señorita si empezaba el colegio y ya sabía leer. Así la señorita no tendría nada para enseñar y entonces quizá se enfadara. Así que lo mejor sería esperar un poco, por si acaso. Nadar sí sabía. Pocos sabían eso. Y casi sabía andar en bici sin ruedines. Era la única que ella conociera que era capaz de hacerlo. No podían esperar que lo aprendiera todo de golpe.

Hasta ese momento Marion no se había dado cuenta de que no llevaba su propia ropa. Eso sí que era muy extraño. Se había acostado con el camisón azul claro. El que tenía un agujero que su madre quería tirar a la basura, pero Marion se negaba a hacerlo, porque le gustaba meter los dedos por el agujero, sentir la tela alrededor del dedo. Resultaba más fácil dormir así ahora que había dejado de chuparse el dedo y

todo. Lo había hecho muy bien, eso de dejar de chuparse el dedo. Al principio le había costado, lo echaba mucho de menos y había engañado a su madre y su padre un par de veces chupándose sin permiso. Pero luego Kristian había dicho en la guardería que solo los bebés se chupaban el dedo y entonces lo había dejado. Porque ella no era un bebé. Ningún bebé sabía nadar. ¿Alguno de los otros sabía nadar acaso? Nadie. En realidad no era tan extraño, porque ninguno de los demás iba tanto a la piscina como su madre y ella, o por lo menos no había visto nunca a nadie conocido allí. Se miró la ropa y tuvo que reír un poco. Parecía que iba de carnaval. Habían celebrado el carnaval en la guardería. Ella había querido vestirse como Frankie Stein, pero a su madre no le había gustado la idea, así que al final había ido vestida de vaquera. Una vaquera chica. La otra posibilidad había sido ir de princesa, pero sabía que para su madre era importante que las niñas no solo hicieran cosas de niñas, o por lo menos hablaba mucho de eso con su padre. De fregar, pasar el aspirador y limpiar el baño y esas cosas, parecía que era importante. Así que al final había ido de vaquera, con pistola, bigote y un montón de cosas. Había estado muy bien. No perfecto, pero muy bien. Ahora llevaba un gran vestido antiguo; le costaba moverse, porque le entorpecía mucho. Fue entonces cuando descubrió las muñecas en las baldas. Había cinco muñecas ahí arriba, sentadas y con los pies colgando. No eran muñecas nuevas y no eran divertidas como DracuLaura, sino que eran antiguas, con las caras blancas y duras. Muñecas como las que su abuela tenía en el desván. Una de ellas llevaba la misma ropa que ella. Un vestido blanco con un montón de cosas, «cajas», encajes o como se dijese. Marion se subió a la cama y cogió la muñeca. Llevaba un cartelito alrededor del cuello. Marion sabía perfectamente lo que ponía en el cartelito. Ponía «Marion». Su nombre. Se sabía su nombre. Sabía leerlo y escribirlo también. Lo tenía puesto en su sitio en la guardería, donde colgaba la ropa. Levantó la mirada y echó un vistazo a las otras muñecas, que también llevaban vestidos y tenían cartelitos alrededor del cuello. No se sabía ninguno de aquellos nombres. Sí, «Johanne», ese nombre sí que se lo sabía, había una niña en la guardería que se llamaba así. Tenía su sitio justo al lado de Marion.

—¿Mamá? —repitió Marion, un poco más alto esta vez.

Nadie contestó. Tal vez estuviera en el baño o algo así. Marion también tenía que hacer pis. ¿Dónde estaría el baño en este sitio? Se acercó a algo parecido a una puerta, unas rendijas en la pared sin picaporte. Pasó sus pequeños dedos por las rendijas, pero no se podía abrir.

—¿Mamá?

Necesitaba ir al baño ya, de verdad. ¿No era muy extraño que la niña que vivía aquí tuviera un cartel con su nombre? Podía ser porque era muy amable. Podía haber sabido que Marion iba a venir a pasar algún tiempo y había preparado el cartel porque quería decirle que se alegraba de que Marion estuviera, que era bienvenida, igual que ponía en el felpudo del vecino. Bienvenido. «Bienvenida a mi casa, aquí vivo yo. Puedes aprender a dibujar y leer las letras si quieres».

Ahora sí que tenía que hacer pis.

—¡Mamá! —gritó lo más alto que pudo.

La palabra voló por la habitación y el eco volvió a sus oídos. No, ahora sí que tenía que hacer pis. De repente pasó algo en la pared. Se oyó un ruido mecánico y un pequeño chirrido. Después silencio otra vez y luego se oyó el ruido de nuevo, acercándose desde arriba, casi como si alguien golpeará dos tapas de cazuelas entre sí. Lo habían hecho en la guardería un día que habían montado una orquesta sin instrumentos, solo con cosas que había en la guardería.

Marion se quedó mirando con curiosidad la pared de donde venía el ruido. Había una manilla en la pared. Alargó la mano y agarró la manilla. Era una puerta que se podía abrir. Marion abrió la puerta y se sobresaltó al ver lo que había dentro. Sintió miedo, una sensación muy extraña bajo la piel. Había un pequeño mono ahí dentro. Uno de esos que tienen una llave en la espalda y unos platillos que se juntan. Había una nota junto al mono. Marion esperó hasta que el mono dejó de golpear los platillos entre sí y luego metió la mano rápidamente y cogió la nota.

Solo había cuatro letras diferentes en ella. Alguna se repetía. La «T». Esa sí que se la sabía. La «E». También se la sabía, era la letra de «Elsa», que trabajaba en la guardería. Y la «V» y la «O». También se sabía esas. Necesitaba hacer pis. Apretó las piernas y trató de leer lo que ponía en la nota.

«T-e-v-e-o».

No entendió qué significaba.

—¡Mamá! ¡Tengo que hacer piiiis!

Gritó alto, pero nadie contestó. Ya no podía aguantar más. Se levantó el pesado vestido. Llevaba una ropa interior extraña, muy grande. Miró a su alrededor. Allí, bajo la mesa. Se bajó las grandes bragas lo más rápido que pudo y se sentó sobre la papelera.

Mia Krüger aparcó el coche y caminó el último trecho hasta la iglesia. La iglesia de Borre. El bonito edificio de ladrillo blanco irradiaba luz pero le causaba cierto estrés. Cuatro funerales en esa misma iglesia. Tres lápidas en el mismo cementerio. No sabía si soportaría verlas otra vez. Por eso había pasado tanto tiempo. Y ahora alguien había estado allí. Profanando la lápida de Sigrid. Obligándola a volver antes de que estuviera preparada. Mia buscó al asistente con la mirada. Había prometido que estaría allí para recibirla, pero no lo veía en ningún sitio. Caminó, casi a regañadientes, con pasos lentos hacia las tumbas.

Se había parado en el camino para comprar flores. No podía ir sin nada. El olor de las flores la mareaba. Flores. Una casa llena de flores. Amigos y vecinos que expresaban sus condolencias. Era todo lo que le quedaba. Tres lápidas y una casa llena de flores. Había vendido las dos casas. Tanto la suya como la de su abuela. Dos bonitas casas blancas en el centro de Åsgårdstrand, cerca del lugar donde había vivido Edvard Munch. La herencia familiar. Pero no lo había soportado. No quería esas casas. Solo quería olvidar. Pasó junto a una fuente con un grifo y una regadera verde al lado. Ahora se sentía un poco avergonzada. Tres lápidas. Cuatro miembros de su familia. Sigrid, la abuela, su padre y su madre. Toda su familia estaba aquí y ella ni siquiera había cuidado las tumbas.

Sigrid Krüger,  
hermana, amiga e hija.  
Nacida el 11 de noviembre de 1979. Fallecida el 18 de abril  
de 2002.  
Muy querida. No te olvidaremos nunca.

Era justo lo que había dicho el asistente. Alguien había tachado el nombre de Sigrid y había escrito el suyo.

De repente no pudo más. Soltó la regadera verde, se arrodilló en el suelo y empezó a llorar. Ahora ya salía todo lo que había llevado dentro. Hacía mucho tiempo que no lloraba, no se había atrevido a acercarse al dolor más profundo. Se quedó arrodillada en el suelo con las lágrimas rodando por sus mejillas.

«Ven, Mia, ven».

Sigrid. La querida, bella y maravillosa Sigrid. ¿De qué servía que Mia le hubiera pegado un tiro a un drogadicto? De nada. No servía de nada. No había hecho más que aumentar el dolor. Más supervivientes. Más oscuridad. No había querido hacerlo. No había querido matarlo. No había querido disparar, para nada. Debería ser castigada. No se merecía vivir. Ahora lo sentía. Había merecido morir. Se había sentido culpable durante todos esos años. No lo había formulado con palabras, pero era eso. Era culpable. Culpable de estar viva. Debería estar con su familia. Ese era su lugar. Con Sigrid. No aquí en este planeta de mierda, donde reinaban el mal y el egoísmo. Ya no

tenía sentido luchar, tratar de comprender, intentar hacer algo bueno. El mundo era un montón de basura. Las personas se pudrían por dentro. Aquí ella no pintaba nada.

Alguien había escrito su nombre en la lápida. ¿Alguien deseaba su mal? ¿Alguien quería verla muerta? Tenía enemigos, claro está, ninguna mujer policía con su reputación podría hacer carrera sin crearse enemigos, pero ahora mismo no se le ocurría nadie. Resultaba desagradable ver su propio nombre escrito en una tumba, pero la rabia que sentía por la profanación del lugar de descanso de Sigrid era mucho peor.

Juró por lo bajo, maldiciendo al malhechor invisible. Después se levantó y se secó las lágrimas. Limpió las hojas y las ramitas, puso las flores en el jarrón y trató de embellecer el lugar un poco. Revolvió la tierra con los dedos para que pareciera más fresca. Resultaba más bonito. Fue al lugar donde había encontrado la regadera y cogió un rastrillo. Se quitó la cazadora de cuero y el jersey. Mojó el extremo de la manga del jersey con agua de la regadera y trató de borrar su propio nombre de la lápida. No lo consiguió. Estaba escrito con un aerosol. Tendría que encargarle a alguien que lo quitara cuanto antes. Odiaba verlo allí, burlándose de ella. Burlándose de las dos. Retiró los últimos restos de hojas muertas con el rastrillo mientras esperaba al asistente. Debería haber venido antes. Había llegado tarde. Murmuró: «Disculpa, Sigrid, perdóname», entre dientes, tratando de reprimir un nuevo río de lágrimas. Había un pequeño envase amarillo detrás del jarrón. Uno de los que venían dentro de los huevos Kinder. Se agachó a recogerlo y lo llevó a la papelera más cercana, donde lo tiró. Volvió hacia la tumba, pero se detuvo a mitad de camino.

«¿Puede ser? No, imposible».

Se giró rápidamente y volvió a la papelera, donde recogió el pequeño envase que acababa de tirar. Giró las dos partes entre los dedos y lo abrió.

«Hay una nota en el interior».

Los dedos de Mia temblaban cuando desdobló la nota.

Te veo, Mia. Qué lista eres. Pero no lo suficiente, ¿verdad? Crees que esta es una auténtica tumba, pero no lo es. ¿Puedes verme, Mia? ¿Ahora puedes verme?

Mia Krüger echó a correr lo más rápido que pudo hasta el coche para buscar su teléfono. Tenía cientos de llamadas perdidas, pero no hizo caso a ninguna. Se secó las lágrimas de los ojos y marcó el número de Munch.

Ludvig Grønlie salió a la terraza en la que fumaba Munch para tomar un poco de aire fresco. Suspiró levemente y estiró la espalda. Estaba cansado, pero no debería quejarse. Había otros en la unidad que habían trabajado casi el doble últimamente. Ludvig Grønlie andaba cerca de los sesenta y, aunque nadie lo decía en alto, estaba de vuelta. Después de un servicio largo y fiel. Ya nadie protestaba si no trabajaba veintitrés horas al día. Pero no era solo la presión física, era sobre todo la presión mental. Nunca podía relajarse, siempre había algo que hacer. Y, mientras un asesino en serie estuviera en libertad, ninguno de ellos terminaba de descansar.

Sonó el móvil. Vio un nombre conocido en la pantalla y contestó.

—¿Sí? —dijo Ludvig y estiró el cuerpo un poco.

—Hola, Ludvig. Soy Kjell.

—Hola, Kjell. ¿Has encontrado algo?

Kjell Martinssen era un antiguo compañero de Ludvig. Habían trabajado juntos muchos años en el centro, pero, a diferencia de Munch, Martinssen había elegido voluntariamente dar un paso atrás. Bueno, atrás no, había elegido disminuir el ritmo. Había conocido a una mujer. Había pedido el traslado al distrito de Ringerike. Su antiguo colega había elegido bien. Parecía tranquilo, de buen humor.

—Sí, la verdad es que sí.

—¿Un grupo de apoyo para mujeres que no pueden tener hijos?

—Sí —le confirmó su colega—. Aunque en realidad lo llaman grupo de discusión. Heidi trabaja de vez en cuando para el servicio de voluntariado de Ringerike, ella ha sido quien me ha puesto en contacto con ellos.

Heidi era la mujer que había conseguido que Martinssen dejara la ciudad. Algunas veces, Ludvig había pensado en la posibilidad de hacer lo mismo. Decir adiós al estrés de la ciudad y encontrar un trabajo en algún sitio. Al final no lo había hecho y ahora ya no le quedaban muchos años para jubilarse.

—Estuvo funcionando entre 2005 y 2007, que era el periodo que te interesaba, ¿no?

—Correcto —corroboró Ludvig—. ¿Tienes una lista de nombres?

—Tengo algo mejor, creo que puedo encontrar fotos de todas, con sus nombres y más detalles.

—Buen trabajo, Kjell, muy buen trabajo —le felicitó Ludvig y volvió a su mesa—. ¿Me lo envías por fax? —Se arrepintió inmediatamente.

—¿Fax, Ludvig? —Su colega se rio—. ¿No tienes e-mail o qué?

—Sí, por e-mail, claro; quería decir «e-mail».

—Voy a ver si alguien me lo puede escanear y te lo envío.

—Genial, Kjell, buen trabajo.

—¿Lo vais a resolver o qué? —preguntó su colega ya un poco más serio—. La

gente empieza a hablar por aquí. La gente tiene dudas.

—La cogeremos —aseguró Ludvig, pero pensó que quizá ya había hablado demasiado.

—¿Es esa mujer? ¿Stoltz? ¿La de la foto que nos enviasteis? ¿La de la orden de arresto?

—Todavía no lo sabemos —contestó Ludvig. Reflexionó un poco y añadió—: ¿Sale en alguna de las fotografías?

—Puede ser, no las he visto aún. Heidi tiene que ir a la oficina del servicio de voluntariado a buscarlas, ya está de camino. Oye, Rune, ¿funciona el escáner o qué? —Esto último se lo había dicho a alguien que estaba con él. Kjell recibió una respuesta y volvió a dirigirse a Ludvig—: Si Heidi tiene razón y las encuentra, te las envío a lo largo del día, ¿vale?

—Fantástico —respondió Ludvig.

Acababa de colgar cuando Gabriel Mørk asomó la cabeza por la puerta.

—¿Sabes algo de Munch o de Mia?

—Acabo de hablar con Munch, pero Mia no coge el teléfono. ¿Por qué lo preguntas?

—Solo quería decirle que creo que repararemos el vídeo antes de que acabe el día. Se lo he enviado a un amigo que sabe cómo eliminar el ruido.

—Bien —dijo Ludvig y de repente recordó lo que Munch le había pedido—. ¿No necesitarás un poco de aire fresco por casualidad?

—¿Por qué?

—La hija de Munch necesita algunas cosas en el piso donde está. ¿Puedes encargarte de eso?

—Vale —contestó el joven—. ¿Qué hay que llevarle?

—Espera un poco —dijo Ludvig y consultó el teléfono en busca de la lista que Munch le había enviado.



Emilie Isaksen no se podía creer lo que estaba viendo con sus propios ojos cuando entró en la pequeña casa. El pasillo era oscuro y se encontraba tan lleno de cacharros que resultaba difícil pasar. El resto de la vivienda no estaba mejor. Restos de comida, ceniceros, bolsas de basura que nadie había sacado. Emilie tuvo que hacer un esfuerzo para no taparse la nariz. Aun así trató de poner cara amable, no quería que el niño tuviera que aguantar más de lo que ya había soportado. ¿Llevaba una semana entera solo en casa en medio de ese basurero, sin comida y sin nadie que se ocupara de él? Emilie Isaksen estaba furiosa, pero aun así consiguió mantener la sonrisa en los labios.

—¿Quieres ver el lugar secreto? —preguntó Torben, el niño.

Parecía más que contento de que alguien le hubiera venido a ver. Cuando había abierto la puerta le había parecido que se encontraba en estado de shock, asustado y con los ojos resplandecientes de lágrimas. Ahora se había tranquilizado un poco.

—Me encantaría —dijo Emilie con una sonrisa y siguió al pequeño por las escaleras hasta la planta de arriba.

La planta de arriba estaba en tal mal estado como la de abajo. Emilie apenas fue capaz de procesar lo que estaba viendo. La pobreza era una cosa, pero ¿esto? Solo cuando entró en lo que parecía ser el dormitorio de los dos chicos encontró algo que recordaba a un hogar. Oía a limpio y la habitación estaba bien iluminada y recogida.

—Escondemos cosas en el colchón, por si vienen los ladrones —dijo Torben sonriente, arrodillándose en el suelo delante de la cama.

Abrió la cremallera del lateral del fino colchón y enseñó el escondite a Emilie.

—¿Es la nota de Tobias? —preguntó Emilie señalando un papel con el dedo.

—Sí —asintió Torben, entusiasmado.

—¿Me dejas verla?

—Sí, claro.

Metió una mano sucia en el escondite secreto y le pasó la nota.

«Voy a espiar a las chicas cristianas, volveré pronto. Tobias».

—¿Sabes cuándo la escribió?

El niño caviló.

—Pues... no. Pero tiene que haber sido antes de que yo volviera a casa, porque estaba aquí cuando llegué.

Emilie no pudo evitar una sonrisa.

—Bien razonado. ¿Y cuándo viniste a casa?

—Después del partido de fútbol.

—¿Qué partido de fútbol? ¿Te acuerdas?

—Liverpool contra Novritsj, lo vi en casa de Clas. Tienen una tele con fútbol, no solo la final de la copa de Noruega sino todo tipo de fútbol. Clas y yo somos del

Liverpool. Ganaron.

—¿El sábado pasado quizá?

—Probablemente el sábado, sí —dijo Torben y se rascó el pelo.

El niño estaba sucio y no olía nada bien. Necesitaba darse un baño, ponerse ropa limpia, comer, sábanas nuevas. Hoy era viernes. El niño había estado solo en casa desde el sábado por la noche. Emilie se quedó sentada sin saber qué hacer, en la habitación de los niños. ¿Qué debía hacer? No podía dejar al niño solo en esa casa. Pero tampoco podía llevarse al niño a su casa. ¿O sí?

—¿Quieres ver qué otras cosas tenemos en el escondite secreto? —preguntó Torben con una sonrisa.

Parecía que temía que se marchara otra vez, ahora que había encontrado lo que buscaba.

—Sí, me encantaría, pero una cosa, Torben.

—¿Sí?

—¿Tobias no ha vuelto a casa desde que encontraste la nota?

—No, no ha venido nadie.

—¿Y no ha llamado nadie tampoco?

El niño negó con la cabeza.

—El teléfono no funciona. No hay tono cuando levanto el auricular y los móviles son muy caros, ¿lo sabías?

Emilie asintió con la cabeza y pasó una mano por el pelo del niño.

—Sí, son bastante caros, y tampoco son necesarios.

—No, eso es lo que dice Tobias.

—¿Quiénes son las chicas cristianas?

—No lo sabemos, solo podemos especular —dijo el niño hablando como alguien mayor—. Algunos dicen que comen personas, pero eso no es verdad. Solo sabemos que no van al instituto, tienen su propia escuela.

Emilie Isaksen no sabía más sobre los nuevos habitantes del bosque que cualquier otra persona. Casi nada. Habían hablado de ellos en la sala de profesores, naturalmente, pero se trataba más que nada de chismorreos, ya que ninguna de las niñas estaba apuntada en el instituto y no eran su responsabilidad.

—¿Así que se marchó el sábado pasado y desde entonces nadie lo ha visto?

—No sé si se marchó el sábado. El Liverpool ganó tres a cero. Luis Suárez hizo un *hatrick*, ¿sabes lo que es? ¿Por qué todo el mundo no tiene una tele con fútbol? ¿Me has traído algo de comer? Me gusta mucho la pizza.

—¿Te apetece una pizza?

—Sí, mucho —contestó Torben y asintió con la cabeza—. Pero primero tengo que enseñarte más cosas.

—Vale —dijo Emilie con una sonrisa.

—Esta es una piedra que se ha caído de la luna —dijo Torben enseñándole una piedra negra con agujeros—. La guardamos aquí porque puede que la necesiten y así

matamos dos pájaros de un tiro, porque ellos pueden tapar el agujero de la luna y nosotros podemos ver a la gente que vive allí. Divertido, ¿no?

—Sí, muy divertido —contestó Emilie, un poco impaciente.

Tobias Iversen llevaba siete días desaparecido sin que nadie hubiera avisado a la policía. Ni siquiera se atrevía a pensar en lo que podía haberle pasado al chico guapo que le había caído tan bien este último curso.

—Y esta de aquí es información secreta para un policía que Tobias y yo conocemos. Podemos llamarlo en cualquier momento si necesitamos algo y estamos en Oslo. Porque somos héroes, ¿lo sabías?

—Sí, eso me han dicho —respondió Emilie y pasó la mano por el pelo de Torben otra vez.

Apenas podía pasar los dedos por el cabello del niño. Necesitaba lavarse a fondo. Y comer. Y sobre todo hablar con alguien. Los dos hermanos habían sido los que habían encontrado a la segunda niña en aquel caso grotesco de asesinatos de niñas que salía en las noticias día y noche. Habían tenido una reunión en el gimnasio el día después, con varios psicólogos presentes, para que los niños pudieran hablar con alguien sobre lo que había pasado si querían.

—Se llama Kim, lo pone ahí —dijo Torben orgulloso, señalando con el dedo. Le dio la tarjeta de visita y la señaló de nuevo—. K-i-m. Kim, ¿no?

—Bien, Torben. Así que sabes leer, ¿eh?

—Sé leer —contestó sonriendo el niño.

Emilie miró la tarjeta de visita.

«Kim Kolsø, Departamento de Homicidios, Unidad de Operaciones Especiales».

—¿Sabes una cosa, Torben? —dijo Emilie levantándose.

—¿Qué?

—Pienso que deberíamos ir a comprar un poco de pizza.

—¡Bien!

El pequeño no pudo dejar de sonreír.

—Pero antes creo que deberías darte una ducha y ponerte ropa limpia. ¿Crees que lo puedes hacer tú solo o necesitas ayuda?

—Bah, lo puedo hacer yo solo —dijo el niño y se acercó a un armario.

—Esta es mi ropa —dijo y señaló las tres últimas baldas del armario.

—¡Genial! —exclamó Emilie con una sonrisa—. Entonces, ¿podrías coger lo que necesitas y darte una ducha? Y luego vamos a comprar esa pizza.

—Hecho —contestó Torben sonriendo y se puso de rodillas delante del armario y empezó a sacar lo que necesitaba.

—Voy a salir a hacer una llamada. No te importa, ¿verdad?

—¿No te marcharás? —El niño la miró preocupado.

—No, no —contestó Emilie.

—¿Seguro?

—Segurísimo, Torben.

Pasó la mano por su pelo otra vez.

—Sabes ducharte solo, ¿verdad?

—Claro que sí —aseguró Torben y salió de la habitación dando pequeños saltitos en dirección al baño.

Emilie no quería saber cómo estaba el baño. Ahora le costaba mantener a raya la desesperación que sentía. Los dos hermanos tenían que vivir en esas condiciones, sin nadie que se ocupara de ellos.

Esperó hasta oír el agua de la ducha antes de bajar por las escaleras y salir al patio para llamar.

—Policía de Ringerike.

—Sí, hola. Me llamo Emilie Isaksen y soy profesora del instituto de Hønefoss. Quería avisar de que una persona ha desaparecido.

—Un momento —dijo la voz—. Le paso con otra persona.

Emilie esperó impaciente mientras pasaban su llamada a otro teléfono.

—Holm.

Emilie se presentó de nuevo y explicó la razón por la que llamaba.

—¿Y dónde están los padres? —preguntó el hombre.

—No lo sé. He encontrado al hermano pequeño solo en casa, lleva aquí una semana solo.

—Y el otro niño que comentaba se llama Tobias, ¿verdad?

—Iversen. Tobias Iversen.

—¿Cuándo fue visto por última vez?

—No estoy segura, pero dejó una nota que fue encontrada el sábado pasado. Decía que había ido al bosque a ver si... Bueno, hay un grupo religioso por aquí, puede que lo conozcan.

—Sí, claro —dijo el policía.

Se quedó callado un momento. Estaba tapando el auricular con la mano. Tal vez estuviera comentando algo con sus colegas.

—Así que estamos hablando de un chaval que según usted ha desaparecido, y también han desaparecido los padres. ¿Es eso lo que dice?

A Emilie el policía ya empezaba a caerle mal.

—Sí, eso es lo que digo —contestó lacónicamente.

—¿Y cómo sabe que no está con sus padres?

—No lo sé.

—¿Así que podría estar con sus padres?

—¡No, ya le he dicho que está en el bosque!

—¿Por qué lo sabe? —preguntó la voz.

—Dejó una nota a su hermano.

El policía suspiró.

—No puedo registrar a una persona como desaparecida sin...

—Escuche —dijo Emilie, que ya había perdido la paciencia—. Estoy aquí con un

niño de siete años que lleva una semana solo en casa. Su hermano ha desaparecido. Sus padres han desaparecido. ¿Y usted me dice que no puede...?

Ya sentía cómo la ira se apoderaba de ella y tuvo que respirar hondo para poder hablar con normalidad.

—No, obviamente vamos a... Lo voy a apuntar aquí y a ver qué podemos hacer mañana. ¿Puede pasarse por comisaría a lo largo del día? ¿Es posible?

—¿Mañana?! —exclamó Emilie—. ¿Va a dejar que un niño que ya lleva una semana entera en el bosque pase otra noche allí? ¿Y si le ha sucedido algo?

—Sí, claro, pero es que no puedo... Quiero decir, ¿qué pasa si los padres se han ido de vacaciones y se han llevado al chaval?

—¿Dejando al niño de siete años solo en casa?

—He visto cosas peores —aseguró el policía—. Voy a apuntar su número de teléfono, echaré un vistazo al tema y la volvemos a llamar, ¿de acuerdo?

—Espero su llamada —contestó cortante Emilie.

Le dio su número de teléfono y colgó.

Gabriel Mørk estaba en la acera delante del elegante bloque de pisos de Frogner intentando que le abrieran la puerta del portal. Estaba un poco enfadado con Ludvig, que le había enviado allí. No se había dado cuenta de que tenía que ir a la tienda a hacer la compra. Era consciente de que no estaba en los puestos más altos de la jerarquía de la Unidad de Operaciones Especiales; después de todo, acababa de empezar, pero no estaba allí para hacer recaditos, lo podían hacer otros. A fin de cuentas, tenía cosas más importantes que hacer ahora mismo. Echó un vistazo al bloque de viviendas otra vez y volvió a llamar al timbre. Seguían sin contestar. El edificio era bonito. En el mejor barrio de la zona oeste de la ciudad. Las ventanas eran grandes y cada piso tenía una terraza que daba al parque. Pensó en su novia y en el bebé que llevaba en el vientre. Al principio había estado muy preocupado. ¿Dónde iban a vivir? ¿Cómo iban a pagar las facturas cuando naciera el niño? Había que comprar muchas cosas, casi se sentía un poco estúpido al pensar en lo ignorante que había sido. No sabía nada sobre eso de tener hijos. Había que comprar una cuna y una silla y, bueno, aquello era un no parar. Pero ya no. Ahora tenía trabajo. Un trabajo que había salido de la nada y que además era divertido. Un trabajo importante. Nunca había creído que pudiera pensar eso. La policía para él había sido algo así como el enemigo. Y también para los otros hackers que él conocía. Pero no tenían ni idea de lo que hablaban. No habían conocido a Mia Krüger. A Holger Munch. Curry. Anette. Ludvig. Y Kim y todos los demás. No sabían qué era eso de tener compañeros de trabajo. Ir a la oficina, formar parte de algo, un sitio donde la gente sonreía y te saludaba, donde te consideraban uno del equipo y te apreciaban como persona y por el trabajo que hacías. Sentía que formaba parte de las noticias, de alguna manera. Nunca había pensado que le fueran a importar las noticias, antes no, pero era otra cosa cuando trataban sobre tu trabajo. Además, el equipo que el técnico de Grønland había traído era maravilloso. Jamás habría podido permitirse semejante equipo, los primeros días se había sentido como un niño el día del cumpleaños.

Llamó al timbre una vez más y pensó en lo que tenía que comprar. Necesitaban otro piso. No tenían posibilidades de comprar nada en este barrio, claro está, pero tal vez podrían buscar algo bonito al otro lado de la ciudad. Seguramente no podrían tener un jardín ni nada de eso, pero por lo menos algo propio, le hacía ilusión. Una placa con su nombre en la puerta. «Aquí viven Gabriel, Tove y...». Bueno, todavía no habían hablado de qué nombre le iban a poner al bebé. Estaba a punto de llamar otra vez cuando se abrió la puerta y salió una señora mayor. Le sonrió, sujetó la puerta para dejarla salir y se coló dentro.

Subió las bolsas por las escaleras y llegó a la tercera planta. Ludvig le había dicho que era el piso al final del pasillo. Tenía la intención de llamar a la puerta, pero descubrió que estaba entreabierta.

—¿Hola? —dijo discretamente—. ¿Hay alguien?

Nadie contestó.

—¿Hola? —dijo otra vez y dio un pequeño empujón a la puerta para abrirla.

Metió las bolsas en la entrada.

—¿Hola? Traigo algunas cosas de parte de Holger Munch.

Fue entonces cuando descubrió el cuerpo.

«¿Qué cojones...?».

Soltó las bolsas, marcó el 112 y se arrodilló junto a la chica que estaba tendida en el suelo.

Mia Krüger estaba conduciendo a mucha más velocidad de la permitida, pero no le quedaba otra. Se había equivocado, eso era lo que pasaba. «Era el Munch equivocado». El asesino no iba a por Holger. Iba a por ella. Juró entre dientes y adelantó a un camión. Le dio el tiempo justo a meterse en su carril antes de chocar con los coches que venían de frente. Oyó al enfadado conductor del camión tocar el claxon detrás mientras pisaba el acelerador más a fondo. «No era ese Munch». No era Holger. Era Edvard Munch. Åsgårdstrand. Era ella. Mia Krüger. Ella era el objetivo. Holger no. Le daba vergüenza pensarlo. Se había equivocado. Joder, mierda, ¿por qué Munch no contestaba? Adelantó a otro coche, esta vez una autocaravana, giró el volante con una mano y volvió a entrar en su carril, por un pelo otra vez. Puso el teléfono contra la mejilla sopesando la posibilidad de usar la radio, pero al final lo descartó. Podía haber alguien escuchando y no quería que nadie oyera lo que tenía que decir.

Estaba a punto de llamar a Munch otra vez cuando sonó una llamada entrante. Era Gabriel.

—¿Dónde está Munch? —preguntó Mia.

—¿Dónde estás tú? —preguntó Gabriel a su vez.

—Llegando al centro. ¿Dónde está Munch?

—A saber —contestó Gabriel—. No coge el teléfono. Me cago en diez, Mia.

Solo entonces se dio cuenta de que el chaval estaba fuera de sí.

—¿Qué ha pasado?

—Marion ha desaparecido.

—¿Qué?

—No, en serio. —El chaval casi tartamudeaba—. He ido al piso con algunas cosas y me la he encontrado en el suelo.

—¿A quién?

—A la hija.

—¿A Miriam?

—Sí.

«Joder. Puta mierda».

—¿Está bien?

Mia volvió a invadir el carril contrario. Adelantó a tres coches antes de regresar a su carril.

—Respira, pero está inconsciente.

Anestesiada. ¿Acaso no había dicho que pusieran a alguien en la calle día y noche?

—¿Y no hay rastro de Marion?

—Nada —contestó Gabriel.



Parecía que el chaval estaba a punto de llorar.

—¿Has rastreado el teléfono de Holger? La última vez que he hablado con él iba camino de la residencia. Le había dado algo a su madre.

—¿A su madre? —preguntó Gabriel.

—Olvídalo, tengo que hablar con él ya.

—No estoy en la oficina —explicó Gabriel—. Estoy en Frogner.

—Vete a la oficina —le ordenó Mia dando un bocinazo a una moto que ralentizaba el tráfico delante de ella.

—Estamos... ando... ruido...

—No te he oído —dijo Mia—, repítelo.

Por fin adelantó a la moto y pudo acelerar otra vez.

—Estamos trabajando con el vídeo para eliminar el ruido —explicó Gabriel.

—Bien, ¿para cuándo?

—En cuanto esté.

—Sí, pero ¿cuándo?

Estaba enfadada, pero se tranquilizó. La culpa no era del chaval. Había hecho un buen trabajo.

—No estoy seguro —dijo Gabriel.

—Vete a la oficina y llámame desde allí.

Colgó y marcó el número de Ludvig.

—¿Dónde estabas? —preguntó Ludvig—. Se ha desatado un infierno aquí. Te has enterado, ¿no?

—Sí, me he enterado. ¿Dónde está Holger?

—Ni idea, no coge el teléfono. ¿Estás lejos?

—A veinte minutos o media hora —contestó Mia.

—Mierda. Esto es... la hostia.

No había duda de eso. Habían puesto a Marion bajo vigilancia y ahora había desaparecido. Colgó y marcó el número de información telefónica. Había empezado a llover. Las gotas golpeaban el parabrisas con fuerza y la visibilidad empeoraba por momentos. Puso en marcha los limpiaparabrisas sin levantar el pie del acelerador.

—Información telefónica 1881.

—¿Me pones con la Residencia de Høvikveien, por favor?

—¿Quieres que te lea el número?

—No, joder, ponme con ellos —ladró Mia y pisó el freno al darse cuenta de que estaba peligrosamente cerca de la cuneta.

Tardaron muchísimo tiempo en contestar. Parecía que había pasado una eternidad cuando alguien por fin cogió el teléfono.

—Residencia de Høvikveien, soy Birgitte.

—Sí, hola. Soy Mia Krüger. ¿No estará ahí Holger Munch por casualidad?

—Estaba aquí hace un rato —contestó la voz.

—Pero ¿está ahí ahora?

—Pues no, no lo he visto.

«Joder. Mierda».

—¿Está Karen?

—Sí, Karen sí que está. Espera un poco.

Pasaron un millón de segundos. A Mia le entraron ganas de aullar al auricular. Tuvo que aumentar la velocidad de los limpiaparabrisas para poder ver algo a través de la luna. Pasaron otro millón de segundos antes de que Karen por fin contestara.

—¿Sí?

—Hola, Karen, soy Mia Krüger.

—Hola, Mia, ¿qué tal?

—Bien. Oye, ¿has visto a Holger hoy?

—Sí, estaba aquí antes. Su madre sufrió un ataque. Nada grave, afortunadamente. El médico le ha dado algo para que descanse y...

—Vale, genial —la interrumpió Mia—. Pero ¿no está ahí ahora?

—No, se ha marchado.

—¿Sabes adónde?

—No, no lo sé. Estaba muy cansado. Le he dicho que...

Mia juró en voz baja. No tenía tiempo para eso.

—... Y le he despertado después de una hora. No parecía en muy buena forma, pero...

—¿Y no sabes adónde ha ido?

—No, le han llamado y ha salido corriendo. Ni siquiera se ha despedido —explicó Karen.

—Vale —dijo Mia—. Gracias.

—Una cosa —dijo Karen cuando Mia estaba a punto de colgar.

—¿Sí?

—No sé si es importante o no, pero su coche está aquí.

—¿El coche de quién?

—El de Malin. Malin Stoltz. Su coche está aquí.

Ahora llovía con tanta intensidad que Mia tuvo que disminuir la velocidad. Las gotas golpeaban el cristal como si fueran granizo y pudo ver cómo los coches que tenía delante frenaban, las luces rojas brillaban a través del parabrisas. Aflojó el acelerador y respiró hondo. Holger había recibido una llamada. ¿De quién? Alguien lo había llamado y él había salido corriendo. Holger nunca salía corriendo a ningún sitio. Ni siquiera se había despedido. ¿Quién podría conseguir que Holger echara a correr?

«El asesino».

Naturalmente. Marion había desaparecido. El asesino había llamado a Holger. En cuanto al propio Holger, no había llamado a nadie del equipo. Se había marchado corriendo sin despedirse. Marion. No echaría a correr por nadie más.

—¿Estás ahí, Mia?

—Perdona, Karen, ¿qué has dicho?

—Bueno, seguro que no es nada importante, si quieres lo hablamos en otro momento.

—No, ¿qué has dicho? ¿Algo de su coche?

—Sí, está aquí, en el aparcamiento subterráneo. No sé si tiene importancia o no, pero...

—¿Qué tipo de coche es?

—Es un Citroën blanco.

«Un Citroën blanco».

Mia miró por la ventanilla. Intentó averiguar dónde estaba.

Slependen. No faltaba mucho.

—Voy para allá —dijo—. ¿El coche está cerrado con llave?

—No lo sé —contestó Karen—. Pero la llave podría estar en el armario de la sala de personal. Es un poco despistada, a veces pierde sus cosas, y me parece recordar que dijo algo de que...

—Muy bien, Karen —la interrumpió Mia—. ¿Podrías buscarla, por favor? Llegaré enseguida, ¿vale?

Colgó y llamó a Anette.

—¿Sí?

—Hola, soy Mia.

—Ah, eres tú. ¿Dónde te habías metido?

—He estado en Åsgårdstrand. ¿Munch no te ha llamado?

—No. ¿Te has enterado?

—Sí, vaya mierda.

—Ya. Joder. Mikkelson está aquí. Está que trina.

A Mia ahora mismo le importaba una mierda lo que pudiera pensar Mikkelson.

—¿Quién está al mando en la oficina? —preguntó mientras buscaba la salida con la mirada.

—Mikkelson —contestó Anette.

—Si él no tiene ni zorra idea de nada. Anette, tienes que encargarte tú.

—¿Y qué quieres que haga? Por cierto, ¿dónde andas?

—Estoy llegando a Høvik. Hemos encontrado el coche de Stoltz. A propósito, ¿hay alguna novedad sobre ella?

—No, nada. ¿Qué quieres que haga?

—Espera a Gabriel y trata de sacar las coordenadas GPS del puto vídeo. Y procura que rastreen el teléfono de Munch. Creo que el asesino puede haberle llamado y que se dirige a su encuentro.

—De acuerdo —contestó Anette—. ¿Qué más?

—Tenemos que...

Mia encontró la salida a Høvik y la tomó. La intensidad de la lluvia estaba remitiendo, ahora podía ver la carretera delante de ella.

—¿Tenemos que...?

A Mia no se le ocurrió nada más.

—Ocúpate solamente de que arreglen el vídeo cuanto antes y también de lo del teléfono de Munch.

—Vale —respondió Anette—. Ah, sí, Ludvig tiene algo para ti.

—¿El qué?

—Una fotografía. Un grupo de apoyo en Hønefoss.

«Genial». Había sido una corazonada y había acertado.

—Dile que me lo envíe al móvil.

—Vale.

—Pero ¿no hay nada de Stoltz?

—Nada de nada.

—Vale, iré enseguida. Te llamaré si hay algo en el coche.

Mia colgó y tomó la salida hacia la residencia.

Lukas estaba sentado en el banco a orillas del estanque, envuelto en una manta. Ya llevaba ropa seca, pero aun así le costaba entrar en calor. El pastor Simon lo había sumergido bajo el agua. Había estado a punto de morir ahogado. El pastor Simon le había preguntado si veía al demonio, pero no lo veía y entonces el pastor lo había metido bajo el agua. Lukas estaba confuso. Primero, el pastor Simon lo había mantenido bajo el agua y luego le había traído ropa seca. Llevaba ropa seca en el coche. Y una manta. ¿El pastor lo había planificado? ¿Por qué razón?

El pastor Simon bajó del coche con una tartera de plástico con comida y un termo. Se sentó en el banco al lado de Lukas. Rebanadas de pan con queso de cabra. Desenroscó la tapa del termo y echó chocolate caliente en la taza.

—Bebe y come —dijo el pastor.

Lukas bebió un sorbo de chocolate y sintió cómo bajaba el calor por su garganta. Se comió las rebanadas despacio, mientras el pastor lo miraba. El pastor no dijo ni una sola palabra. Estaba sentado con las manos cruzadas delante de él, mirando a Lukas con una expresión de cariño en la cara. Lukas todavía tenía un poco de miedo, pero se sentía mucho mejor que hacía un rato. El pastor no apartó la mirada de él ni un segundo. Normalmente miraba por encima de su cabeza, hacia el cielo o más arriba, en cualquier caso hacia otro lado en lugar de mirarle directamente a los ojos, que era lo que estaba haciendo ahora. Poco a poco, Lukas entró en calor. Trató de devolverle la mirada al pastor, pero solo lo consiguió parcialmente. Se comió todas las rebanadas de pan y se tomó tres tazas de chocolate antes de que el pastor por fin comenzara a hablar.

—Dios envió a su hijo, Jesús hecho hombre, a la tierra para que redimiera los pecados de la gente —comenzó el pastor—. La gente tuvo la posibilidad de salvar a Jesús, pero eligieron a Barrabás, el ladrón, en lugar de a él.

Lukas asintió con la cabeza débilmente.

—¿Qué nos dice esto de la humanidad? —preguntó el pastor.

Lukas no contestó. Prefería evitar una respuesta incorrecta y acabar bajo el agua otra vez. Todavía podía sentir el pánico en el cuerpo.

—Que las personas no saben lo que es bueno para ellas —explicó el pastor—. La gente no tiene capacidad para tomar sus propias decisiones. Eso lo entiendes, ¿verdad, Lukas?

Lukas asintió con la cabeza. Habían hablado de eso en otras ocasiones. La gente era tonta. No sabía buscar su propio bien. Por eso Dios solo había elegido a unos pocos que podían ir al cielo. Solo los especiales. Los iniciados. Los que lo habían comprendido. Cuarenta personas de la parroquia. Y unas pocas más de otros lugares en el mundo, que conocerían más adelante.

El pastor Simon le miró directamente a los ojos y le cogió la mano.

—Yo soy Dios —dijo el pastor.

Lukas sintió cómo volvía el calor a su cuerpo. Otra vez notó el cosquilleo, más fuerte que nunca. Desde los pies, pasando por los tobillos, subiendo por los muslos y el estómago hasta el cuello. Al final sintió el cosquilleo también en la cara e incluso en las orejas.

—Yo soy Dios —repitió el pastor—. Y tú eres mi hijo.

Lukas se quedó sentado con la boca abierta.

—Eres mi hijo, Lukas. Eres el nuevo Jesús.

Lukas estuvo a punto de desmayarse. El pastor era Dios. Naturalmente. Ahora encajaba todo. Era por eso. Cuando hablaba con Dios en su despacho, estaba hablando consigo mismo. El pastor era Dios. Y él, Lukas, era el hijo de Dios.

—Padre —dijo Lukas en tono reverencial, inclinando la cabeza.

—Hijo mío —contestó el pastor poniéndole una mano en la cabeza.

Lukas sintió cómo el calor de la mano de Dios se extendía por su cuero cabelludo.

—Has superado la prueba —dijo el pastor—. Has puesto tu vida en mis manos. Y espero que confíes en mí ahora. Podría haberte matado, pero no lo he hecho. Porque tienes que realizar tareas más importantes antes de que volvamos a casa.

—¿A casa? —preguntó Lukas cautelosamente.

—Al cielo —aclaró el pastor con una sonrisa.

—¿De verdad soy el nuevo Jesús? —preguntó Lukas con la voz entrecortada.

El pastor asintió con la cabeza.

—Hace veintisiete años te envié a la tierra.

Lukas no podía creer lo que estaba oyendo. Naturalmente. ¡Ahora todo encajaba! ¡Era por eso por lo que no había tenido padres!

—Y yo volví a encontrarte —dijo Lukas con tono reverencial.

—Volviste a encontrarme —repitió el pastor sonriendo.

—Pero el primer Jesús hizo cosas muy grandes. ¿Qué he hecho yo? —preguntó Lukas.

—Ya llegará —dijo el pastor—. Hoy.

—¿Hoy? —preguntó Lukas con la voz tensa.

El pastor sonrió y subió al coche otra vez. Volvió con un hatillo en las manos y lo puso sobre el banco cuidadosamente.

—¿Para mí?

—Ábrelo —dijo el pastor con una sonrisa.

Lukas abrió el hatillo con manos temblorosas. Abrió los ojos de par en par cuando vio lo que contenía.

—¿Una pistola?

El pastor asintió con la cabeza.

—¿Qué tengo que hacer?

El pastor se inclinó hacia él y le cogió la mano.

—La semana pasada vino un intruso a la Casa de la Luz.

—¿Quién?

—Un chico enviado por el diablo.

Lukas sintió cómo le crecía la rabia por dentro. El demonio había enviado a un chico para impedirles que viajaran. Lo sabía. El pastor y Nils habían estado muy callados últimamente.

—Por suerte, soy más fuerte que el demonio —dijo el pastor con una sonrisa—. Yo lo comprendo, pero él no me comprende a mí.

«Naturalmente», pensó Lukas.

*Deo sic per diabolum.* «El camino a Dios pasa por el diablo».

Hay que comprender al diablo. Conocerlo. A eso se refería el pastor.

—¿Dónde está el chico ahora?

—Está encerrado en el escondite.

—¿Y qué vamos a hacer con él?

—Lo vas a matar —explicó el pastor.

Lukas miró la pistola que estaba delante de él y asintió lentamente con la cabeza.

—Solo hay un pequeño problema.

—¿Qué?

—Ha atrapado a Rakel. A mi Rakel.

—Qué cabrón —bufó Lukas.

—Así que debes tener cuidado. Mata al chico, pero no le hagas daño a Rakel. Necesito a mi Rakel en el cielo.

—Haré todo lo que pueda.

Lukas inclinó la cabeza y besó la mano del pastor. El pastor se levantó. Lukas envolvió la pistola en la tela otra vez y la llevó al coche.

—Cuando lleguemos al cielo, puedes tener tu propia Rakel —prometió el pastor.

—¿Qué? —se extrañó Lukas.

—Sí, claro que sí —afirmó el pastor—. Ya sabes, esos pequeños angelitos que han colgado de los árboles.

—¿Las niñas de las que habla todo el mundo?

—Sí —dijo el pastor—. Nos encontraremos con ellas ahí arriba. Puedes elegir a una de ellas.

¿Una niña para él? ¿Para qué querría una niña? Tenía suficiente con Dios. ¿Qué iba a hacer con una niña? Lukas dejó el tema, no quería contradecir al pastor. Se puso el cinturón de seguridad, arrancó el coche y bajó despacio por la pista forestal hacia la granja.

Kim Kolsø estaba al fondo de la sala de reuniones oyendo cómo todo se iba al carajo. No le afectaba a él, pero sí a Munch y a Mia. Ninguno de los dos estaba allí, ese era el problema. Si hubieran estado, quizá hubiesen podido contestar a algunas de las preguntas de Mikkelson. Llevaban todo el día intentando localizar a Mia sin éxito, aunque ahora parecía que Anette había hablado con ella. Se había ido a Åsgårdstrand y estaba regresando. En cuanto a Munch, nadie sabía nada.

Kim Kolsø suspiró y tamborileó con los dedos sobre la mesa. Observó a Mikkelson, que caminaba de un lado a otro delante de la pizarra con la frente arrugada encima de las gafas y las manos cruzadas a la espalda. Como si fuera un profesor que ahora les iba a echar la bronca a ellos, los alumnos. Kim miró a Curry, que formó la palabra «chorradas» con los labios poniendo los ojos en blanco. Kim tuvo que apartar la mirada para no reírse, pero estaba totalmente de acuerdo. Tenían una cantidad descomunal de tareas pendientes. Ni un solo miembro del equipo se sentía tranquilo. Incluso Ludvig, que estaba cerca de la jubilación, se retorció en el asiento como un crío inquieto. Pero el que más parecía sufrir era Gabriel Mørk. Lo habían sacado del despacho, donde estaba hablando por Skype con el amigo que estaba eliminando los ruidos del vídeo de Kiese. El chaval se mecía contra el respaldo de la silla. Parecía que estaba a punto de estallar.

—Bien —comenzó Mikkelson mirando a la gente de la sala—, ¿ya estamos todos?

Nadie contestó. Si Mikkelson era el profesor, ellos eran los alumnos insolentes que habían acabado en esta clase por insubordinación a la autoridad. La sala era un campo de minas. El ambiente rebosaba de irritación.

—¿Alguien puede ponernos al día?

Mikkelson se subió las gafas y escrutó a la gente de la sala. Nadie contestó. La rebelión en el aula continuaba. Resultaba infantil, pero ¿qué podían hacer? En la sala estaban varios de los amigos y colegas más cercanos de Munch y Mia. A ninguno de ellos le gustaba que les desacreditaran.

—¿Dónde está Holger Munch? —preguntó Mikkelson—. ¿Dónde está Mia Krüger?

Al final se levantó Anette.

—No hemos tenido noticias de Holger —dijo con voz tranquila—. Acabo de hablar con Mia.

—¿Y cuál es la situación?

—Lo último que sé es que estaba volviendo a la ciudad.

—¿Y Munch qué?

—No hemos recibido noticias de él, pero Mia tiene una teoría —explicó Anette.

—Seguro que sí —comentó Mikkelson con sarcasmo, pero no obtuvo la



aprobación de los presentes en la sala—. ¿Y cuál es?

—Cree que el asesino ha llamado a Munch —relató Anette—. Que quería verle a solas en algún sitio y Munch ha ido a su encuentro.

—Pero si todos los teléfonos están pinchados —dijo Mikkelson—. ¿Hay algún dato que apoye esa teoría?

—No —dijo Gabriel Mørk—. No había ninguna referencia a eso antes de que apagara el móvil.

—El asesino ha podido comunicarse con él de otra manera, ¿verdad? —apuntó Ludvig Grønlie cautelosamente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mikkelson.

—No, no lo sé, pero tiene e-mail en su móvil, ¿no es cierto? Y no tenemos acceso a todas las cuentas de e-mail privadas de internet, Gmail y demás, ¿no?

Grønlie lanzó una mirada dubitativa a Gabriel Mørk. Sabía muy bien que pertenecía a otra generación de policías y esperaba no haber metido la pata.

—Espero que todas nuestras actividades en internet no sean vigiladas —dijo Curry en tono sarcástico.

Algunas personas soltaron unas risitas.

—No, no tenemos acceso a eso —confirmó Gabriel Mørk.

—Así que puede haber recibido un mensaje —concluyó Anette—. Algo que le ha obligado a quedar en algún sitio a solas.

Mikkelson suspiró.

—¿Es así como se hacen las cosas?

Miró a la gente de la sala, sin recibir la respuesta que esperaba.

—¿Es así como se hacen? —repitió, un poco más alto esta vez—. No, así no hacemos las cosas, somos un equipo. Un equipo. No tienen cabida las operaciones de acoso y derribo en solitario. En este equipo nos coordinamos y trabajamos juntos. No me extraña que no hayáis averiguado nada.

—Sí que hemos averiguado cosas —dijo Ludvig aclarándose la garganta y se levantó.

A Kim, Grønlie le caía muy bien. Tenía justo lo que hacía falta para formar parte de la Unidad de Operaciones Especiales. En realidad resultaba extraño, unos cuantos habían pasado por la unidad durante periodos cortos sin terminar de encajar. Nadie podría decir en concreto qué era lo que hacía falta. No tenía nada que ver con la competencia, la edad, la clase social, la especialidad o si era hombre o mujer, era solo una especie de química. Un entendimiento tácito. Así se hace y así no se hace. Tenía varios colegas muy profesionales que habían pasado por la unidad sin acabar de sentirse a gusto. Que no podían ni ver a Munch. Que opinaban que Mia Krüger era la investigadora más sobrevalorada de todos los tiempos. Kim había trabajado muchos años con los dos. Y no se plantearía otro puesto.

Ludvig Grønlie ofreció un breve resumen a Mikkelson de lo que habían averiguado. Malin Stoltz. El piso lleno de espejos. La conexión entre la Residencia de

Høvikveien y un grupo de apoyo para mujeres que no podían tener hijos en Hønefoss. El vídeo de Kiese, que, si Mikkelson no hubiera insistido en que se reunieran allí como unos escolares, podría haberles proporcionado ya la ubicación donde Stoltz mantenía encerrada a Marion.

—De acuerdo, vale —dijo Mikkelson poniéndose las gafas en su sitio otra vez—. ¿En qué punto nos encontramos ahora mismo?

—¿Puedo irme ya?

Gabriel Mørk había tomado la palabra. Kim Kolsø sonrió levemente para sí. Este chaval le caía bien. Había salido de la nada y en un tiempo muy corto se había convertido en parte fundamental del equipo. Marca de la casa de Munch. Había encontrado a Mia de la misma manera. Los rumores decían que ni siquiera había tenido que terminar los cursos de la Academia de Policía.

—¿Para? —preguntó Mikkelson frunciendo las cejas.

—Si Munch ha ido en busca del asesino, estaría bien averiguar dónde está —explicó Gabriel Mørk—. En este momento estamos reparando el vídeo, tengo un amigo al que se le dan de puta madre estas cosas. En breve tendremos las coordenadas de GPS. Aprovecharía el tiempo mejor dedicándome a eso que quedándome aquí.

Kim se rio por dentro. Cuando había recogido a Mørk en la calle aquel día, estaba nervioso como un pollito. Ahora actuaba como si hubiera trabajado en la unidad desde el principio.

—¿Y quién eres tú? —preguntó Mikkelson quitándose las gafas.

—Soy Gabriel —contestó Mørk.

—¿Cuánto tiempo de experiencia como policía dices que tienes?

—Dos semanas —contestó Mørk sin inmutarse.

—Yo llevo veinte años en esto —dijo Mikkelson poniéndose las gafas otra vez—. Creo que tengo más idea de lo que significa aprovechar el tiempo que tú, ¿verdad?

El sarcasmo cayó en saco roto. Kim vio que Curry le guiñaba un ojo a Gabriel Mørk, que contestó encogiéndose de hombros.

—¿Anette? —dijo Mikkelson buscando apoyo.

—Gabriel tiene razón —replicó Anette y se levantó—. El vídeo de Kiese es importante y debería ser la máxima prioridad ahora mismo. Si Munch ha elegido mantenernos fuera porque Stoltz le ha dado un ultimátum, lo puedo comprender perfectamente. Está enamorado de su nieta. Yo habría hecho exactamente lo mismo.

Kim vio cómo la cara de Mikkelson cambiaba de color. Si había pensado que Anette Goli era una aliada, se había equivocado. Curry le guiñó un ojo a Kim, quien le devolvió una sonrisa.

—Muy bien —dijo Mikkelson con impaciencia y comenzó a hojear unos folios que tenía delante sobre la mesa—. ¿Qué hacemos ahora?

Kim Kolsø había bajado el volumen de su teléfono, pero se le había olvidado quitar la vibración. De repente su teléfono saltó en la mesa con un número

desconocido en la pantalla.

—¿Sí? —dijo Mikkelson enfadado mirándole a los ojos.

—Tengo que coger esta llamada —se excusó Kim y se levantó de la mesa.

—¿Ahora? —preguntó Mikkelson.

—Sí —contestó Kim.

—Entonces... —empezó a decir Mikkelson.

Kim salió de la habitación y no pudo oír cómo continuaba. Entró en la cocina y se sirvió una taza de café.

—Aquí Kim Kolsø.

Fue la voz de una mujer la que sonó al otro lado de la línea:

—Sí, hola, me llamo Emilie Isaksen.

—Hola. ¿Qué puedo hacer por usted?

Kim abrió la puerta del frigorífico y encontró un cartón de leche. Si había algo en lo que Mia Krüger y él estaban de acuerdo era en que en el trabajo no se podía tomar el café tal y como salía de la cafetera.

—He encontrado su tarjeta de visita en un colchón —explicó la mujer—. Y ahora no sé muy bien qué hacer. Pensaba que podría ayudarme.

—Muy posiblemente. ¿Qué es lo que necesita? —preguntó Kim mientras echaba un poco de leche en el café.

Tobias pasó la manta a Rakel y apagó la linterna. Todo se quedó completamente oscuro en el refugio, pero no había otra. No podían gastar las pilas de la linterna y sus ojos se acostumbraron rápidamente a la oscuridad. Tobias no sabía cuánto tiempo llevaban encerrados en la cámara subterránea, pero creía que podían haber pasado unos cuatro o cinco días. Había abierto la trampilla para mirar. Había susurrado el nombre de Rakel, la chica que acababa de conocer, la chica cristiana del otro lado de la valla que necesitaba ayuda. Entonces alguien había aparecido por detrás y lo había empujado adentro. Se había sentido estúpido, se había asustado y además se había hecho daño. La caída había sido considerable, por una escalera hasta el fondo del agujero negro, donde había aterrizado en el suelo de cemento con un fuerte golpe. Afortunadamente no se había hecho daño en la cabeza ni en los brazos, porque había aterrizado de costado y la escalera había frenado la caída un poco, así que tampoco el dolor era excesivo, solo le dolían un poco la cadera y una pierna.

—¿Probamos la trampilla otra vez? —propuso la chica llamada Rakel con una voz suave que penetraba la oscuridad.

Tobias podía verla un poco. Estaba cerca de él.

—No creo que tenga mucho sentido —contestó.

No quería parecer pesimista, pero ya lo habían intentado varias veces, la última hacía unas horas. Había subido la escalera y había intentado empujar la trampilla de madera hacia arriba con el hombro, pero no se había movido. La habían vuelto a cerrar con llave desde el exterior y su ganzúa no servía de nada si la cerradura estaba en el otro lado.

Afortunadamente tenían comida. Y mantas. Y una linterna, aunque no podían usarla demasiado, porque no habían encontrado pilas. Estaban en un refugio subterráneo. La chica que se llamaba Rakel le había explicado todo. Ella ya había estado aquí varias veces. Aquí era donde solían encerrar a los niños maleducados. A los que no hacían caso. Normalmente no se quedaban mucho tiempo. Dependía de lo que hubieran hecho. Tobias se había dado cuenta de que había muchos castigos en esta granja. Uno de ellos consistía en que no se podía hablar durante una semana. Por eso Rakel había escrito las notas cuando se encontraron en la valla. Sabía hablar, no había perdido la voz como Tobias había pensado al principio. Al principio había pensado que podía ser sordomuda, igual que Chief Bromden en *Alguien voló sobre el nido del cuco*. Claro que sabía hablar. Desde que lo empujaron al interior del refugio, casi no había parado de hablar. A Tobias le gustaba escuchar su voz. No hablaba como ninguna otra chica que él conociera, como las de la escuela, que no hacían más que soltar risitas o decir tonterías. Rakel hablaba con propiedad, casi como una persona mayor. Además sabía dónde estaba cada cosa en el refugio. Había comida en cajas y grandes jarras de agua, y gasolina y ropa y, bueno, todo tipo de suministros.

Lo dicho, no habían encontrado pilas, pero tenía que haber en algún sitio.

Tobias ya había estado en un refugio, tenían uno en la escuela y habían bajado durante un simulacro de emergencia. Protección civil había hecho sonar una sirena en Hønefoss y todo el mundo había tenido que bajar en una larga fila, como si fuera una guerra. En el refugio solo había unas colchonetas de gimnasia viejas y unos palos de hockey. No como aquí, donde había casi de todo. Los primeros días había sentido miedo, pero se le estaba pasando. No había sucedido nada peligroso y ya llevaban aquí bastante tiempo. Al final siempre te dejaban subir, eso le había dicho Rakel, que al final te dejaban subir, pero que algunas veces tardaban más tiempo en venir. A Tobias le preocupaba más que nada su hermano pequeño. Torben debía de haberse asustado al llegar a casa y ver que él no estaba allí. Eso sí, le había escrito una nota y la había escondido en el colchón de gomaespuma de su cama, el que se podía abrir con una cremallera. Lo llamaban el escondite secreto. «Voy a espiar a las chicas cristianas, volveré pronto», había escrito. Esperaba que eso le ayudase un poco.

—Ya no creo en Dios —declaró Rakel y buscó su mano.

Tobias había cogido a otras chicas de la mano antes, pero esto era diferente. A Rakel le gustaba agarrarle la mano durante mucho tiempo y a él también le gustaba. Sus dedos eran suaves y estaban calientes, y cuando se sentaba cerca podía sentir el calor de su cuerpo también. Estaba bien lo de estar sentados juntos de esa manera, no le importaría pasar mucho tiempo sentado así. Si no estuvieran encerrados bajo tierra, claro.

—Yo no creo en Dios —afirmó Tobias.

Habían hablado sobre eso muchas veces. Parecía que era importante para Rakel. Hablar de Dios. Algunas veces, Tobias había tenido la impresión de que hablaba casi consigo misma, pero trataba de contestar como buenamente podía.

—Porque si hubiera un Dios no dejaría que la gente hiciera cosas malas, ¿no crees?

Rakel se sentó un poco más cerca y le apretó la mano. Él apretó la suya. Hacían eso de vez en cuando.

«Todo irá bien. Estamos juntos».

—Estoy de acuerdo —convino Tobias, aunque en realidad no había pensado mucho en si Dios existía o no.

En el colegio había aprendido que había muchos dioses. En diferentes partes del mundo la gente creía en diferentes cosas, pero no era un tema que le interesara. Hasta ahora no había reflexionado mucho sobre ello.

—Pero ¿en qué puedes creer si dejas de creer en Dios? —se preguntó Rakel.

—¿En Superman? —bromeó Tobias; solía decir cosas así cuando su hermano estaba triste para alegrarle.

—¿En quién? —dijo Rakel.

Era verdad, había muchas cosas que Rakel no conocía. No se lo habían contado.

—Es un hombre muy fuerte que sabe volar.

—Ningún hombre sabe volar, ¿no? —comentó Rakel extrañada.

—No, no es que sepa volar, es que no existe en la realidad, es un personaje de un cómic.

—Tenemos cómics sobre Jesús —explicó Rakel y se quedó callada un momento.

Tobias sintió pena por ella. No es que él tuviera muchas cosas. La gente de su clase sí que tenía todo tipo de cosas, ordenadores, iPads, iPhones y casi todas las novedades, pero él por lo menos tenía televisión, cómics y libros. Rakel no tenía nada de estas cosas.

—¿Cuándo crees que nos dejarán salir? ¿Cuál es el tiempo más largo que ha pasado alguien aquí dentro?

—No lo sé seguro —contestó Rakel—. Una chica que se llama Sara estuvo encerrada dos semanas, creo, pero no estaba aquí cuando yo vine.

—¿Qué había hecho?

—Decían que había intentado huir.

—¿Como tú?

—Sí.

Ya hacía más frío en la estancia. Podía ser de noche, tal vez fuera por eso. Tobias cogió el extremo de una manta y se lo puso sobre los hombros. Rakel se acercó más a él y le envolvió con la manta. Estuvieron un rato así, sentados juntos bajo la manta, mientras se agarraban con fuerza de la mano. Rakel apoyó la cabeza en su hombro y después de un rato Tobias oyó que su respiración se volvía más pesada. Ya estaba dormida. Tobias se quedó quieto para no despertarla y cerró los ojos. Poco después, él también estaba dormido. No profundamente, como en su cama, solo una siestecilla. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba dormido cuando le despertó un ruido fuerte. Se sobresaltó y vio que la trampilla de arriba se estaba abriendo.

«Por fin», pensó cuando vio la luz de una linterna iluminar la escalera.

Tobias Iversen despertó a la chica de las pecas bonitas y se levantó del suelo.

La lluvia había cesado cuando Mia paró el coche delante de la Residencia de Høvikveien. Vio las nubes negras deslizarse hacia el centro cuando salió del coche. Subió las escaleras.

Karen estaba en la recepción cuando entró. En el mismo sitio en el que había visto a Malin Stoltz aquella vez que Mia había descubierto el diploma colgado en la pared conseguido por Veronica Bache en el torneo de canasta. Por Dios, qué espesa había estado. No había comprendido nada. Ya no funcionaba, podría ser por eso. Tampoco se había dado cuenta de que ella era el objetivo de Stoltz. Munch, sí, pero el Munch equivocado. Era Edvard Munch. Por eso había dejado los cadáveres en el castillo de Isegran. Las madres de Munch. Mia Krüger también había trabajado en el caso de Hønefoss. ¿Era por eso? ¿Porque era mujer? Policía y mujer. ¿Debería haberlo hecho mejor? ¿Debería haber encontrado a la niña recién nacida porque era mujer? Ya no podía pensar con claridad. La visita al cementerio había acabado con las últimas fuerzas que le quedaban. Su abuela estaba muerta. Su padre estaba muerto. Su madre estaba muerta. Sigrid estaba muerta. Estaba completamente sola. Mia se alegró de que todo hubiera terminado. Algunas veces en Hitra había dudado un poco de si había tomado la decisión correcta. Quitarse la vida. Dejar este mundo. ¿Debería haber pensado de otra manera? Pero ya no. Ahora estaba segura. Había tomado la decisión correcta. Nunca debería haber abandonado la isla. En su cabeza vio la imagen de todas las pastillas que estaban sobre la mesa, esperando. Se sintió expectante.

«Ven, Mia, ven».

Antes había que encontrar a Marion. Debía reunir sus últimas fuerzas y encontrar a la pequeña niña sonriente, el ojito derecho de Holger Munch que todos habían llegado a querer tanto. Encontrar a Malin Stoltz. Pensó brevemente en Munch, que había recibido un aviso y había desaparecido. Esperaba que estuviera bien. Incluso podía haber detenido a Malin. Podía haber encontrado a su nieta. Mia intentó sonreír. No quería mostrar lo mal que se sentía en realidad.

—Hola, Karen.

—Hola, Mia.

—Te pido disculpas. Siento haber sido un poco brusca por teléfono, estamos a tope en el trabajo ahora.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Karen con una expresión preocupada.

«Holger le gusta», pensó Mia. Ahora era evidente.

—Nada, solo el estrés de siempre —mintió Mia—. ¿Has encontrado las llaves?

—Sí, están aquí —dijo Karen—. Voy a ponerme una chaqueta.

Entró en la habitación trasera y volvió con la chaqueta puesta.

—¿Lleva aquí mucho tiempo?

—No lo sé —contestó Karen, que tomó el camino de salida que llevaba a las escaleras del garaje—. He bajado la basura esta mañana (en realidad no es mi trabajo, ¿sabes?, pero, bueno, hay que arrimar el hombro en los momentos difíciles) y entonces lo he visto. No sé cuánto tiempo lleva aquí.

—¿Por qué no se lo habrá llevado a su casa? —preguntó Mia.

—No tengo ni idea —contestó la enfermera bajando hacia el garaje a paso ligero por delante de Mia.

«Ligera de pies. Recuérдалo, Mia, ligera de pies».

Las palabras de su abuela en el lecho de muerte. Mia ya no se sentía especialmente ágil. Karen tenía su edad, quizá fuera un poco mayor incluso, pero tenía mucho mejor aspecto. Más joven. Más alegre. No tenía ni una arruga. La responsabilidad no le había pesado tanto. Enfermera en una residencia. Era diferente a una agente de policía cascada y sin cerebro. Mia estaba acabada. Se lo notaba en todo el cuerpo. Había intentado aguantar durante demasiado tiempo. Ser Mia Rayo de Luna. Sola en el mundo. Pero la visita al cementerio le había hecho comprender. No hacía falta seguir luchando. Trató de serenarse y sonrió a la amable enfermera. Munch y Karen. Esperaba que funcionara. Que las cosas funcionasen entre los dos. Él se lo merecía de sobra.

—Está aquí —dijo Karen con una sonrisa y señaló el Citroën blanco que estaba aparcado en una esquina—. Estas son las llaves —dijo todavía sonriente.

Mia abrió el coche con la llave y echó un vistazo dentro. A primera vista no había nada que mostrase que se encontraba delante del coche de una asesina en serie. Todo parecía muy normal. Un vaso de McDonald's. Un periódico. Mia dio una vuelta alrededor del coche y abrió el maletero. Allí tampoco vio nada fuera de lo normal. Un triángulo reflectante. Un par de botas. Joder, ¿qué se había esperado? ¿Que Stoltz hubiera dejado algún rastro de las niñas en el coche? Era más lista que todo eso. Cínica. Fría. Había dedicado años a planificarlo. No se iba a dejar pistas en el coche. Incluso había ido a la tumba de Sigrid. Mia se sintió furiosa solo con pensarlo. Notó la vibración del teléfono en su bolsillo. La foto de Ludvig. Por fin se animó un poco. Se alegraba de haber acertado. Un grupo de apoyo para mujeres que no podían tener hijos. Se alegraba de haber podido aportar algo después de todo. Sacó el teléfono del bolsillo y miró el mensaje de Ludvig. Una foto. Un grupo de apoyo de Hønefoss. «Reunión navideña, 2005». En total seis mujeres sonriendo delante de un árbol de Navidad. La reconoció inmediatamente. Malin Stoltz. No tenía los ojos de dos colores diferentes. Tenía un par de ojos azules. Lentillas. Mia aumentó el tamaño de la foto un poco. Malin Stoltz. Resultaba tan extraño... Parecía tan normal... Una chica normal que quería tener hijos, pero no podía. Sonriente, con el brazo alrededor de la mujer que tenía al lado. La mujer de al lado. Mia desplazó la imagen un poco para poder ver mejor.

«¿Qué cojones...?».

Se giró, pero ya era tarde. La mujer de la foto. La mujer detrás de ella. Sintió



cómo la punta de la aguja le entraba por el cuello. Su nuca chocó con la puerta trasera del coche, que estaba abierta.

—Cuenta desde diez a uno —dijo Karen con una sonrisa—. Es lo que suelen decir. De diez a uno y te quedarás dormida. Divertido, ¿no? Diez, nueve, ocho...

Mia Krüger ya estaba inconsciente antes de oír el número seis.



Anette Goli no le gustaba el ambiente en la sala de reuniones. Mikkelson había venido a tomar las riendas, quería llevar el caso él solo, pero no tenía suficiente información sobre los detalles para poder inspirar al equipo y sacar el caso adelante. Comenzó a sentirse bastante irritada. Necesitaban avanzar ya, rápido, cuanto antes. No tenían tiempo para poner al día a Mikkelson con respecto a todo lo que no sabía. ¿Y dónde estaba Mia? Si acababa de hablar con ella. ¿Y por qué Munch había apagado el móvil? Quizá porque iba a reunirse con el asesino, pero ¿por qué no había dejado el móvil encendido para que pudieran seguirlo? ¿Porque no quería que lo siguieran? Sopesó los diferentes argumentos en su cabeza y no se enteró de lo que estaba diciendo Kim.

—¿Tienes que hacerlo ahora? —preguntó Mikkelson—. ¿No tenemos cosas más importantes entre manos ahora mismo?

Kim suspiró.

—Sí, pero sospecho que puede haber una conexión.

—¿Y cuál es? —preguntó Mikkelson.

Anette Goli tuvo que morderse la lengua para no hablar. Lo dicho, Mikkelson no estaba al día.

—Tobias Iversen es el chico que encontró a Johanne —contestó Kim suspirando—. Y ahora ha desaparecido. Acabo de hablar con su profesora, hace una semana que nadie le ve. Había dejado una nota a su hermano diciendo que iba a espiar a una secta en el bosque.

—Puede ser una coincidencia —señaló Mikkelson.

Anette ya no aguantó más.

—También puede ser importante —intervino tajante—. Si se trata de una secta en el bosque cerca del lugar donde fue encontrada Johanne, desde luego que merece la pena ir a ver qué ocurre. A fin de cuentas, tenemos una parroquia que está claramente involucrada en esto; no sabemos de qué manera, pero algo raro pasa.

Mikkelson la miró y reflexionó un poco.

—Vale —accedió al final—. Pero no le dediques demasiado tiempo. Mantén el teléfono encendido por si te necesitamos.

—De acuerdo —dijo Kim.

Se llevó la mano a la frente para despedirse y salió de la habitación. Guiñó un ojo a Anette para agradecerle el apoyo antes de cerrar la puerta tras de sí. Ella sonrió y le devolvió el guiño. Kim Kolsø le caía bien. En realidad toda la gente del equipo le caía bien. Munch tenía sus defectos, eso estaba claro, pero sabía cómo elegir al personal. Nunca antes había trabajado con un grupo tan unido y motivado. Aunque ahora mismo quizá no estuviera del todo motivado, desafortunadamente. Mikkelson podría ser un buen jefe en Grønland, pero no tenía madera para investigar o para

liderar equipos de investigadores. No tenía dotes sociales para ello. Demasiada poca sensibilidad. El equipo, normalmente tan inspirado, parecía que tenía ganas de hacer cualquier cosa menos estar en la sala de reuniones. No era de extrañar. Tenían un millón de cosas que hacer y el tiempo se agotaba. Nadie había visto nada en el piso donde habían estado Miriam y Marion. Marion había desaparecido sin dejar rastro. Pensó en Munch. Podría estar allí ahora mismo. Solo y sin apoyo, era peligrosísimo, pero al menos estaba allí. Porque tenía que estar allí, ¿no? Anette no podía imaginarse otra cosa.

—Entonces, ¿cómo vamos con el tema de Marion Munch? —preguntó Mikkelson y justo en ese momento sonó el móvil de Anette.

Mikkelson la miró enfadado.

—Es de Grønland —dijo Anette—. Tengo que contestar.

Salió de la habitación.

—¿Sí?

—Buenas, soy Hilde Myhr. Oye, que tengo aquí a alguien que quiere hablar contigo.

—¿Conmigo personalmente?

—No, con cualquiera de vosotros. He intentado llamar a Munch y a Mia, pero no contestan.

«¿Mia no contesta? ¿Dónde estará?».

—Estoy muy ocupada, tiene que ser algo importante.

—Sí, es importante, ya lo creo.

—¿Quién es?

—Malin Stoltz.

El teléfono estuvo a punto de caérsele de la mano a Anette.

—¿Qué has dicho?

—Tengo a Malin Stoltz aquí.

Anette se quedó tan sorprendida que se olvidó por completo de contestar. Colgó y entró corriendo en la sala de reuniones.

—¡Tenemos a Stoltz! —exclamó.

—¿Qué? —dijo Mikkelson—. Pero ¿cómo?

—Está en Grønland. Curry, tú vienes conmigo.

—A sus órdenes —dijo Curry y se puso la cazadora al instante.

Holger Munch se incorporó en la cama. Parecía que la cabeza le iba a explotar y tenía la boca extremadamente seca. Miró confuso a su alrededor. La habitación estaba clínicamente limpia. Parecía un hospital. «La residencia». Seguía en la Residencia de Høvikveien.

«¿Qué cojones?».

Se levantó apresuradamente, pero tuvo que sentarse otra vez. La habitación giraba delante de sus ojos. La ventana. Estaba oscuro fuera. Era de noche. Había dormido todo el día. En una cama de la Residencia de Høvikveien, con la ropa puesta. Buscó en los bolsillos, pero no pudo encontrar el móvil en ninguna parte. La hostia. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Dónde estaba Karen? ¿No lo iba a despertar? Intentó levantarse de nuevo y esta vez lo consiguió. Se acercó a la puerta con las piernas temblorosas y trató de abrirla, pero no pudo. Estaba cerrada con llave por fuera. Buscó la cerradura a tientas en su lado de la puerta, pero no había. Alguien lo había encerrado. «Qué cosa más retorcida». Holger Munch sintió cómo afloraba el pánico al darse cuenta de lo que había sucedido.

«Mierda».

Dio un golpe en la puerta con su pesada mano y gritó febrilmente:

—¡Hola!

Comenzó a golpear la puerta desesperadamente mientras trataba de pensar con claridad.

—¿Hay alguien ahí?

Se metió las manos en los bolsillos otra vez. Tanto de la trenca como del pantalón. Regresó a la cama con pasos tambaleantes y comenzó a buscar entre las sábanas. No había ni rastro del teléfono en ningún sitio.

La puerta se abrió tras él y una enfermera a la que Holger no conocía asomó la cabeza. Lo miró asustada.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

—Munch, de la policía de Oslo, Departamento de Homicidios —contestó Munch con voz ronca y se abrió paso para salir—. ¿Has visto a Karen?

—¿Karen? —dijo la enfermera asustada—. Ha terminado su turno, ¿por qué?

—Tengo que usar el teléfono —dijo Munch y echó a andar, tropezándose, hacia la recepción.

—No, mire, no se puede...

—Soy Munch, de la policía. Mi madre vive aquí —explicó Munch y descolgó el auricular.

Se quedó con el auricular en la mano ligeramente confuso. La mierda de la tecnología moderna, ya no se acordaba de ningún número. Marcó el número de información telefónica y pidió que lo pusieran con la comisaría de Grønland. Por fin

le contestaron y pidió que le pasaran con la Unidad de Operaciones Especiales. Ludvig contestó:

—Aquí Ludvig Grønlie.

—Soy Munch.

—Joder, Munch, ¿dónde estabas?

—No tengo tiempo de explicaciones, Ludvig. ¿Está Mia por ahí?

—Qué va, no está.

—¿Cómo que no está? ¿Dónde anda?

—Aquí no está —repitió Ludvig.

—Maldita sea —dijo Munch—. ¿Está Gabriel?

—Munch... —le interrumpió Ludvig.

—Pásame con Gabriel, tiene que poder rastrear el móvil de Mia. Pásame con él.

—Munch... —insistió Ludvig.

—Joder, Ludvig, pásame con Gabriel.

—Tu nieta ha desaparecido —soltó Ludvig al otro lado de la línea.

Munch se quedó totalmente callado.

—Marion ha desaparecido —repitió Ludvig—. Alguien se la ha llevado del piso.

Pero todo irá bien, tenemos a Stoltz. Se ha entregado. ¿Has oído? Tenemos a Malin Stoltz. Anette y Curry la están interrogando ahora mismo. Todo irá bien.

Poco a poco, Munch se despertó. Como un oso saliendo de la hibernación.

—No es ella —aseveró.

—¿Qué quieres decir?

La cabeza le daba vueltas a Munch.

—Envíame un coche.

—Bien, pero...

—¡Envíame un coche! —gritó al auricular.

—Vale, pero ¿dónde estás? —contestó Ludvig en el mismo tono de voz.

—Lo siento —se disculpó Munch, que sentía que todo el cuerpo le estaba temblando—. En la Residencia de Høvikveien. Envía un coche, Ludvig. No puedo conducir. Envíame un coche.

Colgó el teléfono y salió a la oscuridad de la calle dando trompicones.

Había tensión y alivio en el ambiente de la moderna sala de interrogatorios del sótano de la comisaría de Grønland. Llevaban tanto tiempo buscándola... Primero había sido una persona sin rostro, un asesino en serie desconocido, y después se había convertido en una mujer con los ojos de diferente color que vivía en un piso recubierto de espejos. Y ahora estaba aquí. A solo un metro de distancia. Anette la observó con disimulo, mientras Curry llenaba otro vaso de agua. Malin Stoltz. Anette no sabía muy bien qué se había esperado, pero probablemente no era esto. Era una persona muy delgada y débil. Su largo cabello negro caía sobre la cara pálida. Unos dedos finos que apenas eran capaces de sostener el vaso de agua cuando se lo llevaba a los labios secos.

—Gracias —dijo Malin Stoltz cautelosamente e inclinó la cabeza otra vez.

A Anette casi le daba pena.

—Tienes derecho a que haya un abogado presente, ¿eres consciente de ello? —preguntó Curry y se sentó otra vez.

Malin Stoltz asintió ligeramente con la cabeza.

—No me hace falta —declaró con voz débil.

—Puede ser conveniente —insistió Anette.

Malin Stoltz levantó los ojos y la miró. Un ojo marrón y otro azul que parecían haber perdido las ganas de vivir.

—No me hace falta —repitió Malin Stoltz y se pasó una mano fina por el pelo negro—. Voy a contaros todo lo que sé.

—La sospechosa decide no hacer uso de su derecho a asistencia jurídica —dijo Curry al pequeño micrófono que estaba sobre la mesa.

—¿Estás segura? —volvió a insistir Anette.

Malin Stoltz asintió de nuevo con la cabeza, tan cautelosamente como la primera vez.

Era tan frágil... Anette no se lo creía. Parecía casi transparente, como el cristal. Anette tuvo la sensación de que, si hablaba demasiado alto o chasqueaba los dedos, se rompería en pedazos.

—Voy a contaros todo lo que sé —continuó Stoltz—. Pero quiero que llaméis a alguien.

—¿Y quién es ese alguien? —preguntó Curry bruscamente.

Anette le hizo un gesto para que se calmara. No había razones para comportarse de manera agresiva. Malin Stoltz ya estaba rota.

—Estoy enferma —explicó Malin—. Tengo una enfermedad. Quiero que llaméis a mi médico, ¿es posible?

Malin la volvió a mirar, esta vez con ojos suplicantes.

—Por supuesto —respondió Anette—. ¿Cuál es el número?

—Me lo sé de memoria —dijo Malin.

Curry le pasó un cuaderno y un lapicero sobre el tablero de la mesa. Le sonó el móvil una vez. Curry miró el mensaje que había recibido mientras Malin apuntaba el número de teléfono en el cuaderno. Levantó las cejas y pasó el móvil a Anette sobre la mesa. El mensaje era de Ludvig.

Munch está de camino.

Anette sonrió y le devolvió el teléfono. Munch había vuelto. «Por fin». Anette recibió el cuaderno de Malin Stoltz y se lo pasó a Curry.

—¿Le llamas tú?

Curry asintió con la cabeza y salió de la habitación.

—¿Quieres más agua? —preguntó Anette cuando se quedaron solas en la habitación.

—No, gracias —dijo Stoltz con voz débil y volvió a agachar la cabeza.

—¿Qué enfermedad tienes?

—No consiguen averiguarlo —contestó Malin—. Pero es algo de la cabeza. No tengo la cabeza bien. A veces no sé ni quién soy. Pero no han conseguido averiguar qué me pasa.

—¿Dónde está Marion Munch? —preguntó Anette.

—¿Quién?

Malin Stoltz le lanzó una mirada inquisitiva.

—Marion Munch. Te la llevaste del piso, ¿verdad? ¿Dónde la tienes?

—¿A quién? —preguntó Stoltz otra vez. Ahora parecía realmente confusa.

—Sabes por qué estás aquí, ¿verdad?

—Sí —dijo Malin asintiendo con la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque hemos engañado a los ancianos —explicó Malin con voz débil.

Ahora le tocó a Anette poner cara de asombro.

—¿Qué quieres decir?

Malin la miró.

—Engañamos a los ancianos. No tenía intención. Pasó sin más. Karen y yo. Necesitábamos dinero. Yo quería adoptar a un niño. No es tan fácil cuando una está sola y no del todo sana. ¿Sabes lo caro y difícil que es adoptar a un niño?

Anette no tenía ni idea de qué estaba hablando.

—¿Ahora estás enferma, Malin?

—¿Qué? ¿Si estoy qué?

Malin Stoltz se incorporó bruscamente y después miró alrededor.

—¿Eres Malin ahora o eres otra persona?

—No me llamo Malin —dijo Stoltz.

—¿Y cómo te llamas entonces?

—Me llamo Maiken Storberget —dijo Malin Stoltz.



—Entonces, ¿por qué te haces llamar Malin?

—Fue idea de Karen —explicó la chica delgada.

Maiken Storberget. Anette estaba realmente confusa, pero no dejó que la otra lo notara. Curry entró en la habitación otra vez.

—Acabo de hablar con tu médico. Me ha pedido que te dé muchos recuerdos y que te diga que está de camino.

Había abandonado completamente su actitud agresiva. No había razones para ello. Tal y como se comportaba la mujer que tenían delante, Anette empezaba a dudar que Malin Stoltz fuera la persona que estaban buscando. A menos que se tratara de una mentirosa experta, lo cual era muy probable. Ella misma había dicho que sufría una enfermedad. Que de vez en cuando no era ella misma. Pero Anette había visto a muchos mentirosos a lo largo de los años y, si Malin Stoltz era una de ellos, era realmente buena. Anette apagó la grabadora y le pidió que les disculpara un momento. Sacó a Curry al pasillo y dejó a Malin Stoltz sola en la sala de interrogatorios.

—¿Qué te ha dicho el médico?

—Lo que nos ha contado es verdad —le explicó Curry—. Ha estado entrando y saliendo de instituciones médicas desde que era una cría. Suponiendo que sea cierto que la persona con la que acabo de hablar es médico. Este caso es tan extraño que ya no me creo nada.

—¿Te ha dicho algo sobre lo que tiene?

—No, por secreto médico, pero me ha confirmado con seguridad que está mal de la chola.

—Curry...

—Que sufre de una enfermedad mental. Joder, Anette, esta mujer ha asesinado a cuatro niñas ¿y yo tengo que ser cuidadoso con lo que diga?

—Echa un vistazo al médico. A ver si tiene licencia. Y consigue que alguien compruebe el nombre de Maiken Storberget en nuestros archivos.

—¿Quién es?

Anette señaló la sala de interrogatorios con la cabeza.

—¿Stoltz?

—Eso es lo que dice ella. Míralo ahora, ¿vale?

—Vale —dijo Curry.

Anette volvió a entrar en la habitación y puso en marcha la grabadora.

—Hoy es viernes, 4 de mayo de 2012, y son las 22.40. La fiscal Anette Goli interroga a Malin Stoltz.

—Maiken Storberget —la corrigió Stoltz, pero de repente no parecía estar muy segura.

—¿Cómo quieres que te llame ahora? —preguntó Anette con amabilidad.

—Creo que Maiken —contestó Malin.

—Maiken entonces. ¿Quieres más agua, Maiken?

—No, gracias, estoy bien.

—¿Sabes por qué estás aquí, Maiken?

—Sí, porque Karen y yo engañamos a los ancianos. Lo siento mucho.

—No es por eso por lo que estás aquí, Maiken.

—¿No?

La anterior Malin Stoltz, que ahora era Maiken Storberget, la miró extrañada.

—¿Estás segura de que no quieres un abogado?

—Sí, estoy segura, pero ¿por qué estoy aquí?

—Eres sospechosa del asesinato de cuatro niñas de seis años, además de la desaparición de Marion Munch, también de seis años.

—Oh... No, no, no, no.

Maiken se levantó repentinamente de la silla y señaló a Anette con el dedo.

—No, no, no... Oh, no, no.

—Siéntate, por favor, Maiken.

—Oh, no, no... No, no, tú sabes que no, sabes que no tengo nada que ver con eso. Oh, no. No, no, no.

Anette se arrepintió de haber accedido a quitarle las esposas. Parecía que Maiken Storberget podía empezar a hacerse daño a sí misma en cualquier momento.

—¿Puedes sentarte, Maiken?

—No tengo nada que ver con eso.

—¿Puedes sentarte, Maiken?

—Con eso no. Oh, no, no, no. Sabes que no. No he sido yo.

—Si te sientas, te escucharé, ¿de acuerdo? —dijo Anette con el tono más amable que pudo, pero con los dedos puestos cerca del botón que estaba bajo la mesa. Prefería que no entrasen los guardias a no ser que fuera absolutamente necesario.

Maiken Storberget la miró un momento y decidió sentarse otra vez.

—Maiken...

—¿Sí?

—Olvidemos lo que acabo de decir por un momento, ¿vale?

—Vale —repitió Maiken secándose una lágrima.

—Cuéntame más de lo que estabas diciendo.

—¿Lo de los ancianos? —preguntó Maiken y se incorporó en la silla.

—¿Quiénes son los ancianos?

—Los de la residencia —aclaró Maiken con voz débil—. Conocí a Karen en Hønefoss. En un grupo de apoyo para mujeres que no pueden tener hijos. Nos conocimos. Se le ocurrió a ella, dijo que conocía a alguien.

—¿A quién?

—A un pastor. No había sido pastor desde el principio, antes era vendedor de coches, creo, pero se convirtió en pastor y robaba dinero a gente que se iba a morir.

—¿Te refieres a sus herencias?

Mia había informado al equipo sobre la gente de la parroquia que había tratado de

engañar a la madre de Munch para que les diera su herencia.

Maiken Storberget asintió con la cabeza.

—Nos daba dinero a cambio de nombres de personas que...

—¿Personas que...?

Maiken dudó.

—Ya sabes, ancianos a los que pudiéramos convencer de que creyeran en el cielo.

Era evidente que estaba avergonzada. No paraba de mover las manos sobre el regazo.

—¿Y eso cuánto tiempo duró?

—Oh, mucho, mucho tiempo. Hemos engañado a mucha gente.

La puerta se abrió y Curry entró en la habitación. Anette pulsó el botón de la grabadora.

—Son las 22.57. El investigador Jon Larsen acaba de entrar en la sala de interrogatorios. El interrogatorio de Malin Stoltz-Maiken Storberget continúa.

Miró a Curry, que asintió con la cabeza.

—Todo está bien —informó brevemente.

—Así que ¿quién es Karen? —preguntó Anette.

—¿No conocéis a Karen? —se extrañó Maiken.

—¿Qué Karen? —intervino Curry.

—No, no conocemos a Karen —respondió Anette.

—Yo sí que conozco a Karen —dijo Munch, que de repente había aparecido en la habitación.

Anette ni siquiera había oído abrirse la puerta.

—Son las 22.59. Holger Munch, jefe de la Unidad de Operaciones Especiales, acaba de entrar en la sala de interrogatorios —dictó Anette al micrófono.

—¿Dónde está Karen? —preguntó Munch y se sentó sobre el extremo de la mesa.

Maiken Storberget parecía aún más avergonzada tras la llegada de Munch. Se conocían. Y Maiken había tomado parte en el intento de quitar a la familia Munch su herencia.

—Lo siento, Holger —murmuró Maiken y se miró las manos—. Solo quería tener un bebé. ¿Por qué no puedo tener un bebé, si todo el mundo puede?

—No pasa nada, Malin —la tranquilizó Munch poniendo una mano sobre su hombro—. Solo necesito saber dónde está Karen.

—Maiken —le corrigió Anette.

—¿Qué? —preguntó Munch girándose hacia ella.

Anette había visto a su jefe cansado en otras ocasiones, pero nunca tanto. Apenas podía sostener su mirada. Si no fuera porque sabía que nunca probaba el alcohol, habría pensado que estaba bebido.

—Maiken Storberget —dijo Curry al tiempo que gesticulaba con la cabeza a Munch para que se tranquilizara.

—¿Maiken? Vale, Maiken —dijo Munch—. ¿Dónde está Karen?

—Oh, no, no —dijo Maiken y comenzó a mecer el cuerpo sobre la silla.

—Munch... —intervino Anette, pero este no quiso escucharla.

—Necesito saber dónde está Karen, ¿te enteras? Tengo que saber dónde está, ¡ahora!

Munch se inclinó hacia delante y agarró a la delgada mujer del hombro. Maiken Storberget reaccionó instintivamente y se puso las manos sobre la cara.

—No, no, no.

—¡Munch! —repitió Anette con voz severa.

—¿Dónde está Karen? —gritó Munch sacudiendo a la delgada mujer.

—¡Munch! —gritó a su vez Anette.

—¿Dónde está Karen?

Munch la tenía agarrada de los hombros y la sacudía con fuerza. Anette estaba a punto de levantarse, pero Curry se le adelantó. El fornido policía puso sus fuertes brazos alrededor de Munch y se lo llevó al pasillo.

—¿Estás bien, Maiken? —preguntó Anette cuando de nuevo se quedaron solas en la sala de interrogatorios.

La mujer delgada alzó los ojos y la miró con una expresión asustada mientras asentía lentamente con la cabeza.

—Voy a salir a hablar con los dos y ahora vuelvo, ¿vale?

Maiken Storberget volvió a asentir con la cabeza.

—¿Y sabes qué?

Maiken la miró.

—¿Sí?

—Todo irá bien. Yo te creo, ¿vale?

Maiken se secó una lágrima y asintió débilmente con la cabeza.

—Mil gracias.

Anette sonrió, puso una mano sobre su hombro y salió de la habitación.

—¿Qué cojones te pasa, Munch?

Curry seguía en el pasillo sujetando firmemente a Munch.

—Disculpa —balbuceó Munch—. Tiene a Marion. Karen. Tiene a mi niña. Tiene a Marion.

—Cálmate —le pidió Curry.

—Lleva a Maiken a una celda —dijo Anette con voz tranquila—. Yo me ocupo de Holger.

Curry asintió con la cabeza y soltó a regañadientes la trenca de color marrón claro. Volvió a entrar en la sala de interrogatorios y dejó a los otros dos solos en el pasillo.

—¿Estás bien, Holger? —preguntó Anette y puso una mano sobre el hombro de su jefe.

—Tiene a mi niña —repitió Munch.

—¿Quién es Karen? —preguntó Anette con voz tranquila.

—Trabaja en la residencia —gruñó Munch—. Tiene a mi niña, Anette. Mi niña.

—La encontraremos —aseguró Anette y en ese momento sonó su móvil.

—Aquí Anette.

—Pásame con Holger —le pidió Gabriel Mørk respirando pesadamente al otro lado de la línea.

Anette le pasó el teléfono a Munch.

—¿Sí?

Munch escuchó el breve mensaje y volvió a colgar casi enseguida.

—El vídeo de Kiese. Tenemos las coordenadas de GPS. Trae a Curry, ¿vale?

El agente regordete echó a correr por el pasillo sin esperar respuesta.

Mia Krüger pensaba que los ruidos que la habían despertado eran de las gaviotas. Había vuelto a su isla. A la casa que se había comprado para estar sola. Para evitar a la gente. Para evitarse a sí misma. Se había automedicado voluntariamente, casi hasta morir. El mar. El aire. Las gaviotas. La calma. Iba a ir con Sigrid. Es demasiado difícil estar sola. Cuando toda tu familia ha desaparecido. Muertos. Es demasiado difícil no tener a nadie que te comprenda. Sigrid siempre la había comprendido. La buena, bella, maravillosa Sigrid. Mia ni siquiera tenía que hablar. «Te comprendo, Mia». Ni siquiera tenía que abrir la boca. Unos ojos bondadosos y cálidos tras su pelo rubio.

Ahora estaba sola. No se sentía segura. No tenía tranquilidad. Sola en esta casa con las gaviotas. Mia Krüger, dura, inteligente y especial. «Mia Rayo de Luna», la india con los ojos azules centelleantes, una de las mejores investigadoras de Homicidios del país. Convertida en un monstruo agotado en una isla desierta.

Mia sintió la boca seca. Intentó abrir los ojos, pero todo iba lento. La transición a cámara lenta del sueño a la realidad, con música de fondo. Una radio. La música cesó. Intentó otra vez abrir los ojos, pero los párpados estaban agarrotados. No solo estaban agarrotados los párpados, toda ella estaba agarrotada, no podía moverse. Mia volvió lentamente al sueño. El café se estaba haciendo, se oía el ruido de la cafetera en la cocina de la casa de Hitra.

—Buenos días, Mia.

Mia Krüger abrió los ojos y vio a Karen Nylund delante. La mujer rubia sonrió y le mostró una botella de agua.

—¿Quieres beber un poco? Tendrás muchísima sed, ¿no?

De pronto Mia lo recordó todo e instintivamente se retorció intentando liberarse. Tenía algo pegado a la boca. Las manos estaban sujetas a una silla con cinta. Las piernas. Las piernas también. Los movimientos se producían instintivamente, sin pasar a través del cerebro, surgían directamente del cuerpo. Un pánico muscular que no la ayudaba nada. No pudo mover más que la cabeza.

—Pero qué maja eres —comentó Karen sonriendo al tiempo que movía la botella de agua delante de ella—. ¿Vas a seguir así mucho tiempo? Es muy divertido verte, sigue si quieres.

Por un momento Mia sintió pánico, pero consiguió calmarse. Aplacó el miedo. Respiró hondo, desde el estómago, y miró a su alrededor. La mirada de una policía. Estaba en una casa pequeña. O una cabaña. No, una casa. Los marcos de las ventanas estaban pintados de blanco. Eran antiguos. En el campo. Estaba en el campo. Había una película de plástico pegada a los cristales. Se podía ver hacia fuera, pero no hacia dentro. Calor y un crepitar detrás de ella. Un horno, no, por el ruido tenía que ser una chimenea. Un sofá. Una mesa. De los años sesenta. Una alfombra en el suelo. De

varios colores. Una puerta a la izquierda. Un frigorífico viejo. Una cocina. Otra puerta. Entreabierta. Un pasillo. Un par de botas sucias. Una chaqueta de punto. Un chubasquero.

—Una casa bonita, ¿verdad? —comentó Karen y dejó la botella en el suelo—. ¿Quieres que señale cada cosa y te cuente lo que es?

Mia trató de decir algo, pero no le salió más que un sonido gutural. Tenía una cinta pegada a la boca. Sacó la lengua entre los labios, sintió el sabor a pegamento.

—Si quieres te doy de beber, pero no puedes gritar —le advirtió Karen—. Estamos lejos de cualquier otra casa, así que nadie te va a oír, pero no quiero que despiertes a la niña.

Había un televisor delante de ella. No, un televisor no. Una pantalla. Conectada a un ordenador. Un teclado. Un ratón.

Karen encendió la pantalla.

—Mira, está dormida. Tenemos que guardar silencio. Chist. —Karen Nylund sonrió y se puso el dedo índice sobre los labios.

La pantalla se encendió poco a poco y mostró la imagen de una niña dormida. Marion. En una habitación blanca en algún sitio. La perspectiva era desde arriba. Una webcam situada en una esquina cerca del techo.

—Es guapa, ¿a que sí? —dijo Karen con una sonrisa. La enfermera se sentó sobre la mesa y acarició la pantalla cuidadosamente—. No hay que despertar a la niña cuando está dormida.

Karen dio un paso hacia delante y quitó la cinta de la boca de Mia con un movimiento brusco. Mia inspiró hondo y tosió. Estaba mareada. La inyección en el cuello. Tenía ganas de vomitar.

—Bueno, bebe un poco —dijo Karen y le puso la botella en los labios.

Mia tragó toda el agua que pudo, el resto se derramó por su barbilla y el jersey y llegó hasta las piernas, se le mojaron los muslos.

—Buena chica —la felicitó Karen y le secó las comisuras de los labios y la barbilla con el revés de la mano.

—¿Qué le has hecho? —balbuceó Mia. Su voz sonaba extraña y oxidada.

—Pero ¿qué dices, mujer? —replicó Karen sonriendo—. Si no le he hecho absolutamente nada. La voy a matar, eso sí, pero no le voy a hacer nada.

—Que te jodan —dijo Mia con un carraspeo y escupió.

Karen dio un saltito a un lado y consiguió evitar el escupitajo.

—Vaya, Mia. ¿Quieres que te vuelva a poner la cinta o nos portamos bien?

Mia sintió cómo le subía la ira por dentro, pero consiguió calmarse en el último momento.

—Voy a portarme bien —prometió en voz baja—. Disculpa.

—Así me gusta —dijo Karen con una sonrisa y volvió a sentarse.

—¿Por qué yo? —preguntó Mia.

—Vaya, conque directa al grano, ¿eh? Eso es demasiado aburrido, mujer. ¿Por

qué no jugamos un poco antes? Me gustan los juegos. Es divertido, ¿no te parece? ¿A ti no te gusta jugar, Mia? Mia Rayo de Luna, qué nombre más cuco. Una pequeña india hecha prisionera. Muy adecuado, ¿no te parece?

Mia no contestó. Cerró los ojos y dejó que la barbilla cayera hacia el pecho. Karen se levantó y se acercó a ella.

—¿Mia? ¿Mia? Ahora no puedes dormirte, Mia, tenemos que jugar.

Mia volvió a abrir los ojos y le escupió en plena cara a Karen.

La mujer rubia no se lo esperaba y cambió de humor en una fracción de segundo. Ya había desaparecido la sonrisa. Sus ojos relampagueaban.

—Putá.

Karen Nylund levantó la mano y golpeó a Mia en la cara. Fue un golpe fuerte. Mia echó la cabeza hacia atrás y perdió el conocimiento durante un segundo. Se le cerraron los ojos.

Cuando los volvió a abrir había vuelto la grotesca sonrisa a la cara de Karen.

—¿Quieres un poco de tarta? —preguntó Karen ladeando la cabeza—. La he hecho especialmente para ti.

—¿Quién cojones eres?

—No hay que decir palabrotas —dijo Karen—. No hace falta. Es una regla. ¿Quedamos en eso? ¿Ponemos esa regla en el juego?

Mia se tranquilizó y asintió con la cabeza. Volvió a mirar a su alrededor. La mirada de una policía. La había hecho prisionera. En un lugar apartado de otras casas. Estaba atrapada. Tenía que liberarse hablando. Era la única manera. Entrar en el juego.

—Es una buena regla —dijo Mia en voz baja tratando de sonreír.

—¡Bien! —exclamó Karen dando palmadas—. ¿Quién empieza? ¿Empiezo yo?

Mia asintió con la cabeza.

—Crecí en esta casa —explicó Karen—. Con mi madre, mi hermana y el hombre al que no nombramos.

—¿Tu padre? —preguntó Mia.

—El que no nombramos —recalcó Karen con una sonrisa y se sentó sobre la mesa otra vez—. Te toca.

—Crecí en Åsgårdstrand —explicó Mia—. Con mi hermana, mi madre y mi padre. Vivíamos en una casa blanca, no muy lejos de la vivienda de Edvard Munch. Mi abuela vivía en la casa de al lado.

—Me aburres —dijo Karen—. Qué aguafiestas eres. Todo eso ya lo sabía de antes. Cuéntame algo nuevo, algo que no sepa. ¿Quieres que yo te cuente algo?

Mia asintió con la cabeza otra vez.

—Mi madre trabajaba en el hospital de Hamar. Yo la acompañaba al trabajo. Me enseñaba todo. Tenía el pelo más suave del mundo. Me dejaba peinarla. Mi hermana era demasiado pequeña, solo podía mirar. Un día mi madre no volvió del trabajo. Sabíamos perfectamente lo que había pasado, pero la policía no hizo nada. ¿No te



parece un poco extraño eso de vivir en un país en el que la policía no hace nada?

Karen sonrió y se colocó el pelo detrás de la oreja. Alzó la mirada hacia el techo con una expresión reflexiva en la cara.

El hospital de Hamar. Estaban cerca de Hamar. El padre había matado a la madre. La policía no había hecho nada. De ahí venía su odio hacia la policía.

—¿Se pueden hacer preguntas? —inquirió Mia.

—Se puede hacer de todo —afirmó Karen—. En este juego, ¡todo está permitido!

—Menos decir palabrotas —apuntó Mia y esbozó otra sonrisa. Esperaba que pareciera sincera.

—Efectivamente —dijo Karen con una risita—. No nos gustan.

—¿Qué nombre le pusiste? —preguntó Mia.

—¿A quién?

—A la niña de la maternidad.

Karen ya no sonreía.

—Margrete —contestó.

—Bonito nombre —comentó Mia.

—Sí, ¿verdad?

—Sí, muy bonito. ¿Esa era su habitación? —Señaló la pantalla con la cabeza.

—Sí —confirmó Karen, triste—. Bueno, no era tan bonita entonces. Estaba allí, pero la reformé. La vieja me parecía tan triste...

—¿Qué le pasó?

—Oh, no. Me toca, me toca.

Mia apartó la mirada de la pantalla. No soportaba verla. Marion estaba en la cama y llevaba un vestido de muñeca con encajes.

—Se desangró por dentro —dijo Karen sonriendo.

—¿Quién?

—El que no nombramos. Le puse raticida en la comida. Yo tenía que cocinar. Para los tres, después de que la policía dijera que mi madre se había marchado por voluntad propia. Fue muy divertido verlo. Cuando se murió. Lo vimos juntas, mi hermana y yo. Sangró por la boca, por todas partes. Fue muy bonito verlo. Me pareció casi solemne. Casi como Navidad.

—¿Dónde lo enterrasteis? —preguntó Mia tratando de mantener los ojos apartados de la pantalla.

«Concéntrate, Mia, concéntrate».

—Justo detrás del retrete del jardín —explicó Karen—. Un lugar muy apropiado para eseapestoso cerdo. ¿Seguro que no quieres un trozo de tarta?

—Tal vez más tarde —dijo Mia con una sonrisa.

—Está muy buena —afirmó Karen y se quedó como ausente un momento.

—¿Y Malin Stoltz?

—¿Te refieres a Maiken?

—La que tiene un ojo de cada color. ¿No se llama Malin?

—Maiken —la corrigió Karen—. Pobre Maiken. Está totalmente chiflada, ¿lo sabías? Pero ganamos mucho dinero juntas.

Poco a poco, Mia se fue dando cuenta de lo que había pasado. De cómo encajaba todo.

—¿Con la parroquia?

Karen Nylund sonrió y aplaudió.

—Eres muy lista, Mia. Muy lista. No sabes lo fácil que resulta convencer a las ancianas moribundas de que tienen que donar inmediatamente todo su dinero a Jesús.

—Sonrió levemente—. Les dábamos el sesenta por ciento y nosotras nos quedábamos con el cuarenta. Un trato razonable, diría yo. Es muuuucho dinero, Mia. ¿Sabes cuánto dinero es?

—No —contestó Mia.

—Es mucho —repitió Karen y le guiñó un ojo—. Yo no vivo aquí, por decirlo de alguna manera.

—Pero ¿no sabía nada de Margrete ni de las otras niñas?

—No, no —dijo Karen con una sonrisa—. Maiken está muy loca, no hay duda de eso, pero es demasiado blanda para estos asuntos. Eso sí, pude utilizar a su amigo bobo, Roger Bakken, al menos conseguí eso. No era capaz de decidir si era hombre o mujer, la verdad es que resultaba divertido, esa gente siempre es tan débil, tan fácil de engañar...

—Madre mía, eso sí que es un plan. Colaborar con la parroquia. Muy inteligente, todo el mundo sale ganando.

—Sí, ¿verdad? —dijo Karen orgullosa.

—Entonces, ¿qué le pasó? —volvió a preguntar Mia.

—¿A quién?

—A Margrete. Al bebé.

Karen se quedó callada un momento antes de contestar.

—Me atropelló un coche. Me partió un pie y los dos brazos —dijo apretando los labios—. Me quedé un tiempo ingresada en el hospital.

—¿Demasiado tiempo?

Karen asintió con la cabeza en silencio.

—Tampoco puedo echárselo en cara —continuó, ya con una sonrisa en los labios otra vez—. Me refiero a los ancianos. A los que donan su dinero. Están allí solos. El cuerpo ya no les funciona. Van repasando sus vidas, arrepintiéndose. Se arrepienten tanto, Mia... Lo he visto. Los he oído hablar. Piensan en todo lo que habrían cambiado. Deberían haber cuidado más a la gente a su alrededor. No deberían haber pensado tanto en sí mismos. Deberían haber viajado más, jugado más, explorado el mundo más. Todos están muertos de miedo. El miedo se les refleja en los ojos, es algo exagerado, Mia, deberías verlos. Se dan cuenta de que han metido la pata. Les entra pánico. Quieren tener otra oportunidad. Quieren comprarse una última oportunidad. No se les puede reprochar nada. ¿Cómo te sentirías sabiendo que vas a

morir, Mia?

—¿Me vas a matar? —preguntó Mia.

Karen la miró extrañada.

—Sí, claro. ¿Por qué me haces esa pregunta?

—¿Por qué yo?

—¿Todavía no te has dado cuenta? Yo pensaba que eras muy inteligente.

—No, aún no me he dado cuenta —contestó Mia en voz baja.

—Eso es, no lo has averiguado porque soy más lista que tú. —Karen sonrió triunfalmente y dio unas palmaditas infantiles con las manos una vez más—. Maté un perro, ¿lo sabías? Para que las niñas pudieran tener algo con lo que jugar. ¿A que fui buena?

—No lo sabía —murmuró Mia.

—Es porque eres tonta —concluyó Karen Nylund sonriendo.

—Sí, eres más lista que yo.

—Lo soy.

—Dime entonces por qué vas a matarme.

—¿No lo sabes? ¿De verdad que no lo sabes? —se mofó la mujer rubia.

—No.

—¿Te lo digo?

—Sí.

—Porque mataste a mi hermana —explicó Karen y se marchó a la cocina.

Liv-Hege Nylund había esnifado pegamento por primera vez a los trece años, en un callejón de Hamar. Hacía tiempo que había dejado el colegio, no estaba a gusto allí, las asignaturas no le gustaban y la gente tampoco. De todas formas, a nadie le importaba dónde estuviera. Cuando era pequeña, su hermana Karen, que tenía diez años más que ella, siempre había estado pendiente de ella en la pequeña casa de Tangen, lejos de la gente. Su padre había sido un tirano. Los abusos físicos y psicológicos habían marcado el día a día de las dos hermanas y su madre, que al final había desaparecido de la faz de la tierra. La pequeña Liv-Hege había sido testigo de cosas que ni su cabeza ni su cuerpo eran capaces de soportar. El trapo con pegamento había supuesto una maravillosa evasión de la realidad. Cuando Karen todavía estaba, todo había resultado más fácil. Ir al colegio. Cuidarse. Mantener la esperanza de que todo iría bien. Pero Karen se había vuelto muy extraña. Después de que desaparecieran sus padres, su personalidad había sufrido un cambio. Podía ponerse fuera de sí por menos de nada. De repente podía soltar unas risotadas por cosas que no eran divertidas. Liv-Hege recordaba una vez que un pájaro había chocado contra la ventana del salón. Liv-Hege había ido a buscar al pájaro y lo había metido en casa. Lo había dejado en una pequeña caja de cartón con algodón dentro, intentando mantenerlo con vida. Un día, cuando volvió del instituto, sorprendió a su hermana mayor en la cocina. Estaba observando cómo el pajarito piaba y moría en una cazuela de agua que había puesto a hervir. Se volvió hacia Liv-Hege con una gran sonrisa. Como si le gustara ver morir al pájaro. Su madre había trabajado en el hospital de Hamar y su hermana mayor, Karen, la acompañaba al trabajo. Lo que su madre no sabía era que Karen robaba medicinas. Le había enseñado a Liv-Hege la cajita en el desván, una vez que estaban solas en casa. Se encontraba llena de jeringuillas, ampollas, botes de cristal y todo tipo de cosas marcadas con nombres raros. Liv-Hege no sabía para qué quería su hermana usar todas esas cosas, pero lo más probable era que iba a matar a algún ser. A Karen le gustaba matar.

Liv-Hege necesitaba olvidar. El trapo con pegamento no era más que el inicio de un viaje que solo podía terminar de una manera. Al principio, Liv-Hege había ido en autoestop desde Tangen hasta Hamar, pero luego dejó de volver a casa. Esnifaban pegamento en Domkirkeodden y dormían entre los arbustos. Tomaban poppers, un medicamento para el corazón, y dormían en bancos y en portales. Robaban lo que necesitaban para comer y dedicaban la mayor parte de su tiempo a buscar cosas para colocarse. Cuanto más se colocaba Liv-Hege, más difícil le resultaba mantenerse un tiempo sobria. En los primeros años podía pasar algún tiempo entre colocón y colocón, tal vez solo se drogaba unas cuantas veces por semana, pero luego lo hacía constantemente. Era un círculo vicioso y destructivo del que no podía escapar. Liv-Hege estaba traumatizada por lo que había vivido de pequeña: la total falta de

amor, el miedo constante a lo que pudiera pasar. No tenía ninguna posibilidad de relacionarse con el mundo de la misma manera que las demás personas. Una buena vida. Una vida segura. Una casa. Un trabajo. Una familia. Hijos. Vacaciones. Imposible. Liv-Hege Nylund solo tenía un objetivo en la vida. El próximo colocón. Y el siguiente. Y el siguiente después de ese. Tenía novios, pero no eran muy importantes. Un tío por aquí que le ofrecía una cama y un poco de hachís. Otro tío por ahí que le dejaba ducharse y le daba licor.

Pero conoció a Markus Skog. Liv-Hege se había quedado dormida en un coche y se despertó en Oslo. Alguien le iba a traer un chute de algo. Speed. Alguna sustancia de esas. Y en un piso de Grønland estaba él. Liv-Hege había caído rendida a sus pies y a partir de entonces empezaron a salir. Markus Skog la introdujo en la heroína y también se enamoró de la jeringuilla. La heroína fue perfecta para ella. Algo diferente a todos los ingredientes nocivos del pegamento y las demás mierdas que se había metido. El pegamento le había permitido evadirse, sí, pero hacía que se sintiera enferma y mareada casi todo el tiempo. Esto era otra cosa. Markus Skog le puso el primer chute un día de verano a orillas del Akerselva y Liv-Hege no se lo podía creer. Era como si su cuerpo hubiera estado en tensión toda su vida y de repente se hubiera relajado por completo. Todos los clavos afilados y la punzante sensación de miseria se convirtieron en una gran sonrisa. Una gran sonrisa bella sobre un cielo rosado de belleza eterna. Las personas eran buenas. El mundo era maravilloso. Para siempre. Desde aquel momento habían estado juntos constantemente. Era un triángulo amoroso perfecto. Markus, ella y la heroína. Se habían movido de un sitio a otro, viviendo por aquí y por allá. Markus conocía a mucha gente y cuando empezó a traficar conocieron a más gente todavía. Los traficantes son los más populares de los bajos fondos, siempre están rodeados de un grupo de personas conocidas o desconocidas. Aunque solo traficaban en la calle, les fue bien. Luego llegó el otoño y fueron a vivir a una caravana cerca de Tryvann durante una temporada. Montaban fiestas ruidosas con mucha cocaína y speed, y demasiada poca heroína. Liv-Hege la echaba de menos. Tenía ganas de meterse un buen chute. Afortunadamente, la gente de la fiesta se había marchado al centro y solo se habían quedado ellos tres en la caravana. Markus, ella y el maravilloso oro líquido que estaba a punto de penetrar en sus venas.

—¿Puedes metérmelo tú? —Liv-Hege lanzó una mirada suplicante a Markus Skog, que caminaba de un lado a otro dentro de la pequeña caravana.

Acababa de esnifar dos rayas con una mezcla de *speed* y cocaína y se le veía bastante colocado. Estaba hablando consigo mismo sin parar y tenía las pupilas grandes como platos.

—Markus —insistió—, ¿me lo chutas?

Liv-Hege se subió la manga del jersey y puso el brazo sobre la pequeña mesa de formica gris.

—Me cago en diez, Liv-Hege, ¿por qué no te lo metes tú misma? ¿Tengo que

hacer siempre todo por ti? —gruñó Markus Skog y preparó otras dos rayas en la mesa.

—Me gusta cómo lo haces tú —dijo Liv-Hege—. Venga, vamos.

—Eres pesada de cojones, no sé por qué sigo con un cadáver como tú. Dímelo, Liv-Hege, ¿por qué lo hago? No es que contribuyas mucho aquí, ¿verdad?

Liv-Hege miró al suelo avergonzada y se ajustó la cinta elástica alrededor del brazo ella misma. Markus se inclinó sobre la mesa y se metió las dos rayas, una en cada fosa nasal.

—Ah, esto está bien, está muy bien. Ahora sí. Ahora sí que empezamos a funcionar.

Soltó una carcajada y dio un fuerte golpe en la pared con la mano. Liv-Hege se sobresaltó y estuvo a punto de errar con la jeringuilla, pero al final pinchó en la vena. El calor empezó a fluir por su cuerpo. Por fin. Las nubes rosadas. Las playas sin fin.

Acababa de tirar la jeringuilla al suelo cuando oyó que alguien llamaba a la puerta de la caravana.

—Hola. —Una voz de mujer.

—¿Quién cojones es? —preguntó Markus.

Intentó mirar entre las cortinas, porque se había olvidado de que usaban cartones para tapar las ventanas y desde el interior de la sucia caravana no se podía ver lo que sucedía fuera.

—Policía.

Esta vez la voz era de un hombre.

—¡Joder! —exclamó Markus empezando a despejar la mesa—. Liv-Hege, ¡vamos, mujer!

Pero Liv-Hege no veía que hubiera que hacer absolutamente nada. Llevaba una gran sonrisa en los labios y estaba entrando en el lugar donde todo estaba bien. Liv-Hege no recordaba cómo sucedió exactamente, pero de repente había una mujer policía en el interior de la caravana.

—Mia Krüger, Departamento de Homicidios. Estamos buscando a esta chica, ¿la habéis visto?

—Es Pia —contestó Liv-Hege con una sonrisa al ver la fotografía.

—¡Cállate! —exclamó Markus.

—Pero si es Pia, ¿no lo ves, Markus?

—¡He dicho que te calles! —repitió Markus Skog.

—¿Markus? —preguntó la policía de repente—. ¿Markus Skog?

—¿Qué ocurre, Mia? —preguntó el otro policía desde fuera.

—Vaya, si no es otra que la mismísima Mia Krüger —se mofó Markus—. Cuánto tiempo.

Parecía que la policía llamada Mia había visto un fantasma.

—¿Qué tal está tu hermana? —preguntó Markus riendo. Las últimas dos rayas ya habían hecho efecto y su boca no era más que un agujero lleno de dientes y risas—.

Ah, es verdad, la palmó, ¿no? Sí, la palmó, no aguantó la presión. Je, je. En fin, es lo que pasa con las chiquillas bonitas de buena familia. No aguantan nada, han tenido una vida demasiado cómoda.

Liv-Hege no había visto que la policía había sacado su pistola, pero ahora la veía, en medio de la pequeña y polvorienta caravana. En cuanto a ella misma, no estaba allí. Estaba sobre la cima de una montaña, mirando. Hacía calor y estaba a gusto. Un viento fresco le revolvía el pelo.

En la otra habitación, más allá, donde ella no estaba, Markus había cogido una de las jeringuillas de la mesa. Tenía espuma en la boca. Blandió la jeringuilla en dirección a la policía con una risa salvaje.

—¿No quieres un poco tú también, Mia? ¿Seguro que no quieres probar un poco? Tu hermana nunca decía que no. Pobre Sigrid, era una putita muy débil. Je, je.

Desde la hermosa cima de la montaña en la que se encontraba, Liv-Hege podía ver con claridad lo que estaba sucediendo. Era casi como estar en el cine. Markus carraspeó y lanzó un escupitajo hacia la policía, a la vez que intentaba pincharla con la jeringuilla. La policía dio un salto hacia atrás y se oyó un disparo. La cima de la montaña se convirtió ahora en una especie de volcán, la tierra se movía bajo ella. La policía disparó dos veces. Markus Skog voló hacia atrás y se quedó tumbado en el suelo, sangrando.

Liv-Hege Nylund volvió en sí dos semanas más tarde con una abstinencia brutal en una habitación desconocida. Karen estaba a su lado. No se apartó de ella en una semana. La habían atado a la cama y Liv-Hege Nylund nunca había vivido nada parecido. Estaba en el infierno. Era como si todas las células de su cuerpo estuvieran totalmente despiertas y sufriendo. Un billón de resacas simultáneas. Aullaba como si tuviera el demonio dentro, atada a la cama en la habitación blanca, hasta que todo hubo terminado. Con Karen a su lado todo el tiempo. Su hermana la lavaba, le daba de comer, la cogía de la mano, la calmaba. Había estado fuera, pero ahora había vuelto.

Al final la dejaron levantarse de la cama. Podía ir al baño sola y comer sola en la mesa. Karen no la dejó ni por un momento. Luego pudo salir al jardín. Sentarse en la hierba. Mirar el sol. Mirar los árboles. Karen ya estaba sonriendo. Liv-Hege no había visto a su hermana sonreír durante todo el tratamiento, pero ahora estaba contenta.

Lo que no sabía Karen era que Liv-Hege no tenía ninguna intención de quedarse. En este mundo. Había perdido todo lo que tenía. A sus dos amores. A Markus Skog. Y la heroína. ¿Qué le quedaba en este mundo? Nada.

Una semana más tarde, la primera vez que se atrevió a dar una vuelta sola, trepó hasta lo más alto de un abeto y se ató una cuerda alrededor del cuello.

Y se lanzó a la libertad.

—No sabes cuánto lo siento —dijo Mia.

—Oh, no pasa nada. Tú la mataste. Y ahora tú también vas a morir. Con eso estaremos en paz, ¿no te parece?

Karen sonrió y acarició la mano de Mia. Volvió a entrar en la cocina y regresó con un trozo de tarta de chocolate.

—¿Te apetece un poco de tarta, Mia?

Mia negó con la cabeza.

—Pero tienes que comer algo; está muy buena, la receta es de mi madre.

Mia lanzó una mirada furtiva hacia la pantalla del ordenador que estaba sobre la mesa. Marion Munch estaba inmóvil en la cama en la habitación del sótano. De repente Mia pudo ver un leve movimiento. Menos mal. La pequeña solo estaba dormida. Karen Nylund sonrió y pasó dos dedos sobre la pantalla.

—Es guapa, ¿verdad?

Mia asintió cautelosamente con la cabeza.

—Me gusta tenerla bien limpiita. Es importante que los niños estén limpios, ¿no te parece?

Karen la miró. Mia se asustó un poco. Hasta ese momento había estado relativamente tranquila por dentro, pero ahora empezaba a sentir miedo. El mal. Antes nunca había visto unos ojos así. Era como si la mujer que tenía delante fuera totalmente consciente de lo que decía y hacía, pero aun así careciera por completo de empatía y de sentimientos humanos normales.

—¿Quieres saber lo que va a pasar ahora? ¿Jugamos a eso? —se burló Karen y se levantó.

—¿No podemos jugar a otra cosa? —preguntó Mia.

Ahora tenía que ganar tiempo. En parte por ella, pero sobre todo por Marion. Sentía unos pinchazos en el cuerpo. Pensó en Munch. Cómo reaccionaría cuando se enterara de que Marion había desaparecido. No pudo imaginárselo. Resultaba demasiado irreal.

—¿A qué quieres jugar entonces? —preguntó Karen con una sonrisa.

—A cualquier cosa —respondió Mia tratando de sonreír—. ¿Podemos hablar de Margrete?

Karen se puso un poco más seria. Frunció las cejas y se llevó las manos al pecho. Mia Krüger intentó desesperadamente averiguar lo que estaba sucediendo en su cabeza, cómo funcionaba esta mujer, para encontrar algún punto débil, pero no lo consiguió.

—Margrete está bien —afirmó Karen con voz cantarina y volvió a sonreír—. Va al colegio del cielo y tiene cuatro compañeras de clase. Pronto tendrá cinco, además de una profesora.



—¿Compañeras de clase? —preguntó Mia sorprendida.

—Sí, van a empezar el primer curso. ¿No te habías enterado?

Las piezas encajaron en la cabeza de Mia. «Viajo sola». Las mochilas. Los libros de texto. Las cuerdas de saltar. En la retorcida mente de Karen Nylund, estaba creando una clase en el cielo y ella iba a ser la profesora. Así era como funcionaba la cabeza de esa psicópata. A Mia le entró un repentino cargo de conciencia. ¿Cómo no lo había visto antes? Si lo hubiera hecho, Marion quizá no estaría encerrada en una pequeña habitación en el sótano de esta casa de los horrores en medio del campo.

—También tiene un perro —continuó Karen—. Un pequeño cachorro de pastor alemán, le encanta jugar con ese cachorro. Mira lo contenta que está, Mia, míralo.

Karen señaló con el dedo hacia el techo y se quedó así con una sonrisa tonta en la cara.

—Mamá estará contigo enseguida, Margrete. Ya falta poco.

Karen saludó con la mano y lanzó un beso hacia el cielo.

—¿Por qué diez vestidos y solo cinco niñas? —tanteó Mia.

—¿Cómo? —preguntó Karen.

—Encargaste diez vestidos, pero solo te has llevado a cinco niñas.

—Ninguna niña debería tener solo un vestido, ¿verdad? ¿Tú solo tenías un vestido, Mia? En tu casa de Åsgårdstrand. Cuando jugabas con la pequeña Sigrid.

Mia se mordió el labio cuando oyó el nombre de Sigrid, sintió cómo la ira le reventaba por dentro, pero consiguió calmarse otra vez.

—¿Así que solo habrá cinco? —dedujo con una sonrisa.

—Sí —asintió Karen reflexiva, como si estuviera sopesando la posibilidad de llevarse más—. Es mejor una clase pequeña, para que se vea y se oiga bien a todo el mundo. ¿No te parece importante que se vea y se oiga bien a todo el mundo? Aunque también podría haberme llevado diez. ¿Qué opinas? ¿Cinco son suficientes o no?

—Sin lugar a dudas —asintió Mia—. Bien pensado. Me parece que lo has hecho muy bien.

—¿De verdad? —preguntó Karen sorprendida.

—Sí, claro, sin lugar a dudas —afirmó Mia—. Es una buena idea, un buen plan. Margrete no podía ir sola a clase, por Dios.

—¿Verdad? —dijo Karen y se sentó sobre la mesa otra vez—. Era lo mínimo que podía hacer.

—Muy bien pensado —continuó Mia—. Y muy bien llevado a cabo. Quiero decir que no nos enteramos de nada; nos engañaste bien, eres muy lista.

—¿A que sí? —se burló Karen dando palmadas.

—Sí, la más lista que he conocido —afirmó Mia.

—Llevaba muuuucho tiempo planificándolo —explicó Karen—. Lo hice muy meticulosamente. Y ha sido todo tan fácil... Eso es lo peor, que haya sido tan fácil. Estabais totalmente perdidos. Nos lo hemos pasado muy bien jugando, ¿no te parece?

—Sí, muy divertido —contestó Mia con una sonrisa.

—Y ahora casi hemos llegado ya al final. Tengo ganas —concluyó Karen suspirando—. Ahora solo tenemos que morir las tres y habremos terminado.

—Sí, qué ganas —dijo Mia sonriendo mientras la cabeza le daba mil vueltas—. ¿Has dicho ahora, Karen? ¿Justo ahora? ¿Quién va a morir ahora?

—Primero tú —dijo Karen—. Luego Marion. Bueno, espera un poco. Todavía no me he decidido en eso.

—¿No? —se extrañó Mia—. ¿Todavía no has decidido el plan? Eso no es habitual en ti.

—Lo sé —dijo Karen riéndose—. Pero no puedo controlarlo todo, algunas cosas dependen de las circunstancias.

—Ah, ¿sí? Cuéntame.

—Tuve aquí a un tipo que me ayudó —explicó Karen y se sentó otra vez—. Los hombres son muy tontos, ¿lo sabías?

—Tontos del culo —afirmó Mia con una sonrisa.

—Sí, es verdad, resulta hasta raro lo bobos que son. Pero este tío era el colmo. Era bobo, no sabes lo bobo que era —comentó Karen riendo.

—¿Y quién era?

—Nadie, un tipo cualquiera. ¿Cómo se llamaba...? Sí, William. Estaba casado, pero yo le ponía, eso es lo que les pasa, los hombres son muy simples. Me ayudó a construir la habitación. No quería seguir usando la antigua habitación. Quería una nueva.

—¿Porque Margrete había vivido en ella?

—Sí, ya no me gustaba.

—Lo comprendo.

—Así que me ayudó con la reforma y entonces se me ocurrió algo divertido.

—¿Qué fue?

Karen casi no podía aguantarse. Se reía y bufaba como una colegiala.

—Hicimos un vídeo —soltó al final.

—¿Un vídeo?

—Sí, con su teléfono móvil. Por Dios, cómo me pude reír después.

«El vídeo de Kiese no es auténtico». Mia intentó mantener la serenidad.

—¿Qué clase de vídeo era?

—Fingía estar muy asustado —explicó Karen entre risas—. Y daba unas coordenadas falsas para explicar dónde estaba. Ya sabes, coordenadas de GPS, lo que tienen en los coches y eso.

—¿Sí?

—Dio unas coordenadas falsas, ¿no te parece divertido?

—Muy divertido —respondió Mia, ya sin poder mantener la sonrisa en los labios—. ¿Y qué coordenadas eran? —preguntó con voz débil.

—Eso es lo más divertido —explicó Karen con una risita—. Las coordenadas son de una casa cerca de aquí, ¿no te parece muy divertido? Os llegó el vídeo, ¿verdad?

Karen se acercó mucho a Mia. La inestable mujer le acarició la cara con una mano fría.

—Lo mismo piensas que me estás engañando, Mia. Fingiendo ser mi amiga. ¿Crees que soy tonta, Mia?

Mia sintió sus dedos fríos sobre los ojos y los labios.

—Recibisteis el vídeo, ¿verdad? De su mujer.

Mia asintió levemente con la cabeza.

—No soy tonta, Mia. No me puedes engañar. ¿Estabas tirándome de la lengua? ¿Por qué os ha costado tanto lo del vídeo? Si te digo la verdad, pensaba que iba a estallar hace ya bastante tiempo.

Mia se sentía mareada. Karen pasó los fríos dedos por su cara, como si fuera una persona ciega que buscaba el camino a tientas.

—¿Qué pasó, Mia?

A Mia le costaba mantener la calma. Le entraron ganas de morderle la mano a esa mujer enferma, pero se reprimió.

—Pasó de entregarnos el vídeo. No vino hasta hace unos días —explicó Mia tranquila.

—Ajá —dijo Karen sonriendo—. Él no le caía muy bien, ¿verdad?

Mia no contestó.

—La comprendo perfectamente —comentó riendo la mujer rubia—. Era un cerdo. De todas formas, ¿ahora sí que lo tenéis?

Mia asintió con la cabeza cautelosamente.

—Genial. Entonces podemos quedarnos aquí esperando a que haga ¡bum!

Karen lanzó una sonrisa retorcida y se sentó sobre la mesa otra vez.

—Entonces, ¿está cerca de aquí? —preguntó Mia.

—Sí. Divertido, ¿no? Así podemos escuchar la explosión o incluso llegaremos a verla. Si aguantamos hasta entonces, claro.

Karen se levantó y desapareció de su vista. Mia pudo sentir el frío que emanaba de la malvada persona que estaba detrás de ella. Echó un vistazo a la pantalla otra vez. Sintió un escalofrío cuando descubrió que Marion estaba a punto de despertarse.

«No, no, Marion, no te muevas».

—Pensándolo mejor, tú no —oyó que decía una voz susurrante en su oído—. Tú no vas a oír la explosión.

Karen le acarició la mejilla.

—Ahora vas a morir, ¿te parece bien?

Mia hizo un último intento por liberarse, pero no podía moverse ni un ápice. Ya no podía aguantarse. Sintió cómo la ira se apoderaba de ella y no pudo pararla. Parecía que su cuerpo iba a estallar.

—¡Loca de mierda!

—Vaya. Vaya, Mia, esa lengua —la recriminó Karen y le guiñó un ojo.

Mia sintió la cinta sobre la boca otra vez. El sabor a pegamento en la lengua.

Resultaba difícil respirar. El pánico. No debía sentir pánico. «Respira hondo a través de la nariz. No te despiertes, Marion, no dejes que te vea. Quédate quieta. Es una trampa, Holger. No envíes a nadie a la casa. Quiere mataros a todos. No dejes que nadie entre, Holger. No entres. No envíes ni a Kim ni a Curry ni a Ludvig ni a Gabriel ni a Anette. No envíes a nadie, no hay que perder a nadie, Holger».

Mia sintió un pinchazo en la mano derecha. Miró hacia abajo y vio que Karen le había colocado una sonda intravenosa. Mia oyó cómo la psicópata rubia toqueteaba algo detrás de ella, estaba colgando una bolsa en un soporte. Pudo sentir cómo algo empezaba a entrar en su interior. Le picaba y hacía que sus venas se enfriaran y se entumecieran.

—Ya está —dijo Karen sentándose sobre la mesa otra vez—. Una pena que no podamos jugar más, pero es mejor que mueras ahora. Me gustaría estar un poco sola con Marion. Necesitamos algo de tiempo juntas antes de viajar; solo ella y yo, por eso no puedes estar aquí. —Soltó una risita—. Imagínate qué divertido será cuando se enteren de que moriste en una casa que estaba tan cerca. Si sobreviven. Los que sobrevivan. ¿Quién crees que sobrevivirá, Mia? ¿Kim? ¿El Larsen ese que se cree muy guay? ¿A que será divertido?

Mia murmuró algo bajo la mordaza. La psicópata rubia estaba un poco ausente, no se daba cuenta de que Mia no podía contestar. Karen repiqueteó con los dedos sobre la mesa a su lado. Hizo unos ruiditos con la boca. Se rascó la cara. Se levantó. Desapareció de la vista de Mia. Volvió con una escopeta de dos cañones. La abrió con un clic para comprobar que había cartuchos en ambos cañones. La cerró con un movimiento de muñeca y la puso sobre la mesa a su lado.

—Al hombre al que no nombramos le gustaba matar animales —dijo y se rascó la cara otra vez—. Era algo que teníamos en común. A los dos nos gustaba matar seres vivos. Es divertido ver cómo mueren, ¿verdad, Mia? ¿A que es gracioso cuando dejan de respirar? Cuando viajan al más allá.

Karen se levantó y salió al pasillo. Mia pudo oír cómo se abría y se cerraba una puerta. Una leve brisa de aire fresco entró en la habitación. Volvió a desaparecer. Karen regresó.

—No te voy a pegar un tiro, si eso es lo que estás pensando. Las niñas no querrán tener una señorita sin cara ¿o qué crees? No, es solo por si viene alguien, siempre hay que tomar precauciones. ¿Verdad, Mia?

Mia sintió cómo le escocía el revés de la mano otra vez. Algo casi metálico estaba entrando en su sangre. Ahora le estaba costando enfocar la mirada. Trató de concentrarse en la pantalla. Marion ya no estaba allí. ¿Karen habría bajado? ¿Qué le había hecho a la pequeña?

Karen negó con la cabeza levemente y sonrió para sí.

—Fue bonito ver cómo caían. El tonto ese que hizo el vídeo cayó muy bien. Por un momento pensé que sabía volar. Igual que Roger Bakken. Roger incluso tenía alas. Fue tan bonito verlo... ¿A ti también te ha pasado, Mia? Cuando has matado.

Mia desapareció por un momento, casi estuvo a punto de abandonar la desagradable habitación para siempre, pero se despertó con un sobresalto. Karen había preparado una maleta.

—Y yo que estaba tan segura de que lo sabías... —dijo Karen otra vez—. Que sabías por qué.

Mia ya podía ver a Sigrid. Con su falda blanca. Corriendo a cámara lenta sobre el campo.

«Ven, Mia, ven».

—Markus Skog —dijo Karen otra vez—. Mi hermana no era muy lista, la verdad es que no, pero era buena persona. No fue culpa suya. Él no era bueno. Pero ¿qué se le va a hacer? Hombres. No merecen la pena, ¿verdad? Ella se quitó la vida después de que tú le pegaras un tiro a él. No con una sobredosis, no; se ahorcó. Una sobredosis habría sido mejor, ¿no crees, Mia? Como Sigrid. Debió de sentirse bien cuando murió. No tuvo que saltar de un árbol con una cuerda alrededor del cuello.

Karen miró hacia la puerta y se rascó la cara un poco de nuevo.

—Bueno, bueno, sería el amor. ¿Qué sé yo?

Mia ya no era capaz de mantener los ojos abiertos. Ya no podía sentir ni los brazos ni las piernas.

Karen se levantó de la mesa. Se acercó a ella y le acarició la mejilla.

—Buen viaje, Mia Rayo de Luna.

Sigrid vino corriendo hacia Mia sobre el campo. Se paró delante de ella con una mirada provocadora. Hizo un gesto con la mano a su hermana.

«¡Ven, Mia, ven!».

«Voy, Sigrid, espérame».

«¿Puedo hacer yo de Bella Durmiente y tú de Blancanieves?».

«Sí, Sigrid, me encantaría».

«Ven, Mia, ¡ven ya!».

«Voy, Sigrid. ¡Ahora voy!».

Mia se dejó ir.

Y siguió la ondeante falda blanca de su hermana hacia el interior del campo de trigo amarillo.

Delta 1, cambio.

Munch soltó el botón del intercomunicador y esperó la respuesta.

—Delta 9, aquí Delta 1, cambio.

—Aquí Delta 9. ¿Cuál es tu posición? Cambio.

Munch miró a Kim, que tenía la Glock en el regazo. Llevaba un chaleco antibalas y mostraba una expresión obstinada en la cara. Curry estaba en el asiento trasero. Él también tenía un chaleco antibalas y llevaba la pistola en la mano. Habían subido por la pista forestal con los faros apagados y ahora podían divisar la casa, no muy lejos.

—Delta 9, aquí Delta 1. La localización a la vista a cuatro cero metros. No hay objetivo, cambio.

—Delta 1, aquí Delta 9. Mantén la posición y no dispaes antes de que yo lo ordene. ¿Recibido? Cambio.

—Delta 9, aquí Delta 1. Recibido, cambio y corto.

—Está totalmente oscuro —susurró Curry asomándose entre los asientos.

Munch sacó los prismáticos nocturnos y enfocó el viejo edificio derruido, que se encontraba bastante cerca de ellos. No había nada que indicase que la pequeña casa estuviera habitada. Esa, seguramente, era la intención. Las coordenadas de GPS les habían llevado hasta allí. Munch se lo agradeció mentalmente a Gabriel Mørk, que con la ayuda de un amigo había obtenido la localización en un tiempo récord. El chico había demostrado ser un chollo. Munch pulsó el intercomunicador otra vez.

—Delta 2, aquí Delta 9, cambio.

—Delta 9, aquí Delta 2, cambio.

—¿Posición? Cambio.

—Aquí Delta 2. Tenemos a dos hombres detrás de la casa, este. Tres delante de la entrada, noroeste. Estamos en posición a quince cero metros, cambio.

—Delta 2, aquí Delta 9, esperad órdenes, cambio y corto.

—¿No es extraño que no se vea ninguna luz? —preguntó Kim Kolsø cogiendo los prismáticos nocturnos de Munch.

—Puede ser que no esté en la casa —dijo Curry.

—Pueden estar en el sótano —opinó Munch.

Cogió los prismáticos a Kim y los dirigió hacia la pequeña casa. Había tres unidades presentes. Dos de las fuerzas especiales, Delta, un equipo de francotiradores y una unidad de asalto. Aparte de Munch, Kim y Curry. Munch devolvió los prismáticos y casi se le escapó una sonrisa. Tanto Ludvig como Gabriel habían insistido en ir. Ludvig aún, a fin de cuentas llevaba un tiempo siendo policía, pero ¿Gabriel? El chico apenas sabría usar un tirachinas. Al menos tenía huevos. Era un auténtico chollo para el equipo, no había duda. Naturalmente, Munch les había pedido que se quedaran al mando en la base. Ya había gente suficiente.

—¿Sabemos si también tiene a Mia? —preguntó Kim.

—Saberlo no, pero a pesar de eso estamos seguros, ¿no? —dijo Curry.

—Su coche ha sido encontrado delante de la residencia —le informó Munch—. Y la última localización del móvil indicaba un punto en la carretera de Drammen.

—Seguramente lo ha tirado por la ventana —soltó Curry.

—¿Has encontrado algo sobre el chaval? Sobre Iversen —precisó Munch.

Kim se había marchado para resolver ese asunto y le había dado el tiempo justo para volver y salir con el equipo.

—He hablado con su profesora, Emilie Isaksen —contestó Kim—. Una chica con mucha iniciativa. Una gran conciencia social. Debería haber más de esas. El chico había desaparecido. Los padres habían desaparecido. Acababa de sacar al hermano pequeño de la casa, llevaba una semana sin comer. Le he pedido que no hiciera nada ella sola, pero no creo que me vaya a hacer caso. Seguramente ya se habrá puesto en camino para buscarle ahí arriba.

—Habla con Ludvig —le dijo Munch—. Que la policía de Hønefoss envíe a alguien.

—Ya lo he hecho —contestó Kim.

Munch asintió con la cabeza. Si había alguien en quien podía confiar, ese era Kim Kolsø. A Curry, en cambio, había que controlarlo. Kim estaba totalmente inmóvil en el asiento del copiloto, pero Curry apenas podía quedarse quieto.

—¿Qué hacemos? —preguntó Curry asomándose entre los asientos otra vez.

—Vamos a esperar —dijo Munch.

—¿A qué? Esa tipa loca tiene a Mia ahí dentro, a saber qué está haciendo con ella. ¿Por qué no entramos y la cosemos a tiros?

—Curry —dijo Kim para tranquilizarlo.

—Sé lo que hay en juego —dijo Munch tranquilamente—. Mi nieta está ahí dentro.

Miró a Curry con una expresión que no se podía malinterpretar. Curry asintió con la cabeza disculpándose y se dejó caer hacia atrás en el asiento otra vez.

«Marion está ahí dentro».

Munch se rehízo. Ahora no podía dejarse llevar por sus impulsos de abuelo. Naturalmente, Mikkelson había insistido en que Munch se quedase en casa y dejara a los demás hacer el trabajo, pero ni un bulldozer habría sido capaz de frenar a Munch. Se acercó los prismáticos a los ojos de nuevo y miró hacia la oscura casa.

—¿Cuánto tiempo tenemos que esperar? —preguntó Curry, impaciente, desde el asiento trasero.

—Curry —dijo Kim otra vez.

—No, tiene razón —dijo Munch en tono cáustico—. No tiene sentido esperar.

Pulsó el intercomunicador otra vez.

—Delta 2, aquí Delta 9, cambio.

—Delta 9, aquí Delta 2, cambio.

—Delta 2, aquí Delta 9, preparados para el asalto.

—Delta 2, recibido, cambio y corto.

Munch comprobó que la Glock no llevaba el seguro puesto y se dirigió a los otros dos:

—¿Estamos preparados?

Kim asintió con la cabeza.

—Listos —dijo Curry.

Munch abrió la puerta con cuidado y salió del Audi tan sigilosamente como fue capaz.



Marion Munch se despertó con ese extraño sabor de boca otra vez. Había tenido un sueño tan bonito... Estaba en casa, mamá y papá se encontraban allí y todo era igual que siempre. Abrió los ojos y descubrió que seguía encerrada en la pequeña y fría habitación blanca. También seguía con el mismo estúpido vestido incómodo. Se acurrucó bajo el fino edredón y se echó a llorar. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, era tan difícil saberlo porque la luz nunca se apagaba. Había buscado el interruptor, pero no había ninguno, solo paredes frías sin ventanas ni puertas. Marion había llorado tanto que casi no le quedaban lágrimas en los ojos. Había golpeado las paredes, llamando y gritando, pero nadie había venido. Al principio no había entendido por qué. Siempre venían cuando lloraba. Mamá o papá siempre venían. Como aquella vez que había tenido fiebre y había soñado que el osito de peluche se había convertido en un monstruo enorme que quería comerla. Entonces habían venido tanto mamá como papá enseguida. Pero aquí no venía nadie. En esta habitación nadie la cuidaba. Estaba totalmente sola.

Marion Munch se metió el pulgar en la boca y se hizo una bola en la cama. Hacía tiempo que lo había dejado, pero ahora había empezado otra vez. Puso la lengua contra el pulgar, la reconfortaba, le daba seguridad. Lamió el dedo. Había algo raro en la uña. Sacó el pulgar de la boca y lo miró extrañada. Alguien había grabado algo en su uña. Había una mella ahí, casi como una letra. Como la letra de Vivian, la de la guardería, la «V». Tenía una «V» en el pulgar. Marion se metió el pulgar en la boca otra vez y dejó que la lengua recorriera los afilados bordes de la letra de la uña.

Las primeras horas había dibujado. O había intentado dibujar, no era tan fácil. No había nadie a quien enseñar el dibujo, solo estaba ella. Había dibujado a mamá, a papá y al abuelo. Luego había dibujado un superhéroe. El superhéroe era una mujer con la que se podía hablar y que quería cuidarla. Después de eso era un poco más fácil estar allí. Pero no se veía la luz del día en la habitación blanca. En casa siempre era por la mañana, por la tarde y de noche, y era fácil saber qué momento del día era, pero aquí resultaba imposible. Siempre estaba encendida la luz y no se oía ningún tipo de ruido. Aparte de cuando llegaba comida a través de la trampilla de la pared. Donde había oído al mono de los platillos. La comida era rara y no estaba muy rica, pero de todas maneras se la tomaba porque tenía muchísima hambre. De vez en cuando llegaba una botella con limonada, pero normalmente solo había agua. Era una mala idea comer, porque luego tenía que ir al baño. Y no había ningún baño en la habitación, solo una papelera, y olía mucho, siempre olía fatal. Marion había confeccionado una pequeña tapa con el cartón del cuaderno para dibujar, y entonces había olido un poco menos. Aun así no tenía ninguna gana de ir, abrir la tapa y sentarse, porque ya empezaba a llenarse y era muy asqueroso.

Aunque la luz nunca se apagaba, no resultaba difícil dormir. En realidad era muy

extraño. Siempre pasaba lo mismo. Después de comer, se quedaba dormida. Sin estar cansada siquiera. Casi parecía que era la comida la que le hacía dormirse. Que era algún tipo de comida mágica. Se acordaba perfectamente de *Alicia en el país de las maravillas*, que se había vuelto extraña después de comer algunas cosas. Había crecido y había empequeñecido, así que la comida sería mágica. ¿La comida podía ser mágica aunque supiera mal? Marion deslizó la lengua sobre la mella de la uña cuando oyó que había movimientos en la pared otra vez. *Brr, brr*, ya llegaba la comida mágica, bajando por la pared hacia ella. Se levantó y se acercó a la trampilla. Se quedó esperando a que la comida aterrizase. Ahora sentía las vibraciones. *Brr, brr*, y luego vendría el *clon*. Ya podría abrir y ver qué tocaba. Normalmente solía haber puré de patata y zanahoria y esas cosas verdes que no le gustaban. Coliflor. No, brócoli. Nunca había pizza ni salchichas ni sopa de tomate, nunca las cosas que más le gustaban. Marion se quedó esperando el ruido metálico todavía con el pulgar en la boca. Nunca oía cómo subía el ascensor, en realidad resultaba extraño. Bajaba. Sacaba la comida, se la comía y el ascensor desaparecía. ¿Era porque se quedaba dormida? Sería por eso. La comida mágica hacía que se durmiera y luego subía el ascensor mientras estaba durmiendo; así debía de ser cómo funcionaba.

Entonces se oyó el *clon*. Marion Munch abrió la tapa para ver qué comida tocaba esta vez. Había una botella de limonada, eso al menos era algo. Pero la comida no tenía muy buena pinta. Algo con patatas y esa cosa verde otra vez. Brócoli. Sacó el platito y la botella del ascensor y se sentó sobre la silla junto al escritorio. Toqueteó la comida con el tenedor que venía con el plato. En realidad no tenía ganas de comer. En realidad solo tenía ganas de llorar. No comer nada, solo llorar. Sintió cómo las lágrimas subían otra vez a sus ojos, pero apretó fuerte los labios. No tenía sentido llorar. Aquí no. Aquí no venía nadie. Por muchas lágrimas que cayeran. Aun así, no consiguió reprimirse. Se quedó con el tenedor en la mano viendo cómo las lágrimas corrían sobre el plato que tenía delante.

¿Qué pasaría si no se tomaba la comida? No sabía de dónde vendría esa idea, de repente estaba en su cabeza. ¿Qué pasaría si no se la comiese?, ¿qué pasaría entonces? ¿Se quedaría despierta? ¿Oiría entonces cómo subía el ascensor? Lanzó una mirada hacia la trampilla de la pared. ¿De dónde habría sacado esa idea? Había entrado en su cabeza de repente. Era una idea fantástica, ¿no? Si decidía no tomarse la comida, el ascensor subiría otra vez. Se levantó rápidamente y se acercó a la trampilla. La abrió y miró dentro. ¿Cabría ella ahí dentro? Sí, se había escondido en sitios mucho más pequeños. Una vez jugando al escondite se había escondido en el armario de las cazuelas en la cocina y nadie la había encontrado. Al final tuvo que salir. Y ese armario era muy pequeño. Nadie había pensado que pudiera estar dentro y todos se quedaron impresionados. Lo que tenía que hacer era engañar al ascensor. Fingiría que se tomaba la comida, pero la echaría a la papelera, colocaría el platito en el rincón junto con los otros y se tumbaría en la cama. El ascensor siempre subía cuando estaba dormida. ¿También tendría que hacer ruiditos como si estuviera

dormida? Marion dio la espalda a la puerta del ascensor y levantó el platito de la mesa. Era importante que el ascensor no viera lo que estaba haciendo, para que no cambiara de idea. Levantó el cartón de la papelera con cuidado y echó la comida lo más rápido que pudo. Volvió a sentarse rápidamente y miró hacia la trampilla de la pared.

—Vaya, ahora sí que estoy llena —dijo en voz alta y se pasó la mano por la barriga.

El ascensor no hizo nada. Aparentemente no se había dado cuenta.

—Vaya, ahora sí que tengo ganas de dormir —dijo y fingió bostezar mucho.

Puso el platito encima de los demás y se fue a la cama. Se tumbó con la cara vuelta hacia el ascensor y cerró los ojos. Se quedó totalmente quieta, con el pulgar en la boca. Se le daba bien estar quieta. La vez que se escondió en el armario de la cocina se había quedado quieta durante..., bueno, durante muchísimo tiempo. Tanto que mamá y papá habían empezado a llamarla gritando. Marion cerró los ojos y se quedó esperando los ruidos del ascensor. No hubo ruidos. Se sentía un poco nerviosa. Esto no era como esconderse en el armario de la cocina. Entonces sabía que había gente fuera. Gente que la estaba buscando. Que se alegraba de encontrarla. Aquí no venía nadie. Sintió cómo las lágrimas se acumulaban en el interior de sus párpados otra vez, pero consiguió mantenerlas a raya. Si lloraba, no dormía. El ascensor se daría cuenta de eso. Se metió el pulgar aún más profundamente y trató de pensar en otra cosa. Cuando se escondió en el armario de la cocina había jugado a un juego en su cabeza. Una pequeña historia. Una historia de Monster High que se había inventado ella misma, con su propia cabeza, no porque lo hubiera visto en la tele. El tiempo había pasado rapidísimo, en general no tuvo ningún tipo de problema. Ella era DracuLaura y se había olvidado de hacer los deberes. Eso era muy malo, porque enseguida vendría el profesor y entonces ella tendría que contarle que no había hecho los deberes, pero no le apetecía. Porque DracuLaura podía parecer bastante guay, pero aun así quería hacer las cosas bien en el colegio, aunque los demás pudieran pensar que le daba igual. Pero ahora se había olvidado de los deberes. No era porque no quisiera hacerlos, simplemente se había olvidado. Había tenido tantas otras cosas que hacer... Marion estaba a punto de averiguar por qué DracuLaura se había olvidado de hacer los deberes, cuando de repente oyó cómo se movía el ascensor. *Brr, brr*. Sin pensárselo dos veces, se levantó de un salto y fue corriendo a la trampilla. La abrió y entró rápidamente en el agujero de la pared. El ascensor era muy pequeño y al principio no consiguió meter un pie. Ella estaba dentro del ascensor y el ascensor estaba subiendo, pero el pie seguía fuera. Dobló la rodilla de golpe y de repente estaba toda ella dentro. ¡Estaba dentro del ascensor! ¡Y estaba subiendo!

El ascensor subía traqueteando por dentro de la pared y no podía ver nada. Marion se agachó como buenamente pudo, tratando de no tener miedo a la oscuridad. El corazón latía con fuerza en su pequeño pecho, casi ni se atrevía a respirar. *Brr, brr*. Subía muy lentamente y luego, de repente, *clon*. El ascensor se había parado. Se

había parado sin darse cuenta de que ella estaba dentro. Dio un empujoncito a la trampilla y comprobó, con gran alegría, que se abría. Marion Munch salió por la trampilla y se quedó de pie en el suelo con una expresión de sorpresa en la cara.

Estaba en una cabaña. En una casa que nunca había visto. Tampoco había ventanas aquí, o sí que las había, pero las cortinas estaban corridas. Había una mujer sentada en una silla en medio de la habitación. Marion miró a su alrededor y se acercó, dubitativa, a la mujer. Tenía los ojos cerrados y un trozo de celo gris sobre la boca. Había un tubo que entraba en ella, con agua o algo que venía de una bolsita. Marion reconoció a la mujer enseguida, había estado con ella muchas veces. Era la amiga del abuelo, Mia. La que parecía una india. Mia le caía bien. Mia siempre jugaba con ella y le decía que era guapa, siempre le daba algo dulce cuando el abuelo no la veía. Ahora estaba muerta. Estaba muerta en una silla con un trozo de celo sobre la boca.

Marion Munch se quedó de pie en el suelo, indecisa, mirando febrilmente a su alrededor. Había una entrada con zapatos y botas, igual que en su casa. Y una puerta. La puerta que daba a la calle. Marion se movió sigilosamente hacia la puerta. Era difícil andar con esa estúpida ropa, que además hacía un ruido absurdo. ¿Se atrevería a abrir la puerta? A saber qué podía haber al otro lado. Aquí, en una casa donde todo era tan extraño.

—¡Quieta!

Marion Munch se sobresaltó al oír el tremendo aullido de una mujer detrás.

—¡Quieta! ¡Quieta!

Marion Munch puso la mano sobre el picaporte, tiró de la puerta hasta que se abrió y salió corriendo lo más rápido que pudo.

Karianne Kolstad odiaba vender boletos de lotería. De hecho, vender boletos de lotería era lo que menos le gustaba. La chica, de catorce años, incluso había pensado en la posibilidad de dejar el club por culpa de los estúpidos boletos. No le importaba hacer cosas para ganar dinero, qué va, había recogido piedras y fresas. Lo único que no le gustaba era esos estúpidos boletos. Karianne Kolstad era tímida, por eso no le gustaba vender boletos. Implicaba tener que llamar a una puerta y hablar con alguien.

Karianne Kolstad se subió la cremallera de la cazadora hasta arriba y tomó el camino que llevaba a la casa de Tom Lauritz Larsen. Podía llamar a la puerta de Larsen, no habría problema. El granjero era bastante raro, pero buena persona, ya había hablado con él muchas veces. La última casi se había quedado con todos los boletos que llevaba. Podía tener suerte en esta ocasión también. Karianne Kolstad abrió la verja y entró en el patio.

Tom Lauritz Larsen se había vuelto algo famoso después de que alguien cortara la cabeza a uno de sus cerdos. El *Hamar Arbeiderblad* había publicado la noticia. De hecho, habían escrito sobre ello varias veces. Primero cuando desapareció la cabeza y luego cuando volvió a aparecer.

«Cerdo local encontrado sobre un poste está relacionado con el caso del asesinato de niñas», habían puesto. Había salido una foto de Larsen con su sustituto.

Karianne Kolstad se sabía todo sobre las niñas que habían desaparecido, había leído cada palabra que se había publicado sobre ese caso en la prensa. También habían organizado sus propias reuniones para hablar del tema; primero en el instituto, luego en el club y después en la parroquia. Todo el mundo había acudido, no solo los padres de las niñas que iban a empezar el primer curso, sino casi toda la gente de la comarca. Habían encendido velas para recordar a las niñas muertas y ella misma había montado un grupo de Facebook, junto con algunos otros, para mostrar su condolencia por las niñas. Era fácil montar un grupo en Facebook, podía hacerlo desde su propio ordenador. No como ahora, que tenía que hablar con gente. Se acercó a la casa y llamó a la puerta. Ahora ya empezaba a caer la noche, pero había luz en la ventana de la cocina. También podía oír música, así que estaría en casa. Llamó a la puerta una vez más y la puerta se abrió. Respiró hondo, se rehízo y trató de sonreír un poco.

—Hola —la saludó Larsen mirándola con simpatía—. ¿Has venido a vender boletos otra vez?

Oh, menos mal, gracias, ya no tenía que decirlo.

—Sí —contestó aliviada y asintió con la cabeza.

—Entonces entra —dijo Larsen mirando hacia la oscuridad detrás de ella—. ¿Andas sola por ahí a estas horas? —preguntó cuando Karianne hubo entrado en la cocina.

—Sí —contestó Karianne con timidez.

—¿Y para qué son esta vez?

Tom Lauritz Larsen ya había sacado la cartera y la tenía en la mano.

—Nos vamos de viaje con el club. A Suecia.

—Anda, qué bien, ¿no?

—Sí, ya lo creo —contestó Karianne educadamente.

—La verdad es que no tengo mucha suerte —dijo Larsen en voz baja sacando un billete de cien de la cartera—. Pero siempre hay que apoyar a la juventud, ¿no te parece?

—Gracias —replicó Karianne con una sonrisa—. Son veinte coronas cada uno y puedes ganar un cesto de frutas, café y cosas que hemos hecho nosotros mismos.

—Oh, no creo que gane nada, pero te compraré de todos modos —dijo Larsen guiñándole un ojo—. Por desgracia, solo tengo cien coronas. Vaya.

Cien coronas, cinco boletos. Eso significaba que tenía que seguir vendiendo esa noche. Lo había dejado para el final. Tenía que venderlos todos para el día siguiente, antes del entrenamiento con el club, y todavía le quedaban muchos.

—Bueno, al menos es algo.

Larsen le dio el billete de cien y recibió los boletos.

—Cuídate —dijo, algo preocupado, cuando Karianne salió a las escaleras otra vez.

Miró hacia la oscuridad detrás de ella y frunció la nariz levemente. Estaba claro que había cambiado desde la desaparición de la cabeza del cerdo. A ella no le había parecido tan nervioso la última vez que había estado allí.

Karianne Kolstad atravesó el patio y salió por la verja otra vez. Tomó la dirección del puente de Vik y estaba pensando en volver a casa directamente y olvidarse de todo el tema de los boletos cuando de repente presencié una escena irreal justo delante de ella.

Al principio no sabía muy bien qué estaba viendo. Casi no podía ser. Tangen, el lugar más aburrido del mundo, donde nunca pasaba absolutamente nada. Había una pequeña casa justo al otro lado de la carretera. No sabía de quién era, pero pensaba que estaba vacía, nunca se había visto a nadie entrar ni salir. Ahora la puerta estaba abierta de par en par y una niña pequeña estaba bajando por los escalones de la entrada. La niña llevaba un vestido extraño y gritaba alto. Karianne Kolstad la reconoció enseguida. La había visto en los periódicos. Tenían una foto de ella en su página de Facebook. Era la niña número cinco. Era Marion Munch.

Karianne estaba inmóvil con la boca abierta. La pequeña bajó corriendo y cayó redonda sobre la grava. Detrás de ella venía corriendo una mujer, dando largas zancadas. Marion se levantó, miró hacia atrás, aulló y siguió corriendo. La mujer que venía detrás era mucho más rápida. La atrapó en cuestión de segundos, le puso la mano sobre la boca, la arrastró consigo al interior de la casa otra vez y cerró la puerta.

Todo se quedó en silencio de nuevo.

Karianne Kolstad se encontraba en estado de shock. Los boletos, el dinero y el teléfono se le habían caído al suelo.

Se agachó rápidamente, recogió el teléfono y marcó el 112 con dedos temblorosos.

Lukas dejó la pistola sobre el suelo y metió la llave en el candado. Ya hacía fresco fuera, sentía el aire frío contra el cuello. Abrió el candado y levantó la pesada trampilla de madera. Dirigió el haz de la linterna hacia el oscuro interior. Recorrió con la luz la escalera y vio el suelo de hormigón unos metros más abajo. Se metió la pistola en la cintura del pantalón y bajó por la escalera. El chico y Rakel estaban de pie, envueltos en una manta. Dirigió el haz hacia ellos, pero bajó la linterna cuando vio que se tapaban los ojos ante la potente luz.

—Soy Jesús —dijo tratando de hablar con el tono más tranquilo posible—. No tengáis miedo, no voy a haceros nada.

Paseó la linterna por la habitación y encontró lo que estaba buscando. Un bidón que estaba delante de una estantería con cajas de cartón. El chico y Rakel, reticentes, se acercaron a él.

—¿Podemos irnos? —preguntó el chico cautelosamente.

—Sí, podéis iros —contestó Lukas—. Id con Dios. La verja está abierta.

Pudo ver los ojos del chico cuando pasó por delante de él en la fría habitación.

—Gracias —dijo el chico y puso una mano suavemente sobre su brazo.

—Soy Jesús —repitió Lukas una vez más. Sonrió y alumbró con la linterna la escalera para que el chico y Rakel pudieran ver.

Esperó hasta que ambos hubieran subido antes de dirigir el haz de luz hacia las baldas de nuevo. Encontró el bidón. Era pesado, pero pudo subirlo por la escalera, arrastrándolo escalón a escalón con la linterna bajo uno de los brazos. Cerró la trampilla y se quedó mirando las estrellas un momento. Raras veces había visto algo tan bello. Centelleaban con esperanza y alegría por todo el cielo. Sonrió para sí y atravesó el patio.

El pastor estaba en el interior de la iglesia, delante del altar, en la pared del fondo, de espaldas a él. Se volvió cuando oyó entrar a Lukas.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó con una sonrisa acercándose a él con los brazos abiertos.

Se quedó clavado en medio de la iglesia cuando vio lo que Lukas tenía en la mano. Lukas había sacado la pistola de la cintura del pantalón y apuntaba al pecho del pastor con el brazo estirado.

—Lukas, ¿qué haces?

—Te estoy salvando —explicó Lukas sonriendo mientras avanzaba lentamente hacia el hombre de pelo blanco.

—¿Qué quieres decir, hijo mío? —preguntó el pastor apretando los dientes—. Ven conmigo, hijo mío. Dame esa pistola. No sabes lo que haces.

Estiró los brazos hacia el chico rubio.

—Chist —dijo Lukas con un nuevo brillo en los ojos—. ¿No lo notas?



—¿El qué? —tartamudeó el pastor.

—Que el diablo se ha apoderado de ti.

—Estás diciendo tonterías, hijo mío —contestó el hombre de pelo blanco nervioso.

—No —dijo Lukas serio—. El diablo se ha apoderado de ti, pero todavía no es tarde. He venido a este mundo para salvarte. Es mi misión.

—Joder, Lukas —tartamudeó el pastor.

—¿Lo ves? —añadió Lukas asintiendo con la cabeza—. Llevas el diablo en tu corazón. Habla por tu boca. No hacemos cosas como estas a nuestros hijos. No hacemos estas cosas a la gente. Los ayudamos, no les hacemos daño. No es la voluntad de Dios. No es tu culpa. Tú eres inocente. El demonio te ha engañado. Consiguió que aceptases que entrara en ti. Te ha robado el alma. Ha hecho que quieras mal a la gente. Pero todo irá bien, padre. Hoy mismo podemos marcharnos. Ya no hace falta esperar más. Vayamos al cielo juntos.

—¡Dame la pistola, jodido hijo de...! —gritó el pastor febrilmente, pero era demasiado tarde.

Lukas apretó el gatillo, disparó al hombre de pelo blanco dos veces en el pecho y dejó caer la pistola sobre el suelo de la iglesia. El pastor salió lanzado hacia atrás por los fuertes impactos y se quedó tendido en el suelo delante de Lukas intentando respirar. Lukas abrió el bidón y comenzó a verter su contenido a lo largo de las paredes de la iglesia. Se tomó su tiempo. No había prisa. El olor a gasolina comenzó a extenderse por la pequeña nave. El pastor Simon estaba tendido boca arriba en el suelo, con la boca medio abierta, mirando a Lukas con ojos de pánico y agarrándose el pecho con manos rígidas. «La belleza», pensó Lukas al ver cómo las corrientes de sangre fresca buscaban su camino sobre el suelo recién pulido. Echó lo que quedaba del bidón junto al altar y se volvió hacia el pastor, que ya se agarraba el cuello tratando de decir algo, pero no podía, solo salían ruidos guturales por su boca.

—No tengas miedo —le dijo Lukas pasando una mano por el pelo blanco del pastor.

Volvió a levantarse y sacó el mechero del bolsillo. Comprobó que funcionaba. Miró la pequeña llama que vacilaba delante de él. Empezó en una de las esquinas. La gasolina prendió enseguida. Pasó al otro lado, puso el mechero contra el suelo, encendió el combustible y siguió por toda la sala blanca de la iglesia hasta que las llamas se extendieron por todas partes. Tiró el mechero, volvió a donde estaba el pastor, se arrodilló junto a él y le cogió la mano. La iglesia ya estaba envuelta en llamas, las cortinas, las paredes, el suelo, el altar. Lukas sonrió para sí y comenzó a cantar. Pasó una mano con suavidad por el largo cabello blanco del pastor.

—¿Ves al demonio? Ahora sale de ti. ¿No es muy bonito? —preguntó el joven.

El pastor lo miró fijamente con los ojos llenos de terror. Su cuerpo temblaba. La sangre salía a chorros por los dos agujeros de su pecho.

Las llamas llegaron hasta el techo. Había llamas por todas partes.

—Nos vemos en casa, padre —se despidió Lukas con una sonrisa.  
Luego cerró los ojos.

Holger Munch se acercó lenta y sigilosamente a la vieja casita. Tenía la extraña sensación de que algo no encajaba. Las ventanas estaban tapiadas. Había un gran agujero en el tejado. Parecía que nadie vivía allí desde hacía mucho tiempo. Parecía que la casa iba a derrumbarse en cualquier momento. ¿De verdad podía ser este el lugar donde estaba Karen? ¿En esta chabola? Resultaba raro. Cuanto más se acercaban a la casa más intensa se hacía la sensación de que algo no iba del todo bien.

—Delta, todas las unidades, aquí Delta 9 —susurró al intercomunicador en el momento en que sintió el zumbido del teléfono en su bolsillo—. ¿Alguien tiene algo?

—Negativo. —Llegó la respuesta en voz baja. Vio que Curry se encontraba a tan solo un metro de distancia de él con la pistola preparada. Su colega se encogió de hombros.

«¿A qué estamos esperando?».

No se podía vivir en esta casa. ¿Habría construido un refugio subterráneo debajo? ¿La pequeña habitación que habían visto en el vídeo de Kiese? Por lo que él había visto en el vídeo, aquel cuarto era demasiado pequeño. Siempre podía haber otras habitaciones al lado, pero aun así.

Trató febrilmente de llegar a una conclusión. No podían perder el tiempo. Ella tenía a Marion. Tenía a Mia. Había que hacer algo. Ya podría ser demasiado tarde.

«Demasiado tarde ya».

Ni siquiera se atrevía a pensar en las consecuencias si eso era verdad. Para Miriam. Para Marianne. Para todo el mundo. Para toda la gente de la unidad. Sobre todo para él.

—Delta 9, aquí Delta 1 —oyó susurrar—. Estamos preparados, listos para asaltar, ¿entramos ya? Cambio.

Curry volvió a encogerse de hombros. Estaba demasiado impaciente. Parecía que se encontraba preparado para cualquier cosa y que asaltaría la casa él solo si Munch tardaba demasiado en dar la orden.

Munch apoyó una rodilla sobre la hierba, a solo unos metros de distancia de la casa, tratando de hacerse una idea mejor de la situación cuando sintió, por segunda vez, la vibración del móvil en el bolsillo.

No, no era posible. No parecía lógico. Construir un pequeño refugio subterráneo sí, pero ¿construir un piso entero para vivir? ¿Por qué alguien iba a hacer algo así? Sería mucho más fácil modificar el sótano de una casa que no estuviera derrumbándose.

—¿Delta 9? —se oyó en el intercomunicador otra vez.

Curry no era el único que tenía ganas de actuar, parecía que todo el equipo de asalto estaba impaciente por entrar en acción.

Su teléfono vibró de nuevo, como una avispa agresiva, en la pernera del pantalón. ¿Qué narices?

Sacó el teléfono del bolsillo rápidamente, pero con cuidado, y lo miró tratando de tapar la luz de la pantalla con la mano para que no se viera.

Tenía dos llamadas perdidas de Ludvig Grønlie y un mensaje que estaba iluminando la pantalla.

!!!Lugar equivocado!!! !!!Un testigo ha tenido contacto visual con Marion!!! !!!Llama!!!

—Delta, todas las unidades, aquí Delta 9 —dijo rápidamente, con decisión, por el intercomunicador—. Tenemos otra localización. Reagrupaos y esperad nuevas órdenes. Repito, no hay asalto, tenemos una nueva localización. Reagrupaos y esperad nuevas órdenes.

Se levantó y se dirigió apresuradamente de nuevo al coche mientras marcaba el número de Ludvig Grønlie.

Emilie Isaksen estaba tras el volante de su coche conduciendo por un camino de grava que atravesaba un bosque. Había sopesado los pros y los contras durante un buen rato; después de todo, le había prometido una pizza a Torben, pero parecía que el pequeño se contentaba con el chocolate y el plátano que llevaba en el bolso. No sabía muy bien por qué, pero tenía la sensación de que el tiempo apremiaba. Tobias. Llevaba una semana desaparecido. Se dirigía a una especie de secta allí en el bosque, donde vivían las chicas cristianas, que era como lo había expresado Torben. No soportaba la idea de que anduviera por ahí solo y necesitara ayuda. Tenía que hacer algo, aunque no sirviera de nada, porque ni siquiera sabía dónde estaba aquel lugar. Pero la flemática respuesta de la policía la había irritado y había decidido ocuparse personalmente del asunto. Torben, sentado a su lado con una sonrisita y chocolate en las comisuras de los labios, parecía bastante contento.

Nunca había estado involucrada en nada parecido. Estos niños debían tener un nuevo hogar a toda costa. No se podía tratar a los niños de esa manera. En realidad, Emilie Isaksen estaba tan enfadada que le entraban ganas de golpear el volante con fuerza, pero se controlaba por el pequeño. A pesar de todo, no estaba completamente segura de haber tomado la decisión correcta. Ya estaba oscuro fuera. La luz de los faros del coche era lo único que tenía. El camino serpenteaba y se encontraba rodeado de bosque, así que si de repente salía un alce de entre los árboles no podría frenar antes de que fuera tarde. De modo que iba despacio. El coche avanzaba lentamente por la pista y ahora también empezaban a caer unas gotitas de lluvia sobre el parabrisas, como si no bastara con la oscuridad. El servicio de protección de menores. Emilie no sabía mucho de este tipo de procesos, seguro que había ciertos procedimientos, habría que redactar cartas, entrevistar a los padres, darles tiempo de explicarse, un montón de papeleo, tal vez trámites legales. No se podía privar a unos padres de sus hijos sin más, eso sería el colmo, pero ¿en este caso tampoco, cuando ni siquiera era posible encontrar a los padres?

Tenía una conocida, Agnete, que trabajaba en el servicio de protección de menores. Se habían conocido en aeróbic y habían quedado a tomar café un par de veces. Pensó que tenía que llamarla después, en cuanto salieran de este desagradable camino de grava. Ella sabría qué había que hacer. La lluvia caía cada vez con más intensidad y ahora resultaba realmente difícil ver a través del parabrisas. Ni siquiera sabía cuánto faltaba. No parecía tener sentido seguir. A fin de cuentas, tenía un niño en el coche. Sería mejor dar la vuelta y volver. Dejar que la policía se encargase de buscar a Tobias; ella ya se ocuparía de Torben. Le daría más comida y le metería en una cama. Se pondría en contacto con el servicio de protección de menores. Iniciaría el proceso para dar a estos chicos una familia de acogida decente, con unos padres responsables que se alegrasen de tenerlos y cuidarlos como había que cuidar a los

niños.

Ya estaba buscando un sitio para dar la vuelta cuando dos siluetas aparecieron en medio del camino, cogidas de la mano y cegadas por la luz de los faros.

«Tobias».

A Emilie Isaksen el corazón le dio un vuelco cuando vio que los adolescentes, asustados por el repentino encuentro con los faros desconocidos, salían del camino y después desaparecían en el bosque.

Pisó el freno con fuerza y salió bajo la lluvia, con el motor en marcha y el freno de mano puesto.

—¡Tobias! —gritó.

No se oía nada en ningún sitio. Solo la pesada lluvia que machacaba la grava y repiqueteaba ominosamente sobre la chapa del coche.

—¡Tobias! —gritó otra vez, con la lluvia corriendo por su cara—. Soy yo, Emilie. No tengas miedo. Ya puedes salir. Todo va bien. He venido a buscarte. ¡Tobias! ¿Estás ahí?

Pasaron unos segundos que a Emilie le parecieron una eternidad y luego se movieron unas ramas no muy lejos de ella. Poco después aparecieron dos caras aprensivas e inquisitivas entre los árboles.

—¿Emilie? —preguntó Tobias cautelosamente y echó a andar lentamente hacia ella.

—Sí —contestó Emilie con una sonrisa—. ¿Estás bien? ¿Va todo bien?

El chico guapo parecía cansado y confuso, pero al menos estaba vivo.

«Gracias. Menos mal».

—Esta es Rakel —dijo Tobias en voz baja señalando a la chica que se escondía tras él.

La chica, que llevaba una gran falda gris de lana y una cofia blanca, como si fuera de otro siglo, estaba temblando detrás de Tobias y no se atrevía a salir del todo.

—Necesita ayuda —dijo Tobias.

Solo en ese momento Emilie pudo ver lo agotado que estaba el chico. Ponía los ojos en blanco y casi no podía ni sostenerse en pie.

—Entrad —los invitó Emilie mientras abría la puerta trasera del coche.

—¡Tobias! —exclamó Torben cuando vio a su exhausto hermano entrar en el coche.

El pequeño se desabrochó el cinturón de seguridad en un segundo y se lanzó al asiento trasero para darle un largo abrazo a su hermano.

«Por Dios. ¿Qué les habrá ocurrido a estos chicos?».

Emilie se sentó tras el volante y encontró un sitio donde dar la vuelta con el coche.

—¿Estáis bien? —preguntó cuando ya llevaba un rato conduciendo por el camino.

Captó la mirada de Tobias en el espejo retrovisor. El chico todavía estaba un poco

confuso, pero, a pesar de todas las posibles atrocidades que pudieran haber vivido, parecía que poco a poco se iba enterando de que ya estaban a salvo.

—Estamos bien —contestó con voz temblorosa asintiendo con la cabeza—. ¿Puedes ayudarnos?

Miró a Emilie a través del espejo.

—Por supuesto —le aseguró Emilie—. Ahora todo irá bien, Tobias, te lo prometo.

Emilie Isaksen descendió por el estrecho camino de grava lo más rápido que pudo.

Tomó la carretera a la ciudad.

Por segunda vez en menos de una hora Holger Munch estaba en el coche con los prismáticos ante los ojos y un equipo Delta listo para el asalto, pero en esta ocasión frente a un objetivo real. Real de verdad. Una chica la había visto. A Marion. La había visto salir corriendo de esta misma casa. La habían capturado de nuevo. Karen Nylund. La chica era de esa zona y sabía de qué estaba hablando, ya no había dudas. Mientras que en la chabola, donde estaban hacía un rato, todo indicaba que se encontraban en el lugar equivocado, ahora todo parecía correcto. Era una casa vieja pintada de rojo, un poco descuidada pero claramente habitable. Se atisbaba una leve luz por las ventanas, como si alguien las hubiera tapado con papel de aluminio para evitar que se viera lo que pasaba dentro. Un humo casi transparente se elevaba lentamente desde una chimenea de ladrillo en el tejado. Una idílica casa campestre. Desde fuera. Pero todos los que ahora estaban preparados alrededor de la casa sabían que en el interior la situación cambiaba. Karen Nylund estaba ahí dentro. Había matado a cuatro niñas de seis años. Había destrozado la vida de padres, abuelos, hermanos, amigas y vecinos inocentes, causándoles un dolor extremo que nunca desaparecería. A Munch le había hecho creer que podía haber algo entre los dos. Sintió cómo el odio inflamaba su pecho. Tenía la frente caliente y las manos sudorosas, pero trató de mantener la calma. Era un profesional. No debía precipitarse. Tenía a Marion. Su nieta estaba viva. O por lo menos lo estaba hacía menos de una hora. Holger Munch no se atrevía a pensar si Mia también estaría dentro o qué le habría sucedido.

Había que actuar con rapidez, pero sin precipitación. Debían hacerse una idea de la situación. Tenían que distribuir a todos los equipos en sus posiciones. Munch lanzó una mirada a la carretera, donde tres ambulancias habían aparcado hacía un rato con las luces apagadas para no llamar la atención. Curry estaba impaciente en el asiento trasero dándose golpecitos con la pistola en el muslo. Kim Kolsø seguía inmóvil, como siempre, en el asiento delantero, con la mirada puesta en la puerta por la que iban a entrar de un momento a otro.

—Delta 1, aquí Delta 9, cambio.

—Delta 9, aquí Delta 1, estamos en posición, cambio.

—Delta 2, aquí Delta 9, cambio.

—Delta 9, aquí Delta 2, necesitamos unos minutos, cambio.

—Delta 2, aquí Delta 9, recibido. Os esperamos, cambio.

—¿Qué cojones pasa? —preguntó Curry con impaciencia desde el asiento trasero.

—Esperamos —respondió Munch lacónicamente.

—¿A qué esperamos? Mia está ahí dentro, joder.

Al policía calvo ya le estaba costando mantener la calma. Repiqueteaba con los dedos sobre la pierna y tenía los ojos como dos rayas, llenos de rabia.



—Estamos esperando a que Delta 2 llegue a su posición —le explicó Munch tratando de hablar con la máxima tranquilidad posible.

—Cálmate, Curry —le recomendó Kim, que se mantenía inmóvil en el asiento delantero.

—A la mierda con todo —se oyó de repente desde el asiento trasero.

Todo ocurrió tan rápido que a Munch no le dio tiempo a reaccionar. Curry ya había abierto la puerta trasera y estaba corriendo hacia la casa.

Munch abrió su puerta rápidamente y también salió corriendo, seguido por Kim. Le habría gustado gritar, pero no quería poner sobre aviso a Karen.

«Mierda».

Corrió por el camino de grava tan rápido como su pesado cuerpo le permitía, entró por la verja, continuó por el caminito de piedra y llegó a las escaleras en el mismo momento en que Curry giraba el picaporte y entraba en la casa.

A partir de ese momento, todo sucedió a cámara lenta. A Munch le dio tiempo para ver la mirada sorprendida de Karen cuando se oyó el disparo. Con las manos en la masa. Era evidente que no se lo esperaba, pero aun así la mujer rubia consiguió volver la escopeta hacia Curry, quien se echó a un lado cuando apretó el gatillo.

«¿Le había dado? Curry, ¡jodido idiota!».

Las imágenes continuaban sucediendo a cámara lenta y ahora Karen se giró hacia él. Sujetaba el arma con tanta fuerza que tenía los nudillos totalmente blancos. Le pareció que abría la boca para decir algo mientras el dedo enganchaba el gatillo, pero en ese momento terminó la cámara lenta para Holger Munch.

Levantó el arma y disparó dos veces. Una en el cuello. Otra en pleno corazón. Karen Nylund se estremeció, cayó hacia atrás y se quedó inerte en el suelo con la sangre derramándose por su pecho y sus brazos.

Fue entonces cuando descubrió a Mia. Estaba atada en una silla junto a la pared. Con cinta adhesiva sobre la boca. Una aguja clavada en la mano conectada a una especie de trípode.

«Oh, no. Joder, no, no, no».

Holger Munch se quedó paralizado delante de su colega, que no daba señales de vida, y no se percató de toda la gente que entró corriendo detrás de él. Kim. El equipo Delta. El médico. El personal de las ambulancias. Se quedó de piedra viendo cómo unas personas que parecían estar a kilómetros de distancia liberaban a Mia y se la llevaban a la ambulancia. No vio a Curry levantarse del suelo sujetándose el brazo y bajar por las escaleras ayudado por otros. Holger Munch no volvió en sí hasta que de repente vio a Kim, que estaba junto a él con una niñita temblando en sus brazos.

«Marion. Está viva. En mal estado, pero respira».

—¡Ambulancia! —exclamó Holger Munch ayudando a su colega a bajar a la niña por las escaleras—. ¡Un médico!, ¡aquí necesitamos un médico!

Y esta vez las ambulancias no se marcharon en silencio. Un ruidoso cortejo de sirenas y luces salió de la localidad y partió a través de la noche a toda velocidad

hacia la autopista.



La sala de espera de la UCI del hospital de Ullevål estaba repleta de gente. Una de las enfermeras había salido varias veces y les había pedido educadamente que esperasen en otro lugar, pero Munch no le había hecho caso.

El ambiente en la sala era tenso. Gabriel Mørk se hallaba sentado en una silla con las manos sobre el regazo, por una vez sin una pantalla delante, mirando a la nada. Anette y Ludvig estaban en uno de los sofás y habían hecho un hueco a Kim y Kyrre. Ahora todo el equipo se encontraba en la pequeña sala, con el rostro serio, sin decir nada apenas.

Anette acababa de salir para hablar por teléfono con Mikkelson. Cuando volvió a entrar le guiñó un ojo a Munch. Este asintió con la cabeza y le sonrió levemente. Después un ambiente grave volvió a cernirse sobre la sala.

Curry paseaba de un lado a otro de la habitación y no quería sentarse, no podía relajar su pequeño cuerpo musculoso.

—Joder —se quejó Curry gesticulando con el brazo—. ¿Aquí no va a informarnos nadie?

—Siéntate —le dijo Anette—. No nos enteraremos hasta que no lo sepan ellos, así son las cosas.

—¡Mierda! —exclamó Curry y continuó dando vueltas arriba y abajo sobre el suelo de linóleo azul.

—¿Alguien quiere un café? —preguntó Ludvig levantándose.

El experimentado policía tenía el rostro ensombrecido, estaba tan abatido por la situación como el resto de los presentes. Un par de manos se levantaron. Ludvig asintió con la cabeza y desapareció por el pasillo.

Miriam entró por la puerta. Munch fue a su encuentro y le dio un abrazo.

—¿Todo bien?

Su hija asintió con la cabeza y le apretó la mano un poco.

—Estoy bien, ahora estoy genial.

Vio a Kim sentado en el sofá. Se acercó a él y puso los brazos alrededor de su cuello.

—Gracias —dijo y se secó una lágrima de la mejilla.

—Por Dios, faltaría más —contestó Kim—. Solo he hecho mi trabajo.

—No, gracias de verdad. Gracias —insistió Miriam y le dio otro abrazo. Después se acercó a Curry e hizo lo mismo.

Curry casi parecía avergonzado por la atención. Asintió con la cabeza y le devolvió un sentido abrazo.

—¿Está bien? —preguntó Munch acercándose a su hija.

—Marion está bien —afirmó Miriam secándose otra lágrima de la mejilla—. Está con Johannes. Se encuentra cansada, pero está sorprendentemente espabilada. Ha

preguntado por su abuelo.

Munch sonrió.

—¿Hay noticias de Mia? —preguntó Miriam con la cara seria otra vez.

—No —contestó Munch y se le volvió a nublar la mirada.

Una médica venía por el pasillo con unos papeles en las manos.

—¿Jon Larsen? —preguntó mirando al grupo.

—Curry —dijo Anette mientras señalaba a la médica.

—¿Cómo? —reaccionó Curry.

—Está preguntando por ti.

Curry se volvió.

—¿Jon Larsen? —repitió la médica consultando sus papeles.

—Sí, soy yo —dijo Curry levantando una mano. Mantuvo la otra mano cerca del cuerpo.

—¿Te echamos un vistazo?

—No, no, estoy bien —respondió Curry gesticulando impacientemente con la mano sana.

Munch le lanzó una mirada severa a Curry, que seguía sin atreverse a mirarle a los ojos. Había estado a punto de estropear la operación y había puesto en peligro la vida de todo el equipo con su temerario comportamiento, pero eso tendría que esperar, no era un asunto prioritario. Ya le echaría la bronca más tarde.

Munch miró hacia las puertas que daban a la zona donde se encontraba la UCI, pero todavía no había ningún tipo de movimiento.

—Pienso que de todas formas deberíamos echarle un vistazo —insistió la doctora mirando a Curry con una sonrisa.

Curry suspiró y siguió a la médica por el pasillo a regañadientes.

—Mantenedme informado —les pidió mientras les señalaba amenazadoramente con la mano que todavía podía mover.

—¿Tendremos una reunión final esta noche? —preguntó Anette mirando a Munch.

—No, no, esperamos —contestó Munch pasándose los dedos por la barba.

En ese mismo momento se abrieron las puertas y entró un médico.

—¿Acompañantes de Mia Krüger?

Se levantaron unas cuantas manos al mismo tiempo.

—¿Cómo está? —preguntó Munch acercándose al médico.

—La hemos salvado por un pelo. Pero todo ha ido bien.

El alivio en la pequeña sala fue casi palpable. Gabriel se levantó y le dio un abrazo a Anette. Kim sonrió de oreja a oreja.

—¿Podemos verla? —preguntó Munch.

—Está muy cansada —explicó el médico—. Pero podemos dejar pasar a una sola persona. Si es breve.

—Iré yo —decidió Munch.

Se quitó la trenca y se la dio a Miriam antes de seguir al médico por la puerta.

Cuando entraron, Mia estaba tumbada en la cama con los ojos cerrados.

—No puede quedarse mucho tiempo —dijo el médico en tono severo y se marchó.

Munch se acercó a la cama y puso una mano sobre la de Mia. Ella abrió los ojos lentamente y sonrió al verlo.

—¿Has fumado o no? —preguntó en voz baja.

—Hace un rato que no —contestó Munch sonriendo.

—Mejor para ti —sentenció Mia y volvió a cerrar los ojos.

Munch le apretó la mano con delicadeza.

—¿La hemos pillado? —preguntó Mia con voz débil.

—La hemos pillado —afirmó Munch.

—¿Y Marion?

—Marion está bien —contestó Munch.

Mia volvió a abrir los ojos y sonrió esperanzada.

—¿De verdad?

—De verdad —repitió Munch asintiendo con la cabeza.

Vio cómo su cuerpo se relajaba de repente. Su mano se quedó floja dentro de la de Munch y su cabeza se hundió más profundamente en la almohada.

—¿Vendrás a verme? —preguntó lentamente.

—¿A Hitra?

Mia asintió moviendo la cabeza muy despacio.

—Quizá en vacaciones —respondió Munch—. Pero pienso que deberías quedarte aquí. Deberías tener a alguien que te acompañe.

—Vale —murmuró Mia y cerró los ojos.

El médico asomó la cabeza por la puerta y se señaló la muñeca. Munch asintió.

Cuando volvió a mirar a Mia, ya estaba dormida.

# Notas

[1] Juego de palabras intraducible: *er ikke*, abreviado *rikke*, significa «no es». (N. del T.) <<



[2] En inglés en el original: «¿Quién anda ahí?». (*N. del T.*) <<

[3] En inglés en el original: «Hasta luego, pajarito». (*N. del T.*) <<

[4] Juego de palabras en inglés intraducible. El original dice: *Knock, knock. Who's there? Doris. Doris, who? Doris locked, that's why I'm knocking.* Las palabras *Doris locked* («Doris cerrada») suenan como *door is locked* («la puerta está cerrada»), de ahí el juego de palabras. (N. del T.) <<

[5] En inglés en el original: «¿Quién anda ahí? Contestadme ya, salid de las sombras y descubríos. ¡Larga vida al rey!». (*N. del T.*) <<

[6] Juego de palabras intraducible. *Ball* es una expresión coloquial para decir «divertido» en noruego. (N. del T.) <<

[7] Título nobiliario escandinavo, equivalente a conde o duque. (*N. del T.*) <<